Los amores difíciles

Italo Calvino

Traducción de Aurora Bernárdez

RBA Editores

1993

Barcelona

Índice

Nota introductoria[1]

1. *El autor*

El padre de Italo Calvino era un agrónomo de San Remo que había vivido muchos años en México y en otros países tropicales; se había casado con una ayudante de botánica de la Universidad de Pavía, de familia sarda, que lo había seguido en sus viajes; el hijo primogénito nació el 15 de octubre de 1923 en un suburbio de La Habana, en vísperas del regreso definitivo de los progenitores a la patria.

El futuro escritor pasó los primeros veinte años de su vida casi ininterrumpidamente en San Remo, en la Villa Meridiana, que era en aquel tiempo la sede de la Dirección de la Estación Experimental de Floricultura, y en el campo contiguo a San Giovanni Battista, donde su padre cultivaba el *grape-fruit* y el *aguacate*. Los progenitores, librepensadores, no dieron a sus hijos educación religiosa. Italo Calvino hizo estudios regulares en San Remo: jardín de infancia en el St. Georges College, escuela primaria en las Scuole Valdesi, secundaria en el R. Ginnasio-Liceo «G. D. Cassini». Después del bachillerato clásico se inscribió en la Facultad de Agronomía de la Universidad de Turín (donde su padre era profesor de agricultura tropical) pero no fue más allá de los primeros exámenes.

Durante los veinte meses de la ocupación alemana, pasó por las vicisitudes comunes a los jóvenes de su edad que no aceptaban hacer el servicio militar en la República Social Italiana, participó en las actividades de los *partigiani* y en la conspiración y durante algunos meses combatió en la Resistencia con las brigadas «Garibaldi», en la durísima zona de los Alpes Marítimos, junto a su hermano de dieciséis años. Los alemanes detuvieron durante algunos meses como rehenes al padre y a la madre.

[1] Este texto, escrito por el propio Italo Calvino, se publicó sin firma por voluntad del autor tanto en la edición italiana de la editorial Einaudi del año 1970 como en las posteriores ediciones extranjeras de *Los amores difíciles*. Esta es pues la primera vez que, con el consentimiento expreso de los herederos del escritor italiano, aparece con su nombre (N. del E.)

En el periodo inmediatamente posterior a la Liberación Calvino desplegó una actividad política en el Partido Comunista (al que se adhirió durante la Resistencia) en la provincia de Imperia y entre los estudiantes de Turín. En el mismo periodo comienza a escribir cuentos inspirados en la vida de la guerrilla y establece sus primeros contactos con ambientes culturales de Milán (el semanario de Elio Vittorini *Il Politecnico*) y de Turín (la editorial Einaudi).

El primer cuento que escribe es leído por Cesare Pavese quien lo pasa a la revista que Carlo Muscetta dirige en Roma (*Aretusa*, diciembre de 1945). Entretanto Vittorini publica otro en *Il Politecnico* (donde Calvino colabora también con artículos sobre los problemas sociales de Liguria). Giansiro Ferrata le pide otros cuentos para *L'Unità* de Milán. En aquel tiempo los diarios tenían una sola hoja, pero empezaban a salir un par de veces por semana con cuatro páginas: Calvino colabora en la tercera página de *L'Unità* de Génova (con lo que obtiene un premio *ex aequo* con Marcello Venturi) y de Turín (entre cuyos redactores figura durante un tiempo Alfonso Gatto).

Entretanto el estudiante ha cambiado de facultad: pasa a letras, en la Universidad de Turín, donde se inscribe —con las facilidades otorgadas a los ex combatientes— directamente en tercer año. En Turín vive en un altillo sin calefacción; escribe cuentos y apenas los termina se los lleva a Natalia Ginzburg y a Cesare Pavese que están reorganizando las oficinas de la editorial Einaudi. Para quitárselo de en medio, Pavese lo alienta a escribir una novela; el mismo consejo le da en Milán Giansiro Ferrata, que es miembro del jurado de un concurso de novelas inéditas creado por la casa Mondadori en un primer sondeo sobre los nuevos escritores de la posguerra. La novela, que Calvino termina justo en el plazo del 31 de diciembre de 1946 (*El sendero de los nidos de araña*), no gustará ni a Ferrata ni a Vittorini y no entrará en el grupo de ganadores (Milena Milani, Oreste de Buono, Luigi Santucci). El autor la da a leer a Pavese que, si bien con reservas, la propone a Giulio Einaudi. El editor turinés se entusiasma y la lanza con carteles publicitarios. Se venden seis mil ejemplares: un éxito discreto para la época.

En el mismo mes de noviembre de 1947 en que aparece su primer libro, se licencia en letras con una tesis de literatura inglesa (sobre Joseph Conrad). Se puede decir, sin embargo, que su formación tiene lugar sobre todo fuera de las aulas universitarias, en aquellos años entre la Liberación y 1950, discutiendo, descubriendo nuevos amigos y maestros, aceptando precarios y ocasionales trabajos por encargo, en el clima de pobreza y de febriles iniciativas del momento. Había empezado a colaborar con la editorial Einaudi en el servicio de prensa, trabajo que seguirá desempeñando en años sucesivos como empleo estable.

El ambiente de la editorial turinesa, caracterizado por el predominio de historiadores y filósofos sobre literatos y escritores, y por la discusión constante entre partidarios de diversas tendencias políticas e ideológicas, fue fundamental para la formación del joven Calvino: poco a poco va asimilando la experiencia de una generación algo mayor que la suya, de hombres que hacía ya diez o quince años se movían en el mundo de la cultura y del debate político, que habían militado en la conspiración antifascista en las filas del Partido de Acción o de la Izquierda Cristiana o del Partido Comunista. Mucho contó para él (inclusive por el contraste con su horizonte arreligioso) la amistad, el ascendiente moral y la capacidad de comunicación vital del filósofo católico Felice Balbo, que en aquel tiempo militaba en el Partido Comunista.

Al cabo de casi un año de experiencia como redactor de la tercera página de *L'Unità* de Turín (1948—1949) Calvino había comprendido que no tenía las dotes de un buen periodista ni de un político profesional. Siguió colaborando esporádicamente en *L'Unità* durante algunos años con textos literarios y sobre todo con encuestas sindicales, servicios sobre huelgas industriales y agrícolas y ocupación de fábricas. El vínculo con la práctica de la organización política y sindical (también en forma de amistades personales entre los camaradas de su generación) lo comprometía más que el debate ideológico y cultural, y le permitía superar las crisis de la condena por el Partido y del consiguiente alejamiento de amigos y grupos intelectuales a los que se había sentido próximo (Vittorini e *Il Politecnico* en 1947; Felice Balbo y *Cultura e Realtà* en 1950).

Lo que seguía siendo más incierto para él era la vocación literaria: después de la primera novela publicada, intentó durante años escribir otras en la misma línea realista—social—picaresca, que eran despiadadamente demolidas o arrojadas al cesto de los papeles por sus maestros y consejeros. Cansado de esos esforzados fracasos, se entregó a su vena más espontánea de fabulador y escribió de un tirón *El vizconde demediado*. Pensaba publicarlo en alguna revista y no en libro para no dar demasiada importancia a un simple «divertimento», pero Virtorini insistió en sacarlo como volumen breve en su colección Gettoni. La aprobación de los críticos fue inesperada y unánime; apareció además un excelente artículo de Emilio Cecchi, lo cual significaba entonces la consagración (o cooptación) del escritor en la literatura italiana «oficial». Por el lado comunista estalló una pequeña polémica sobre el «realismo», pero no faltaron autorizados elogios para compensarla.

De esta afirmación arrancó la producción del Calvino «fabulador» (definición que ya era corriente en la crítica desde la época de su primera novela) y al mismo tiempo una producción basada en la representación de experiencias contemporáneas en tono stendhaliano irónico. Para definir esta alternancia, Vittorini acuñó la fórmula feliz de «realismo con carga fabuladora» o «fábula con carga realista». Calvino trataba también desde el punto de vista teórico de mantener unidos sus diversos componentes intelectuales y poéticos: en 1955 pronunció en Florencia una conferencia en la que expuso su programa de manera más orgánica («El meollo del león», *Paragone*, VI, n.º 66).

Había conquistado así su lugar en la literatura italiana de los años cincuenta, en una atmósfera muy diferente de la de los últimos años cuarenta a los que, sin embargo, seguía sintiéndose idealmente vinculado. En los años cincuenta, Roma era la capital literaria de Italia, y Calvino, aunque siguiera siendo declaradamnente «turinés», pasaba en Roma gran parte de su tiempo.

En aquellos años Giulio Einaudi le encargó el volumen de los *Cuentos populares italianos*, que Calvino seleccionó y tradujo a partir de los repertorios folclóricos del siglo XIX, publicados e inéditos. Trabajo erudito también (en la búsqueda, la introducción y las notas) que

volvió a despertar en él la pasión por la novelística comparada, territorio de confín entre las mitologías primitivas, la épica popular medieval, la filología decimonónica.

Otro de sus constantes polos de interés: el siglo XVIII. La cultura iluminista y jacobina era ya el caballo de batalla de los historiadores con quienes convivía Calvino en sus tareas editoriales diarias: desde Franco Venturi hasta los más jóvenes y el maestro de todos ellos, Cantimori; además, dados sus antecedentes personales como descendiente de francmasones, encontraba en el mundo ideológico del siglo XVIII un aire de familia. Es natural pues que la novela (o parodia de novela) más vasta que Calvino haya escrito sea una transfiguración de mitos personales y contemporáneos en alegorías dieciochescas (*El barón rampante*, 1957), donde el autor parece proponer también (en caricatura pero sin dejar de creer en él) un modelo de comportamiento intelectual en relación con el compromiso político.

Entretanto, maduraban los tiempos de las grandes discusiones políticas que sacudirían el aparente monolitismo del mundo comunista. En 1954—1955, en un clima casi de tregua en las luchas entre tendencias de los intelectuales comunistas italianos, Calvino había colaborado asiduamente en el semanario romano *Il contemporaneo* de Salinari y Trombadori. En el mismo periodo contaron mucho para él las discusiones con los hegeliano—marxistas milaneses, Cesare Cases y sobre todo Renato Solmi, y, detrás de ellos, Franco Fortini, que había sido y sería el implacable interlocutor antitético de Calvino. Empeñado en 1956 en las batallas internas del Partido Comunista, Calvino (que colaboraba, entre otras, en la pequeña revista romana *Città Aperta*) presentó su renuncia al Partido en 1957. Durante un tiempo (1958_59) participó en el debate a favor de una nueva izquierda socialista y colaboró en la revista de Antonio Giolitti *Passato e Presente* y en el semanario *Italia Domani*.

En 1959 Vittorini inició la publicación de una serie de cuadernos de textos y de crítica (*Il Menabò*) para renovar el clima literario italiano, y quiso que el nombre de Calvino apareciese junto al suyo como codirector. En *Il Menabò* publicó algunos ensayos donde trató de hacer un balance de la situación internacional de la literatura: «Il mare

dell'oggettivitá», (*Il Menabò* 2, 1959), «La sfida al laberinto» (*Il Menabò* 5, 1962) y también de trazar un mapa ideológico general: «L'antitesi operaia» (*Il Menabò* 7, 1964). Pero se diría que la preocupación por tener en cuenta todos los componentes históricos e ideológicos de cada fenómeno llevó a Calvino a un callejón sin salida: y tal vez por eso van disminuyendo cada vez más sus incursiones en el ensayo, sus tomas de posición críticas y en general sus colaboraciones en diarios y revistas.

En los últimos años pasa largas temporadas en el extranjero (ya en 1959—60 había vivido seis meses en Nueva York y en Estados Unidos). En 1964 se casa; su mujer es argentina, de origen ruso, traductora del inglés, y vive en París. En 1965 tiene una hija.

Sus libros más recientes atestiguan un retorno a una de sus pasiones juveniles: las teorías astronómicas y cosmológicas que utiliza para elaborar un repertorio de modernos «mitos de origen», como los de las tribus primitivas. Es significativo en este sentido el homenaje que rinde a un escritor paradójicamente enciclopédico como Raymond Queneau, traduciendo su novela *Les fleurs bleues*. Animado por el mismo espíritu y apoyándose en los recientes estudios rusos y franceses sobre «semiología del cuento», proyecta, mediante una baraja de tarots, un sistema combinatorio de las historias y de los destinos humanos. En el centro de todos estos intereses (y como prolongación ideal del siglo XVIII de *El barón rampante*) está la obra del utopista Fourier, de quien Calvino prepara una amplia selección de textos.

Obras principales: *El sendero de los nidos de araña* (1947); *El último es el cuervo* (1949); *El vizconde demediado* (1951); *L'entrata in guerra* (1954); *El barón rampante* (1957); *La especulación inmobiliaria* (1957); *I racconti* (1958); *El caballero inexistente* (1959); *La jornada de un interventor electoral* (1963); *Marcovaldo* (1963); *Las Cosmicómicas* (1965); *Tiempo cero* (1967).[2]

[2] Las obras de Italo Calvino publicadas después de 1970 -fecha de redacción de esta nota introductoria- son las siguientes: *Las ciudades invisibles* (1972); *El castillo de los destinos cruzados* (1973); *Si una noche de invierno un viajero* (1979);

Los amores difíciles es el título bajo el cual el autor ha reunido (por primera vez en 1958 en el volumen titulado *I racconti*) esta serie de cuentos. Definición sin duda irónica, porque, cuando de amor —o de amores— se trata, las dificultades son muy relativas. O por lo menos en la base de muchas de estas historias lo que hay es una dificultad de comunicación, una sola de silencio en el fondo de las relaciones humanas; en la muda maniobra que un soldado emprende en un tren con una impasible matrona, las sucesivas e inesperadas etapas de una seducción parecen por momentos victorias gigantescas e irreversibles, por momentos ilusiones no confirmadas; a la mañana siguiente de una imprevista aventura amorosa, un hombre regresa con su secreto a la grisalla de su vida de empleado y mientras trata de poner su felicidad en las palabras y los gestos cotidianos siente que toda experiencia indecible se pierde en seguida.

En 1964 estos cuentos aparecieron traducidos al francés en un volumen titulado *Aventures.* También esta definición de «aventura» recurrente en los títulos de cada texto es irónica: si bien se ajusta a los primeros de la serie (incluida la desventura de la señora que pierde el traje de baño mientras nada frente a una playa populosa, en uno de los cuentos de factura más elaborada, que fue definido como un «estudio de desnudo pequeño burgués»), en la mayor parte de los casos alude solamente a un movimiento interno, a la historia de un estado de ánimo, a un itinerario hacia el silencio.

Es preciso decir que para Calvino este núcleo de silencio no es solamente un pasivo imposible de eliminar en toda relación humana: encierra también un valor precioso, absoluto. «Y en el corazón de ese sol había silencio», se dice en «La aventura de un poeta», un relato en el que la escritura es enrarecida, lacónica, pausada cuando evoca

---

Punto y aparte (1980); *Palomar* (1983); *Colección de arena* (1984); *Bajo el sol jaguar* (1986); *Seis propuestas para el próximo milenio* (1988). (N. del E.)

imágenes de belleza y felicidad, pero apenas tiene que expresar la dureza de la vida se vuelve minuciosa, copiosa, apretada.

Si en su mayoría estos relatos cuentan cómo no se encuentra una pareja, parece que en ese desencuentro el autor ve no sólo un motivo de desesperación, sino también un elemento fundamental —cuando no directamente la esencia misma— de la relación amorosa: al término de un viaje para reunirse con su amante, un hombre comprende que la verdadera noche de amor es la que ha pasado corriendo hacia ella en un incómodo compartimiento de segunda clase. Y no por azar uno de los pocos relatos matrimoniales habla de una pareja de obreros en la que él trabaja en el turno de noche, y ella en el de día. Quizás el título que mejor podría definir lo que estos cuentos tienen en común sería *Amor y ausencia.*

Todos estos cuentos —o casi todos— son de los «años cincuenta», no sólo por la fecha en que fueron escritos, sino también porque corresponden al clima dominante en la literatura italiana entre 1950 y 1960, años en los que muchos novelistas y poetas intentan recuperar formas de expresión decimonónicas (1)[3]. Calvino pertenece todavía a las generaciones que han tenido tiempo de incluir en sus lecturas juveniles todo Maupassant y todo Chejov: en este ideal de perfección de la composición narrativa «menor», unido a un ideal de *humour* como ironía hacia sí mismo (en lo cual Svevo tal vez tiene también algo que ver) reside la poética de *Los amores difíciles.*

Pero aun cuando parece hacer incursión en la novela decimonónica, lo que cuenta para Calvino es el diseño geométrico, el juego combinatorio, una estructura de simetrías y oposiciones, un tablero de ajedrez en el que las casillas blancas y negras intercambian sus lugares según un mecanismo sencillísimo: como ponerse o quitarse las gafas en «La aventura de un miope».(2)

¿Hemos de concluir que, si el cuento era para el escritor decimonónico una «tajada de vida», para el escritor de hoy es ante todo un página escrita, un mundo en el que actúan fuerzas de un orden autónomo? (¿Un mundo que el héroe de «La aventura de un lector» puede

[3] Todas las notas van al final de la introducción (N. del E.)

considerar más *verdadero* que aquel que se le ofrece en la experiencia empírica de un encuentro amoroso a orillas del mar?) Digamos más bien que al construir un cuento (es decir, al establecer un modelo de relaciones entre funciones narrativas), el escritor pone de manifiesto el procedimiento lógico que sirve a los hombres para establecer también relaciones entre hechos de la experiencia.(3)

Cierran el volumen dos textos más largos, que en *I racconti* figuraban en la última parte, titulada «La vida difícil». Son dos relatos muy distintos y pertenecen a momentos distintos de la producción del autor: el primero, «La hormiga argentina» (publicado por primera vez en 1952 en una refinada revista de literatura internacional, *Botteghe Oscure,* n.° X), se desarrolla en la Riviera di Ponente, un paisaje que sirve de fondo a muchas de las primeras (y no sólo de las primeras) narraciones del autor y se puede vincular con esa «icasticidad figurativa de puro gusto gótico» en la representación del «espanto zoológico o botánico» de que habla Emilio Cecchi a propósito del joven Calvino; el segundo, «La nube de smog» (que apareció por primera vez en 1958 en la revista de Moravia *Nuovi Argomenti),* se desarrolla en una ciudad industrial indeterminada pero que por algunos detalles parece Turín, y se sitúa en esa especie de reconocimiento sociológico que muchos escritores italianos realizaban en aquellos años de transición a una nueva fase de desarrollo económico del país.

La afinidad que vincula dos cuentos tan diferentes reside en que ambos son meditaciones sobre el «mal de vivir» y sobre la actitud que se ha de adoptar para hacerle frente, trátese de una calamidad natural como en el primero: las minúsculas hormigas que infestan la Riviera, o una consecuencia de la civilización como en el segundo: el smog, la niebla brumosa y cargada de detritos químicos de las ciudades industriales.

En los dos cuentos, un protagonista que habla en primera persona pero no tiene voz ni rostro se mueve entre una multitud de personajes menores, cada uno de los cuales tiene su manera de oponerse a las hormigas y al smog. La condición de los dos protagonistas es diferente: uno es un proletario inmigrante, padre de familia; el otro es un intelectual desarraigado y soltero, pero los dos parecen poner su honor

en rechazar cualquier evasión ilusoria o cualquier transposición ideal. En los modelos de comportamiento que los demás proponen, advierten continuamente la nota falsa, la negativa a mirar al enemigo a la cara.

El héroe de «La nube de smog», al parecer desde el fondo de una crisis depresiva cuyos orígenes desconocemos, se obstina en *mirar,* sin desviar nunca la vista, y si todavía espera algo, sólo espera de lo que ve: una imagen que pueda oponerse a otra, pero no está dicho que la encuentre. La lección de modesto estoicismo del héroe de «La hormiga argentina» no es diferente, aunque sí más dura y sin complacencias intelectuales; y similar es la catarsis provisional a través de las imágenes con que termina el cuento.

3. *La crítica*

Entre las críticas aparecidas cuando se publicó el libro de Calvino titulado *I racconti* (1958), escogemos cuatro (dos positivas y dos negativas) que se refieren de manera más directa a los textos incluidos en esta edición,(4) cada una de las cuales propone una sola definición global del escritor. Los cuatro críticos son Pietro Citati, Elémire Zolla, Renato Barilli y François Wahl.(5) A partir de planteamientos diferentes llegan a conclusiones también diferentes y su confrontación tendrá el valor de debate sobre el libro.(6)

Pietro Citati (que desde sus comienzos como crítico ha seguido la labor de Calvino, trazando del escritor el retrato más incisivo, móvil y rico de matices) alaba sobre todo los primeros cuentos («Un pomeriggio, Adamo»; «Un bastimento carico di granchi» «Ultimo viene il corvo») por «la exactitud, la crueldad, la rapidez inventiva del signo» y explica cómo Calvino es al mismo tiempo, necesariamente, «racionalista» y «fabulista».

«No es de sorprender, pues, que Calvino se haya dedicado al mundo de la fábula: *El vizconde demediado, El barón rampante,* la transcripción del grueso volumen de los *Cuentos populares italianos.* El ambiente más propicio al espíritu de lo fabuloso es en realidad, justamente, el de la razón límpida y precisa. Lo que el racionalista

detesta es sobre todo el mezquino y repetido absurdo cotidiano: el absurdo continuo de los hechos y de los movimientos del corazón. Pero el absurdo puro, explicado, de los cuentos fantásticos no puede ser dominado por una racionalidad absoluta, ¿incluso al revés? La fantasía de los cuentos fantásticos desciende mucho más del *esprit de géométrie* que del *esprit de finesse.* Y sólo un racionalista, quizá, pueda soñar (como sueñan todos los Perrault) con construir un cuento hecho de puro *ritmo:* signos, indicaciones, correspondencias impecables [...].

»A un racionalista la realidad no le ofrece resistencias: puede estilizarla, deformarla en pocos trazos, como sabe hacerlo perfectamente Calvino. Más resistencia le opondría en cambio la psicología: aun en las grandes operaciones intelectuales de los moralistas franceses queda en realidad un residuo, una pureza del corazón ineliminable. Obediente a la ley de los contrarios, he aquí que Calvino se entrega a verdaderas orgías de psicología. Es curioso ver con qué inconsciente coherencia, en las *Aventuras* pero especialmente en "La hormiga argentina", en "La especulación inmobiliaria" y en "La nube de smog" (los tres cuentos más importantes del libro), Calvino se mueve en un terreno como el del corazón humano, que debe repugnarle profundamente. También es esto, desde luego, psicología. Pero es una psicología abstracta, un puro instrumento analítico que no coincide nunca verdaderamente con las vicisitudes individuales, y por lo tanto puede adoptar movimientos de pura, esquemática aventura intelectual. En este sentido Calvino tiende —a veces— a cargar las tintas. Su abundancia lo traiciona. Y no es de sorprenderse. La precisión del escritor intelectual es siempre, en realidad, levemente apriorística: nace del movimiento de la imaginación más que de las necesidades internas de la materia. Su mundo parece no tener límites: espera solamente la provocación de una nueva réplica, de un nuevo hallazgo. Puede volverse aproximativo, impreciso. Es la venganza irónica que a veces se toma la realidad contra quien ha optado totalmente por la inteligencia y la precisión.»

Después de hablar de las diversas apariencias detrás de las cuales se ha ocultado Calvino, Citati observa cómo en «La nube de smog» el autor «se presenta y contempla, con evidente pasión de autocastigo, en la modesta figura de un mediocre empleado en torno al cual la vida

asume inevitablemente los aspectos más deprimentes y más grises. Con la misma complacencia que lo había impulsado a pintarse elegante, inteligente, infalible, ahora acumula sobre su persona los despojos más informes [...]. Esta encarnación humilde, mediocre, ¿será la última? Lo dudo. Los diversos rostros de Calvino han sido siempre tan variados como las figuras del caleidoscopio. En realidad, la imagen más completa que haya dado de sí mismo sigue siendo la de *El barón rampante,* donde Cosimo Piovasco de Rondó, por rebeldía contra su padre trepa a una encina y no vuelve a bajar a tierra, pasa toda su vida entre los árboles, juzga por cierto al mundo y a los hombres y ama y proyecta reformas, pero siempre sobrevolando del modo más extraordinario, más burlesco, sin jamás abandonarse ni revelarse del todo, siempre entre los árboles».

Un retrato parecido, pero en clave negativa, traza un obstinado polemista contra la civilización moderna, Elémire Zolla, para quien «Calvino, trasnochado y astuto, es la versión snob del campesino que se hace el tonto». Las muchas ficciones, inclusive estilísticas, de que Zolla acusa a Calvino no impide sin embargo al escritor alcanzar algunos momentos de verdad:

«Dada la poética del término medio, la ironía de Calvino no llega nunca al sarcasmo o a la ferocidad, y ni siquiera añade pimienta al diálogo, ya que en esencia es arma defensiva que sirve para salvaguardar la evasión hacia la fábula. Todo este perfecto mecanismo de adaptación, nunca verdaderamente comprometedor, paga su precio, que es el de terminar siendo prisionero del *voyeurisme,* la enfermedad del aventurero solapado que debe conservarse disponible con toda la gracia e ironía posibles y que corre el riesgo de vaciarse por dentro como la sociedad de la que se defiende adaptándose. Pero en los cuentos finales, entre los más bellos de la posguerra italiana, esta psicología no pesa. En "La hormiga argentina" la Arcadia dulzona se convierte en terreno de juego verdadero, ligeramente cruel e intelectual [...]. En "La nube de smog" la desesperación se muestra sin velos, el *bozzettismo* italiano desaparece y la expresión de la amarga minuciosidad de la vida resulta perfecta. El final no es arcádico: el

empleado que en adelante sólo trata de imprimir imágenes en su mente agotada por la conciencia de la vanidad de una vida de burócrata [...], ya sin verdadero diálogo, ni siquiera cuando surge la imagen del amor, mira los campos de Bertolla con aire ya no indulgente y astutamente modesto, sino serenamente triste, y nos recuerda ciertos versos de Richard Blackmur: *El terror no está en la noche dulce que cae / y cubre de nieve lunar cada desnuda frontera / y une manos de sombra y en sombra deja lágrimas. / La vida es, ésa, la que se cura sola. / El verdadero terror se arrastra por dentro, donde / aunque el fango vuelva a cerrarse sobre sí mismo, / sigue llamando la voz desnuda».*

Todavía más negativo que el tradicionalista Zolla (y con argumentos semejantes contra la ausencia de dramatismo) es Renato Barilli, un joven crítico que pocos años más tarde se convertiría en uno de los teóricos de la neovanguardia del Grupo 63, y que lanza contra los cuentos de Calvino una larga y despiadada acusación:

«Que, pese a ciertas apariencias, su posición no es radical ni extremista queda confirmado por un examen del nivel psicológico y epistemológico en que se sitúa al establecer sus relaciones con el mundo. Ya hemos dicho que Calvino es, frente a las cosas, "mirada", abrazo lenticular. Por una rápida asociación de ideas viene en seguida a la memoria la nueva narrativa francesa, *l'école du regard,* Robe-Grillet y Butor: pero el parecido es totalmente exterior. Los dos narradores transalpinos intentan en realidad un juego dificilísimo, audaz, y no pocas veces genial, más allá de los límites del "sentido común", y de un universo antropocéntrico regido por tranquilizadoras leyes de la gravedad, salen a descubrir relaciones inéditas con las cosas, restituyéndoles el poder de choc que el hábito ha desgastado y cubierto de sedimentos; naturalmente, a esta obra audaz no llegan solamente gracias a un excepcional trabajo personal, sino que son ayudados y sostenidos por una poderosa tradición específicamente narrativa, por una cultura como la francesa, muy avezada a las más audaces especulaciones en los diversos campos de la investigación epistemológica, psicológica, pedagógica, etc. En cambio, Calvino tiene a sus espaldas la cultura italiana, más calma y compuesta, que no le da amplios márgenes de movimiento; por lo tanto, si bien sale a pescar

valientemente en un ámbito situado muy en el límite, donde los objetos se agrandan y presionan por todas partes la pantalla visual con la pretensión de asumir la iniciativa, no tiene sin embargo fuerzas para pasar el umbral del "sentido común", más aún, en definitiva hace valer sobre el mundo de las cosas la legislación y las jerarquías que en él tienen vigencia. En una palabra, el escritor no se aparta de un universo de proporciones habituales y tiene plena confianza en una naturaleza familiar, al alcance de la mano, enteramente controlable. Y es muy probable que se vea inducido a creer que este equilibrio, este hacer que las cosas permanezcan en su lugar, ratifican el triunfo de una actitud racionalista sobre el irracionalismo del decadentismo europeo; nosotros, más persimistas, pensamos que ésta es la victoria de una forma del "buen sentido" italiano, con todas las connotaciones limitativas, de mezquindad, de conformismo, que van unidas a esa expresión sobre inquietudes y fervores más vitales. Lo malo es que el atrincheramiento en el "sentido común" no puede por menos que reducir a la futilidad y a la vacuidad las sin embargo finas consideraciones analíticas que Calvino eficazmente consigue. Considérese la serie de *Los amores difíciles* y por ejemplo "La aventura de un viajero" que, como ya se ha dicho, incita vagamente a una comparación con *La modificación* de Butor: la red de gestos mínimos del protagonista, pacientemente registrada y fijada, permanece sin embargo dentro de los límites, mantiene las reducidas dimensiones que le corresponden en el universo del "sentido común", no pasa a primera línea, no alcanza las proporciones del drama (como ocurre por el contrario en Butor). Por lo tanto, la anatomización de Calvino no va más allá de las ambiciones y las posibilidades de un juego marginal, gracioso, exquisito, finamente trabajado, pero incapaz de cargarse de valores más altos. Por estas razones quizá sea más conveniente hablar en su caso de "mirada" que en el de los jóvenes narradores franceses, justamente porque en él la relación con las cosas es lineal, "fotográfica", carente de implicaciones ontológicas, y no se propone como introducción a un nuevo orden fenoménico; "mirada" justamente, es decir, acto de compromiso ocasional obediente a cierta "indolencia" que lo lleva a pasar de un objeto a otro con curiosidad inestable e intranquila».

La poética *visual* de estos cuentos (que es para Zolla la de un «prisionero del *voyeurisme*» y para Barilli acto de «compromiso ocasional» e indolente) es considerada en cambio la esencia estilística (y también moral) de la obra de Calvino por François Wahl, uno de los pocos observadores extranjeros que han establecido con el escritor italiano una verdadera relación de colaboración crítica, aunque a partir de posiciones teóricas diferentes (las de la nueva crítica francesa).

Dice Wahl: «El choc de lo *real* provoca la aparición de una *imagen:* todavía es lo real y ya es otra cosa; la imagen traduce una experiencia, pero significa más y en otro plano. Y he aquí que este símbolo empieza a vivir; desarrolla una *lógica* propia; lleva consigo una red de acontecimientos, de personajes; impone su tono, su lenguaje. Pero esta lógica, a su vez, tiene fijadas desde el principio algunas de sus articulaciones y su punto de llegada; la sucesión de fórmulas y de acontecimientos se agota para terminar al fin en la paz de una contemplación. Este es el proceso que gobierna las obras de ítalo Calvino. Concilia los términos que menos habituados estamos a ver marchar de acuerdo [...].

»Lógica, decíamos: lógica loca, lógica que desarrolla imperturbablemente un dato posible hasta la más imposible de las imposibilidades. Entonces el héroe de Calvino, extenuado, no encuentra recurso sino en la paz de la mirada: el soldado se levanta y mira por la ventanilla, el flamante inquilino camina hacia el mar y se sienta en el muelle, la joven esposa sólo encuentra a su marido en la tibieza que la cama ha conservado del lado de ella. Sería un error ver en todo esto una especie de quietismo: lo que se condena no es la acción, sino una situación absurda en la cual sólo se puede actuar debatiéndose, es decir, en vano [...].

»Dejaremos al lector el placer de descubrir en "La aventura de un poeta" el mecanismo creador que acabamos de analizar. Permítasenos solamente subrayar un tema sobre el cual Calvino borda constantemente: la *desventura* del hombre presa de los caprichos de una mujer [...]. Obsérvese que también aquí (y de una manera casi brechtiana) a la agitación inútil se opone claramente la acción real: el

trabajo de los pescadores. Pero el poeta, por su parte, no puede sino refugiarse en la mirada, lo que nos vale la admirable página final, pasmoso *travelling* literario en el que la aldea meridional aplastada por el sol ofrece su espectáculo y su grito. Y "La aventura de un poeta", si bien tiene el mismo punto de partida que los otros cuentos, dice más: aquí la lección va más allá de la *denuncia».*

1. No es, a decir verdad, el caso de Calvino que en esos años escribía *El vizconde demediado, El barón rampante, El caballero inexistente,* y que en sus declaraciones teóricas se remitía en todo caso al siglo XVIII o a las novelas de caballería o a los cuentos populares para proyectar hacia el futuro la energía guerrillera que seguía siéndole cara. Pero su trabajo avanza siempre por vías divergentes, respondiendo a solicitaciones diversas que antes que anularse, se yuxtaponen.

2. Así funcionaban las idas y venidas en la habitación de una prostituta en el cuento «Un letto di passaggio», que estilísticamente pertenece al primer Calvino «hemingwaiano» (pero que en homenaje a esta unidad temática se integra en *Los amores difíciles* con el título «La aventura de un bandido»), y así funcionarán las persecuciones por la autopista en uno de los cuentos más recientes, «El conductor nocturno» (que aquí cierra la serie con el título «La aventura de un automovilista»). Además de estos dos «traspasos», *Los amores difíciles* se enriquecen en esta edición con dos obras inéditas en forma de libro: «La aventura de un esquiador», de 1959, y «La aventura de un fotógrafo» que es la «puesta en cuento» (como se dice «puesta en escena») de un ensayo («Le follie del mínimo», *Il contemporáneo,* Roma, 30 de abril de 1955).

3. «La aventura de un soldado» inspiró un sketch cinematográfico dirigido e interpretado por Nino Manfredi, "La aventura de un bandido", un sketch teatral (*Un letto di passaggio),* realizado por Franco Zeffirelli; "La aventura de un matrimonio", una canción de Sergio Liberovici *(Canzone triste);* «La aventura de un matrimonio» inspiró también un episodio cinematográfico de Mario Monicelli; «La hormiga argentina» fue ilustrada por Franco Gentilini.

4. «La nube de smog» (así como «La especulación inmobiliaria», la otra «novela breve» con que terminaba el volumen *I racconti)* atrajo la atención de la crítica socialista y comunista (Alberto Asor Rosa, *Mondo Operario,* n.os 3—4, 1958; Michele Rago, *L'Unita,* Roma, 17 de enero de 1959; Mario Socrate, *Italia Domani,* 28 de diciembre de 1958; Cario Salinari, *Vie Nuove,* 27 de diciembre de 1958) que destaca en el pesimismo de Calvino y en su calidad de observador oportuno «un sentido nuevo que no es el de la desilusión que sucede a la Resistencia o de la ilusión suscitada por la social democracia.» (Mario Socrate).

5. Pietro Citati (*Il Punto,* 7 de febrero de 1959; *L'lllustrazione Italiana,* enero de 1959); Elémire Zolla *(Tempo Presente,* diciembre de 1958); Renato Barilli (*Il Mulino,* n.° 90; ahora en *La barriera del naturalismo,* Mursia, 1964); François Wahl (*La Revue de Paris,* noviembre de 1960).

6. Entre los primeros experimentos italianos de aplicación a la crítica literaria de métodos de análisis lingüístico, gramatical, semántico, recordemos el estudio de Mario Boselli sobre «La nube de smog» *(Nuova Corrente,* n.os 28—29, 1963), estudio que dio al propio Calvino el punto de partida de un autoanálisis estilístico publicado en la misma revista (n. 32—33, 1964).

Primera parte
Los amores difíciles

La aventura de un soldado

En el compartimiento, junto al soldado de infantería Tomagra, se sentó una señora alta y opulenta. A juzgar por el vestido y el velo, debía de ser una viuda de provincias: el vestido era de seda negra, apropiado para un largo luto, pero con guarniciones y adornos inútiles, y el velo que caía del ala de un sombrero pesado y anticuado le envolvía la cara. Había otros lugares libres en el compartimiento, observó el infante Tomagra; y pensó que la viuda elegiría uno de ellos; en cambio, a pesar de su áspera cercanía de soldado, se sentó justo allí, seguramente por alguna razón de comodidad, se apresuró a pensar el infante Tomagra, una cuestión de corrientes de aire o de dirección de la marcha.

Por la robustez del cuerpo, firme y hasta un poco cuadrado, se le hubieran dado poco más de treinta años si una morbidez de matrona no suavizara las altas curvas; pero la cara, el encarnado marmóreo y al mismo tiempo flojo, la mirada inasible bajo los párpados pesados, las cejas de un negro intenso y además los labios severamente apretados, pintados con descuido de un rojo chocante, le hacían parecer en cambio de más de cuarenta.

Tomagra, joven soldado de infantería en su primer permiso (era Pascua), se encogió en el asiento no fuera a ser que la señora, tan alta y opulenta, no cupiese; y se encontró inmediatamente envuelto en su perfume, un perfume conocido y quizás ordinario pero ya amalgamado, por una larga costumbre, a los olores naturales del cuerpo.

La señora se había sentado con compostura, revelando, allí a su lado, proporciones menos majestuosas de lo que le habían parecido al verla de pie. Las manos, rollizas y con oscuros anillos que le apretaban los dedos, las tenía cruzadas sobre el regazo, encima de un bolso reluciente y de una chaqueta que se había quitado descubriendo brazos redondos y claros. Tomagra, al hacer ella ese gesto, se había apartado como para permitir un amplio despliegue de brazos, pero la

señora permaneció casi inmóvil, quitándose las mangas con breves movimientos de los hombros y del torso.

El asiento del tren era pues bastante cómodo para dos y Tomagra podía sentir la extrema cercanía de la señora sin el temor de ofenderla con su contacto. Pero, razonó, lo cierto es que, pese a ser una señora, no había demostrado que ni él ni la aspereza de su uniforme la disgustaran, de lo contrario se habría sentado más lejos. Y, al pensarlo, sus músculos, que estaban contraídos y achatados, se aflojaron libres y serenos; más aún; sin que él se moviera trataron de expandirse al máximo, y la pierna con sus tendones tensos, separada de la tela misma del pantalón, se estiró, llenó a su vez el paño que la cubría, y el paño rozó la negra seda de la viuda, y a través de ese paño y esa seda, la pierna del soldado se adhería a la de ella con un movimiento blando y fugaz, como un encuentro de tiburones, con un expandirse de ondas en sus venas hacia las venas de ella.

Pero era siempre un contacto levísimo, bastaba una sacudida del tren para recrearlo o anularlo; la señora tenía rodillas fuertes y carnosas, y los huesos de Tomagra adivinaban a cada sacudida el salto indolente de la rótula; y la pantorrilla tenía una mejilla sedosa y alta que con un imperceptible empujón había que hacer coincidir con la propia. Este encuentro de pantorrillas era precioso, pero a costa de una pérdida: el peso del cuerpo se desplazaba y el variable apoyo de los flancos no se producía con el dócil abandono de antes. Para conseguir una posición natural y satisfactoria debía desplazarse ligeramente en el asiento, gracias a una curva de las vías, o también a la necesidad comprensible de moverse de vez en cuando.

La señora permanecía impasible bajo el sombrero de matrona, fija la mirada parpadeante y las manos quietas sobre el bolso en el regazo; sin embargo, una larguísima franja de su cuerpo se apoyaba en aquella franja de hombre: ¿todavía no lo había advertido?, ¿o preparaba una retirada?, ¿o un rechazo?

Tomagra decidió transmitirle, en cierto modo, un mensaje: contrajo el músculo de la pantorrilla como si fuera un puño duro, cuadrado, y después, con ese puño de pantorrilla, como si una mano dentro quisiera abrirse, se apresuró a golpear la pantorrilla de la viuda. Fue,

claro está, un movimiento rapidísimo, apenas el tiempo de un juego de tendones: de todos modos ella no se echó atrás, ¡al menos por lo que él pudo entender!, porque en seguida Tomagra, para justificar aquel gesto secreto, había desplazado la pierna como para desentumecerla.

Ahora había que volver a empezar desde el principio; la paciente y prudentísima tarea de contacto se había perdido. Tomagra decidió ser más audaz; como si buscara algo metió la mano en el bolsillo, el bolsillo del lado de la mujer, y después, como distraído, no la sacó. Había sido un gesto rápido, Tomagra no sabía si la había tocado o no, un gesto de nada; sin embargo, comprendía lo importante que había sido el progreso realizado y en qué juego arriesgado estaba ahora metido. Con el dorso de la mano apretaba el flanco de la señora de negro; la sentía pesar sobre cada dedo, cada falange, en adelante cualquier movimiento de su mano habría sido un gesto inaudito de intimidad con la viuda. Conteniendo la respiración, Tomagra le dio la vuelta a la mano en el bolsillo: es decir, puso la palma del lado de la señora, abierta contra ella pero dentro del bolsillo. Era una posición imposible, con la muñeca retorcida. Ahora ya daba lo mismo intentar un gesto decisivo: así, con aquella mano retorcida, arriesgó un movimiento de dedos. No quedaba duda posible: la viuda no podía no haber advertido su artimaña y, si no retrocedía y fingía impasibilidad y ausencia, quería decir que no rechazaba sus avances. Pero, pensándolo bien, su manera de no hacer caso de la móvil mano de Tomagra podía querer decir que realmente creía en una búsqueda inútil en el bolsillo: un billete ferroviario, un fósforo... Exactamente: y si ahora las yemas de los dedos del soldado, como dotadas de una repentina clarividencia, adivinaban a través de las diversas telas los bordes de prendas subterráneas y hasta minúsculas asperezas de la piel, poros y lunares, sí, digo, los dedos de él llegaban a esto, tal vez la carne de ella, marmórea e indolente, se daba cuenta apenas de que justamente se trataba de yemas de dedos y no, digamos, de convexidad de uñas o nudillos.

Entonces la mano salió del bolsillo con pasos furtivos, se detuvo allí indecisa, después, con repentina prisa por alisar la costura del costado del pantalón, anduvo lentamente hasta la rodilla. Sería más

justo decir que se abrió camino, porque para avanzar debía introducirse entre él y la mujer, y fue un recorrido, aun en su rapidez, pleno de ansias y de dulces emociones.

Es preciso decir que Tomagra había echado la cabeza hacia atrás contra el respaldo, de modo que hasta se hubiera podido decir que dormía: esto, más que una coartada en sí, era un modo de ofrecer a la señora, en caso de que su insistencia no le molestara, una manera de no sentirse incómoda, sabiendo que eran gestos separados de la conciencia, que afloraban apenas de una capa de sueño. Y desde allí, desde aquella vigilante apariencia de sueño, la mano de Tomagra apretada a la rodilla separó un dedo, el meñique, y lo envió a explorar a su alrededor. El meñique se deslizó por la rodilla de ella que permaneció callada y dócil; Tomagra podía ejecutar diligentes evoluciones de meñique sobre la seda de la media que él, con ojos semicerrados entreveía apenas, clara y arqueada. Pero notó que el azar de ese juego no tenía compensación, porque el meñique, por pobreza de yema y torpeza de movimientos, transmitía sólo atisbos parciales de sensaciones, no servía para representarse la forma y la sustancia de lo que tocaba.

Entonces juntó el meñique con el resto de la mano, sin retirarlo sino adosándole el anular, el medio, el índice: su mano descansaba inerte en aquella rodilla de mujer y el tren la acunaba en una caricia ondulante.

Fue entonces cuando Tomagra pensó en los otros: si la señora, por condescendencia o por una misteriosa intangibilidad, no reaccionaba a sus atrevimientos, había sentadas enfrente otras personas que podían escandalizarse con aquel comportamiento impropio de un soldado, y por la posible complicidad de la mujer. Sobre todo para salvar a la señora de aquella sospecha, Tomagra retiró la mano y hasta la escondió como si fuese la única culpable. Pero esconderla, pensó después, no era sino un pretexto hipócrita: en realidad, al abandonarla en el asiento no pretendía sino acercarla más íntimamente a la señora que ocupaba tanto espacio en el asiento.

En realidad, la mano tanteó un poco, ahora los dedos sentían la presencia de ella como el posarse de una mariposa, ahora bastaba con

empujar suavemente toda la palma, pero la mirada de la viuda bajo el velo era impenetrable, el pecho apenas se movía al respirar, ¡y nada! Tomagra había retirado ya la mano como un ratón que huye a la carrera.

«No se ha movido», pensó, «tal vez quiere», pero pensaba también: «Un instante más y sería demasiado tarde. Tal vez está ahí al acecho para hacer una escena».

Entonces, sólo por prudencia, para estar seguro, Tomagra deslizó el dorso de la mano por la banqueta y esperó que las sacudidas del tren fueran las que insensiblemente hicieran deslizar a la señora sobre sus dedos. Decir que esperó es incorrecto: en realidad, con la punta de los dedos como una cuña, hacía presión entre ella y el asiento con un movimiento imperceptible que hubiera podido ser también efecto de la marcha del tren. Si se detuvo en cierto momento, no fue porque la señora hubiese dado de algún modo señales de desaprobación, sino porque, pensó Tomagra, si ella aceptaba, le hubiera sido fácil con una media vuelta de músculos ir a su encuentro, posarse, por así decirlo, sobre aquella mano a la espera. Para demostrarle el propósito amistoso de esta asiduidad, Tomagra intentó un discreto meneo de dedos; la señora miraba por la ventanilla y con su mano indolente jugaba con el cierre del bolso, abriéndolo y cerrándolo. ¿Eran señales para indicarle que desistiera, era un último aviso que le concedía, una advertencia de que no se podía seguir poniendo a prueba su paciencia? ¿Era eso?, se preguntaba Tomagra, ¿era eso?

Advirtió que su mano, como un pequeño pulpo, apretaba la carne de la señora. Ahora todo estaba decidido: él, Tomagra, ya no podía echarse atrás; pero ella, ella, ella era una esfinge.

La mano del soldado trepaba ahora por el muslo con oblicuos pasos de cangrejo; ¿quedaría al descubierto ante los ojos de los demás? No, la viuda tan pronto alisaba la chaqueta doblada sobre el regazo como la dejaba caer a un lado. ¿Para ofrecerle una protección o para despejarle el camino? El caso es que la mano se movía libre, sin ser vista, se cerraba, se extendía en caricias rasantes como un breve soplo de viento. Pero el rostro de la viuda seguía girado hacia fuera, lejano; Tomagra le miraba una zona de piel desnuda, entre la oreja y el

abultado *chignon*. Y en aquella axila de oreja el pulsar de una vena: ésta era la respuesta que ella le daba, clara, vehemente e inasible. De pronto volvió la cara severa y marmórea, el velo que caía del sombrero se movió como una cortina, pero aquella mirada lo había dejado a él Tomagra, atrás, tal vez ni siquiera lo había rozado, miraba, más allá de él, algo o nada, el punto de apoyo de un pensamiento, pero siempre algo más importante que él. Esto lo pensó después, porque antes, apenas vio aquel movimiento de ella, se echó rápidamente hacia atrás y apretó los ojos como si durmiera, tratando de contener el rubor que se le extendía por la cara y quizá perdiendo así la ocasión de atrapar en el primer fulgor de su mirada una respuesta a las propias, punzantes dudas.

La mano, escondida debajo de la chaqueta negra, había permanecido casi separada de él, encogida y con los dedos contraídos hacia la muñeca, no una verdadera mano, sino ahora una mano sin sensibilidad, como no fuera la sensibilidad del árbol de los huesos. Pero como la tregua concedida por la viuda a su propia impasibilidad con aquella imprecisa mirada a su alrededor había terminado en seguida, en la mano volvió a circular sangre y coraje. Y fue entonces cuando, al retomar contacto con la mórbida corva de la pierna, él se dio cuenta de que había llegado a un límite: los dedos corrían por el ruedo de la falda, más allá venía el salto de la rodilla, el vacío.

Era el final, pensó el soldado Tomagra, de aquella orgía secreta: y ahora, al pensarlo, parecía bien mísera en su recuerdo, aunque la hubiera agigantado codiciosamente mientras la vivió: una torpe caricia bajo una chaqueta de seda, algo que de ningún modo se le podía negar, precisamente por su lamentable condición de soldado, y que discretamente la señora, sin demostrarlo, se había dignado concederle.

Pero en su intención de retirar, desolado, la mano, se interrumpió al observar cómo tenía ella la chaqueta sobre las rodillas: no ya doblada (y sin embargo, así le había parecido al principio), sino echada con descuido, de modo que una parte colgaba delante de las piernas. Así, era en una guarida cerrada: quizás una última prueba de confianza que le daba la señora, convencida de que la desproporción entre ella y

el soldado era tal que él seguramente no la aprovecharía. Y el soldado evocaba con esfuerzo lo que hasta entonces había ocurrido entre él y la viuda tratando de descubrir algo en el recuerdo de la actitud de ella que indicase que condescendía a algo más, y ya volvía a pensar en sus propios gestos como si fueran superficiales e insignificantes, roces o frotes casuales, o como si entrañaran una intimidad decisiva que le impedía, ahora, echarse atrás.

Su mano cedió a esta última forma del recuerdo, porque, antes de que hubiese reflexionado bien sobre lo irreparable del acto, ya superaba el obstáculo. ¿Y la señora? Dormía. Había abandonado la cabeza, con el fastuoso sombrero, contra un ángulo y tenía los ojos cerrados. ¿Debía él, Tomagra, respetar ese sueño, fuese verdadero o fingido, y retirarse? ¿O era un expediente de mujer cómplice, que ya hubiera debido conocer, y por el que debía en cierto modo demostrar gratitud? El punto al que había llegado no le permitía dilaciones, no le quedaba sino seguir adelante.

La mano del infante Tomagra era pequeña y corta, y sus durezas y callosidades estaban bien amalgamadas al músculo haciéndola suave y uniforme; el hueso no se sentía y el movimiento nacía más de nervios, pero con suavidad, que de falanges. Y esa mano pequeña hacía movimientos continuos, generales, minúsculos, para mantener la totalidad del contacto viva y encendida. Pero cuando al fin un primer estremecimiento recorrió la morbidez de la viuda, como un fluir de lejanas corrientes marinas por secretas vías subacuáticas, el soldado se quedó tan sorprendido que, como si supusiera que hasta ese momento ella no se había dado cuenta de nada, como si verdaderamente hubiese dormido, asustado, retiró la mano.

Ahora, con las manos sobre las propias rodillas, estaba encogido en el asiento, como cuando la señora había entrado: comprendió que se comportaba de una manera absurda. Entonces se puso a golpear con los tacones, a desentumecerse las piernas, con lo cual parecía igualmente ansioso por restablecer los contactos, pero aquella prudencia suya era también absurda, como si quisiera recomenzar desde el principio su pacientísima tarea y no estuviera ahora seguro

de las ya profundas metas que había alcanzado. ¿Pero las había alcanzado realmente? ¿O había sido sólo un sueño?

Un túnel se les vino encima. La oscuridad era cada vez más espesa y entonces Tomagra, primero con gestos tímidos, de vez en cuando encogiéndose como si estuviera en los primeros avances y se maravillase de su audacia, después siempre tratando de convencerse de la extrema confianza a la que había llegado con la mujer, adelantó una mano temblorosa como una gallinita hacia el pecho de ella, grande y un poco abandonado a su peso, y a tientas trataba de explicarle la miseria y la insoportable felicidad de su estado, y su necesidad, no de otra cosa, sino de que ella saliera de su reserva.

La viuda, efectivamente, reaccionó, pero con un brusco gesto de defensa y rechazo. Esto bastó para arrinconar a Tomagra en su ángulo, torciéndose las manos. Pero era probablemente una falsa alarma: una luz en el corredor había inspirado a la viuda el temor de que el túnel terminara de pronto. Tal vez: ¿o era que había pasado el límite, había cometido alguna horrible incorrección con la señora, tan generosa ya? No, ahora no podía haber nada prohibido entre ellos: y más aún, el gesto de ella era una señal de que todo era verdadero, de que ella aceptaba, que participaba. Tomagra se acercó de nuevo. En estas reflexiones se había perdido, claro está, mucho tiempo, el túnel no duraría mucho más, no era prudente dejarse descubrir de repente por la luz, Tomagra esperaba ya el primer gris de las paredes, pero cuanto más esperaba, más arriesgado era atreverse, claro que el túnel era largo, él lo recordaba larguísimo de sus otros viajes, claro que si hubiera aprovechado en seguida habría tenido mucho tiempo por delante, ahora era mejor esperar el final, pero como no terminaba nunca, quizás ésta sería la última oportunidad para él, ahora la oscuridad disminuía, ahora terminaba.

Estaban en las últimas estaciones de un trayecto de provincias. El tren se iba vaciando; de los pasajeros del compartimiento los más se habían apeado, los últimos empujaban las maletas, se preparaban para bajar. Terminaron por quedar solos el soldado y la viuda, muy juntos y separados, los brazos cruzados, mudos, mirando el vacío. Tomagra tuvo todavía necesidad de pensar: «Ahora que todos los

lugares están libres, si quisiera estar tranquila y cómoda, si yo le molestara, cambiaría de asiento...».

Algo lo contenía y lo asustaba todavía, tal vez en el pasillo la presencia de un grupo de fumadores o una luz que se había encendido porque caía la noche. Entonces pensó en correr las cortinas que daban al pasillo, como cuando uno quiere dormir: se levantó con pasos de elefante, comenzó con lento y meticuloso cuidado a soltar las cortinas, a extenderlas, a sujetarlas. Cuando se volvió, la encontró acostada. Como si quisiera dormir: pero además de tener los ojos abiertos y fijos, había caído hacia atrás, manteniendo intacta su compostura de matrona, con el majestuoso sombrero siempre encajado en la cabeza apoyada en el brazo del asiento.

Tomagra estaba de pie a su lado. Para proteger el simulacro de sueño, quiso oscurecer también la ventanilla y se inclinó sobre ella para soltar la cortina. Pero era sólo una manera de cumplir sus torpes gestos sobre el cuerpo de la viuda impasible. Entonces dejó de atormentar el ojal de la cortina y comprendió que debía proceder de otro modo, demostrarle toda su improrrogable situación de deseo, aunque sólo fuera para explicarle el equívoco en que sin duda ella había incurrido, como diciéndole: «Mire, usted ha sido condescendiente conmigo porque cree que los soldados pobres y solos como nosotros tenemos una remota necesidad de afecto, pero en cambio, esto es lo que soy, así he recibido su cortesía, mire hasta qué punto de imposible ambición he llegado, ya lo está viendo».

Y como ahora estaba claro que nada conseguía maravillar a la viuda, más aún, todo parecía en cierto modo previsto por ella, al infante Tomagra no le quedaba sino actuar de modo que no cupiera ya ninguna duda, y que finalmente su furia amorosa consiguiera alcanzarla también a ella, su mudo objeto.

Cuando Tomagra se incorporó y debajo de él la viuda seguía con su mirada clara y severa (tenía los ojos azules), el sombrero con el velo siempre encajado en la cabeza, y el altísimo pitido de tren en el campo que no acababa nunca, y afuera seguían las hileras interminables de las viñas, y la lluvia que durante todo el viaje había rayado infatigable los cristales volvía a caer con renovada violencia, sintió todavía un

poco de miedo por haberse atrevido a tanto, él, Tomagra, soldado de infantería.

La aventura de un bandido

Lo importante era que no lo detuvieran en seguida. Gim se aplastó en el vano de una puerta, creyó que los policías seguían corriendo en línea recta, pero al cabo de un momento oyó que los pasos volvían atrás, retrocedían al llegar al callejón. Salió corriendo, a saltos ligeros.

—¡Deténte o disparamos, Gim!

«¡Bueno, sí, vamos, disparemos!», pensaba Gim, y ya estaba fuera de alcance, tomando impulso desde el borde de los peldaños empedrados, bajando por las calles tortuosas de la ciudad vieja. Sobre la fuente saltó la balaustrada de la rampa, después se encontró bajo los soportales que agigantaban el sonido de sus pisadas.

Toda la gente en la que pensaba quedaba descartada: Lola, no, Nilde, no, Renée, no. Dentro de poco, aquéllos estarían en todas partes, llamando a las puertas. Era una noche tierna, con nubes tan claras que hubieran estado bien aun de día, sobre los altos arcos de los callejones.

Al desembocar en las calles anchas de la ciudad nueva, Mario Albanesi alias Gim Bolero frenó un poco su impulso, se acomodó detrás de las orejas los mechones que le habían caído sobre las sienes. No se oía un paso. Cruzó decidido y discreto, llegó al portal de la Armanda, subió. A esa hora seguro que ya no había nadie y que dormía; Gim llamó con fuerza.

—¿Quién es? —dijo al cabo de un momento una contrariada voz de hombre—. A esta hora se duerme… — Era Lilín.

—Abre un momento, Armanda, soy yo, Gim —dice, no fuerte, pero decidido.
Armanda se revuelve en la cama:

—Uh, Gim, guapo, ahora te abro, uh, es Gim. —Coge el cordel sujeto a la cabecera de la cama que abre la puerta, y tira.

La puerta, dócil, cede; Gim avanza por el pasillo, las manos en los bolsillos, entra en la habitación. Por los altos relieves de la sábana se diría que la gran cama de Armanda la ocupa toda el cuerpo de ella. Sobre la almohada la cara sin pintar, bajo el flequillo negro, se deja ir en bolsas y arrugas. Más allá, como en un pliegue de la manta, a un lado de la cama, está acostado su marido Lilín, y parece que quisiera hundirse en la almohada con su pequeña cara azulada para atrapar de nuevo el sueño interrumpido.

Lilín tiene que esperar a que el último cliente se marche para poder meterse en la cama y despachar el sueño que se le va acumulando en sus ociosas jornadas. No hay nada en el mundo que Lilín sepa o quiera hacer, le basta tener para fumar y tranquilo. Armanda no puede decir que Lilín le cueste, salvo los paquetes de tabaco que fuma al cabo del día. Sale con su paquete por la mañana, se sienta en el tenducho del zapatero remendón, del ropavejero, del deshollinador, lía un cigarrillo tras otro y fuma, sentado en esos banquitos de taller, las largas manos lisas de ladrón sobre las rodillas, la mirada mortecina, escuchando a todos como un espía, sin intervenir casi nunca en la conversación como no sea para decir algunas frases breves o con algunas inesperadas sonrisas torcidas y amarillas. Por la noche, cuando se cierra el último tenducho, va a la tienda de vinos y se zampa un litro, fuma los cigarrillos que le quedan hasta que bajan las persianas. Sale, su mujer anda todavía buscando clientes en la avenida, con su chaqueta ceñida, los pies hinchados en los zapatos estrechos. Lilín desemboca por una esquina, suelta un silbido suave, unas pocas palabras para decirle que ya es tarde, que vaya a dormir. Sin mirarlo, de pie en el borde de la acera como en un escenario, el pecho apretado en la armadura de goma y alambre, el cuerpo de vieja en el vestidito de muchacha, con un nervioso movimiento del bolso entre las manos, un dibujar círculos con los tacones en el empedrado, un canturreo repentino, le contesta que no, que todavía hay gente que pasa, que se vaya y espere. Así se cortejan todas las noches.

—¿Qué pasa, Gim? —dice Armanda bizqueando.

Gim ya ha encontrado cigarrillos sobre la cómoda y enciende uno.

—Necesito pasar aquí la noche, esta noche.

Y ya se está quitando la chaqueta, desanudando la corbata.

—Sí, Gim, ven a la cama. Tú vete al sofá, Lilín, anda, guapo, sal, deja que Gim se acueste.

Lilín se queda un momento como una piedra, después se incorpora emitiendo un lamento sin palabras articuladas, baja de la cama, coge su almohada, una manta, el tabaco sobre la cómoda, el papel, los fósforos, el cenicero.

—Anda, Lilín, guapo, anda. —Sale pequeño y encorvado bajo su carga hacia el sofá del pasillo.

Gim se desviste fumando, cuelga los pantalones bien doblados, acomoda la chaqueta en una silla cerca de la cabecera de la cama, lleva los cigarrillos de la cómoda a la mesita de noche, los fósforos, un cenicero, se mete en la cama. Armanda apaga la lámpara y suspira. Gim fuma. Lilín duerme en el pasillo. Armanda se vuelve. Gim apaga el cigarrillo en el cenicero. Llaman a la puerta.

Con una mano Gim toca el revólver en el bolsillo de la chaqueta, con la otra toma a Armanda por el codo: que tenga cuidado. El brazo de Armanda es gordo y suave; se quedan un momento quietos.

—Pregunta quién es, Lilín —dice Armanda despacio.

Lilín resopla por el corredor.

—¿Quién es? —pregunta de mala manera.

—Eh, Armanda, soy yo, Angelo.

—¿Qué Angelo? —dice ella.

—Angelo el sargento, Armanda, pasaba por aquí, se me ocurrió que podía subir… ¿Puedes abrir un minuto?

Gim ya ha salido de la cama y hace señas de que se calle. Abre una puerta, mira el cuarto de baño, toma la silla con su ropa y se la lleva.

—Nadie me ha visto. Despáchalo rápido —dice en voz baja y se encierra en el cuarto de baño.

—Ven, Lilín, guapo, métete otra vez en la cama, anda, Lilín. —Armanda, acostada, dirige los movimientos.

—Vamos, Armanda, no me hagas esperar —dice el otro desde la puerta.

Con calma Lilín recoge manta, almohada, tabaco, fósforos, papel de liar, cenicero, vuelve a la cama, se mete dentro y estira la sábana sobre los ojos. Armanda se cuelga del cordel y abre la puerta.

Entró Soddu, con su aire marchito de viejo agente vestido de paisano, los bigotes grises en la cara gorda.

—Andas de paseo hasta tarde, sargento —dice Armanda.

—Oh, daba una vuelta —dice Soddu— y se me ocurrió hacerte una visita.

—¿Qué querías?

Soddu estaba junto a la cabecera, se secaba con el pañuelo la cara sudada.

—Nada, una visita corta, simplemente. ¿Alguna novedad?

—¿Qué novedad?

—¿No habrás visto a Albanesi, por casualidad?

—¿Gim? ¿En qué se ha metido?

—Nada. Cosas de muchachos... Le queríamos preguntar algo. ¿Lo has visto?

—Hace tres días.

—No. Ahora.

—Hace dos horas que duermo, sargento. Pero ¿por qué vienes aquí? Vete a ver a sus amigas: la Rosy, la Nilde, Lola...

—Es inútil: cuando hace una burrada, se larga.

—Aquí no ha venido. Otra vez será, sargento.

—Bueno, Armanda, preguntaba simplemente, quiero decir, que estoy contento de haberte visto.

—Buenas noches, sargento.

—Buenas noches, ¿eh?

Soddu se volvió pero no se iba.

—Oye, ya es de mañana y no voy a seguir dando vueltas. Ir a meterme en aquel camastro, no me dan ganas. Ya que estoy, casi me gustaría quedarme, ¿eh, Armanda?

—Sargento, tú siempre tan bueno, pero para decir la verdad he terminado de recibir, cada uno tiene su horario, sargento.

—Armanda, un amigo como yo. —Soddu ya se quitaba la chaqueta, la camiseta.

—Eres único, sargento; ¿y si nos viéramos mañana por la noche?

Soddu seguía desvistiéndose:

—Es para esperar la mañana, comprendes, Armanda. Anda, hazme un lugar.

—Quiere decir que Lilín irá al sofá; anda, Lilín, ve, Lilín, guapo, ve.

Lilín movió las largas manos en el aire, buscó el tabaco sobre la mesita de noche, se incorporó quejándose, salió de la cama casi sin abrir los ojos, tomó la almohada, la manta, el papel de fumar, los fósforos.

—Anda, Lilín, guapo —salió arrastrando la manta por el pasillo. Soddu se revolvía ya entre las sábanas.

En el cuarto de baño Gim veía por los cristales del ventanuco el cielo que se iba poniendo verde. Había olvidado los cigarrillos sobre la mesita de noche, eso era lo malo. Y ahora el otro se metía en la cama y él tenía que quedarse encerrado hasta que llegara el día entre aquel bidé y las cajas de talco, sin poder fumar. Se había vestido en silencio, se peinó con cuidado mirándose en el espejo del lavabo, al otro lado del cerco de perfumes, colirios, perillas, medicinas, insecticidas que bordeaban el estante. Leyó algunas etiquetas a la luz de la ventanita, robó una caja de pastillas, después siguió examinando el cuarto de

baño. No había mucho que descubrir: ropas en una palangana, otras tendidas. Se puso a probar los grifos del bidé; el agua salpicó con ruido. ¿Y si Soddu le oyera? Al diablo con Soddu y la cárcel. Gim estaba aburrido, volvió al lavabo, se perfumó con colonia la chaqueta, se puso brillantina. Claro, si no lo detenían hoy lo detenían mañana, pero no en flagrante delito, si todo iba bien lo dejaban salir en seguida. Esperar allí otras dos o tres horas sin cigarrillos, en aquel cuchitril... ¿quién le obligaba? Claro: lo dejarían salir en seguida. Abrió un armario: chirrió. Al diablo con el armario y todo el resto. Dentro había colgados vestidos de Armanda. Gim metió el revólver en el bolsillo de un abrigo de piel. «Pasaré a buscarlo»,

pensó, «de todos modos hasta el invierno no se lo pondrá.» Sacó la mano blanca de naftalina. «Mejor: no se apolilla», se rió. Se lavó otra vez las manos, las toallas de Armanda le daban asco y se secó en un abrigo del armario.

Desde la cama Soddu había oído ruidos. Tocó a Armanda con una mano.

—¿Qué hay? —Ella se volvió, le echó uno de sus brazos grande y blando alrededor de la cabeza.

—Nada... Qué quieres que sea... —Soddu no quería liberarse, pero sentía que algo se movía y preguntaba, como jugando:

—Qué hay, ¿eh?... ¿eh, qué hay?

Gim abrió la puerta.

—Vamos, sargento, no te hagas el tonto, deténme.

Soddu estiró la mano hasta el revólver metido en la chaqueta colgada, pero sin despegarse de Armanda.

—¿Quién anda ahí?

—Gim Bolero.

—Arriba las manos.

—Estoy desarmado, sargento, no seas tonto. Me entrego.

Estaba de pie junto a la cabecera de la cama, con la chaqueta sobre los hombros y las manos alzadas a media altura.

—Oh, Gim —dijo Armanda.

—Dentro de unos días paso a verte, Anda —dijo Gim.

Soddu se levantaba lamentándose, se ponía los pantalones.

—Maldito servicio... No se puede estar nunca tranquilo...

Gim tomó los cigarrillos de la mesita de noche, encendió uno, metió el paquete en el bolsillo.

—Dame uno, Gim —dijo Armanda, y se incorporó alzando el pecho blando.

Gim le puso un cigarrillo en la boca, lo encendió, ayudó a Soddu a ponerse la chaqueta.

—Vamos, sargento.

—Otra vez será, Armanda —dijo Soddu.

—Hasta pronto, Angelo —le contestó ella.

—Hasta pronto, eh, Armanda —dijo de nuevo Soddu.

—Chao, Gim.

Salieron. En el pasillo Lilín dormía aferrado al borde del desvencijado sofá; ni siquiera se movió.

Armanda fumaba sentada en la gran cama; apagó la lámpara porque una luz gris entraba ya en la habitación.

—Lilín —llamó—. Ven, Lilín, ven a la cama, anda, Lilín guapo, ven.

Lilín recogía ya la almohada, el cenicero.

La aventura de una bañista

Mientras se bañaba en la playa de ***, la señora Isotta Barbarino sufrió un penoso contratiempo. Nadaba en mar abierto y cuando le pareció que era hora de regresar y se volvía hacia la orilla, se dio cuenta de que había ocurrido algo irremediable. Había perdido el bañador.

No podía decir si se le había caído en ese mismo momento, o si hacía un rato que nadaba sin él; de su nuevo dos piezas, le quedaba sólo el sujetador. Un movimiento de la cadera probablemente le había hecho saltar unos botones, y el «slip», reducido a un trapito informe, se le había deslizado por la otra pierna. Tal vez todavía se estaba hundiendo a pocos palmos de profundidad; trató de sumergirse bajo el agua para buscarlo, pero en seguida le faltó el aire y sólo vio unas confusas sombras verdes vacilando ante sus ojos.

Sofocó la creciente ansiedad, trató de ordenar con calma sus ideas. Era mediodía, había gente dando vueltas por el mar, en canoas y patines o nadando. No conocía a nadie; había llegado el día anterior con su marido que había tenido que regresar en seguida a la ciudad. Ahora no quedaba otra solución, pensó la señora, maravillándose de su propio razonar nítido y tranquilo, sino encontrar entre las barcas la de un bañero, que alguno habría desde luego, o de una persona que inspirase confianza, y llamarlo, o mejor acercársele y arreglárselas para pedirle al mismo tiempo ayuda y discreción.

La señora Isotta pensaba estas cosas mientras flotaba casi en cuclillas, agitando los brazos, sin atreverse a mirar alrededor. Sólo sacaba la cabeza y sin darse cuenta bajaba la cara hasta el ras del agua, no para escudriñar su secreto, que ahora consideraba inviolable, sino con un gesto como el de quien se frota los párpados y las sienes contra la sábana o la almohada para secarse las lágrimas suscitadas por un pensamiento nocturno. Y en verdad, las lágrimas estaban ahí esperando, le presionaban las comisuras de los ojos, y tal

vez la posición instintiva de su cabeza era justamente para verter en el mar esas lágrimas: tan perturbada se sentía, tanta era en ella la separación entre razonamiento y sentimiento. No estaba tranquila, pues: estaba desesperada. En aquel mar inmóvil, recorrido a largos intervalos por la giba de una ola apenas insinuada, ella también permanecía inmóvil y, en lugar de lentas brazadas, agitaba las manos en medio del agua con un movimiento de súplica, y la señal más alarmante de su situación, que quizá ni ella misma percibía, era esa economía de fuerzas que debía respetar, casi como si la esperara un tiempo larguísimo y extenuante.

El bañador de dos piezas se lo había puesto aquella mañana por primera vez y, en la playa, en medio de tantos desconocidos, tuvo una sensación un poco incómoda. En cambio, apenas en el agua, se sintió contenta, más libre de movimientos y con más ganas de nadar. A la señora le gustaban los largos baños en mar abierto, pero no por placer de deportista, pues era un poco regordeta e indolente, y lo que más le interesaba era la confianza con el agua, sentirse parte de aquel mar sereno. El nuevo bañador le dio justamente esa sensación; más aún, lo primero que pensó mientras nadaba fue: «Es como si estuviera desnuda». Lo único molesto era la idea de aquella playa abarrotada de gente, no por nada, sino porque ese bañador podía dar a sus futuras relaciones sociales de balneario una idea de ella que en cierto modo tendrían que cambiar después: no tanto un juicio sobre su seriedad, porque ahora en la playa todas andaban así, sino porque la creyeran, por ejemplo, deportista, o a la última moda, cuando en realidad era una señora realmente sencilla y de su casa. Quizá porque tenía ya esta sensación de sí misma, diferente de la habitual, no había notado nada cuando la cosa ocurrió. Ahora la incomodidad que había sentido en la playa, y la novedad del agua en la piel desnuda, y la vaga preocupación de que tendría que regresar a la orilla, todo lo agrandaba esta preocupación nueva y mucho más grave.

Lo que nunca hubiera debido mirar era la playa. Y la miró. Daban las doce y en la arena los parasoles con sus círculos concéntricos negros y amarillos arrojaban sombras negras donde los cuerpos se achataban, y la hormigueante multitud de bañistas se lanzaba al mar, y no había más patines en la orilla, y apenas regresaba uno era tomado

por asalto antes de tocar tierra, y el borde negro de la superficie azul se movía en continuas salpicaduras blancas, especialmente entre las cuerdas donde bullía el hervidero de niños, y a cada ola blanda se levantaba un griterío cuyas notas eran tragadas súbitamente por el estruendo. En el mar abierto, frente a la playa, ella estaba desnuda.

Nadie lo hubiera sospechado al ver sólo su cabeza asomar fuera del agua, y apenas los brazos y el pecho, mientras nadaba con circunspección, sin sacar jamás el cuerpo a la superficie. Podía pues dedicarse a buscar ayuda sin exponerse demasiado. Y para verificar lo que podían ver de ella ojos extraños, la señora Isotta se detenía de vez en cuando y trataba de mirarse, flotando casi vertical. Y veía con ansiedad los rayos del sol parpadeando en límpidas reverberaciones submarinas, y aparecían algas flotantes y velocísimos bancos de pececitos estriados, y en el fondo la arena ondulada, y arriba su cuerpo. Girando en vano con las piernas apretadas, trataba de esconderlo a su propia mirada: la piel del nítido vientre era de una blancura reveladora entre el moreno del pecho y el de los muslos, y ni el movimiento de una ola ni el navegar entre dos aguas de las algas semisumergidas confundían lo oscuro y lo claro de su vientre. La señora volvió a nadar de la misma manera híbrida, manteniendo el cuerpo lo más bajo posible pero sin detenerse, se volvía para mirar hacia atrás con el rabillo del ojo: y a cada brazada toda la blanca amplitud de su persona aparecía a la luz en sus contornos más reconocibles y secretos. Y, afanosa, cambiaba la manera y la dirección de sus movimientos, y giraba en el agua, se observaba en todas las inclinaciones y con todas las luces, se retorcía sobre sí misma; y siempre la seguía el desnudo cuerpo ofensivo. Era una fuga de su cuerpo lo que estaba intentando, como de otra persona a quien ella, la señora Isotta, no conseguía salvar en una coyuntura difícil y no le quedaba sino abandonarla a su suerte. Y, sin embargo, ese cuerpo tan rico e inocultable había sido para ella una gloria, un motivo de complacencia; sólo una contradictoria cadena de circunstancias en apariencia lógicas podía convertirlo ahora en un motivo de vergüenza. O no, tal vez su vida seguía consistiendo sólo en la vida de la señora vestida que había sido cada uno de sus días, y su desnudez le pertenecía tan poco, era un estado inconveniente de la naturaleza que

se revelaba de vez en cuando, maravillando a los seres humanos y a ella en primer lugar. Ahora la señora Isotta recordaba que, aun sola o en confianza con su marido, su desnudez siempre había ido acompañada de un aire de complicidad, de ironía entre incómoda y gatuna, como si se pusiera por momentos unos disfraces divertidos pero extravagantes, en una especie de carnaval secreto entre marido y mujer. A tener un cuerpo la señora se había acostumbrado con cierta reticencia, después de la desilusión de los primeros años románticos, y lo había asumido como quien aprende a disponer de una propiedad por muchos codiciada. Ahora la conciencia de este derecho suyo reaparecía de entre los antiguos miedos, en la amenaza de aquella playa vocinglera.

Pasado mediodía, entre los bañistas dispersos en todo el mar empezaba el reflujo hacia la orilla; era la hora del almuerzo en las pensiones, de las comidas ligeras delante de las cabinas, y también la hora en que se goza de la arena más ardiente bajo el sol vertical. Y cascos de barcas, y flotadores de patines que pasaban cerca de la señora, y ella estudiaba las caras de los hombres a bordo, y a veces estaba por decidirse a irles al encuentro; pero cada vez el relámpago de una mirada entre las pestañas, o un movimiento anguloso de los hombros o de los codos la hacían huir con brazadas falsamente desenvueltas, cuya calma ocultaba una fatiga que empezaba a pesarle. Los que iban en barca, solos o en grupo, muchachos todos excitados por el ejercicio físico, o señores de intenciones maliciosas y de mirada insistente, al encontrarla perdida en el mar, la cara compungida que no ocultaba una ansiedad trémula y suplicante, la gorra que le daba una expresión de muñeca un poco consentida, y los hombros suaves girando inciertos, salían en seguida de su nirvana extático o agitado y los que iban acompañados la señalaban con el mentón o con guiños, y los que andaban solos frenando con un remo viraban intencionadamente la proa para cortarle el camino. A su necesidad de ayuda respondían levantando cercos de malicia y sobrentendidos, una zarza de miradas aceradas, de incisivos descubiertos en risas ambiguas, de repentina suspensión de los remos al ras del agua; y a ella no le quedaba sino huir. Algunos nadadores pasaban dando cabezadas ciegas y aplastando la nariz contra el agua y resoplando sin

alzar la vista; pero la señora desconfiaba de ellos y los rehuía. En realidad, incluso pasando de largo, los nadadores presa de súbito cansancio se ponían a hacer el muerto y a desentumecer las piernas en un pataleo insensato, y daban vueltas a su alrededor hasta que ella se marchaba mostrando su desdén. Y ahora se había tendido a su alrededor una red de alusiones obligadas, como si cada uno de esos hombres estuviese esperándola y fantaseara desde hacía años con una mujer a la que le ocurriera lo que le había ocurrido a ella, y pasaran los veranos en el mar esperando estar justo ahí en el momento oportuno. No había salida, el frente de las premeditadas insinuaciones masculinas se extendía a todos los hombres, sin brecha posible, y el salvador con el que ella se había obstinado en soñar como si fuera un ser absolutamente anónimo, casi angelical, un bañero, un marinero, estaba segura ahora de que no podía existir. El bañero que vio pasar, el único que con un mar tan tranquilo daba vueltas en barca para prevenir posibles desgracias, tenía labios tan carnosos y músculos tan fundidos a los nervios que nunca hubiera tenido valor de confiarse a sus manos, ni siquiera — pensó en la excitación del momento— para que le abriera una cabina o plantara un parasol.

En sus frustradas fantasías, las personas a las que había esperado poder recurrir eran siempre hombres. No había pensado en las mujeres, y sin embargo, con ellas todo debía de ser más sencillo; sin duda se hubiera despertado una especie de solidaridad femenina en esa coyuntura tan grave, en esa ansiedad que sólo una de ellas podía entender a fondo. Pero las ocasiones de comunicarse con personas de su mismo sexo eran más escasas e inciertas, contrariamente a la peligrosa facilidad de los encuentros con los hombres, y una desconfianza, esta vez recíproca, las dificultaba. Casi todas las mujeres pasaban en patines en pareja con un hombre, celosas e inaccesibles, y buscaban el mar abierto, donde el cuerpo que para la señora Isotta era sólo objeto de vergüenza pasiva, para ellas era el arma de una lucha agresiva y previsible. Algunas barcas se acercaban atestadas de jovencitas gárrulas y acaloradas, y la señora pensaba en la distancia que mediaba entre la ínfima vulgaridad de su aflicción y la volátil despreocupación de las muchachas; pensaba en el momento en que tendría que repetir su petición de ayuda porque seguramente

la primera vez no la habrían escuchado; pensaba en cómo cambiarían sus caras al oír la noticia, y no se decidía a llamarlas. Pasó también una rubia bronceada sola en una canoa, llena de suficiencia y de egoísmo, seguramente salía a mar abierto para tomar el sol desnuda, y ni siquiera la rozaba la idea de que la desnudez pudiera ser una desgracia o una condena. La señora Isotta comprendió entonces lo sola que está una mujer, qué rara es entre sus congéneres (tal vez quebrada por el estrecho pacto que tienen con el hombre) la bondad solidaria y espontánea que adivina las llamadas de auxilio y que une con un gesto de connivencia en el momento de la desgracia secreta que el hombre no comprende. Las mujeres jamás la salvarían, y hombres no había. Se sentía en el límite de sus fuerzas.

Una pequeña boya de color herrumbre que hasta ese momento habían tomado por asalto un racimo de muchachos para zambullirse, de pronto, en un chapuzón general, quedó libre. Una gaviota se posó en la boya, abanicó el aire con las alas y emprendió vuelo, porque la señora Isotta se aferraba al borde. Si no conseguía agarrarse a tiempo, se ahogaba. Pero ni siquiera la muerte era posible, ni siquiera le dejaban ese injustificable, desproporcionado remedio; porque ya estaba por renunciar y no conseguía levantar el mentón que se inclinaba hacia el agua cuando vio que en las embarcaciones circundantes los hombres se enderezaban rápidamente, dispuestos a zambullirse y socorrerla: allí estaban sólo para salvarla, para llevarla desnuda y desvanecida entre las preguntas y las miradas de un público curioso, y el peligro de muerte sólo hubiera ido acompañado del desenlace ridículo y mísero al que en vano trataba de escapar.

Desde la boya, mirando a los nadadores y a los remeros que parecían reabsorbidos poco a poco por la orilla, recordaba la fatiga maravillosa de aquellos regresos; y las voces que iban de una embarcación a otra: «¡Nos encontramos en la orilla!», o: «¡A ver quién llega primero!» la llenaban de infinita envidia. Pero le bastó percibir a un hombre flaco, con unos calzones largos, el único que quedaba en medio del mar, de pie en una barca de motor parada, que miraba quién sabe qué en el agua, y en seguida el deseo de volver quedó oculto por el miedo de que la vieran, por el ansia de esconderse detrás de la boya.

Ya no recordaba cuánto hacía que estaba allí: la playa se vaciaba, y los patines se ordenaban en hilera sobre la arena, y de los parasoles, arriados uno tras otro, sólo quedaba un cementerio de astas mochas, y las gaviotas volaban al ras del agua, y en la barca de motor parada el hombre flaco había desaparecido y en su lugar la cabeza pasmada de un niño rizado asomaba por la borda; y por el sol pasó una nube que un viento incipiente empujaba hacia un cúmulo que se espesaba sobre las montañas. La señora pensaba en esa hora vista desde tierra, en las tardes ceremoniosas, en el destino de modesto decoro y de alegrías respetuosas que creía previstas para ella y en la insignificante incongruencia que venía a contradecirlo, como el castigo de una culpa no cometida. Pero quizá la indolencia veraniega, el deseo de nadar sola, la alegría del propio cuerpo en el bañador de dos piezas escogido con demasiada osadía, ¿no eran las señales de una fuga iniciada mucho antes, el desafío a una inclinación al pecado, las etapas de una desenfrenada carrera hacia ese estado de desnudez que ahora se le aparecía en toda su palidez miserable? Y la hermandad de los hombres en medio de los cuales creía transcurrir intacta como una gran mariposa, fingiendo una cómplice desenvoltura de muñeca, revelaba ahora sus crueldades esenciales, la duplicidad de su esencia diabólica, como presencia de un mal contra el cual ella no estaba bastante preservada, y al mismo tiempo como instrumento de ejecución del castigo.

Agarrada a los remaches de la boya, las yemas de los dedos exangües y con los relieves ondulados que se forman al estar tanto tiempo en el agua, la señora se sentía exiliada del mundo entero y no entendía por qué esa desnudez que todos llevan consigo desde siempre la desterraba a ella sola, como si fuera la única en estar desnuda, la única criatura en poder permanecer desnuda bajo el cielo. Y alzando los ojos vio que en la barca de motor estaban ahora juntos hombre y niño, haciéndole gestos como diciéndole que se quedara allí, que era inútil afanarse. Eran serios y comprensivos los dos, contrariamente a todos los de antes, como si le anunciaran un veredicto: tenía que resignarse, había sido elegida para pagar por todos; y si al gesticular intentaban una especie de sonrisa, era sin sombra de malicia: tal vez una invitación a que aceptara de buen grado su castigo.

La barca partió en seguida, más veloz de lo que se hubiera podido suponer y los dos se ocupaban del motor y del timón y no se volvieron hacia la señora que a su vez trataba de sonreírles como para demostrar que si sólo se la acusaba de estar hecha de esa manera que todos apreciaban y envidiaban, si le tocaba expiar solamente esa ternura nuestra, un poco torpe, por las formas, pues bien, ella aceptaría cargar con todo el peso, contenta.

La barca, con sus movimientos misteriosos y la confusa maraña de razonamientos, la había mantenido en tal temeroso estupor que tardó en percibir el frío. Una suave adiposidad permitía a la señora Isotta ciertos baños largos y gélidos que llenaban de maravilla al marido y a los familiares, gentes flacas. Pero había estado demasiado tiempo en el agua, y su piel lisa se erizaba en granitos puntiformes, y un lento hielo se adueñaba de su sangre. Entonces, en los estremecimientos que la sacudían, Isotta se reconoció viva, en peligro de muerte, inocente. Porque la desnudez que de pronto era como si le hubiese crecido encima, ella la había aceptado siempre, no como culpa suya, sino como inocencia ansiosa, como la fraternidad secreta con los demás, como carne y raíz de su ser en el mundo; y en cambio ellos, los maliciosos de los patines y las impávidas de los parasoles que eran quienes no la aceptaban, quienes la denunciaban como un delito, como un cargo de acusación, sólo ellos eran culpables. No quería pagar por ellos y se retorció abrazada a la boya, castañeteando los dientes y con las mejillas bañadas en lágrimas... Y desde el puerto la barca de motor regresaba, aún más veloz que antes, y en la proa el niño levantaba una angosta vela verde— ¡una falda!

Cuando la barca se detuvo cerca de ella y el hombre flaco le tendió una mano para que subiera a bordo, y con la otra se tapó los ojos sonriendo, la señora estaba ya tan lejos de la esperanza de que alguien la salvase, y sus pensamientos andaban tan lejos, que por un momento no consiguió unir los sentidos al razonar y a los gestos, y alzó la mano hacia lo que el hombre le tendía antes de comprender que no era imaginación suya, sino que la barca de motor estaba realmente allí y que había venido para socorrerla. Comprendió y de pronto todo se volvió perfecto y fácil, y los pensamientos, el frío, el miedo quedaron olvidados. De pálida se puso roja como el fuego y

ahora, erguida en la barca, se vestía mientras el hombre y el muchacho de cara al horizonte miraban las gaviotas.

Pusieron en marcha el motor y ella, sentada en la proa con una falda verde de flores anaranjadas, vio en el fondo de la barca la máscara para la pesca submarina y supo cómo los dos habían adivinado su secreto. El muchacho, nadando bajo el agua con la máscara y el arpón, la había visto y avisado al hombre que bajó también a ver. Después, le habían hecho señas de que los esperara sin que ella les entendiera, y pusieron rumbo velozmente hacia el puerto para conseguir un vestido de la mujer de un pescador.

Los dos estaban sentados en la popa con las manos sobre las rodillas y sonreían: el niño, crespo y de unos ocho años, era todo ojos, con una asombrada sonrisa de potrillo; el hombre, una cabeza hirsuta y gris, un cuerpo rojo ladrillo de músculos largos, tenía una sonrisa ligeramente triste y un cigarrillo apagado adherido al labio. A la señora Isotta se le ocurrió que tal vez al verla vestida trataban de recordar cómo era cuando la habían visto bajo el agua; pero no se sintió incómoda. En el fondo, ya que alguien tenía que verla, estaba contenta de que hubieran sido aquellos dos; e incluso que hubiesen sentido curiosidad y placer. Para llegar a la playa el hombre conducía la barca costeando el muelle y los barrios del puerto y los huertos que orillaban el mar; y el que mirara desde tierra creería seguramente que los tres formaban una pequeña familia que regresaba en barca, como todas las tardes, de la pesca. En el muelle se alineaban las casas grises de los pescadores, con redes rojas tendidas sobre cortos palos, y de las barcas atracadas algunos muchachos alzaban peces de color plomo y los pasaban a muchachas de pie con cestas bajas y cuadradas apoyadas en la cadera, y hombres con minúsculos aros de oro, sentados en el suelo con las piernas estiradas, cosían interminables redes, y en una especie de nichos hervía en artesas el tanino para volver a teñirlas, y muretes de piedra dividían pequeños huertos frente al mar, donde las barcas volcadas alternaban con las cañas de los almácigos, y mujeres con la boca llena de clavos ayudaban a los maridos tendidos bajo la quilla reparando averías, y en cada casa rosada un alero cubría los tomates cortados en dos y puestos a secar con sal sobre una rejilla, y entre las plantas de espárragos los niños

buscaban lombrices, y algunos viejos con un vaporizador aplicaban insecticida a los nísperos, y los melones amarillos crecían sobre hojas reptantes, y las viejas freían en las sartenes calamarcitos y pulpos o flores de calabaza rebozadas en harina, y se alzaban proas de chalupas en olorosos astilleros de madera recién aserrada, y los calafatines se disputaban amenazándose con pinceles negros de alquitrán, y allí empezaba la playa con pequeños castillos y volcanes de arena abandonados por los niños. A la señora Isotta, sentada en la barca con aquellos dos, con el exagerado vestido verde y anaranjado, le hubiese gustado que el viaje continuara. Pero la barca apuntaba ya con la proa hacia la orilla, y los bañeros se llevaban las tumbonas, y el hombre se había inclinado sobre el motor volviéndole la espalda: una espalda rojo ladrillo, atravesada por los nudillos de la espina dorsal, sobre los cuales la piel dura y salada se estremecía como movida por un suspiro.

La aventura de un empleado

Una vez, Enrico Gnei, empleado, pasó una noche con una mujer guapísima. Al salir de la casa de la señora, temprano, el aire y los colores de la mañana primaveral se desplegaron ante él, frescos, tonificantes y nuevos, y le parecía que caminaba al son de una música.

Es preciso decir que Enrico Gnei debía aquella aventura sólo a un afortunado cúmulo de circunstancias: una fiesta de amigos, una disposición particular y pasajera de la señora —por lo demás mujer controlada y que no se abandonaba con facilidad—, una conversación en la que él se había sentido insólitamente cómodo, la ayuda —por una y otra parte— de una ligera exaltación alcohólica, fuese real o simulada, y también una combinación logística apenas forzada en el momento de la despedida: todo esto, y no la atracción personal de Gnei —o en todo caso sólo su apariencia discreta y un poco anónima que podía designarlo como compañero no comprometedor o llamativo—, había determinado la inesperada conclusión de la noche. De esto él tenía plena conciencia y, modesto por naturaleza, apreciaba aún más su buena suerte. Sabía sin embargo que lo ocurrido no se repetiría; y no lo lamentaba, porque una relación continuada comportaría problemas demasiado embarazosos para su tren de vida habitual. La perfección de la aventura residía en que había comenzado y terminado en el espacio de una noche. Aquella mañana, pues, Enrico Gnei era un hombre que había tenido lo mejor que se podía desear en el mundo.

La casa de la señora estaba en la colina. Gnei bajaba por una avenida verde y olorosa. Todavía no era la hora en que solía salir de su casa para ir a la oficina. La señora lo había despachado en ese momento para que los criados no lo vieran. El no haber dormido le pesaba, y hasta le daba una lucidez como artificial, una excitación no ya de los sentidos sino del intelecto. Un moverse del viento, un zumbido, un olor de árboles le parecían cosas de las que en cierto modo debía adueñarse y disfrutar; y no se readaptaba a modos más discretos de gustar la belleza.

Como era un hombre metódico —el haberse levantado en casa ajena, vestirse de prisa, no afeitarse, le dejaban la impresión de haber trastornado sus hábitos—, pensó por un momento en dar un salto hasta su casa, antes de ir a la oficina, para rasurarse la barba y cambiarse. Tiempo hubiera tenido, pero Gnei descartó enseguida la idea, prefirió convencerse de que era tarde, porque le asaltó el temor de que su casa, la repetición de gestos cotidianos disolvieran la atmósfera de excepción y de riqueza en que ahora se movía.

Decidió que su jornada seguiría una curva calma y generosa para conservar lo más posible la herencia de esa noche. La memoria, capaz de reconstruir con paciencia las horas pasadas, segundo por segundo, le abría paraísos infinitos. Así, vagando con el pensamiento, sin prisa, Enrico Gnei se encaminaba hacia la estación del tranvía.

El tranvía esperaba, casi vacío, la hora de salida. Los conductores estaban en la acera y fumaban. Gnei subió silbando, los faldones del abrigo revolotearon y se sentó sin compostura, pero enseguida adoptó una posición más urbana, contento de haberse enmendado rápidamente pero no descontento de la actitud desenvuelta que había adoptado espontáneamente.

La zona no era populosa ni madrugadora. En el tranvía había un ama de casa de cierta edad, dos obreros que discutían, y él, un hombre contento. Buena gente matinal. Le caían simpáticos; él, Enrico Gnei, era un señor misterioso para ellos, misterioso y contento, que nunca habían visto en ese tranvía, a esa hora. ¿Adónde iría?, se preguntaban quizás en ese momento. Y él no mostraba nada: miraba las glicinas. Era un hombre que mira las glicinas como hombre que sabe mirar las glicinas: de esto Enrico Gnei era consciente. Era un pasajero que le da al cobrador el dinero del billete y entre él y el cobrador había una relación perfecta de pasajero y cobrador, nada podía ser mejor. El tranvía bajaba hacia el río; buena vida aquélla.

Enrico Gnei se apeó en el centro y entró en un café. No el habitual. Un café todo de mosaicos. Acababan de abrir; la cajera todavía no había llegado; el camarero preparaba la máquina. Gnei dio unos pasos de propietario por el centro del local, se arrimó al mostrador, pidió un café, eligió un bizcocho en la vitrina de pasteles y lo mordió, primero

con avidez, después con la expresión de quien tiene la boca cambiada por una noche fuera de lo común.

Sobre el mostrador había un periódico abierto, Gnei lo hojeó. No había comprado el periódico aquella mañana, y pensar que al salir de casa era siempre lo primero que hacía. Era un lector consuetudinario, minucioso; seguía hasta los hechos más nimios y no había página que pasara sin leer. Pero aquel día su mirada corría por los titulares sin despertar ninguna asociación de ideas. Gnei no conseguía leer; tal vez, suscitada por el bizcocho, por el café caliente o porque el efecto del aire matinal se iba atenuando, una ola de sensaciones de la noche lo asaltó de nuevo. Cerró los ojos, alzó la barbilla y sonrió.

Atribuyendo la expresión satisfecha a una noticia deportiva del periódico, el camarero le dijo:

—Ah, ¿está contento de que el domingo vuelva Boccadasse? —y señaló el titular que anunciaba la curación de un centro medio.

Gnei leyó, se contuvo y en vez de exclamar como hubiera querido: "¡Qué Boccadasse ni qué cuentos, amigo!", se limitó a decir:

—Ah, sí, sí... —y como no quería que una conversación sobre el próximo partido desviara la plenitud de sus sentimientos, se dirigió a la caja donde entretanto se había instalado una cajera joven y de aire desilusionado—. Bueno, pago un café y un bizcocho —dijo Gnei, confidencial.

La cajera bostezó.

—¿Tan temprano y con sueño? —dijo Gnei.

La cajera, sin sonreír, asintió. Gnei adoptó un aire cómplice:

—¡Ah, ah! Anoche durmió poco, ¿eh? —Reflexionó un momento, y después, convencido de que estaba con alguien que lo comprendería, añadió—: Yo no me he acostado todavía.

Después calló, enigmático, discreto. Pagó, saludó a todos, salió. Fue a la peluquería.

—Buenos días, señor, tome asiento, señor —dijo el peluquero en un falsete profesional que a Enrico Gnei le sonó como un guiño.

—¡A ver si nos afeitamos! —contestó con escéptica condescendencia, mirándose en el espejo.

Su cara, con la toalla anudada al cuello, parecía un objeto aislado y algunas señales de cansancio, que el porte general de la persona ya no corregía, cobraban relieve; pero seguía siendo una cara completamente normal, como la de un viajero que se apeara del tren al alba, o de un jugador que ha pasado la noche jugando a las cartas, de no ser, para distinguir la índole particular de su fatiga, por cierto aire —observó complacido Gnei— distendido e indulgente, de hombre que ha tenido lo suyo y está preparado tanto para lo malo como para lo bueno.

"¡A caricias muy distintas", parecían decir las mejillas de Gnei a la brocha que las cubría de espuma caliente, "a caricias muy distintas a las tuyas estamos acostumbradas!"

"¡Raspa, navaja", parecía decir su pie "no rasparás lo que he sentido y sé!"

Era, para Gnei, como si se desarrollase una conversación llena de alusiones entre él y el barbero, que también callaba, manejando con atención sus instrumentos. Era un barbero joven, poco locuaz más por falta de fantasía que por reserva de carácter, tanto que, por conversar, dijo:

—Este año, ¿eh? Qué buen tiempo hace ya, ¿eh? La primavera...

La frase le llegó a Gnei justo en plena conversación imaginaria, y la palabra "primavera" se cargó de significados y sobreentendidos.

—¡Aaah! La primavera... —dijo, con una sonrisa de experto que le quedó en los labios enjabonados. Y ahí la conversación se agotó.

Pero Gnei sentía la necesidad de hablar, de expresar, de comunicar. Y el barbero no decía nada más. Gnei estuvo dos o tres veces por abrir la boca mientras el otro levantaba la navaja, pero no encontraba palabras, y la navaja volvía a posarse sobre el labio y el mentón.

—¿Cómo dice? —preguntó el barbero, que había visto moverse los labios de Gnei sin que saliera ningún sonido.

Y Gnei, con todo su fervor:

—¡El domingo Boccadasse regresa al equipo!

Lo había gritado casi; los otros clientes volvieron hacia él las caras medio enjabonadas; el barbero se quedó con la navaja en el aire.

—Ah, ¿usted es del *** ? —dijo, un poco disgustado—. Yo, sabe, soy del *** —y nombró el otro equipo de la ciudad.

—Oh, los del *** el domingo tienen un partido fácil, seguro...
—pero su fervor ya se había apagado.

Afeitado, salió. La ciudad estaba animada y sonora, recorrían los cristales relámpagos de oro, el agua volaba en las fuentes, los trotes de los tranvías sacaban chispas a los cables. Enrico Gnei estaba como en la cresta de una ola, ímpetus y languideces se alternaban en su corazón.

—¡Pero si eres Gnei!

—¡Y tú Bardetta!

Había encontrado a un antiguo compañero de la escuela, a quien no veía desde hacía diez años. Se dijeron las frases acostumbradas, el tiempo que había pasado, cómo no habían cambiado. En realidad, Bardetta estaba bastante canoso y la expresión de zorro, un poco viciosa, de su cara, se había acentuado. Gnei sabía que Bardetta estaba en los negocios, pero había tenido percances poco claros y hacía tiempo que vivía en el extranjero.

—¿Sigues en París?

—En Venezuela. Estoy a punto de regresar. ¿Y tú?

—Siempre aquí —ya pesar suyo se sonrió incómodo, como si se avergonzase de su vida sedentaria, y al mismo tiempo le dio fastidio no ser capaz de dar a entender a primera vista que su existencia era en realidad la más plena y satisfactoria que cupiera imaginar.

—¿Y te casaste? —preguntó Bardetta.

A Gnei le pareció que ésta era la ocasión de rectificar la primera impresión.

—¡Soltero! —dijo—. ¡Yo siempre soltero, eh, eh! ¡Resistimos!

Así era: Bardetta, hombre sin prejuicios, en vísperas de marcharse a América, sin más vínculos con la ciudad y sus habladurías, era la persona ideal para que Gnei pudiera dar rienda suelta a su euforia, el único a quien podía confiar su secreto. Más aún, con él hubiera podido exagerar un poco, hablar de su aventura aquella noche como de un hecho para él habitual.

—Así es —insistió—, nosotros somos la vieja guardia de los solteros, ¿no? —queriendo remitirse a la fama de frecuentador de bailarinas que había tenido Bardetta en una época.

Y ya estudiaba la frase que le hubiera servido para entrar en el tema, algo como: "Mira, justamente anoche, por ejemplo...".

—Yo, en realidad, sabes —dijo Bardetta con una sonrisa un poco tímida—, soy padre de familia, tengo cuatro hijos...

A Gnei le llegó la respuesta mientras estaba creando a su alrededor la atmósfera de un mundo absolutamente sin prejuicios y epicúreo, y se quedó un poco desorientado. Miró a Bardetta; sólo entonces percibió su aspecto raído, mal entrazado, su aire de preocupación y cansancio.

—Ah, cuatro hijos... —dijo, en tono opaco—, ¡te felicito! ¿y allá, cómo te las arreglas?

—Bueno... nada demasiado brillante... Es como en todas partes... Ir tirando... mantener a la familia... —y separó los brazos con aire de vencido.

Gnei, con su humildad instintiva, sintió compasión y remordimiento: ¿cómo había podido jactarse de su propia suerte para impresionar a un pobre diablo como aquél?

—Ah, aquí también, si supieras —se apresuró a decir, cambiando nuevamente de tono—, uno va tirando así, día a día...

—Bueno, esperemos que alguna vez las cosas vayan mejor...

—Esperemos que sí...

Se desearon buena suerte, se saludaron y se separaron uno por un lado y el otro por otro. De pronto Gnei se sintió apesadumbrado: la posibilidad de confiarse a Bardetta, a aquel Bardetta que él imaginaba antes, le pareció un bien incalculable, ahora perdido para siempre. Entre los dos —pensaba Gnei— hubiera podido entablarse una conversación de hombre a hombre, afable, sin fanfarronería, el amigo se habría marchado a América conservando un recuerdo inmutable; y Gnei confusamente se veía proyectado en los pensamientos de aquel Bardetta imaginario cuando, allá en Venezuela, recordando la vieja Europa —pobre pero siempre fiel al culto de la belleza y del placer—, pensara instintivamente en él, el compañero de escuela encontrado después de tantos años, siempre con esa apariencia cauta y sin embargo bien seguro de sí mismo: el hombre que no se había separado de Europa y personificaba casi su antigua sabiduría de vida, sus mesuradas pasiones... Gnei se exaltaba: la aventura de la noche hubiera podido dejar una seña, asumir un significado definitivo, en vez de desaparecer como arena en un mar de días vacíos e iguales.

Tal vez hubiera debido hablar de todos modos con Bardetta, aunque Bardetta fuese un pobre tipo con otros pensamientos en la cabeza, aun a costa de humillarlo. Y además, ¿quién le aseguraba que Bardetta fuera realmente un fracasado? Quizá lo decía por decir y seguía siendo el viejo zorro de siempre... "Le alcanzo", pensó, "reanudo la conversación, se lo digo." Corrió por la acera, desembocó en la plaza, dobló bajo los soportales. Bardetta había desaparecido. Gnei miró la hora; se le hacía tarde; se dio prisa para llegar al trabajo. Para tranquilizarse, pensó que ponerse como un chico a contar a los demás sus historias era algo demasiado ajeno a su carácter, a sus costumbres; y por eso se había abstenido de hacerlo. Así, reconciliado consigo mismo, en paz con su orgullo, marcó la tarjeta en el reloj de la oficina.

Gnei alimentaba hacia su trabajo esa pasión amorosa que, incluso inconfesada, enciende el corazón de los empleados no bien saben de qué dulzura secreta y de qué furioso fanatismo se puede cargar la práctica burocrática más corriente, el despacho de correspondencia

ordinaria, el mantenimiento puntual de un registro. Tal vez su inconsciente esperanza aquella mañana era que la exaltación amorosa y la pasión oficinesca formaran un todo único, pudieran fundirse la una en la otra para seguir ardiendo sin apagarse. Pero le bastó con ver su escritorio, el aspecto usual de una carpeta verdosa con el rótulo "Pendientes", para hacerle sentir el agudo contraste entre la belleza vertiginosa de la que acababa de separarse, y sus días de siempre.

Dio varias vueltas alrededor del escritorio, sin sentarse. Le había asaltado un repentino, urgente enamoramiento por la señora guapa. Y no podía tener paz. Entró en la oficina contigua donde los contables tecleaban con atención y disgusto.

Pasó delante de cada uno, saludándolos, nerviosamente risueño, solapado, regodeándose en el recuerdo, sin esperanza en el presente, loco de amor entre los contables. "Así como ahora me muevo entre vosotros en esta oficina", pensaba, "así me revolvía hace poco entre las sábanas de ella."

—¡Así es, Marinotti! —dijo dando un puñetazo en los papeles de un colega.

Marinotti alzó las gafas y preguntó lentamente:

—Dime, Gnei, ¿a ti también te han descontado cuatro mil liras más del sueldo de este mes?

—No, amigo, ya en febrero —empezó a decir Gnei, y entretanto recordó un gesto de la señora, a última hora, por la mañana, que a él le había parecido una revelación nueva y que abría inmensas y desconocidas posibilidades de amor—, no, ya me las habían descontado —siguió con voz acariciadora y tendía las manos con dulzura, frunciendo los labios—, me habían descontado el total del sueldo de febrero, Marinotti.

Hubiera querido añadir otros detalles y explicaciones con tal de seguir hablando, pero no fue capaz.

"El secreto es ése", decidió volviendo a su oficina, "que en cada momento, en cada cosa que haga o diga, esté implícito todo lo que he vivido." Pero lo corroía un ansia de no poder estar jamás a la altura de

lo que había sido, de no poder expresar, ni con alusiones y aún menos con palabras explícitas, ni siquiera con el pensamiento, la plenitud que tenía conciencia de haber alcanzado.

Sonó el teléfono. Era el director. Preguntaba por los antecedentes de la reclamación de la casa Giuseppieri.

—Mire, señor director —explicó por teléfono Gnei—. La casa Giuseppieri, en fecha de 6 de marzo... —y quería decir:

"Y cuando ella me dijo lentamente: ¿Ya se va?...yo comprendí que no debía soltarle la mano...".

—Sí, señor director, la reclamación es por mercancía ya facturada... —y creía decir:

"Hasta que la puerta se cerró a nuestras espaldas, yo seguía dudando...".

—No —explicaba—, la reclamación no se hizo a través de

la agencia... —y pensaba: "Pero sólo entonces entendí que era completamente distinta de lo que había creído, fría y altanera...".

Apoyó el auricular. Tenía la frente perlada de sudor. Se sentía cansado ahora, muerto de sueño. Había hecho mal en no pasar por casa para refrescarse y cambiarse: hasta la ropa interior le molestaba.

Se acercó a la ventana. Había un gran patio rodeado de paredes altas y pobladas de balcones, pero era como estar en un desierto. El cielo se veía sobre los techos no ya límpido sino blanquecino, invadido por una pátina opaca, así como en la memoria de Gnei una blancura opaca iba borrando todo recuerdo de sensaciones, y una indistinta, quieta mancha de luz indicaba la presencia del sol como una sorda punzada de dolor.

La aventura de un fotógrafo

Con la primavera, cientos de miles de ciudadanos salen el domingo con el estuche en bandolera. Y se fotografían. Vuelven contentos como cazadores con el morral repleto, pasan los días esperando con dulce ansiedad las fotos reveladas (ansiedad a la que algunos añaden el sutil placer de las manipulaciones alquímicas en la cámara oscura, vedada a las intrusiones de los familiares y acre de ácidos al olfato), y sólo cuando tienen las fotos delante de los ojos parecen tomar posesión tangible del día transcurrido, sólo entonces el torrente alpino, el gesto del nene con el cubo, el reflejo del sol en la pierna de la esposa adquieren la irrevocabilidad de lo que ha sido y ya no puede ser puesto en duda. Lo demás puede ahogarse decididamente en la sombra insegura del recuerdo.

En la frecuentación de los amigos y colegas, Antonino Paraggi, no-fotógrafo, advertía un creciente aislamiento. Cada semana descubría que en las conversaciones de los que magnifican la sensibilidad de un diafragma o discurren sobre el número de dinas se unía la voz de alguien a quien hasta ayer había confiado, seguro de compartirlos, sus sarcasmos hacia una actividad para él tan poco excitante y tan pobre en imprevistos.

Como profesión, Antonino Paraggi desempeñaba funciones ejecutivas en los servicios de distribución de una empresa productiva, pero su verdadera pasión era comentar con los amigos los acontecimientos pequeños y grandes, desentrañando de los embrollos particulares el hilo de las razones generales; era, en suma, por actitud mental, un filósofo y ponía todo su amor propio en conseguir explicarse incluso los hechos más alejados de su experiencia. Ahora bien, sentía que algo en la esencia del hombre fotográfico se le escapaba, el secreto llamamiento en respuesta al cual nuevos adeptos seguían enrolándose bajo la bandera de los aficionados al objetivo, elogiando algunos los progresos de sus habilidades técnicas y artísticas, otros por el contrario atribuyendo todo el mérito a la calidad del aparato que

habían comprado capaz (según ellos) de producir obras maestras aunque fuera confiado a manos ineptas (como calificaban las propias, porque cuando el orgullo se ponía en exaltar las virtudes de los artefactos mecánicos, el talento subjetivo estaba dispuesto a humillarse en la misma proporción). Antonino Paraggi entendía que lo decisivo no era ni un motivo de satisfacción ni el otro: el secreto residía en otra cosa.

Es preciso decir que este buscar en la fotografía las razones de su descontento —como el de quien se siente excluido de algo— era en parte también una artimaña de Antonino consigo mismo para no tener que tomar en cuenta otro proceso más evidente que iba separándolo de los amigos. Lo que estaba ocurriendo era que sus coetáneos iban casándose uno tras otro, fundaban una familia, mientras Antonino seguía soltero. Pero entre los dos fenómenos existía un lazo innegable, ya que a menudo la pasión del objetivo nace de manera natural y casi fisiológica como efecto secundario de la paternidad. Uno de los primeros instintos de los progenitores, después de haber traído un hijo al mundo, es el de fotografiarlo; y dada la rapidez del crecimiento, resulta necesario fotografiarlo a menudo, porque nada es más lábil e irrecordable que un niño de seis meses, borrado en seguida y sustituido por el de ocho meses y después por el de un año; y toda la perfección que a los ojos de los progenitores puede haber alcanzado un hijo de tres años no basta para impedir que se insinúe, para destruirla, la nueva perfección de los cuatro, quedando sólo el álbum fotográfico como lugar donde todas esas fugaces perfecciones pueden salvarse y yuxtaponerse, aspirando cada una a un absoluto propio, incomparable. En el frenesí de los progenitores recientes por encuadrar la prole en el visor para reducirla a la inmovilidad del blanco y negro o de la diapositiva en color, Antonino, no-fotógrafo y no-procreador, veía sobre todo una fase de la carrera hacia la locura que se incubaba en aquel negro instrumento. Pero sus reflexiones sobre el nexo iconoteca-familia-locura eran expeditivas y reticentes: de lo contrario hubiera comprendido que en realidad el que corría el mayor peligro era él, el soltero.

En el círculo de amigos de Antonino era habitual pasar juntos los fines de semana en las afueras, siguiendo una costumbre que para muchos

de ellos venía de los años estudiantiles y que se había extendido a las novias y después a las esposas y a la prole, además de las niñeras y gobernantas, y en algunos casos a los nuevos parientes y conocidos de ambos sexos. Pero como la continuidad de las frecuentaciones y de los hábitos nunca había disminuido, Antonino podía hacer como si nada hubiese cambiado con el paso de los años y como si aquélla fuese todavía la panda de muchachos y de chicas de antes, y no un conglomerado de familias en el que él seguía siendo el único soltero sobreviviente.

Era cada vez más frecuente que en esas excursiones al mar o a la montaña, en el momento de la foto de grupo familiar o interfamiliar, se pidiera la intervención de un operador extraño, a veces un transeúnte, que se prestara a apretar el disparador del aparato ya enfocado y apuntando en la dirección deseada. En esos casos Antonino no podía negar sus servicios: tomaba la máquina de las manos de un progenitor o de una progenitura que corría a ubicarse en segunda fila, estirando el cuello entre dos cabezas o acuclillándose entre los más pequeños; y concentrando todas sus fuerzas en el dedo destinado a tal uso, apretaba el disparador. Las primeras veces una involuntaria rigidez de los brazos desviaba la mira y captaba arboladuras de embarcaciones o agujas de campanarios, o decapitaba a tíos y abuelos. Fue acusado de hacerlo a propósito, criticado por gastar ese tipo de broma pesada. No era cierto: su intención era prestar el dedo como dócil instrumento de la voluntad colectiva, pero al mismo tiempo servirse de la momentánea posición de privilegio para exhortar a fotógrafos y fotografiados sobre el significado de sus actos. Apenas la yema del dedo alcanzó la deseada separación de su persona e individualidad, fue libre de comunicar sus teorías con razonados argumentos, encuadrando entretanto logradas escenas de conjunto. (Algunos éxitos casuales habían bastado para darle desenvoltura y confianza con los visores y los fotómetros.)

—Porque una vez que has empezado —predicaba—, no hay razón alguna para detenerse. El paso entre la realidad que ha de ser fotografiada porque nos parece bella y la realidad que nos parece bella porque ha sido fotografiada, es brevísimo. Si fotografías a Pierluca mientras levanta un castillo de arena, no hay razón para no

fotografiarlo mientras llora porque el castillo se ha desmoronado, y después mientras la niñera lo consuela mostrándole una concha en medio de la arena. Basta empezar a decir de algo: «¡Ah, qué bonito, habría que fotografiarlo!» y ya estás en el terreno de quien piensa que todo lo que no se fotografía se pierde, es como si no hubiera existido, y por lo tanto para vivir verdaderamente hay que fotografiar todo lo que se pueda, y para fotografiarlo todo es preciso: o bien vivir de la manera más fotografiable posible, o bien considerar fotografiable cada momento de la propia vida. La primera vía lleva a la estupidez, la segunda a la locura.

—Más loco y estúpido serás tú —le decían los amigos—, y además un pesado.

—Para quien quiere recuperar todo lo que pasa ante sus ojos —explicaba Antonino aunque nadie siguiera escuchándolo—, el único modo de actuar con coherencia es disparar por lo menos una foto por minuto, desde que abre los ojos por la mañana hasta el momento de irse a dormir. Sólo así los rollos de película impresionada constituirán un diario fiel de nuestros días, sin que nada quede excluido. Si yo me pusiera a hacer fotografías, seguiría este camino hasta el final, a costa de perder la razón. En cambio, vosotros todavía pretendéis hacer una elección. Pero, ¿cuál? Una elección en sentido idílico, apologético, de consolación, de paz con la naturaleza, la nación, los parientes. La vuestra no es sólo una elección fotográfica; es una elección de vida que os lleva a excluir los contrastes dramáticos, los nudos de las contradicciones, las grandes tensiones de la voluntad, de la pasión, de la aversión. Creéis salvaros así de la locura, pero caéis en la mediocridad, en la imbecilidad.

Una tal Bice, ex cuñada de alguien, y una tal Lydia, ex secretaria de algún otro, le pidieron por favor que les tomara una instantánea mientras jugaban a la pelota entre las olas. Asintió, pero como entretanto había elaborado una teoría contra las instantáneas, se apresuró a comunicarla a las dos amigas.

—¿Qué es lo que os lleva, chicas, a extraer de la móvil continuidad de vuestra jornada estas tajadas de tiempo, del espesor de un segundo? Mientras os lanzáis la pelota vivís en el presente, pero apenas la

escansión de los fotogramas se insinúa entre vuestros gestos no es ya el placer del juego el que os mueve, sino el de veros en el futuro, de encontraros dentro de veinte años en un cartón amarillento (sentimentalmente amarillento, aunque los procedimientos modernos de fijación lo preserven inalterado). El gusto por la foto espontánea, natural, tomada de lo vivo mata la espontaneidad, aleja el presente. La realidad fotografiada asume en seguida un carácter nostálgico, de alegría desaparecida en alas del tiempo, un carácter conmemorativo, aunque sea una foto de anteayer. Y la vida que vivís para fotografiarla es ya desde el comienzo conmemoración de sí misma. Creer más verdadera la instantánea que el retrato con pose es un prejuicio...

Mientras hablaba, Antonino iba brincando en el mar alrededor de las dos amigas para enfocar los movimientos del juego y excluir del encuadre los reflejos deslumbradores del sol en el agua. En una lucha por la pelota, Bice, que se abalanzaba sobre la otra ya sumergida en el agua, fue fotografiada con el trasero en primer plano volando sobre las olas. Para no perder este escorzo, Antonino se echó de espaldas en el agua con la máquina en alto y estuvo a punto de ahogarse.

—Han salido todas muy bien, y ésta es magnífica — comentaron ellas unos días después, arrancándose las pruebas de las manos. Le habían citado en la tienda del fotógrafo—. Eres un excelente fotógrafo, tienes que tomarnos otras.

Antonino había llegado a la conclusión de que había que volver a los personajes en pose, en actitudes representativas de su situación social y de su carácter, como en el siglo pasado. Su polémica antifotográfica sólo podía desarrollarse desde el interior de la caja negra, contraponiendo un tipo de fotografía a otro.

—Me gustaría tener una de esas viejas máquinas de fuelle —dijo a las amigas— apoyada en un trípode. ¿Os parece que se podrán encontrar?

—Bueno, tal vez en algún mercado de ocasión...

—Vamos a buscar.

Las amigas encontraron divertida la caza del objeto curioso: juntas pasaron revista a los vendedores de baratijas, interpelaron a los viejos

fotógrafos ambulantes, los siguieron a sus cuchitriles. En aquellos cementerios de materiales en desuso se juntaban columnitas, biombos, telones con desvaídos paisajes pintados; todo lo que evocaba un viejo estudio de fotógrafo Antonino lo compraba. Al final consiguió echar mano a una cámara de cajón, con el disparador en forma de pera. Parecía funcionar perfectamente. Antonino la compró junto con un surtido de placas. Ayudado por las amigas, en una habitación de su casa instaló el estudio, todo con objetos anticuados, salvo dos reflectores modernos.

Ahora estaba satisfecho.

—Hay que partir de aquí —explicó a las amigas—. La forma en que nuestros abuelos se ponían en pose, la convención según la cual se disponían los grupos, revelaba un significado social, una costumbre, un gusto, una cultura. Una fotografía oficial o matrimonial o familiar o escolar daba la idea de cuánto tenía de serio e importante cada papel o institución, pero también cuánto tenía de falso y de forzado, de autoritario, de jerárquico. Esta es la cuestión: hacer explícitas las relaciones con el mundo que cada uno de nosotros lleva consigo, y que hoy hay tendencia a esconder a volver inconscientes, creyendo que de este modo desaparecen, cuando en realidad...

—Pero, ¿a quién quieres hacer posar?

—Venid mañana y empezaré a haceros fotos como digo yo.

—Dime, ¿qué te propones? —dijo Lydia con súbita desconfianza. Sólo en ese momento, en el estudio instalado, veía que allí todo tenía un aire siniestro, amenazador—. ¡Estás soñando si crees que vendremos a hacerte de modelos!

Bice se rió burlona, pero al día siguiente volvió a casa de Antonino, sola.

Llevaba un vestido de lino blanco, con bordados de colores en los bordes de las mangas y de los bolsillos. Una raya le dividía el pelo recogido sobre las sienes. Se reía un poco como con disimulo, inclinando la cabeza hacia un lado. Mientras la hacía pasar, Antonino

estudiaba en sus gestos, entre remilgados e irónicos, cuáles eran los rasgos que definían su verdadero carácter.

La hizo sentar en una gran butaca y metió la cabeza bajo el paño negro que envolvía el aparato. Era una de esas cajas con la pared posterior de vidrio, donde la imagen se refleja ya casi como en una placa, espectral, un poco lechosa, separada de toda contingencia en el espacio y en el tiempo. Antonino tuvo la impresión de que veía a Bice por primera vez. Había una docilidad en la caída un poco pesada de los párpados, en el cuello tendido hacia adelante, que prometía algo escondido, así como su sonrisa parecía esconderse detrás del acto mismo de sonreír.

—Eso es, así, no, la cabeza más para allá, alza los ojos, no, bájalos.

Antonino perseguía dentro de aquella caja algo de Bice

que de pronto le parecía preciosísimo, absoluto.

—Ahora te haces sombra, acércate más a la luz, no, antes estaba mejor.

Había muchas fotografías posibles de Bice y muchas Bice imposibles de fotografiar, pero lo que él buscaba era la fotografía única que contuviera unas y otras.

—No te cojo —su voz salía ahogada y quejumbrosa de debajo de la capa negra—, ya no, no lo consigo.

Se liberó del paño y se incorporó. Se había equivocado en todo desde el principio. La expresión, el acento, el secreto que se creía a punto de captar en el rostro de ella era algo que lo arrastraba a las arenas movedizas de los estados de ánimo, de los humores, de la psicología: él también era uno de los que persiguen la vida que huye, un cazador de lo inasible, como los fotógrafos de instantáneas.

Debía seguir el camino opuesto: apuntar a un retrato de superficie, manifiesto, unívoco, que no esquivara la apariencia convencional, estereotipada, de la máscara. La máscara, por ser ante todo un producto social, histórico, contiene más verdad que cualquier imagen que pretenda ser «verdadera»; lleva consigo una cantidad de significados que se revelarán poco a poco. ¿No era justamente con esta

intención con la que Antonino había montado ese estudio destartalado?

Observó a Bice. Tenía que partir de los elementos exteriores de su aspecto. En la forma que tenía Bice de vestirse y de arreglarse —pensó— se reconocía la intención entre nostálgica e irónica, extendida en el gusto de aquellos tiempos, de remitirse a la moda de hacía treinta años. La fotografía hubiera debido acentuar esa intención: ¿cómo no lo había pensado? Antonino fue a buscar una raqueta de tenis; Bice estaría de pie, de tres cuartos, con la raqueta debajo del brazo y una expresión de postal sentimental. A Antonino, desde debajo de la manta negra, la imagen de Bice —en lo que tenía de esbelto y de adaptado a la pose, y en lo que tenía de inadaptado y casi incongruente y que la pose acentuaba— le pareció muy interesante. La hizo cambiar varias veces de posición, estudiando la geometría de las piernas y de los brazos en relación con la raqueta y con un elemento de fondo. (En la tarjeta ideal en que estaba pensando, debía figurar la red de la cancha de tenis, pero no podía pretenderse demasiado y Antonino se contentó con una mesa de ping pong.)

Pero todavía no se sentía en terreno seguro: ¿no estaba acaso tratando de fotografiar recuerdos, más aún, vagos ecos de recuerdos que afloraban en la memoria? Su negativa a vivir el presente como recuerdo futuro, a la manera de los fotógrafos domingueros, ¿no lo llevaba a intentar una operación igualmente irreal, es decir, a dar un cuerpo al recuerdo para sustituir el presente que tenía delante de sus ojos?

—¡Muévete, qué haces ahí como un palo, alza la raqueta, demonios! ¡Haz como si jugaras al tenis! — dijo de pronto furioso.

Había comprendido que sólo exasperando la pose se podía alcanzar una extrañeidad objetiva; sólo fingiendo un movimiento interrumpido por la mitad podía darse la impresión de lo detenido, de lo no viviente.

Bice se prestaba dócilmente a ejecutar sus órdenes aunque resultaran imprecisas y contradictorias, con una pasividad que era también como declararse fuera del juego, y sin embargo insinuando de alguna manera, en ese juego que no era suyo, los movimientos imprevisibles

de un misterioso partido. Lo que Antonino esperaba ahora de Bice, al decirle que pusiera las piernas y los brazos de esta forma y de aquélla, no era tanto la simple ejecución de un programa como la respuesta de ella a la violencia que él le hacía con sus requerimientos, una imprevisible, agresiva respuesta a la violencia a que Antonino la sometía cada vez más.

Era como en los sueños, pensó Antonino contemplando sepultada en la oscuridad a aquella tenista improbable que se filtraba en el rectángulo de vidrio: como en los sueños, cuando una presencia venida de las profundidades de la memoria se adelanta, se deja reconocer y de pronto se transforma en algo desperado, en algo que aun antes de la transformación asusta porque no se sabe en qué irá a transformarse.

¿Quería fotografiar los sueños? Esa sospecha lo hizo enmudecer, escondido en su refugio de avestruz, la perilla del disparador en la mano, como un idiota; y mientras tanto Bice, entregada a sí misma, continuaba una especie de danza grotesca, inmovilizándose en exagerados gestos de tenista, revés, *drive,* levantando en alto la raqueta o bajándola hasta el suelo, como si la mirada que salía de aquel ojo de vidrio fuera la pelota que ella seguía rechazando.

—Basta, ¿qué comedia es ésa? No era eso lo que yo quería decir —y Antonino cubrió la máquina con el paño, empezó a pasearse por la habitación.

La culpa de todo la tenía el vestido, con sus evocaciones de tenis y preguerra... Era preciso reconocer que con vestido de calle una foto como la que él quería no se podía hacer. Se necesitaba cierta solemnidad, cierta pompa, como las fotos oficiales de las reinas.
Sólo en traje de noche Bice se convertiría en un tema fotográfico, con el escote que marca un límite neto entre el blanco de la piel y lo oscuro de la tela, subrayado por el centelleo de las joyas, un límite entre una esencia de mujer atemporal y casi impersonal en su desnudez y la otra abstracción, social ésta, del vestido, símbolo de un papel igualmente impersonal, como el drapeado de una estatua alegórica.

Se acercó a Bice, empezó a desabotonarle el cuello, el busto, a deslizarle el vestido por los hombros.

Se le habían ocurrido ciertas fotografías decimonónicas de mujeres en las que del cartón blanco emerge el rostro, el cuello, la línea de los hombros descubiertos, y todo lo demás se desvanece en el blanco.

Ese era el retrato fuera del espacio y del tiempo que ahora quería: no sabía bien cómo, pero estaba decidido a conseguirlo. Situó el reflector encima de Bice, acercó la máquina, se agitó bajo el paño para regular la apertura del objetivo. Miró. Bice estaba desnuda.

El vestido se había deslizado hasta los pies; debajo no llevaba nada; había dado un paso adelante; no, un paso atrás, que era como si avanzara toda entera en el cuadro; estaba erguida, alta delante de la máquina, tranquila, mirando hacia adelante, como si estuviera sola.

Antonino sintió que la visión de ella le entraba por los ojos ocupaba todo el campo visual, lo sustraía al flujo de las imágenes casuales y fragmentarias, concentraba tiempo y espacio en forma finita. Y como si esta sorpresa de la visión y la impresión de la placa fueran dos reflejos ligados entre sí, apretó en seguida el disparador, volvió a cargar la máquina, disparó, puso otra placa, disparó, siguió cambiando placas y disparando, mientras farfullaba, ahogado por el paño:

—Eso es, ahora sí, así está bien, eso es, otra vez, así sales bien, otra vez.

No tenía más placas. Salió de debajo del paño. Estaba contento. Delante de él, Bice, desnuda, esperaba.

—Ahora puedes taparte —dijo, eufórico pero ya con prisa—, salgamos.

Ella lo miró desconcertada.

—Ahora sí que te he cogido —dijo Antonino.

Bice se echó a llorar.

Ese mismo día Antonino descubrió que se había enamorado de ella. Se pusieron a vivir juntos y él compró los más modernos aparatos, teleobjetivos, equipo perfeccionado, instaló un laboratorio. Tenía

también dispositivos para poder fotografiarla de noche mientras dormía. Bice se despertaba con el flash, contrariada; Antonino seguía disparando instantáneas de Bice despegándose del sueño, Bice enfadada con él, Bice tratando inútilmente de volver a dormirse hundiendo la cara en la almohada, Bice reconciliándose, Bice que reconocía como actos de amor esas violencias fotográficas.

En el laboratorio de Antonino, empavesado de películas y pruebas, Bice se asomaba en todos los fotogramas como en la retícula de un panal se asoman miles de abejas que son siempre la misma abeja: Bice en todas las actitudes, escorzos, maneras, Bice en pose o fotografiada sin saberlo, una identidad fragmentada en un polvillo de imágenes.

—Pero, ¿qué es esa obsesión con Bice? ¿No puedes fotografiar otra cosa? —era la pregunta que escuchaba continuamente de los amigos y también de ella.

—No se trata simplemente de Bice —contestaba—. Es una cuestión de método. Cualquiera que sea la persona que decidas fotografiar, o la cosa, has de seguir fotografiándola siempre y sólo a ella, a todas horas del día y de la noche. La fotografía tiene un sentido únicamente si agota todas las imágenes posibles.

Pero no decía lo que le interesaba por encima de todo: atrapar a Bice por la calle cuando no sabía que él la veía, tenerla a tiro de objetivos ocultos, fotografiarla no sólo sin dejarse ver sino sin verla, sorprenderla tal como era en ausencia de su mirada, de cualquier mirada. No es que quisiera descubrir algo en particular; no era celoso en el sentido corriente de la palabra. La que quería poseer era una Bice invisible, una Bice absolutamente sola, una Bice cuya presencia entrañase la ausencia de él y de todos los demás.

Se definiera o no como celos, era en suma una pasión difícil de soportar. Bice lo plantó.

Antonino se hundió en una crisis depresiva. Empezó a llevar un diario: fotográfico, desde luego. Con la máquina colgada del cuello, encerrado en la casa, hundido en una butaca, disparaba fotos compulsivamente mirando el vacío. Fotografiaba la ausencia de Bice.

Recogía las fotos en un álbum: se veían ceniceros llenos de colillas, una cama deshecha, una mancha de humedad en la pared. Se le ocurrió la idea de componer un catálogo de todo lo que en el mundo es refractario a la fotografía, de todo lo que queda sistemáticamente fuera del campo visual, no sólo de las cámaras sino de los hombres. Se pasaba días con cada tema, agotando rollos enteros, con intervalos de horas, para poder seguir los cambios de la luz y de las sombras. Un día se detuvo en un ángulo de la habitación completamente vacío, con una tubería de termosifón y nada más: tuvo la tentación de seguir fotografiando aquel punto y sólo aquél hasta el fin de sus días.

El apartamento estaba abandonado, papeles y viejos periódicos arrugados cubrían el suelo, y él los fotografiaba. Las fotos de los diarios también eran fotografiadas, y entre su objetivo y el del lejano reportero gráfico se establecía un vínculo indirecto, para producir aquellas manchas negras la lente de otros objetivos había enfocado cargas de la policía, autos carbonizados, atletas corriendo, ministros, reos.

Antonino sentía ahora un particular placer en retratar los objetos domésticos enmarcados en un mosaico de telefotos, violentas manchas de tinta en el papel blanco. Desde su inmovilidad se sorprendió envidiando la vida del reportero gráfico que se mueve siguiendo los impulsos de las multitudes, la sangre vertida, las lágrimas, las fiestas, el delito, las convenciones de la moda, la falsedad de las ceremonias oficiales; el reportero gráfico que documenta los extremos de la sociedad, los más ricos y los más pobres, los momentos excepcionales que se producen en todo momento en todas partes.

«¿Quiere decir que sólo el estado de excepción tiene un sentido?», se preguntaba Antonino. «¿Es el reportero gráfico el verdadero antagonista del fotógrafo dominical? ¿Se excluyen sus mundos? ¿O el uno da un sentido al otro?», y reflexionando empezó a hacer pedazos las fotos con Bice o sin Bice acumuladas en los meses de su pasión, a arrancar las ristras de pruebas colgadas de las paredes, a cortajear el celuloide de los negativos, a desarmar las diapositivas, y amontonaba los residuos de esa metódica destrucción sobre los diarios desparramados en el suelo.

«Tal vez la verdadera fotografía total», pensó, «es un montón de fragmentos de imágenes privadas, sobre el fondo ajado de las matanzas y las coronaciones.»

Dobló los pedazos de periódico en un enorme bulto para arrojarlo a la basura, pero antes quiso fotografiarlo. Dispuso los pedazos de modo que se vieran bien dos mitades de fotos de diarios diferentes que en el envoltorio se juntaban por casualidad. Más aún, abrió un poco el paquete para que asomara un pedazo de cartón brillante de una ampliación rota. Encendió un reflector, quería que en su foto pudieran reconocerse las imágenes medio arrugadas y rotas y al mismo tiempo se sintiera su irrealidad de casuales sombras de tinta, y al mismo tiempo también su concreción de objetos cargados de significado, la fuerza con que se aferraban a la atención que trataba de expulsarlos.

Para hacer entrar todo eso en una fotografía era preciso adquirir una habilidad técnica extraordinaria, pero sólo entonces Antonino podría dejar de hacer fotos. Agotadas todas las posibilidades, en el momento en que el círculo se cerraba sobre sí mismo, Antonino comprendió que fotografiar fotografías era el único camino que le quedaba, más aún, el verdadero camino que oscuramente había buscado hasta entonces.

La aventura de un viajero

Federico V., que vivía en una ciudad de Italia septentrional, estaba enamorado de Cinzia U., residente en Roma. Cada vez que sus ocupaciones se lo permitían, tomaba el tren a la capital. Habituado a una estricta economía de su tiempo, tanto en el trabajo como en el placer, viajaba siempre de noche: había un tren, el último, poco frecuentado —salvo durante las fiestas— y Federico podía tenderse en el asiento y dormir.

Los días de Federico en su ciudad transcurrían nerviosos, como las horas del que espera la coincidencia entre dos trenes y, mientras sigue con algunas de sus ocupaciones, tiene siempre presente el horario de ferrocarriles. Pero cuando llegaba finalmente la noche de la partida, una vez que había despachado todos sus compromisos y se encontraba con la bolsa de viaje caminando hacia la estación, entonces empezaba a sentirse invadido por una sensación de calma interior a pesar de su prisa para no perder el tren. Era como si toda la actividad en torno a la estación —ahora en sus últimos estertores, dada la hora— entrara en un movimiento natural del cual él formaba parte. Todo parecía estar allí para secundarlo, para dar agilidad a sus pasos, como el pavimento de goma de la estación, y aun los obstáculos, la espera con los minutos contados en las últimas taquillas que quedaban abiertas, la dificultad de cambiar un billete grande, la falta de cambio en el quiosco de periódicos, parecían presentarse para que él tuviera el placer de salirles al encuentro y de superarlos.

No es que mostrara nada de este estado de ánimo: hombre discreto, no le gustaba distinguirse de tantos viajeros que llegaban o partían, todos como él con abrigo y una bolsa en la mano, y sin embargo se sentía como transportado por la cresta de una ola, porque corría hacia Cinzia.

La mano en el bolsillo del abrigo jugaba con una ficha telefónica. A la mañana siguiente, apenas llegara a Roma Termini correría con la ficha en la mano al teléfono público más cercano, marcaría el número, diría: «Querida, acabo de llegar, sabes...». Y apretaba la ficha como si fuera un objeto precioso, el único existente en el mundo, la única prueba tangible de lo que le esperaba al llegar.

El viaje era caro y Federico no era rico. Si en un vagón de segunda clase con asientos tapizados había compartimientos vacíos, Federico tomaba el billete de segunda. Es decir, tomaba siempre el billete de segunda, reservándose, si encontraba demasiada gente, la posibilidad de pasar a primera pagando la diferencia al revisor. En esta operación disfrutaba del placer del ahorro (incluso el precio de la primera clase, pagado en dos tiempos y con la conciencia de que se trataba de un caso de fuerza mayor, le pesaba menos), de la satisfacción de sacar partido de su propia experiencia, y de una sensación de libertad y amplitud de gestos y de miras. Como les ocurre a veces a los hombres cuya vida está más condicionada por los demás, más dispersa en lo exterior, Federico tendía constantemente a defender su estado de concentración interior, y en realidad le bastaba poquísimo: una habitación de hotel, un compartimiento ferroviario enteramente para él, y el mundo se recomponía de armonía con su vida, parecía creado expresamente para él, y las vías férreas que recorrían la península construidas expresamente para llevarlo en triunfo hacia Cinzia. Esa noche también la segunda estaba casi vacía. Todos los signos le eran propicios.

Federico V. escogió un compartimiento vacío, no sobre las ruedas pero tampoco demasiado cerca del centro del vagón, sabiendo que por lo común el que sube de prisa al tren tiende a descartar los primeros compartimientos. La defensa del lugar necesario para viajar acostado está hecha de mínimos recursos psicológicos; Federico los conocía y los ponía todos en acción.

Por ejemplo, corrió las cortinas de la puerta, gesto que en ese momento podía parecer excesivo, pero que apuntaba justamente a un efecto psicológico. Frente a las cortinas corridas, el viajero que llega siente casi siempre un escrúpulo instintivo, y prefiere, si lo encuentra, un

compartimiento quizá ya con dos o tres personas, pero abierto. La bolsa, el abrigo, los periódicos, Federico los desparramó en los asientos de enfrente y a su lado. Otro procedimiento elemental, demasiado usado y aparentemente inútil pero que también sirve. No es que quisiera hacer creer que esos lugares estaban ocupados: semejante subterfugio hubiera sido contrario a su conciencia cívica y a su carácter sincero. Le bastaba crear un rápida impresión de compartimiento ocupado y poco atrayente, una simple y rápida impresión.

Se dejó caer en el asiento y lanzó un suspiro de alivio. Había descubierto que el hallarse en un ambiente en el que cada cosa no podía sino estar en su lugar, igual que siempre, anónima, sin posibles sorpresas, le infundía calma, conciencia de sí mismo, libertad de pensamiento. Toda su vida se dispersaba en el desorden, pero ahora encontraba el perfecto equilibrio entre el impulso interno y la impasible neutralidad de las cosas.

Duraba un instante (si estaba en segunda; un minuto si estaba en primera) y en seguida le asaltaba una angustia: la sordidez del compartimiento, el terciopelo gastado aquí y allá, la sospecha de que hubiera polvo a su alrededor, la raída trama de las cortinas de los vagones anticuados, le transmitían una sensación de tristeza, el disgusto de pensar que dormiría vestido, en un camastro que no era suyo, sin confianza posible con lo que tocaba. Pero en seguida recordaba por qué estaba de viaje, y volvía a sentirse presa de aquel ritmo natural, como de mar o de viento, aquel ímpetu jocoso y ligero; le bastaba buscarlo dentro de sí, cerrando los ojos o apretando en la mano la ficha del teléfono, y la impresión de sordidez era vencida, él estaba solo frente a la aventura de su viaje.

Pero algo le faltaba todavía: ¿qué era? Oyó entonces la voz de bajo que se acercaba por el andén:

—¡Cojines! —y ya se había levantado, bajaba el vidrio, adelantaba la mano con las dos monedas de cien, gritaba:

—¡Aquí, uno!

El hombre de los cojines era el que daba la señal de partida de su viaje.

Pasaba al pie de las ventanillas un minuto antes de partir empujando el carrito con los almohadones colgados: era un viejo de alta estatura, flaco, de bigotes blancos y grandes manos, de dedos largos y gruesos, manos que inspiraban confianza. Vestía todo de negro: gorra militar, uniforme, capote, bufanda ajustada en torno al cuello. Un tipo de la época del rey Umberto; algo así como un viejo coronel o solamente un fidelísimo furriel. O si no un cartero, un viejo cartero rural: con sus grandes manos, cuando tendía a Federico la almohada flaca sujetándola con la punta de los dedos, parecía entregarle una carta o que quisiera deslizarla por el buzón de la ventanilla. La almohada estaba ahora entre los brazos de Federico, cuadrada, plana, exactamente como un sobre, y además cargado de sellos, era la carta cotidiana a Cinzia que partía también aquella noche, y en el lugar de la página de escritura ansiosa, Federico en persona era el que tomaba el camino invisible del correo nocturno, por mano del viejo cartero invernal, última encarnación del septentrión racional y disciplinado antes de aventurarse en las incontrolables pasiones del Centro-Sur.

Pero al fin y al cabo, sobre todo, era una almohada, es decir, un objeto blando (aunque aplastado y compacto) y blanco (si bien constelado de sellos), salido del autoclave. Contenía en sí, como un signo ideográfico encierra un concepto, la idea de la cama, de la pereza, de la intimidad, y Federico pregustaba ya la isla de frescura que sería para él, por la noche, entre aquellos sospechosos y ásperos terciopelos. No sólo eso: el exiguo rectángulo de comodidad prefiguraba otras formas de comodidad, otras intimidades, otras dulzuras, para cuyo disfrute iniciaba el viaje; más aún, el hecho mismo de iniciar el viaje y de alquilar la almohada era ya una manera de disfrutarlas, de entrar en la dimensión donde reinaba Cinzia, en el círculo cerrado por sus suaves brazos.

Y con un movimiento amoroso, de caricia, empezaba el tren avanzar entre los pilastres de las marquesinas, serpenteaba por los espacios abiertos de los desvíos, se lanzaba a la oscuridad y se convertía en el ímpetu mismo que Federico había sentido hasta entonces dentro de

sí. Y como si al liberarse de su ímpetu en la marcha del tren se volviera más ligero, se puso a acompañar el ritmo canturreando el tema de una canción que aquel ritmo le recordaba: *«J'ai deux amours... Mon pays et Parts... París toujours...»*

Entró un señor, Federico calló.

—¿Está libre?

Se sentó. Federico ya había hecho mentalmente un rápido cálculo: a decir verdad, si uno quiere viajar acostado es mejor que sean dos en el compartimiento: uno se tiende a un lado, el otro al otro, y nadie se atreve a molestar; en cambio, si queda libre medio compartimiento, cuando menos te lo esperas sube una familia de seis personas, con niños, que va a Siracusa, y estás obligado a levantarte. Federico sabía pues muy bien que lo más atinado en un tren con pocos viajeros era instalarse no en un compartimiento vacío, sino en uno donde ya hubiera un viajero. Pero no lo hacía nunca: prefería jugar la carta de la soledad total, y cuando sin haberlo decidido él le tocaba un compañero de viaje, siempre podía consolarse con las ventajas de la nueva situación.

Es lo que hizo.

—¿Va usted a Roma? —preguntó al recién llegado, para poder añadir: «Bueno, entonces corramos las cortinas, apaguemos la luz y no dejemos entrar a nadie más». En cambio el otro respondió:

—No. A Génova.

Excelente que bajara en Génova y dejase a Federico de nuevo solo, pero en un viaje de pocas horas no se acostaría, probablemente permanecería despierto, no dejaría apagar la luz, otra gente podría entrar en las estaciones intermedias. Federico tenía así las desventajas del viaje en compañía sin las relativas ventajas.

Pero no se detuvo en esto. Su fuerza siempre había consistido en expulsar del área de sus pensamientos todo aspecto de la realidad que lo perturbara o que no le sirviese. Borró al hombre sentado en el ángulo opuesto al suyo hasta reducirlo a una sombra, una mancha gris. Los periódicos que ambos desplegaban contribuían a la

impermeabilidad recíproca. Federico podía seguir dejándose llevar por su vuelo amoroso. *«París toujours...»* Nadie podía imaginar que desde el sórdido escenario de idas y venidas nacidas de la necesidad y de la paciencia, estuviera volando entre los brazos de una mujer como Cinzia U. Y para alimentar ese orgullo, Federico sintió la necesidad de examinar a su compañero de viaje (a quien hasta ese momento ni siquiera había mirado) para confrontar — con la crueldad del nuevo rico— la propia condición afortunada con la grisalla de la existencia ajena.

Sin embargo, el desconocido estaba lejos de parecer un pobre hombre. Era todavía joven, robusto, carnoso; con aire satisfecho y activo leía un periódico de deportes, tenía a su lado una gran bolsa: en suma, el aspecto del representante de una firma cualquiera, un inspector comercial. A Federico V. le asaltó por un instante la envidia que siempre le habían inspirado las personas de aspecto más práctico y vital que el suyo; pero fue una impresión instantánea que borró en seguida pensando: «Este viaja como representante de artículos de quincallería o pintura, en cambio yo…», y le volvió el deseo de cantar, en un desahogo de euforia y de vacío de ideas, *«Je voyage en amour!»,* moduló mentalmente, con aquel ritmo de antes que encontraba acorde con la marcha del tren, adaptándole palabras inventadas a propósito para hacer rabiar al representante, si lo hubiera oído, *«Je voyage en volupté!»,* enfatizando lo más que podía los arrebatos y las languideces del tema, *«Je voyage toujours... l'hiver et l'été...».* Siguió exaltándose cada vez más, *«l'hiver et... l'eté!»,* hasta el punto de que en sus labios debió de asomar una sonrisa de absoluto bienestar mental. En ese momento se dio cuenta de que el representante lo miraba fijo.

Se recompuso, se concentró en la lectura de los diarios, negándose incluso a sí mismo que hubiera conocido un segundo antes un estado de ánimo tan pueril. ¿Y por qué pueril? No había nada de pueril: el viaje lo ponía en una situación espiritual favorable, en un estado propio del hombre maduro, del hombre que conoce lo bueno y lo malo de la vida y ahora se prepara a disfrutar, merecidamente, de lo bueno. Tranquilo, con la conciencia en paz, perfecta, hojeaba los semanarios ilustrados, imágenes fragmentadas de una vida veloz, exaltada, en la que buscaba algo de aquello que también a él le movía. Pronto

descubrió que los semanarios no le interesaban nada, meras huellas de la inmediatez, de la vida que se desliza en la superficie. Por cielos mucho más altos navegaba su impaciencia. *«L'hiver et... l'été!»* Ya era hora de dormir.

Tuvo una satisfacción inesperada: el representante se había dormido sentado, sin cambiar de posición, con el diario sobre las rodillas.

Federico consideraba a las personas capaces de dormir sentadas con un sentimiento de extrañeza que ni siquiera llegaba a ser envidia: para él, dormirse en el tren presuponía un procedimiento laborioso, un ritual minucioso pero justamente también en esto residía el arduo placer de sus viajes.

En primer lugar debía cambiarse los pantalones buenos por otros usados, para no llegar todo arrugado. La operación debía llevarse a cabo en el lavabo; pero antes —para tener mayor libertad de movimientos— era mejor sustituir los zapatos por pantuflas. Federico sacó de la bolsa los pantalones viejos, el sobre de las pantuflas, se quitó los zapatos, se calzó las pantuflas, escondió los zapatos debajo del asiento, fue al lavabo a cambiarse los pantalones. *«Je voyage toujours!»* Volvió, acomodó los pantalones buenos en la red de manera que no perdieran la raya. *«Tralalá la-la!»* Puso el cojín en la punta del asiento, del lado del pasillo, porque, si la puerta se abría bruscamente, era mejor oírla sobre su cabeza, en lugar de sufrir el choque visual de repente al abrir los ojos. *«Du voyage, je sais tout!»* En la otra punta del asiento puso un diario, porque no se acostaba descalzo sino en pantuflas. De un gancho que había del lado del cojín colgó la chaqueta y en un bolsillo de la chaqueta puso el monedero y la pinza del dinero, que si dejaba en el bolsillo de los pantalones se le clavaría en la cadera. En cambio guardó el billete de tren en el bolsillito bajo el cinturón. *«Je sais bien voyager...»* Se quitó el jersey bueno para no ajarlo, y se puso un jersey viejo; en cambio la camisa se la cambiaría al día siguiente. El representante, que se había despertado cuando Federico volvió al compartimiento, seguía sus movimientos como si no entendiera bien lo que sucedía. *«Jusqu'a mon amour...»* Se quitó la corbata y la colgó, sacó las ballenitas del cuello de la camisa y las puso en un bolsillo de la chaqueta, junto con el dinero, *«...j'arrive avec le train!»* Se quitó los

tirantes (como todos los hombres fieles a una elegancia no exterior, usaba tirantes) y las ligas; se soltó el botón más alto del pantalón para que no le apretase el estómago. *«Tralalá la-la!»* Encima del jersey no volvió a ponerse la chaqueta sino el abrigo, después de haber aligerado los bolsillos de las llaves de casa; en cambio guardó la preciosa ficha telefónica, con el mismo fetichismo conmovedor con que los niños ponen el juguete favorito debajo de la almohada. Se abotonó completamente el abrigo, levantó las solapas; con un poco de atención era capaz de dormir con él puesto sin que se marcara una arruga. *«Maintenant voila!»* Dormir en el tren quería decir despertarse con la cabeza hirsuta y encontrarse quizás en la estación sin haber tenido siquiera el tiempo de pasarse un peine, razón por la cual se encasquetó una boina. *«Je suis prêt, alors!»* Se balanceó en el compartimiento con el abrigo puesto que, sin la chaqueta, le colgaba como una vestidura sacerdotal, corrió las cortinas de la puerta estirándolas hasta alcanzar con los ojales de cuero los botones metálicos. Hizo un gesto hacia el compañero de viaje como pidiéndole permiso para apagar la luz: el representante dormía. Apagó: en la penumbra azul de la lamparita nocturna hizo todavía un movimiento para correr las cortinas de la ventanilla ya que dejaba siempre una rendija: le gustaba que le llegara por la mañana un rayo de sol. Una operación más: dar cuerda al reloj. Ya está, podía acostarse. De un salto se tendió horizontalmente en el asiento, de lado, el abrigo estirado, las piernas dentro, flexionadas, las manos en los bolsillos, la ficha telefónica en la mano, los pies —siempre en pantuflas— sobre el periódico, la nariz en la almohada, la boina sobre los ojos. Así, aflojando conscientemente toda su febril actividad interior, dejándose llevar vagamente hacia el día siguiente, se dormiría.

La brusca irrupción del revisor (abría la puerta de golpe y con mano segura soltaba de un solo gesto las dos cortinas mientras levantaba la otra mano para encender la luz) estaba prevista. Sin embargo, Federico prefería no esperarlo: si llegaba antes de que él hubiera concillado el sueño, bien; si el primer sueño había empezado ya, una aparición habitual y anónima como la del revisor lo interrumpía apenas unos pocos segundos, así como el que duerme en el campo se despierta con el chillido de un pájaro nocturno pero después se vuelve

del otro lado y es como si no se hubiera despertado. Federico tenía listo el billete en el bolsillito y lo tendía sin levantarse, casi sin abrir los ojos, y dejaba la mano abierta hasta que lo sentía entre los dedos; volvía a meterlo en el bolsillito y hubiera reanudado en seguida el sueño de no ser que le tocaba cumplir una operación que anulaba todo su esfuerzo previo de inmovilidad: es decir, levantarse para volver a abrochar las cortinas. Esta vez estaba todavía despierto, y el control duró un poco más de lo acostumbrado porque el representante, que dormía profundamente, tardó en despabilarse, en encontrar el billete. «No tiene mi rapidez de reflejos», pensó Federico y aprovechó para abrumarlo con nuevas variantes de su canción imaginaria. *«Je voyage l'amour...»,* moduló. La idea de usar transitivamente el verbo *voyager* le dio ese sentimiento de plenitud que dan las intuiciones poéticas por mínimas que sean, y la satisfacción de haber encontrado finalmente una expresión adecuada para su estado de ánimo. *«Je voyage amour! Je voyage liberté! Jour et nuit je cours... par les chemins-de-fer...»*

El compartimiento estaba de nuevo a oscuras. El tren masticaba su camino invisible. ¿Podía Federico pedir más a la vida? De semejante beatitud al sueño el paso es corto. Federico se durmió como si se hundiera en un pozo de plumas. Cinco o seis minutos solamente: después se despertó. Tenía calor, estaba todo sudado. En los vagones había calefacción, el otoño estaba ya adelantado pero él, con el recuerdo del frío que había sentido en su último viaje, había decidido acostarse con el abrigo puesto. Se levantó, se lo quitó, se lo echó encima como una manta, dejando libres los hombros y el pecho, pero siempre tratando de hacerlo caer de modo que no formara arrugas antiestéticas. Se volvió del otro lado. El sudor había despertado en su cuerpo un hormigueo. Se desabotonó la camisa, se rascó el pecho, se rascó una pierna. La incomodidad de su cuerpo le evocaba ideas de libertad física, de mar, de desnudez, de natación, de carreras, y todo culminaba en el abrazo de Cinzia, suma de todo lo bueno de la existencia. Y en el duermevela, no distinguía ya siquiera las molestias presentes del bien soñado, lo tenía todo a un tiempo, se regodeaba en un malestar que presuponía y casi contenía en sí todo bienestar posible. Volvió a dormirse.

Los altavoces de las estaciones que cada tanto lo despertaban, no son tan absolutamente desagradables como muchos suponen. Despertarse y saber en seguida dónde se encuentra uno abre dos posibilidades de satisfacción diferentes: la de pensar, si es una estación más avanzada de lo que se creía: «¡Cuánto he dormido! ¡Este viaje lo hago sin darme cuenta!», y si en cambio es una estación más atrás: «Bueno, todavía tengo tiempo suficiente para volver a dormirme y continuar el sueño sin preocupaciones». En ese momento se encontraba en el segundo caso. El representante seguía allí, ahora dormía tendido también él, con un ronquido suave. Federico seguía teniendo calor. Se levantó medio dormido, buscó a tientas el regulador de la calefacción eléctrica, lo encontró en la pared opuesta a la suya, justo sobre la cabeza del compañero de viaje, adelantó las manos manteniéndose en equilibrio sobre un solo pie porque se le había deslizado una pantufla, giró rabioso Ia manivela poniéndola en el «mínimo». El representante debió de abrir los ojos en ese momento y ver la mano encogida sobre su cabeza: hipó, tragó saliva y volvió a caer en lo indistinto. Federico se echó sobre su camastro, el regulador eléctrico produjo un zumbido, se encendió una lamparita roja como si intentara una explicación, una conversación. Federico esperó impaciente que el calor disminuyera, se levantó para bajar apenas la ventanilla y después, como el tren corría a toda velocidad, tuvo frío y volvió a cerrarla, giró un poco el regulador hacia «automático». Con la cara apoyada en la amorosa almohada, estuvo escuchando un momento los ronquidos del regulador como misteriosos mensajes de mundos ultraterrenos. El tren recorría la tierra coronada de espacios interminables y en todo el universo él y sólo él era el hombre que corría hacia Cinzia U.

El despertar siguiente fue el grito de un vendedor de café de la Estación Príncipe. El representante había desaparecido. Federico reparó cuidadosamente las fallas de su muro de cortinas y se quedó escuchando con aprensión los pasos que se acercaban por el pasillo, cada puerta que corría. No, no entró nadie. Pero en Génova—Brignole una mano se abrió camino, se agitó en el aire, trató de soltar las cortinas, no lo consiguió, apareció una forma humana a gatas, gritó en dialecto hacia el pasillo:

—¡Aquí, muchachos! ¡Este está vacío! —Le respondieron unos pasos pesados, de zapatones, voces rotas y cuatro soldados alpinos entraron en la oscuridad del compartimiento y estuvieron por sentarse encima de Federico.

Mientras se inclinaban sobre él como si fuera un animal desconocido:

—¡Oh! ¿Quién está aquí? —él se incorporó de golpe apoyándose en los brazos y atacó:

—Pero, ¿no hay otros compartimentos vacíos?

—No, están todos llenos —contestaron—, pero nos quedamos de este lado, no se moleste.

Se hubiera dicho que estaban intimidados, pero en realidad acostumbrados a los modos bruscos, nada les ofendía; se dejaron caer estrepitosamente sobre los asientos.

—¿Vais lejos? —preguntó Federico, un poco calmado, desde su almohada. No, bajaban en una de las primeras estaciones.

—Y usted ¿adónde va?

—A Roma.

—¡Madre mía! ¡A Roma! —El tono de asombro compasivo se transformó, en el corazón de Federico, en un movimiento de heroico orgullo.

Así continuó el viaje.

—¿Queréis apagar la luz?

Apagaron y se quedaron en la oscuridad, sin rostro, ruidosos, voluminosos, hombro contra hombro. Uno levanta la cortina de la ventanilla y mira hacia afuera: la noche es clara, Federico acostado ve sólo el cielo y de vez en cuando la hilera de lámparas de una pequeña estación que lo deslumbran y proyectan un abanico de sombras en el techo. Los soldados alpinos son campesinos toscos, vuelven a sus casas de permiso, no paran de hablar fuerte y de interpelarse, y a veces en la oscuridad se largan manotazos y puñetazos, salvo uno que duerme y otro que tose. Hablan un dialecto oscuro, Federico pesca de

vez en cuando una palabra, asuntos de cuartel, de burdel. Quién sabe por qué, sentía que no los odiaba. Ahora estaba con ellos, era casi uno de ellos, y se compenetraba con ellos por el placer de pensar que al día siguiente estaría al lado de Cinzia U., y de sentir el vértigo del brusco cambio de destino. Pero esto no porque se sintiera superior, como con el desconocido de antes; ahora estaba oscuramente de parte de ellos, e investido por ellos, que no lo sabían, iba hacia Cinzia; todo lo que parecía más ajeno a Cinzia era lo que daba valor a ese sentimiento de que él era el dueño de Cinzia. A Federico se le ha dormido un brazo. Lo levanta, lo sacude, el hormigueo no pasa, se transforma en dolor, el dolor en lento bienestar y hace girar el brazo contraído en el aire. Los cuatro soldados alpinos lo miran con la boca abierta.

—¿Qué bicho le ha picado?... Está soñando… Pero qué hace…
—Después, con la inconsecuencia de los jóvenes, empiezan a hacerse bromas.

Federico trata de reactivar la circulación de una pierna, apoyando un pie en el suelo y pisando fuerte.

Entre duermevela y bullicio pasó una hora. Y él no se sentía enemigo de los soldados; tal vez no era enemigo de nadie; tal vez se había convertido en un hombre bueno. No los odió ni siquiera cuando, poco antes de llegar a la estación donde se apeaban, salieron dejando abierta la puerta y descorridas las cortinas. Se levantó, volvió a atrincherarse, a gustar el placer de la soledad, pero sin rencor hacia nadie.

Ahora tenía frío en las piernas. Metió los bajos del pantalón dentro de los calcetines, pero seguía teniendo frío. Se envolvió las piernas con el abrigo. Ahora tenía frío en el estómago y en los hombros. Puso el regulador casi en el «máximo», se tapó de nuevo, hizo como si no advirtiera que el abrigo formaba unas arrugas debajo del cuerpo, en ese momento estaba dispuesto a renunciar a todo en favor de su bienestar inmediato, la conciencia de ser bueno con el prójimo lo inducía a ser bueno consigo mismo y, en esa indulgencia general, a reencontrar las vías del sueño.

A partir de ese momento, se despertó con intermitencias, mecánicamente. Las entradas del revisor, con el gesto seguro con que corría las cortinas, se distinguían bien de las inciertas tentativas de los viajeros nocturnos que subían en una estación intermedia y se desconcertaban al encontrar una serie de compartimientos con las cortinas corridas. Igualmente profesional, pero más brusco y tétrico, se asomaba el agente de policía que encendía de golpe la luz en la cara del durmiente, lo examinaba, apagaba y se iba en silencio, dejando tras de sí una corriente de aire de prisión.

Después, en una estación cualquiera sepulta en la noche, entró un hombre. Federico lo advirtió cuando ya se había acurrucado en un rincón, y por el olor a mojado que daba el capote comprendió que afuera estaba lloviendo. Cuando volvió a despertarse el hombre había desaparecido vaya a saber en qué otra estación invisible, y sólo había sido para él una sombra con olor a lluvia y una respiración pesada.

Sintió frío; hizo girar el regulador hasta el «máximo», después metió la mano debajo de los asientos para ver si el calor aumentaba. No se sentía nada; agitó la mano allí debajo; parecía que todo estaba apagado. Volvió a ponerse el abrigo, después se lo quitó, buscó el jersey bueno, se quitó el jersey viejo, se puso el bueno, volvió a ponerse encima el viejo, se puso de nuevo el abrigo, se encogió y trató de recuperar la sensación de plenitud que antes lo había llevado al sueño y no conseguía recordar nada, y cuando le volvió a la memoria la canción ya se había dormido y el ritmo continuó meciéndolo triunfalmente en el sueño.

La primera luz de la mañana entró por las rendijas como el grito «¡café caliente!» y «¡diarios!» de una estación quizá todavía del final de la Toscana o de los comienzos del Lazio. No llovía, al otro lado de los cristales mojados el cielo ostentaba su ya meridional indiferencia al otoño. El deseo de algo caliente y también el automatismo del hombre de ciudad que inicia su mañana recorriendo los periódicos actuaron sobre los reflejos de Federico y sintió que hubiera debido precipitarse a la ventanilla para comprar el café o el diario o las dos cosas. Pero logró convencerse tan bien de que todavía estaba dormido y de que no había oído nada que esa persuasión siguió funcionando inclusive

cuando invadió el compartimiento la gente de Civitavecchia que suele tomar los trenes matutinos hacia Roma. Y la mejor parte de su sueño, la de las primeras horas del día, transcurrió casi sin interrupción.

Cuando se despertó de verdad, le cegó la luz que entraba por todos los cristales ya sin cortinas. En el asiento de enfrente había una hilera de personas que le parecieron muchas más de las que cabían, y en realidad había también un niño sobre las rodillas de una mujer gorda, y un hombre sentado en su mismo asiento, en el lugar que dejaban libre sus piernas dobladas. Los hombres tenían caras distintas pero todas con algo vagamente ministerial, más la única variante posible de un oficial de aviación con el uniforme cargado de condecoraciones; y se veía que incluso las mujeres iban a encontrarse con parientes funcionarios de algún ministerio, o bien era toda gente que viajaba a Roma para hacer gestiones burocráticas propias o ajenas. Y todos, algunos alzando los ojos del diario *Il Tempo,* observaban a Federico quien, tendido a la altura de las rodillas de ellos, informe, empaquetado en el abrigo, sin pies, como una foca, se iba despegando de la almohada manchada de saliva, y, despeinado, la boina cubriéndole la coronilla, una mejilla marcada por los pliegues de la funda, se levantaba, se estiraba con movimientos informes, de foca, e iba recuperando el uso de las piernas y se calzaba las pantuflas equivocándose de pie, y ahora se desabrochaba y rascaba debajo de los jerseys superpuestos y la camisa ajada, y deslizaba sobre ellos sus ojos todavía legañosos y sonreía.

Por las ventanillas se veía desplegarse la anchura del campo romano. Federico permaneció un instante con las manos sobre las rodillas, sonriendo siempre, después con un gesto pidió permiso para tomar el diario que tenía sobre el regazo el pasajero de enfrente. Recorrió los titulares, tuvo como siempre la impresión de estar en un país remoto, miró olímpico los arcos de los acueductos que se sucedían al otro lado de la ventanilla, devolvió el periódico, se levantó a buscar en la bolsa el neceser.

En la estación Termini el primero en saltar del vagón, fresco como una rosa, era él. En la mano apretaba la ficha telefónica. En los nichos entre las pilastras y los puestos, los teléfonos grises le aperaban sólo

a él. Metió la ficha, marcó el número, escuchó con el corazón palpitante el timbre lejano, oyó el «Dígame...» de Cinzia que emergía todavía oloroso de sueño y de suave tibieza, y él estaba ya en la tensión de los días que pasarían juntos, en la lanosa guerra de las horas, y comprendió que nunca lograría decirle nada de lo que había sido para él esa noche que ya se le iba desvaneciendo, como toda perfecta noche de amor, ante la cruel irrupción de los días.

La aventura de un lector

En el cabo la carretera del litoral pasaba por la parte más alta; abajo, en el fondo del acantilado y todo alrededor, el mar se extendía hasta el horizonte alto y esfumado. También el sol estaba en todas partes, como si el cielo y el mar fueran dos lentes de aumento. Allá abajo, contra la melladura irregular de los escollos del cabo, el agua batía tranquila, sin espuma. Amedeo Oliva bajó por una rampa de peldaños empinados con la bicicleta al hombro y la dejó en un lugar a la sombra, después de poner la cadena antirrobo. Siguió bajando la escalerilla entre desmoronamientos de tierra amarilla y seca y agaves suspendidos en el vacío, e iba buscando con la mirada el pliegue rocoso más cómodo para tenderse. Llevaba bajo el brazo una toalla enrollada y en medio de la toalla, el bañador y un libro.

El cabo era un lugar solitario: unos pocos grupos de bañistas se zambullían o tomaban el sol escondidos unos de otros por las anfractuosidades del terreno. Entre dos rocas que lo ocultaban a la vista, Amedeo se desvistió, se puso el bañador y empezó a saltar de una cresta a otra de los escollos. Atravesó así, brincando con sus piernas flacas, la mitad de la escollera, por momentos volando casi sobre las narices de parejas de bañistas semiocultas, tendidas sobre toallas de baño. Después de un bloque de arenisca, de superficie porosa e irregular, empezaban los escollos lisos, de contornos redondeados; Amedeo se quitó las sandalias y llevándolas en la mano siguió corriendo descalzo, con la seguridad del que sabe calcular a ojo las distancias entre roca y roca y tiene unos pies cuyas plantas no le temen a nada. Llegó a un lugar donde la pared rocosa caía a pico sobre el mar: la pared estaba atravesada a media altura por una especie de escalón. Allí Amedeo se detuvo. Sobre un saliente plano acomodó su ropa bien doblada, y encima puso las sandalias con la suela hacia arriba, para que una ráfaga de viento no se lo llevara todo (en realidad apenas soplaba una ligerísima brisa del mar, pero ese gesto de

precaución debía de ser habitual en él). Llevaba consigo una bolsita que era un cojín de goma; sopló hasta inflarlo, lo apoyó en un punto, y desde allí hacia abajo, en un tramo del borde rocoso en ligero descenso, tendió la toalla. Se dejó caer boca arriba y ya abría con las manos el libro en la página señalada. Así pasó largo rato tendido en la roca, bajo el sol que reververaba por todas partes, la piel seca (tenía el bronceado opaco, irregular, de quien toma el sol sin método pero es resistente a las quemaduras), apoyó en el cojín de goma la cabeza cubierta con una gorra de tela blanca, mojada (sí: había bajado hasta un escollo al nivel del agua para empaparla), inmóvil, sólo los ojos (invisibles detrás de las gafas oscuras) seguían por las líneas blancas y negras el caballo de Fabrizio del Dongo. A sus pies se abría una pequeña cala de agua verdeazul, transparente casi hasta el fondo. Los escollos, según la exposición, eran de un blanco calcinado o estaban cubiertos de algas. En el fondo había una playita de guijarros. Cada tanto Amedeo alzaba los ojos hacia el espectáculo circundante, los posaba en un centelleo de la superficie y en la marcha oblicua de un cangrejo; después volvía absorto a la página donde Raskolnikof contaba los peldaños que lo separaban de la puerta de la vieja o Lucien de Rubempré, antes de meter la cabeza en el nudo corredizo, contemplaba las torres y los techos de la Conciergerie.

Desde hacía un tiempo Amedeo tendía a reducir al mínimo su participación en la vida activa. No es que no le gustara la acción; más aún, del gusto por la acción se alimentaban todo su carácter y sus preferencias; y sin embargo, de año en año, el furor de ser él quien actuaba iba disminuyendo, disminuyendo tanto que era como para preguntarse si alguna vez lo había sentido realmente. No obstante, el interés por la acción sobrevivía en el placer de la lectura: su pasión eran siempre las narraciones de hechos, las historias, la trama de las vicisitudes humanas. Novelas del siglo XIX, ante todo, pero también memorias y biografías y así sucesivamente hasta llegar a las novelas policíacas y a la ciencia ficción, que no desdeñaba pero que le daban menos satisfacción aunque sólo fuera porque eran libritos breves: a Amedeo le gustaban los volúmenes gruesos y sentía al abordarlos el placer físico que da hacer frente a un gran esfuerzo. Sopesarlos en la mano, apretados, espesos, sólidos, observar con un poco de aprensión

el número de páginas, la vastedad de los capítulos; después entrar en ellos: un poco reticente al principio, sin ganas de hacer el primer esfuerzo de recordar los nombres, de seguir el hilo de la historia; después confiar en ellos, deslizándose por los renglones, atravesando el enrejado de la página uniforme, y más allá de los caracteres de plomo aparecía entonces la llama y el fuego de la batalla y la bala que silbando en el cielo caía a los pies del príncipe Adrei, ahora es la tienda atestada de estampas, de estatuas y Frédéric Moreau palpitante hacía su aparición en casa de los Arnoux. Más allá de la superficie de la página se entraba en un mundo en el que la vida, antes era más vida que la de aquí, de este lado: como la superficie del mar que nos separa del mundo azul y verde, grietas hasta perderse de vista, extensiones de fina arena ondulada, seres mitad animales mitad plantas.

El sol era ardiente, el escollo quemaba y al cabo de un momento Amedeo se sentía uno con la roca. Llegaba al final del capítulo, cerraba el libro poniendo como señal el folleto publicitario, se quitaba la gorra de tela y las gafas, se ponía de pie medio atontado, y con grandes saltos llegaba a la punta extrema del escollo donde a toda hora un grupo de chiquillos se zambullía y volvía a trepar. Amedeo se erguía en un peldaño a pico sobre el mar, no demasiado alto, a un par de metros del agua, contemplaba con ojos todavía deslumbrados la transparencia luminosa que se extendía bajo sus pies y de golpe se tiraba. Su zambullida era siempre igual, de pez, bastante correcta, pero con cierta rigidez. El paso del aire asoleado al agua tibia habría sido casi imperceptible si no fuese brusco. No reaparecía en seguida, le gustaba nadar debajo del agua, cada vez más hondo, rozando casi el fondo, hasta faltarle la respiración. Le daba mucho placer el esfuerzo físico, imponerse tareas difíciles (por eso iba a leer su libro en el cabo, al que subía en bicicleta, pedaleando furiosamente bajo el sol meridiano): nadando bajo el agua, trataba siempre de llegar a una pared de roca que emergía en cierto lugar de la arena del fondo, cubierta de un espeso matorral de hierbas marinas. Volvía a la superficie entre esas rocas y nadaba un poco alrededor; empezaba practicando el *crawl* con método, pero gastando más fuerzas de lo necesario; en seguida, cansado de tener la nariz metida en el agua como un ciego, pasaba a una brazada más libre, «marinera»; la vista

le daba más satisfacción que el movimiento, y poco después de la «marinera» pasaba a nadar de espaldas, cada vez de manera más irregular y con interrupciones, hasta detenerse para hacer el muerto. Giraba y se revolvía en aquel mar como en un lecho sin orillas, y se proponía como objetivo o bien llegar a un islote, o bien dar algunas brazadas, y no cejaba hasta no llevar a buen término su propósito; unas veces se dejaba estar indolentemente, otras avanzaba hacia mar abierto deseoso de tener el cielo y el agua a su alrededor, a veces volvía a acercarse a los escollos que emergían alrededor del cabo para no perder ninguno de los itinerarios posibles del pequeño archipiélago. Pero mientras nadaba se daba cuenta de que la curiosidad que iba creciendo en él era la de conocer la continuación —pongamos— de la historia de Albertine. ¿La encontraría o no Marcel? Nadaba furiosamente o hacía el muerto, pero su corazón estaba entre las páginas del libro que había dejado en la orilla. Entonces, con rápidas brazadas alcanzaba su escollo, buscaba el punto donde se treparía, y así casi sin darse cuenta se encontraba arriba, frotándose los hombros con la toalla de esponja. Volvía a encasquetarse la gorra de tela, se tendía de nuevo al sol y comenzaba el nuevo capítulo.

No era sin embargo un lector apresurado, famélico. Había llegado a la edad en que la segunda, la tercera o la cuarta lectura dan más placer que la primera. Y sin embargo, le quedaban todavía muchos continentes por descubrir. Cada verano, los preparativos más laboriosos antes de partir al mar eran los de la pesada maleta de libros: según la inspiración y los razonamientos de los meses de vida ciudadana, Amedeo escogía cada año ciertos libros famosos que quería releer y ciertos autores que afrontaba por primera vez. Y allí en el escollo los iba agotando, alzando a menudo los ojos de la página para reflexionar, juntar las ideas. En cierto momento, al levantar la vista, vio que en la playita de guijarros, en el fondo de la cala, se había tendido una mujer.

Estaba muy bronceada, era flaca, ni demasiado joven ni de gran belleza, pero le pegaba estar desnuda (llevaba un «dos piezas» sucinto y bien arrollado en los bordes para tomar todo el sol posible), y atrajo la mirada de Amedeo. El observó que, mientras leía, separaba cada vez más a menudo los ojos del libro y los alzaba en el aire, y ese aire

era el que había entre la mujer y él. La cara de ella (estaba tendida en la orilla en pendiente, sobre una colchoneta de goma, y a cada ojeada Amedeo veía las piernas no carnosas pero armoniosas, el vientre perfectamente liso, el pecho exiguo pero quizá no desagradable aunque probablemente un poco marchito, los hombros algo huesudos, como el cuello y los brazos, y la cara oculta por gafas negras y por el ala del sombrero de paja), ligeramente marcada, era vivaz, perspicaz e irónica. Amedeo la clasificó como el tipo de mujer independiente, que veranea sola, que a los balnearios populosos prefiere la escollera más desierta y le gusta estar así poniéndose negra como el carbón: evaluó la parte de indolente sensualidad y de insatisfacción crónica que había en ella; pensó furtivamente en las probabilidades que ofrecía para una aventura de rápido desenlace, las comparó con la perspectiva de una conversación convencional, de un programa nocturno, de posibles dificultades logísticas, del esfuerzo de atención que es siempre necesario para trabar conocimiento aunque sea superficial con una persona y siguió oyendo, convencido de que la mujer no podía en realidad interesarle.

Pero o había pasado demasiado tiempo tendido en aquel lugar de la roca, o era que esos rápidos pensamientos le habían dejado una huella de inquietud, el hecho es que se sentía dolorido; las asperezas de la roca debajo de la toalla que le servía de colchón empezaban a resultarle incómodas. Se levantó para buscar otro lugar donde acostarse. Durante un instante dudó entre dos sitios que parecían igualmente cómodos: uno más alejado de la playita donde estaba la señora bronceada (inclusive al otro lado de un espigón de piedra que le impediría verla), el otro más próximo. La idea de acercarse y de que por sabe Dios qué juego de circunstancias imprevisibles se viera obligado a iniciar un diálogo e interrumpir por lo tanto la lectura, le hizo preferir en seguida el lugar más alejado, pero, pensándolo bien, se podría creer que él quería escapar de la señora recién llegada, y eso podía parecer poco elegante, de modo que optó por el lugar más cercano, de todos modos la lectura lo absorbía tanto que no sería desde luego la vista de la señora —que por lo demás ni siquiera era demasiado guapa— lo que pudiera distraerlo. Se tendió sobre un costado, sujetando el libro de modo que le ocultara la vista de ella,

pero le cansaba mantener el brazo a esa altura y terminó por bajarlo. Entonces, la misma mirada que se deslizaba por los renglones, cada vez que tenía que volver al comienzo, encontraba, apenas más allá del margen de la página, las piernas de la veraneante solitaria. También ella se había desplazado un poco, buscando una posición más cómoda, y el hecho de haber alzado las rodillas y cruzado las piernas exactamente en la dirección de Amedeo, le permitía examinar mejor algunas proporciones de la señora, nada desagradables. En una palabra, Amedeo (aunque el filo de una roca le cortara la cadera) no hubiera podido encontrar una posición mejor: el placer que podía darle la vista de la señora bronceada —un placer marginal, un extra, pero no por ello despreciable ya que podía disfrutarlo sin esfuerzo— no perjudicaba el placer de la lectura, sino que se insertaba en su curso normal, de modo que estaba seguro de poder seguir leyendo sin tener la tentación de apartar la mirada.

Todo estaba en calma, sólo se deslizaba el fluir de la lectura a la que el paisaje inmóvil servía de marco, y la señora bronceada se había convertido en una parte necesaria de ese paisaje. Amedeo contaba naturalmente con su propia capacidad para permanecer largo rato absolutamente inmóvil, pero no tenía en cuenta la movilidad de la mujer, que ya se levantaba, se ponía de pie, avanzaba entre los guijarros hacia la orilla. Se había puesto en movimiento —comprendió en seguida Amedeo— para ver de cerca una gran medusa que un grupo de chiquillos arrastraba hacia la orilla, empujándola con unas cañas. La señora bronceada se inclinaba hacia el cuerpo invertido de la medusa e interrogaba a los chicos; sus piernas se alzaban sobre zuecos de madera de tacones muy altos, incómodos para aquellas rocas; su cuerpo, visto de atrás como ahora lo veía Amedeo, era el de una mujer más agradable y más joven de lo que le había parecido antes. Pensó que para un hombre en busca de aventuras el diálogo de ella con los chiquillos pescadores habría sido una ocasión «clásica»: acercarse, comentar también él la captura de la medusa e iniciar así la conversación. ¡Justo lo que él no hubiera hecho por todo el oro del mundo!, pensó para sí, sumiéndose de nuevo en la lectura. Claro que esta norma de conducta le impedía también satisfacer una curiosidad natural respecto a la medusa que era, por lo que se veía, de

dimensiones insólitas, y de una extraña tonalidad esfumada, entre el rosa y el violeta. Curiosidad ésta por los animales marinos que, lejos de distraerlo, era coherente con el mismo tipo de pasión por la lectura; además, en aquel momento el interés por la página que estaba leyendo —un largo pasaje descriptivo— había ido disminuyendo; en una palabra, era absurdo que para defenderse del peligro de iniciar una conversación con la veraneante, él se vedase también impulsos espontáneos y bien justificados, como el de distraerse unos pocos minutos observando de cerca una medusa. Puso la señal, cerró el libro y se levantó: su decisión no podía ser más oportuna: justo en ese momento la señora se separaba del grupito de muchachos, disponiéndose a volver a su colchoneta. Amedeo lo notó mientras se iba acercando y sintió la necesidad de decir en seguida una frase en voz alta. Gritó a los muchachos:

—¡Cuidado! ¡Puede ser peligrosa!

Los chicos, en cuclillas alrededor del animal, ni siquiera levantaron los ojos: con los trozos de caña que tenían en la mano seguían tratando de levantarla y darle la vuelta; pero la señora se giró vivamente y se acercó de nuevo a la orilla, con aire entre interrogativo y asustado:

—¡Uy!, qué miedo, ¿muerde?

—Si se toca quema la piel —explicó él, y se dio cuenta de que se había dirigido, no a la medusa sino a la veraneante, que quién sabe por qué se cubría el pecho con los brazos en un estremecimiento inútil y sus miradas casi furtivas pasaban del animal boca arriba a Amedeo. El la tranquilizó y así, como era de prever, empezaron a hablar, pero no importaba, porque Amedeo volvería en seguida al libro que lo esperaba; le bastaba echar un vistazo a la medusa y por eso acompañó a la señora bronceada, que se inclinó en medio del círculo de chiquillos. La señora observaba ahora con asco, los nudillos de los dedos contra los dientes, y en cierto momento estando uno al lado del otro sus brazos se tocaron y tardaron un momento en separarse. Amedeo se puso entonces a hablar de medusas: su competencia directa no era mucha, pero había leído algunos libros de famosos pescadores y exploradores submarinos, de modo que —sobrevolando la fauna menuda— llegó en seguida a hablar de la famosa «manta». La

veraneante lo escuchaba mostrando un gran interés y cada tanto intervenía, siempre a destiempo, como suelen hacer las mujeres.

—¿Ve esta mancha roja que tengo en el brazo? ¿No habrá sido una medusa? —Amedeo palpó el punto, un poco más arriba del codo, y dijo que no. Estaba un poco rojo porque se había apoyado en el codo mientras estaba echada.

Con eso, todo se terminó. Se saludaron, ella volvió a su lugar, él al suyo y reanudó la lectura. Había sido un intermedio que duró el tiempo justo, ni mucho ni poco, una relación humana no antipática (la señora era cortés, discreta, dócil) justamente porque apenas había comenzado. Pero en el libro encontraba una adhesión a la realidad mucho más plena y concreta, donde todo tenía un significado, una importancia, un ritmo. Amedeo se sentía en una disposición perfecta: la página escrita le abría la verdadera vida, profunda y apasionante, y alzando la vista encontraba una conjunción casual pero placentera de colores y sensaciones, un mundo accesorio y decorativo que no podía comprometerlo en nada. La señora bronceada, desde su colchoneta, le sonrió y le hizo un gesto de saludo, él respondió también con una sonrisa y un gesto vago y bajó en seguida la mirada. Pero la señora había dicho algo.

—¿Cómo dice?

—¿Lee, sigue leyendo?

—Eh…

—¿Es interesante?

—Sí.

—¡Que siga bien!

—Gracias.

No debía alzar más los ojos. Por lo menos hasta el final del capítulo. Lo leyó de un tirón. Ahora la señora tenía un cigarrillo en la boca y se lo señalaba con un gesto. Amedeo tuvo la impresión de que desde hacía ya un momento ella trataba de llamar su atención.

—¿Cómo?

—... cerillas, disculpe...

—Ah, no, no fumo...

El capítulo había terminado, Amedeo leyó rápidamente las primeras líneas del siguiente, que encontró sorprendentemente apasionantes, pero para abordar el nuevo capítulo sin preocupaciones, había que solucionar cuanto antes la cuestión de las cerillas.

—¡Espere!

Se levantó, salió saltando entre los escollos, medio aturdido por el sol, hasta encontrar un grupito de gente que fumaba. Pidió prestada una caja de cerillas, corrió hasta la señora, le encendió el cigarrillo, volvió corriendo a devolver la caja, le dijeron:

—Quédesela, quédesela, por favor —corrió de nuevo hasta la señora para dejarle la caja, ella le dio las gracias, él esperó un momento antes de irse, pero comprendió que después de aquella pausa tenía que decir algo más y dijo:

—¿No se baña?

—Dentro de un rato —dijo la señora—, ¿y usted?

—Yo ya me he bañado.

—¿Y no vuelve a meterse en el agua?

—Sí, leo otro capítulo y nado otro poco.

—Yo también, fumo el cigarrillo y me zambullo.

—Hasta luego, entonces.

—Hasta luego.

Esta especie de cita le devolvió una calma que — ahora se daba cuenta— no conocía desde que había advertido la presencia de la veraneante solitaria: ahora ya no le pesaba sobre la conciencia la idea de mantener con aquella señora una relación cualquiera; todo quedaba postergado al momento del baño —baño que de todos modos él se hubiera dado, aunque ella no estuviera— y ahora podía abandonarse sin remordimientos al placer de la lectura. Al punto de

no advertir que en cierto momento —cuando aún no había llegado al final del capítulo— la veraneante, terminado el cigarrillo, se había levantado y se le había acercado para invitarlo a bañarse. Vio los zuecos y las piernas rectas a poca distancia del libro, alzó la mirada, volvió a bajarla a la página —el sol era deslumbrante— y leyó de prisa algunas líneas, miró nuevamente hacia arriba y la oyó:

—¿No le estalla la cabeza? ¡Yo me zambullo!

Sin embargo, se estaba bien allí, leyendo y alzando la vista entre párrafo y párrafo. Pero como no podía seguir postergando, Amedeo hizo algo que no hacía nunca: se saltó casi media página hasta el final del capítulo, que en cambio leyó con mucha atención, y después se levantó.

—¡Vamos! ¿Se zambulle desde la punta?

Después de tanto hablar de zambullirse, la señora bajó al mar con cautela desde un peldaño al ras del agua. Amedeo se arrojó de cabeza desde una roca más alta de lo habitual. Era la hora en que el sol todavía declina lentamente. El mar estaba dorado. Nadaron en aquel oro, un poco separados; por momentos Amedeo se hundía unas brazadas bajo el agua y se divertía pasando por debajo de la señora para asustarla. Decimos que se divertía: cosa de niños, claro está, pero por lo demás, ¿qué se podía hacer? El baño de a dos era ligeramente más aburrido que a solas; pero la diferencia era mínima. Fuera de los reflejos de oro, el azul del agua se ensombrecía, como si del fondo aflorase una oscuridad de tinta. Era inútil, nada igualaba el sabor a vida que hay en los libros. Mientras nadaba entre ciertos escollos hirsutos, semisumergidos, y dirigía a la señora asustada (para hacerla subir a un islote le rodeó las caderas y el pecho, pero de tanto estar en el agua, sus manos se habían vuelto casi insensibles, las yemas de los dedos estaban blancas y onduladas), Amedeo miraba cada vez más seguido hacia la orilla donde se distinguía la tapa del libro en colores. No había otra historia, otra espera posible que la que había dejado en suspenso entre las páginas donde estaba la señal, y todo lo demás era un intervalo vacío.

Pero de regreso a la orilla, el ayudarse a subir, secarse, frotarse mutuamente los hombros, terminó por crear una especie de intimidad, de modo que a Amedeo le pareció que en ese momento volver a su rincón sería poco elegante.

—Bueno —dijo—, me quedo a leer aquí; voy a buscar el libro y el cojín.

A leer, había tenido buen cuidado de advertir. Y ella:

—Sí, muy bien, yo también fumo un cigarrillo y leo un poco *Annabella.*

Tenía una revistilla de ésas de mujeres, y así los dos se pusieron a leer cada uno por su lado. La voz de ella le llegó como una gota fría en la nuca, pero sólo decía:

—¿Por qué se queda ahí, que es duro?, venga a la colchoneta, le dejo lugar.

La propuesta era amable, en la colchoneta se estaba bien y Amedeo asintió de buen grado. Estaban echados, él en un sentido y ella en el otro. La señora no hablaba, hojeaba las páginas ilustradas y Amedeo consiguió sumergirse por entero en la lectura. El ocaso era lento, de esos en que el calor y la luz casi no disminuyen sino que se van atenuando suavemente. La novela que leía Amedeo había llegado a ese momento en que se revelan los mayores secretos de los personajes y del ambiente, y uno se mueve en un mundo familiar, y se alcanza una especie de paridad, de confianza entre el autor y el lector y se avanza al mismo paso, y uno no se detendría nunca.

En la colchoneta de goma se podían hacer también esos pequeños movimientos que los miembros necesitan para no entumecerse, y una pierna de él, en un sentido, se adhirió a una pierna de ella, en el otro. A Amedeo la cosa no le desagradaba y se quedó así; a ella por lo visto tampoco, porque no se movió. La dulzura del contacto se sumaba a la lectura y, en lo que respecta a Amedeo, la hacía más completa; en cambio para la veraneante debía de ser diferente, porque se incorporó, se sentó y dijo:

—Pero...

Amedeo tuvo que levantar la cabeza del libro. La mujer lo miraba y sus ojos eran amargos.

—¿Le pasa algo? —preguntó él.

—¿Pero no se cansa nunca de leer? —dijo la mujer—. ¡No se puede decir que sea usted un tipo sociable! ¿No sabe que a las señoras hay que darles conversación? —añadió con una semisonrisa que tal vez quería ser sólo irónica pero que a Amedeo, que en aquel momento hubiera dado cualquier cosa por no despegarse de la novela, le pareció francamente amenazadora. «¡Quién me manda meterme en esto!», pensó. Ahora estaba claro que con aquella mujer al lado no podría leer ni una línea más. «Habría que hacerle entender que se ha equivocado», pensó, «que soy el tipo menos indicado para hacer de galán de playa, que soy un tipo al que es mejor no darle ninguna confianza.»

—¿Conversación? —dijo en voz alta—. ¿Qué conversación? —y estiró una mano hacia ella. «Bueno, si ahora le pongo las manos encima, se sentirá ofendida por un gesto tan fuera de lugar, quizá me dé una bofetada y se vaya.» Pero tal vez fuera su natural reserva, tal vez un deseo diferente, más dulce, lo que en realidad lo impulsaba, el hecho es que la caricia, en vez de brutal y provocativa, fue tímida, melancólica, casi suplicante: le rozó el cuello con los dedos, levantó una cadenita que ella llevaba y la dejó caer. La respuesta de la mujer consistió en un gesto primero lento, como resignado y un poco irónico —bajó la barbilla de costado, para retener la mano—, después, rápido, como en un calculado impulso de agresividad, le mordió el dorso de la mano.

—¡Ay! —exclamó Amedeo. Se separaron.

—¿Así es cómo da usted conversación? —dijo la señora.

«Está bien», razonó velozmente Amedeo, «esta manera mía de dar conversación no le gusta, de modo que basta de conversación y a leer», y ya se arrojaba sobre un nuevo párrafo. Pero trataba de engañarse a sí mismo: se daba perfecta cuenta de que habían llegado demasiado lejos, que entre él y la señora bronceada se había creado una tensión que no se podía interrumpir; sentía que él era el primero en no querer interrumpirla, de todas maneras no conseguiría volver a la única tensión de la lectura, toda recogida e interior. Podía en cambio tratar

de que esa tensión externa siguiera, por así decirlo, un curso paralelo a la otra, para no tener que renunciar ni a la señora ni al libro.

Como la señora se había sentado apoyando la espalda en un escollo, él se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros, con el libro sobre las rodillas. Se volvió hacia ella y la besó. Se separaron y volvieron a besarse. Después él bajó la cabeza hacia su libro y reanudó la lectura.

Mientras pudiera, quería seguir adelante con la lectura. Su temor era no poder terminar la novela: el comienzo de una relación de verano podía significar el fin de sus tranquilas horas de soledad, un ritmo completamente diferente que se adueñaba de sus días de vacaciones; y ya se sabe que, cuando uno está completamente enfrascado en la lectura de un libro, si tiene que interrumpirla para reanudarla al cabo de un tiempo, casi todo el gusto se pierde: se olvidan muchos detalles, uno no logra entrar como antes.

El sol se ponía poco a poco detrás del promontorio cercano, y detrás del siguiente y del siguiente, dejándolos sin colores, a contraluz. De las anfractuosidades del cabo habían desaparecido todos los bañistas. Ahora estaban solos. Amedeo ceñía los hombros de la veraneante con un brazo, leía, la besaba en el cuello y en las orejas —le parecía que a ella le gustaba— y cada tanto, cuando la mujer se giraba, en la boca; después volvía a leer. Quizás esta vez había encontrado el equilibrio ideal: hubiera continuado así durante un centenar de páginas. Pero una vez más fue ella la que quiso cambiar la situación. Empezó a ponerse tiesa, casi a rechazarlo, y entonces dijo:

—Es tarde. Vamos. Yo me visto.

Esta brusca decisión abría perspectivas completamente distintas. Amedeo se quedó un poco desorientado, pero no se detuvo a sopesar el pro y el contra. Había llegado a un punto culminante del libro y la frase de ella: «Yo me visto», apenas oída, se había traducido en su cabeza en esta otra: «Mientras se viste, tendré tiempo de leer algunas páginas seguidas».

Pero ella:

—Ten en alto la toalla, por favor —le dijo, tuteándolo quizá por primera vez—, que nadie me vea.

La precaución era inútil porque la escollera había quedado desierta, pero Amedeo asintió de buen grado, ya que podía sostener la toalla sentado y leyendo el libro que tenía apoyado en las rodillas.

Al otro lado de la toalla la señora se había soltado el sujetador sin preocuparse de que él la mirase o no. Amedeo no sabía si mirarla fingiendo que leía o si leer fingiendo que la miraba. Las dos cosas le interesaban, pero mirarla le parecía mostrarse demasiado indiscreto, seguir leyendo, demasiado indiferente. La señora no practicaba el sistema habitual de las bañistas que se cambian al aire libre, que consiste en ponerse primero el vestido y después quitarse el bañador por abajo; no: ahora que tenía el pecho desnudo se quitaba también el «slip». Entonces fue cuando por primera vez ella volvió la cara hacia él: y era una cara triste, con un pliegue amargo en la boca, y meneaba la cabeza y lo miraba.

«¡Ya que tiene que suceder, que suceda en seguida!», pensó Amedeo echándose hacia adelante con el libro en la mano, un dedo entre las páginas, pero lo que leyó en aquella mirada —reproche, conmiseración, desaliento, como si quisiera decir: «Estúpido, hagámoslo ya que hay que hacerlo, pero no entiendes nada, como todos los otros…»—, es decir, lo que *no* leyó, porque no sabía leer en la mirada, pero advirtió confusamente, le provocó tal arrebato que, al abrazarla y caer junto a ella en la colchoneta, giró apenas la cabeza hacia el libro para comprobar que no acabara en el mar.

Cayó en cambio justo al lado de la colchoneta, abierto, pero habían pasado algunas páginas y Amedeo, aunque siempre en el arrebato de sus abrazos, trató de liberar una mano para poner la señal en la página justa: no hay nada más fastidioso, cuando uno quiere reanudar rápidamente la lectura, que tener que estar allí pasando hojas sin volver a encontrar el hilo.

El entendimiento amoroso era perfecto. Podía tal vez prolongarse más; pero, ¿acaso no había sido todo fulminante en ese encuentro suyo?

Oscurecía. Abajo los escollos se abrían en tobogán, formando una pequeña cala. Ahora ella había bajado y había metido la mitad del cuerpo en el agua.

—Ven tú también, démonos un último baño… —Amedeo, mordiéndose un labio, contaba las páginas que faltaban para el final.

La aventura de un miope

Amilcare Carruga era todavía joven, no carente de recursos, sin exageradas ambiciones materiales o espirituales: nada le impedía pues gozar de la vida. Y, sin embargo, observó que desde hacía un tiempo la vida para él iba perdiendo, imperceptiblemente, su sabor. Cosas de nada, como por ejemplo mirar a las mujeres por la calle; en otros tiempos solía comérselas con los ojos, ávido; ahora tal vez trataba instintivamente de mirarlas, pero en seguida le parecía que pasaban como ráfagas, sin producirle ninguna sensación, y bajaba indiferente los párpados. De las ciudades nuevas, que en otros tiempos le exaltaban —como estaba en el comercio, viajaba a menudo—, ahora sólo notaba las molestias, la confusión, la desorientación. Antes, por las noches —vivía solo—, solía ir al cine: se divertía, cualquiera que fuese el film; el que va al cine todas las noches es como si viese un único gran film todo seguido: conoce a todos los actores, inclusive los característicos y los extras, y ya eso de reconocerlos cada vez es divertido. Bueno, pues ahora también en el cine todas esas caras le parecían descoloridas, chatas, anónimas; se aburría.

Por fin comprendió. Es que era miope. El oculista le recetó un par de gafas. A partir de ese momento su vida cambió, se volvió mil veces más rica de interés que antes.

El solo hecho de calarse las gafas era cada vez una emoción. Estaba, pongamos por caso, en una parada de tranvía, y le asaltaba la tristeza de que todo a su alrededor, personas y objetos, fuesen tan comunes, triviales, gastados por ser como eran, y él allí, a tientas en medio de un blando mundo de formas y colores casi deshechos. Se ponía las gafas para leer el número del tranvía que llegaba y entonces todo cambiaba; las cosas más corrientes, un poste eléctrico, se dibujaba con tantos detalles minúsculos con líneas tan nítidas, y las caras, las caras desconocidas, se llenaban de pequeños signos, puntitos de barba, granos, matices de expresión antes insospechados; y se sabía

de qué tela estaban hechos los vestidos, se adivinaba el tejido, se espiaba el desgaste de los bordes. Mirar se convertía en una diversión, un espectáculo; no el hecho de mirar esto o aquello: mirar. Así Amilcare Carruga olvidaba fijarse en el número del tranvía, dejaba pasar uno tras otro, o bien subía en uno equivocado. Veía tal cantidad de cosas que era como si no viese ninguna. Poco a poco tuvo que hacerse a la costumbre, aprender desde el principio lo que era inútil mirar y lo que era necesario.

Además, las mujeres que cruzaba por la calle y que se le habían reducido a impalpables sombras desenfocadas, ahora el poder verlas con el juego exacto de llenos y vacíos que hacen sus cuerpos al moverse dentro de los vestidos, y evaluar la frescura de la piel, y la calidez contenida de la mirada, ya no le parecía sólo una manera de verlas sino francamente de poseerlas. Caminaba a veces sin gafas (no siempre se las ponía, para no fatigarse inútilmente, sino sólo para mirar de lejos) y entonces, más allá, en la acera se perfilaba una chaqueta de colores vivos. Con un gesto ya automático, Amilcare sacaba rápidamente las gafas del bolsillo y se las calaba en la nariz. Esta indiscriminada avidez de sensaciones era a menudo castigada: podía ser una vieja. Amilcare Carruga se volvió más cauto. Y a veces una mujer que se acercaba le parecía, por los colores, por la manera de andar, modesta, insignificante, indigna de consideración; no se ponía las gafas; pero cuando se cruzaban y se rozaban se daba cuenta de que había en ella algo que lo atraía fuertemente, quién sabe que, y le parecía que percibía en aquel instante una mirada de ella como de espera, quizá la mirada que ya desde su aparición le había echado y él no lo había advertido; pero ahora era tarde, había desaparecido en el cruce, había subido al autobús, se alejaba más allá del semáforo, y él no sabría reconocerla más. Así, través de la necesidad de las gafas, iba aprendiendo lentamente a vivir.

Pero el mundo más nuevo que le abrían las gafas era el de la noche. La ciudad nocturna, antes envuelta en informes nubes de oscuridad y de claridad coloreada, ahora revelaba divisiones exactas, relieves, perspectivas; las luces tenían contornos precisos, los carteles de neón, antes inmersos en un halo indistinto, se escondían ahora letra por letra. Lo bueno de la noche era sin embargo que ese margen de

indeterminación que los lentes a la luz del día suprimían, perduraba: a Amilcare Carruga le venían ganas de ponerse las gafas y entonces se daba cuenta de que ya las llevaba puestas; la sensación de plenitud no era nunca comparable a la punzada de insatisfacción; la oscuridad era un terreno blando y sin fondo donde nunca se cansaba de cavar. Desde las calles, sobre las casas recortadas de ventanas amarillas, por fin cuadradas, alzaba los ojos hacia el cielo estrellado, y descubría que las estrellas no se achataban contra el fondo del cielo como huevos rotos, sino que eran agudísimos tajos de luz que abrían a su alrededor infinitas lejanías.

Estas nuevas preocupaciones sobre la realidad del mundo exterior no estaban separadas de las preocupaciones sobre lo que él mismo era, debidas siempre al uso de las gafas. Amilcare Carruga no se daba a sí mismo mucha importancia, pero como sucede a veces justamente con las personas más modestas, estaba sumamente encariñado con su manera de ser. Ahora bien, el paso de la categoría de los hombres sin gafas a la de los hombres con gafas parece poca cosa, pero es un salto muy grande. Si piensas que cuando alguien que no te conoce y trata de definirte, lo primero que dice es: «un tipo con gafas», ese detalle accesorio, que quince días antes te era completamente ajeno, se convierte en tu primer atributo, se identifica con tu esencia misma. A Amilcare, tontamente si se quiere, convertirse así, de pronto, en «un tipo con gafas», le fastidiaba un poco. Pero no es tanto eso: es que basta que empiece a insinuarse en ti la duda de que todo lo que a ti se refiere es puramente accidental, susceptible de transformación, que podrías ser completamente diferente y no importaría nada, para que por ese camino llegues a pensar que existas o no, da lo mismo, y que de ahí a la desesperación media un paso breve. Por lo tanto Amilcare cuando tuvo que escoger un modelo de montura, instintivamente optó por una de las más finas, minimizadora, apenas un par de delgadas patillas plateadas que sostienen desde arriba los cristales desnudos y con un puentecillo que los une sobre el tabique nasal. Así anduvo un tiempo; después se dio cuenta de que no era feliz; si llegaba a verse inadvertidamente en un espejo con las gafas puestas, sentía una viva antipatía por su cara, como si fuera esa típica cara de cierta clase de personas que le era ajena. Eran justamente esas gafas tan discretas,

ligeras, casi femeninas las que le hacían parecer más que nunca «un tipo con gafas», alguien que no ha hecho otra cosa que llevar gafas toda la vida, al punto de que ya no se nota que las lleva. Las gafas pasaban a formar parte de su fisonomía, se amalgamaban a sus rasgos, y así se atenuaba todo contraste natural entre lo que era su cara —una cara cualquiera pero una cara al fin— y lo que era un objeto extraño, un producto de la industria.

No le gustaban, y por lo tanto no tardaron en caer y romperse. Compró otro par. Esta vez orientó su elección en sentido opuesto: compró un par con montura de plástico negro, de dos dedos de ancho, con unas bisagras que sobresalían de los pómulos como anteojeras de caballo, con unas patillas tan pesadas como para doblar el pabellón de la oreja. Era una especie de antifaz que le ocultaba media cara, pero debajo sentía que era él mismo: no cabía duda de que él era una cosa y las gafas otra, completamente separada; estaba claro que sólo ocasionalmente se ponía las gafas y que sin ellas era un hombre totalmente distinto. Volvió —en la medida en que su naturaleza se lo permitía— a ser feliz.

Ocurrió que en aquel momento tuvo que ir, por ciertos asuntos a V. Era V. la ciudad natal de Amilcare Carruga y allí había transcurrido su juventud. Pero se había marchado hacía diez años y sus regresos habían sido cada vez más pasajeros y esporádicos, y ahora había estado varios años sin poner los pies en V. Ya se sabe qué sucede cuando uno se separa de un ambiente donde ha vivido mucho tiempo: cuando regresas de tarde en tarde, te sientes como un extraño, parece que las aceras, los amigos, las conversaciones de café, o son todo o ya no pueden ser nada, o los sigues día a día o no consigues volver a entrar, y la idea de reaparecer después de demasiado tiempo inspira algo como un remordimiento que rechazas. De modo que poco a poco Amilcare había dejado de buscar ocasiones para volver a V., y después, cuando se presentaron las ocasiones, las dejó caer y al final directamente las evitó. Pero en los últimos tiempos, en esa actitud negativa hacia su ciudad natal entraba, además del estado de ánimo que acabamos de descubrir, ese sentimiento de desamor general que experimentaba y que había identificado con el progreso de su miopía. Tanto es así que ahora que a causa de las gafas se encontraba en un

estado de ánimo nuevo, aprovechando al vuelo la primera oportunidad que se le presentaba de volver a V., había decidido ir.

V. se le apareció bajo una luz completamente distinta a la de sus últimas visitas. Pero no por los cambios: sí, la ciudad estaba muy transformada, construcciones nuevas por todas partes, tiendas y cafés y cines completamente diferentes de los de antes, los jóvenes que, ¿quién los conoce?, y un tráfico el doble del de antaño. Pero todo lo nuevo no hacía más que acentuar y volver más reconocible lo viejo, en una palabra, por primera vez Amilcare Carruga conseguía ver la ciudad con los ojos de cuando era niño, como si la hubiera dejado el día antes. Con las gafas veía una infinidad de detalles insignificantes, por ejemplo cierta ventana, cierta balaustrada, es decir, tenía conciencia de verlas, de escogerlas en medio de todo el resto, cuando antes las veía sin más. Para no hablar de las caras: un vendedor de periódicos, un abogado, algunos envejecidos, otros tal cual. Parientes propiamente dichos en V. ya no le quedaban; y el grupo de amigos más íntimos hacía también tiempo que se había dispersado; pero conocidos los tenía en cantidad, no habría sido posible otra cosa en una ciudad tan pequeña —como era cuando él vivía— donde se puede decir que todos se conocían, por lo menos de vista. Ahora la población había aumentado mucho, había habido también —como en todos los centros privilegiados de Italia del norte— una inmigración de meridionales, la mayoría de las caras que Amilcare encontraba eran desconocidas pero justamente por eso tenía la satisfacción de distinguir a primera vista los antiguos habitantes, y le venían a la memoria episodios, relaciones, sobrenombres.

V. era una de esas ciudades de provincia en las que se conservaba la costumbre del paseo vespertino por la calle principal, y en eso nada había cambiado desde los tiempos de Amilcare. De las dos aceras, como sucede siempre en estos casos, en una fluía una corriente ininterrumpida de paseantes, en la otra menos. En sus tiempos, Amilcare y sus amigos, por una especie de anticonformismo, paseaban siempre por la acera menos concurrida, y desde ella lanzaban ojeadas y saludos y piropos a las muchachas que pasaban por la otra. Amilcare se sentía ahora como entonces, su excitación era incluso

mayor, y echó a andar por su antigua acera, mirando a toda la gente que pasaba.

Encontrar a personas conocidas esta vez no lo ponía incómodo sino que le divertía, y se apresuraba a saludarlas. Con algunos le hubiera gustado detenerse a intercambiar unas palabras, pero por la calle principal de V., con sus aceras tan estrechas, con la gente apretujada que empujaba hacia adelante, y ahora con la circulación de vehículos mucho más intensa, ya no se podía ni caminar como antes por en medio de la calzada y atravesar la calle por donde se quisiera. En una palabra, el paseo se hacía o demasiado deprisa o demasiado lentamente, sin libertad de movimientos, Amilcare tenía que seguir la corriente o remontarla con esfuerzo, y cuando entreveía una cara conocida apenas tenía tiempo de hacer un gesto de saludo antes de que desapareciera, y no lograba siquiera saber si lo habían visto o no.

En ésas estaba cuando se encontró con Corrado Strazza, su compañero de escuela y de billar durante muchos años. Amilcare le sonrió e hizo incluso un amplio ademán con la mano. Corrado Strazza se acercaba mirándolo, pero era como si la mirada lo traspasase sin detenerse, y siguió su camino. ¿Era posible que no lo hubiera reconocido? Había pasado el tiempo, pero Amilcare sabía que no había cambiado mucho; hasta entonces había conseguido defenderse tanto del exceso de peso como de la calvicie y su fisionomía no había sufrido grandes alteraciones. Ahí venía el profesor Cavanna. Amilcare le hizo un saludo deferente, con una pequeña inclinación. El profesor al principio dio muestras de responder, instintivamente, después se detuvo y miró a su alrededor, como buscando a otro. ¡El profesor Cavanna, que era famoso por buen fisionomista porque de todos sus numerosos alumnados recordaba caras y nombres y apellidos y hasta las calificaciones trimestrales! Finalmente Ciccio Corba, el entrenador del equipo de fútbol, contestó al saludo de Amilcare. Pero poco después parpadeó y se puso a silbar, como pensando que había interceptado por error el saludo de un desconocido, dirigido vaya a saber a quién.

Amilcare comprendió que nadie lo hubiera reconocido. Las gafas que le hacían visible el resto del mundo, esas gafas de enorme montura

negra, a él lo volvían a su vez invisible. ¿Quién hubiera pensado que detrás de aquella especie de antifaz estaba el propio Amilcare Carruga, ausente desde hacía tanto tiempo de V. que nadie esperaba encontrárselo de pronto? Apenas había llegado a formular mentalmente estas conclusiones cuando apareció Isa Maria Bietti. Iba con una amiga, paseaban mirando los escaparates, Amilcare se detuvo justo delante, estaba por decir: «¡Isa Maria!», pero le faltó la voz, Isa Maria Bietti lo apartó con un codo, dijo a la amiga: «Ahora se llevan así…» y siguió adelante.

Ni siquiera Isa Maria Bietti lo había reconocido. Comprendió de pronto que había vuelto sólo por Isa Maria Bietti, que sólo por Isa Maria Bietti había querido marcharse de V. y había pasado tantos años lejos, que todo, todo en su vida y todo en el mundo era sólo por Isa Maria Bietti, y ahora finalmente volvía a verla, sus miradas se encontraban, e Isa Maria Bietti no lo reconocía. Tanta fue su emoción que no advirtió si había cambiado, engordado, envejecido, si era atractiva como en otros tiempos o menos o más, no había visto nada salvo que aquélla era Isa Maria Bietti y que Isa Maria Bietti no lo había visto.

Había llegado al final del tramo de calle por donde se paseaba. Allí la gente, en la esquina de la heladería o de la manzana siguiente, en el quiosco, daba la vuelta y recorría la acera en sentido inverso. También Amilcare Carruga dio media vuelta. Se había quitado las gafas. Ahora el mundo se había convertido en la nube insípida y él andaba a tientas, revirando los ojos, y no sacaba nada en limpio. No es que no consiguiera reconocer a nadie: en los lugares mejor iluminados estaba a punto de identificar una cara, pero siempre quedaba un margen de duda de que no fuera quien él creía, y finalmente, fuese o no fuese, tampoco le importaba tanto. Alguien hizo un gesto, un saludo, podía ser que lo saludaran a él, pero Amilcare no entendió bien quién era. Otros dos, al pasar, saludaron; estuvo por contestar, pero no tenía idea de quiénes eran. Un tipo, desde la otra acera, le lanzó un: «¡Chao, Carrú!». Por la voz podía ser un tal Stelvi. Con satisfacción Amilcare se dio cuenta de que lo reconocían, que se acordaban de él. Una satisfacción relativa porque él no los veía siquiera, o bien no llegaba a reconocerlos, eran personas que se confundían una con otra en la memoria, personas que en el fondo le eran más bien indiferentes.

«¡Buenas tardes!», decía cada tanto, cuando percibía un gesto, un movimiento de la cabeza. Así, el que lo había saludado ahora debía de ser o Bellintusi, o Carretti, o Strazza. Si fuera Strazza quizá le hubiese gustado detenerse un momento a hablar con él. Pero había contestado a su saludo con tanta prisa y, pensándolo bien, era natural que sus relaciones fueran sólo ésas, de saludos apresurados y convencionales.

Sin embargo su manera de mirar alrededor tenía claramente una finalidad: volver a encontrar a Isa Maria Bietti. Como ella llevaba un abrigo rojo, era visible de lejos. Durante un momento Amilcare siguió un abrigo rojo, pero cuando consiguió alcanzarlo vio que no era ella y entretanto otros dos abrigos rojos habían pasado en dirección contraria. Aquel año se llevaban mucho los abrigos rojos de entretiempo. Antes, con el mismo abrigo, por ejemplo, había visto a Gigina, la del estanco. Ahora una de abrigo rojo fue la primera en saludarlo, y Amilcare respondió con bastante frialdad, porque seguramente era Gigina, la del estanco. Después le asaltó la duda de que no fuese Gigina, la del estanco, ¡sino justamente Isa Maria Bietti! Pero, ¿cómo era posible confundir a Isa Maria con Gigina? Amilcare volvió sobre sus pasos para cerciorarse. Encontró a Gigina, era ella, no cabía duda; pero si ahora venía hacia allí, no podía ser que ya hubiese dado toda la vuelta; ¿o había dado una vuelta más corta? No entendía nada. Si Isa Maria lo había saludado y él le había contestado con frialdad, todo el viaje, toda la espera, todos los años pasados eran inútiles. Amilcare iba y venía por aquellas aceras, a veces poniéndose las gafas a veces quitándoselas, a veces saludando a todos y a veces recibiendo saludos de brumosos y anónimos fantasmas.

Pasada la otra punta del paseo, la calle se alargaba y en seguida se salía de la ciudad. Había una hilera de árboles, un foso, al otro lado un seto y los campos. En sus tiempos, al caer la noche, se iba hasta allí del brazo de una chica, si la tenías, y si se estaba solo, se iba para estar aún más solo, a sentarse en un banco y escuchar el canto de los grillos. Amilcare Carruga siguió hacia allí; ahora la ciudad se extendía un poco más allá pero no tanto. El banco, el foso, los grillos estaban como antes. Amilcare Carruga se sentó. De todo el paisaje la noche sólo dejaba en pie unos grandes haces de sombra. Allí, quitarse o ponerse las gafas daba lo mismo. Amilcare Carruga comprendía que

tal vez aquella exaltación de las gafas nuevas había sido la última de su vida, y que ahora había terminado.

La aventura de una mujer casada

La señora Stefania R. volvía a su casa a las seis de la mañana. Era la primera vez.

El coche no se había detenido delante del portal sino un poco antes, en la esquina. Ella misma le había rogado a Fornero que la dejase allí, porque no quería que la portera viese que mientras su marido estaba de viaje ella volvía a casa al alba acompañada de un muchacho. Fornero, apenas apagado el motor, intentó rodearle los hombros con un brazo. Stefania R. se echó atrás, como si la cercanía de su casa lo cambiara todo. Con repentina prisa salió del coche, se inclinó para indicar a Fornero que pusiera el motor en marcha, que se fuera, y echó a andar con sus pasos cortos y rápidos, la cara hundida en las solapas. ¿Era una adúltera?

El portal estaba todavía cerrado. Stefania R. no se lo esperaba. No tenía la llave. Justamente había pasado la noche fuera porque no tenía la llave. Toda la cuestión radicaba en eso: habría habido mil maneras de hacerse abrir la puerta, hasta cierta hora, o mejor dicho: hubiera debido pensar antes que no tenía la llave; pero no, nada, como si lo hubiera hecho a propósito. Había salido por la tarde sin la llave porque pensaba regresar para la cena, en cambio se había dejado arrastrar por aquellas amigas que hacía tanto que no veía, y por aquellos muchachos amigos de ellas, toda una panda, primero a cenar y después a tomar unas copas y a bailar en casa de uno y de otro. Es lógico que a las dos de la mañana fuese demasiado tarde para recordar que no tenía la llave. Todo porque se había enamorado un poco de ese muchacho, Fornero. ¿Se había enamorado? Se había enamorado *un poco.* Había pasado la noche con él, es cierto: pero esa expresión era demasiado fuerte, realmente no correspondía emplearla; había esperado en compañía de aquel muchacho que llegase la hora en que se abría el portal. Eso era todo. Creía que abrían a las seis, y a las seis se había apresurado a volver. También para que la asistenta que iba

a la casa a las siete no descubriera que había pasado la noche fuera. Además, aquel día regresaba su marido.

Ahora encontraba el portal cerrado, estaba allí sola, en la calle desierta, en la luz de la primera mañana, más transparente que a cualquier otra hora del día, en la que todo parecía visto a través de una lente. Sintió una punzada de temor y el deseo de estar en su cama durmiendo desde hacía muchas horas, con el sueño profundo de todas las mañanas, el deseo de la cercanía del marido, aún más, de su protección. Pero fue cosa de un instante, quizá ni siquiera: quizá sólo había esperado sentir ese temor y en realidad no lo había experimentado. Que la portera todavía no hubiese abierto la puerta era un fastidio, un gran fastidio, pero había algo en el aire de la primera mañana, en ese estar allí sola a aquella hora, que le removió la sangre de un modo no desagradable. Ni siquiera lamentó haber despachado a Fornero: con él hubiera estado un poco nerviosa; sola, en cambio, sentía un desasosiego diferente, un poco como cuando era muchacha, pero de una manera completamente distinta.

Tenía que reconocerlo: no le causaba ningún remordimiento haber pasado la noche fuera. Tenía la conciencia tranquila. ¿Pero estaba tranquila justamente porque había dado el salto, porque finalmente había dejado de lado sus deberes conyugales, o bien al contrario, porque había resistido, porque a pesar de todo se había mantenido fiel? Stefania se lo preguntaba, y esa incertidumbre, esa inseguridad en cuanto a lo que fuesen realmente las cosas, unida a la frescura de la mañana, era lo que le producía un ligero estremecimiento. En una palabra: ¿debía considerarse una adúltera o no? Dio unos pasos arriba y abajo, las manos metidas en las mangas del largo abrigo. Stefania R. se había casado hacía un par de años y nunca había pensado en traicionar a su marido. Había, sí, en su vida de mujer casada algo como una espera, la conciencia de que le faltaba todavía algo. Era casi una continuación de su espera de muchacha soltera, como si ella todavía no hubiese salido del todo de la minoría de edad y que ahora tuviera incluso que salirse de otra nueva, la minoría ante el marido, para ser finalmente iguales ante el mundo. ¿Era el adulterio lo que esperaba? Y el adulterio, ¿era Fornero?

Vio que a un par de manzanas de distancia, en la otra acera, el bar había levantado la cortina metálica. Necesitaba un café caliente, en seguida. Cruzó. Fornero era un chico. No se podía pensar en él con grandes palabras. La había paseado en su cochecito toda la noche, habían dado vueltas por la colina arriba y abajo, por la orilla del río, hasta despuntar el alba. En cierto momento se quedaron sin gasolina, tuvieron que empujar el coche, despertar al encargado de una gasolinera. Había sido una noche de muchachos. En tres o cuatro ocasiones las tentativas de Fornero pasaron a ser más peligrosas y una vez la llevó hasta la pensión donde vivía y se plantó allí, con obstinación: «Vamos, déjate de historias y sube conmigo». Stefania no había subido. ¿Era justo proceder así? ¿Y qué? Ahora no quería pensarlo, había pasado la noche en blanco, tenía sueño. O mejor: todavía no sentía que tenía sueño porque su estado de ánimo era fuera de lo corriente, pero apenas se acostara se dormiría instantáneamente. Escribiría en la pizarra de la cocina, para la asistenta, que no la despertase. Tal vez la despertara su marido, más tarde, al llegar. ¿Todavía quería a su marido? Claro, le tenía afecto. ¿Y entonces? No se preguntaba nada. Estaba un poco enamorada de ese Fornero. Un poco. Pero, ¿cuándo abrirían ese maldito portal?

En el bar las sillas estaban apiladas, el suelo cubierto de serrín. Sólo había un camarero en el mostrador. Stefania entró; no se sentía nada incómoda, allí, a esa hora insólita. ¿Quién iba a saberlo? Podía acabar de levantarse, podía ir rumbo a la estación, o haber llegado en ese momento. En todo caso, allí no tenía que rendir cuentas a nadie. Pensó que le gustaba sentirse así.

—Un café cargado, doble, bien caliente —dijo al camarero. Le había salido un tono de confianza, de seguridad en sí misma como si hubiera una vieja familiaridad entre ella y el hombre del bar, donde en realidad no entraba nunca.

—Sí, señora, un momento que calentamos la máquina y lo hacemos en seguida —dijo el camarero. Y añadió—: Por la mañana tardo más en calentarme yo que en calentar la máquina.

Stefania sonrió, metió la cara entre las solapas e hizo:

—Brrr…

Había otro hombre en el bar, un cliente, de pie, mirando hacia afuera por la vidriera. Se giró al oír el estremecimiento de Stefania y sólo entonces ella lo vio, y como si la presencia de los dos hombres le devolviera de pronto la conciencia de sí misma, se miró con atención en el cristal detrás del mostrador. No, no se veía que había pasado la noche por ahí; estaba sólo un poco pálida. Sacó del bolso el neceser, se empolvó.

El hombre se había acercado al mostrador. Llevaba un abrigo oscuro con una bufanda de seda blanca y debajo un traje azul.

—A esta hora —dijo, sin dirigirse a nadie—, los que están despiertos se dividen en dos categorías: los todavía y los ya.

Stefania esbozó una sonrisa, sin detener en él la mirada. Lo había visto bien: tenía una cara un poco patética y un poco trivial, de esos hombres que a fuerza de indulgencia consigo mismos y con el mundo han llegado, sin ser viejos, a un estado entre la sabiduría y la imbecilidad.

—…Y cuando uno ve a una mujer bonita, después de decirle «Buenos días»… —y se inclinó hacia Stefania quitándose el cigarrillo de la boca.

—Buenos días —dijo Stefania, con un poco de ironía pero sin acritud.

—…Uno se pregunta: ¿todavía?, ¿ya?, ¿ya?, ¿todavía? Ese es el misterio.

—¿Cómo? —dijo Stefania, con el aire de quien ha entendido pero no quiere seguir el juego. El hombre la miraba fijo, indiscreto, pero a Stefania no le importaba nada aunque se viera que ella era de las despiertas «todavía».

—¿Y usted? —dijo, maliciosa; había comprendido que el señor tenía la retórica del noctámbulo y que, si no se lo reconocía como tal a primera vista, se ofendía.

—¡Yo: todavía! ¡Siempre todavía! —después lo pensó—: ¿por qué? ¿No se había dado cuenta? —y le sonrió, pero sólo quería burlarse de sí mismo. Se quedó un momento tragando saliva como si tuviera la boca

amarga—. La luz del día me ahuyenta, me hace buscar refugio como un murciélago —dijo distraído, como si recitase un papel.

—Aquí está su leche, el expreso para la señora —dijo el camarero.

El hombre se puso a soplar en el vaso, a beber muy despacio.

—¿Está buena? —dijo Stefania.

—Un asco —contestó. Y añadió—: Desintoxica, dicen. ¿Pero yo de qué me desintoxico a estas alturas? Si me muerde una serpiente venenosa se queda seca.

—Mientras haya salud… —dijo Stefania. Quizá bromeaba demasiado.

Tanto que el hombre dijo la frase:

—El único antídoto lo conozco, si quiere que se lo diga… —quién sabe adonde iría a parar.

—¿Cuánto es? —preguntó Stefania al camarero.

—…Esa mujer que he buscado siempre… —continuaba el noctámbulo.

Stefania salió a ver si habían abierto el portal. Dio unos pasos por la acera. No, seguía cerrado. Entretanto el hombre también había salido del bar con aire de querer seguirla. Stefania volvió sobre sus pasos, entró de nuevo en el bar. El hombre, que no se lo esperaba, dudó un poco, estuvo por entrar él también, después, cediendo a la resignación, siguió su camino, tosiendo.

—¿Tiene cigarrillos? —preguntó Stefania al camarero. No le quedaban más y hubiera querido fumar uno apenas estuviera en casa. Los estancos estaban todavía cerrados.

El camarero sacó un atado. Stefania lo tomó y pagó.

Volvió al umbral del bar. Un perro casi se le echó encima, arrastrando por la trailla a un cazador con fusil, cartuchera, morral.

—¡Quieta, Frisette, sentada! —exclamó el cazador. Y al camarero—: ¡Un café!

—¡Espléndido! —dijo Stefania, acariciando al perro—. ¿Es un *setter*?

—*Épagneul breton* —dijo el cazador—. Hembra. —Era joven, un poco brusco, pero más por timidez que otra cosa.

—¿Cuántos años tiene?

—Va a cumplir diez meses. Quieta, Frisette, muy bien.

—Entonces, ¿esas perdices? —dijo el camarero.

—Oh, es sólo para hacer correr al perro… —dijo el cazador.

—¿Lejos? —preguntó Stefania.

El cazador dijo el nombre de un lugar que no quedaba lejos.

—En coche es un salto. A las diez estoy de vuelta. El trabajo…

—Es un sitio agradable —dijo Stefania. Sin quererlo, no dejaba caer la conversación, aunque no hablaran de nada.

—El valle es abierto, limpio, todo de matorrales bajos, de brezales, y por la mañana no hay nada de niebla, se ve bien… Si el perro levanta alguna presa…

—Ojalá pudiera yo ir a trabajar a las diez, dormiría hasta las diez menos cuarto —dijo el camarero.

—Bueno, a mí también me gusta dormir —dijo el cazador— y sin embargo estar allá mientras todos los demás duermen todavía, no sé, me atrae, es una pasión…

Stefania sentía que con ese aire de justificarse, el joven ocultaba un orgullo mordaz, un encono contra la ciudad dormida a su alrededor, la obstinación de sentirse diferente.

—No se ofenda, pero para mí ustedes los cazadores están locos —dijo el camarero—. Aunque sólo sea por esa manía de levantarse a semejantes horas.

—En cambio yo lo comprendo —dijo Stefania.

—Bueno, ¿quién sabe? —decía el cazador—. Una pasión como cualquier otra. —Ahora miraba a Stefania y la poca convicción que había puesto antes cuando hablaba de la caza parecía haberse

perdido, y era como si la presencia de Stefania le hiciese sospechar que toda su forma de pensar estaba equivocada, que tal vez la felicidad era algo distinto de lo que él andaba buscando.

—De veras, lo comprendo, una mañana como ésta... —dijo Stefania.

Por un instante el cazador se quedó como quien tiene ganas de hablar pero no sabe qué decir.

—Cuando el tiempo está así, seco y fresco, el perro puede trabajar bien —dijo.

Había bebido el café, había pagado, el perro tironeaba para salir y él seguía allí, vacilante. Dijo torpemente:

—Dígame, ¿y por qué no viene usted también, señora?

Stefania sonrió.

—Digamos que otra vez que nos encontremos quedamos en algo, ¿eh?

El cazador hizo:

—Eh... —Echó otra vez una mirada alrededor para ver si encontraba otro pretexto para seguir conversando. Después dijo—: Bueno, me voy. Buenos días. —Se saludaron y él se dejó arrastrar por el perro.

Había entrado un obrero. Pidió un aguardiente.

—A la salud de todos los que madrugan —dijo alzando el vaso—, sobre todo de las mujeres bonitas. —Era un hombre no demasiado joven, de aire alegre.

—A su salud —dijo Stefania, amable.

—Por la mañana temprano te sientes dueño del mundo —dijo el obrero.

—¿Y por la noche no? —preguntó Stefania.

—Por la noche tienes demasiado sueño —contestó— y no piensas en nada. Si no, cuidado...

—Yo por la mañana suelto tantas maldiciones una tras otra —dijo el camarero.

—Porque antes de trabajar hay que salir a dar una vuelta. Si hiciera como yo, que voy a la fábrica en velomotor, y el aire frío que da en la cara...

—El aire barre las preocupaciones —dijo Stefania.

—La señora me comprende —dijo el obrero—. Y ya que me comprende debería beberse una grapita conmigo.

—No, gracias, no bebo, de veras.

—Por la mañana es lo que se necesita. Dos grapitas,

jefe.

—No bebo, en serio, beba usted a mi salud, por favor.

—¿No bebe nunca?

—A veces, por la noche.

—¿Ve? Ahí se equivoca.

—Una se equivoca tanto...

—A su salud —y el obrero se bebió un vasito y después el otro—. Uno y dos. Mire, le voy a explicar...

Stefania estaba sola, allí, entre esos hombres, esos hombres diferentes, y conversaba con ellos. Estaba tranquila, segura de sí misma, no había nada que la turbara. Este era el hecho nuevo de esa mañana.

Salió del bar para ver si habían abierto el portal. El obrero también salió, montó en el velomotor, se calzó los mitones.

—¿No tiene frío? —preguntó Stefania. El obrero se golpeó el pecho; se oyó ruido de periódicos.

—Llevo la coraza puesta. —Y añadió en dialecto—: Adiós, señora. —También Stefania saludó en dialecto, y él partió.

Stefania comprendió que había sucedido algo y que ya no podía volver atrás.

Esta manera nueva de estar entre los hombres, el noctámbulo, el cazador, el obrero, la cambiaba. Había sido éste su adulterio, estar sola entre ellos, así, de igual a igual. De Fornero ni siquiera se acordaba ya.

El portal estaba abierto. Stefania R. entró en su casa muy de prisa. La portera no la vio.

La aventura de un matrimonio

El obrero Arturo Massolari hacía el turno de noche, el que termina a las seis. Para volver a su casa tenía un largo trayecto que recorría en bicicleta con buen tiempo, en tranvía los meses lluviosos e invernales. Llegaba entre las siete menos cuarto y las siete, a veces un poco antes, otras un poco después de que sonara el despertador de Elide, su mujer.

A menudo los dos ruidos, el sonido del despertador y los pasos de él al entrar, se superponían en la mente de Elide, alcanzándola en el fondo del sueño, ese sueño compacto de la mañana temprano que ella trataba de seguir exprimiendo unos segundos con la cara hundida en la almohada. Después se levantaba repentinamente de la cama y ya estaba metiendo a ciegas los brazos en la bata, el pelo sobre los ojos. Elide se le aparecía así, en la cocina, donde Arturo sacaba los recipientes vacíos del bolso que llevaba al trabajo: la fiambrera, el termo, y los depositaba en el fregadero. Ya había encendido el calentador y puesto el café. Apenas la miraba, Elide se pasaba una mano por el pelo, se esforzaba por abrir bien los ojos, como si cada vez se avergonzase un poco de esa primera imagen que el marido tenía de ella al regresar a casa, siempre tan en desorden, con la cara medio dormida. Cuando dos han dormido juntos es otra cosa, por la mañana los dos emergen del mismo sueño, los dos son iguales.

En cambio a veces entraba él en la habitación para despertarla con la taza de café, un minuto antes de que sonara el despertador; entonces todo era más natural, la mueca al salir del sueño adquiría una dulzura indolente, los brazos que se levantaban para estirarse, desnudos, terminaban por ceñir el cuello de él. Se abrazaban. Arturo llevaba el chaquetón impermeable; al sentirlo cerca ella sabía el tiempo que hacía: si llovía, o había niebla o nieve, según lo húmedo y frío que estuviera. Pero igual le decía: «¿Qué tiempo hace?», y él empezaba como de costumbre a refunfuñar medio irónico, pasando revista a los inconvenientes que había tenido, empezando por el final: el recorrido

en bicicleta, el tiempo que hacía al salir de la fábrica, distinto del que hacía la noche anterior al entrar, y los problemas en el trabajo, los rumores que corrían en la sección, y así sucesivamente.

A esa hora la casa estaba siempre mal caldeada, pero Elide se había desnudado completamente, temblaba un poco, y se lavaba en el cuartito de baño. Detrás llegaba él, con más calma, se desvestía y se lavaba también, lentamente, se quitaba de encima el polvo y la grasa del taller. Al estar así los dos junto al mismo lavabo, medio desnudos, un poco ateridos, dándose algún empellón, quitándose de la mano el jabón, el dentífrico, y siguiendo con las cosas que tenían que decirse, llegaba el momento de la confianza, y a veces, frotándose mutuamente la espalda, se insinuaba una caricia y terminaban abrazados.

Pero de pronto Elide:

—¡Dios mío! ¿Qué hora es ya? —y corría a ponerse el portaligas, la falda, a toda prisa, de pie, y con el cepillo yendo y viniendo por el pelo, y adelantaba la cara hacia el espejo de la cómoda, con las horquillas apretadas entre los labios. Arturo la seguía, encendía un cigarrillo, y la miraba de pie, fumando, y siempre parecía un poco incómodo por verse allí sin poder hacer nada. Elide estaba lista, se ponía el abrigo en el pasillo, se daban un beso, abría la puerta y ya se la oía bajar corriendo las escaleras.

Arturo se quedaba solo. Seguía el ruido de los tacones de Elide peldaños abajo, y cuando dejaba de oírla, la seguía con el pensamiento, los brincos veloces en el patio, el portal, la acera, hasta la parada del tranvía. El tranvía, en cambio, lo escuchaba bien: chirriar, pararse, y el golpe del estribo cada vez que subía alguien. «Lo ha atrapado», pensaba, y veía a su mujer agarrada entre la multitud de obreros y obreras al «once», que la llevaba a la fábrica como todos los días. Apagaba la colilla, cerraba los postigos de la ventana, la habitación quedaba a oscuras, se metía en la cama.

La cama estaba como la había dejado Elide al levantarse, pero de su lado, el de Arturo, estaba casi intacta, como si acabaran de tenderla. El se acostaba de su lado, como corresponde, pero después estiraba una pierna hacia el otro, donde había quedado el calor de su mujer,

estiraba la otra pierna, y así poco a poco se desplazaba hacia el lado de Elide, a aquel nicho de tibieza que conservaba todavía la forma del cuerpo de ella, y hundía la cara en su almohada, en su perfume, y se dormía.

Cuando volvía Elide, por la tarde, Arturo hacía un rato que daba vueltas por las habitaciones: había encendido la estufa, puesto algo a cocinar. Ciertos trabajos los hacía él, en esas horas anteriores a la cena, como hacer la cama, barrer un poco, y hasta poner en remojo la ropa para lavar. Elide encontraba todo mal hecho, pero a decir verdad no por ello él se esmeraba más: lo que hacía era una especie de ritual para esperarla, casi como salirle al encuentro aunque quedándose entre las paredes de la casa, mientras afuera se encendían las luces y ella pasaba por las tiendas en medio de esa animación fuera del tiempo de los barrios donde hay tantas mujeres que hacen la compra por la noche.

Por fin oía los pasos por la escalera, muy distintos de los de la mañana, ahora pesados, porque Elide subía cansada de la jornada de trabajo y cargada con la compra. Arturo salía al rellano, le tomaba de la mano la cesta, entraban hablando. Elide se dejaba caer en una silla de la cocina, sin quitarse el abrigo, mientras él sacaba las cosas de la cesta. Después:

—Arriba, un poco de coraje —decía ella, y se levantaba, se quitaba el abrigo, se ponía ropa de estar por casa. Empezaban a preparar la comida: cena para los dos, después la merienda que él se llevaba a la fábrica para el intervalo de la una de la madrugada, la colación que ella se llevaría a la fábrica al día siguiente, y la que quedaría lista para cuando él se despertara por la tarde.

Elide a ratos se movía, a ratos se sentaba en la silla de paja le daba indicaciones. El, en cambio, era la hora en que estaba descansado, no paraba, quería hacerlo todo, pero siempre un poco distraído, con la cabeza ya en otra parte. En esos momentos a veces estaban a punto de chocar, de decirse unas palabras hirientes, porque Elide hubiera querido que él estuviera más atento a lo que ella hacía, que pusiera más empeño, o que fuera más afectuoso, que estuviera más cerca de ella, que le diera más consuelo. En cambio Arturo, después del primer

entusiasmo porque ella había vuelto, ya estaba con la cabeza fuera de casa, pensando en darse prisa porque tenía que marcharse.

La mesa puesta, con todo listo y al alcance de la mano para no tener que levantarse, llegaba el momento en que los dos sentían la zozobra de tener tan poco tiempo para estar juntos, y casi no conseguían llevarse la cuchara a la boca de las ganas que tenían de estarse allí tomados de las manos.

Pero todavía no había terminado de filtrarse el café y él ya estaba junto a la bicicleta para ver si no faltaba nada. Se abrazaban. Parecía que sólo entonces Arturo se daba cuenta de lo suave y tibia que era su mujer. Pero cargaba al hombro la barra de la bici y bajaba con cuidado la escalera.

Elide lavaba los platos, miraba la casa de arriba abajo, las cosas que había hecho su marido, meneando la cabeza. Ahora él corría por las calles oscuras, entre los escasos faroles, quizás ya había dejado atrás el gasómetro. Elide se acostaba, apagaba la luz. Desde su lado, acostada, corría una pierna hacia el lugar de su marido buscando su calor, pero advertía cada vez que donde ella dormía estaba más caliente, señal de que también Arturo había dormido allí, y eso la llenaba de una gran ternura.

La aventura de un poeta

Las orillas del islote eran altas, rocosas. Encima crecía la mancha baja y tupida de la vegetación que resiste la cercanía del mar. En el cielo volaban las gaviotas. Era una isla pequeña próxima a la costa, desierta, sin cultivar: en media hora se le podía dar la vuelta en barca y hasta en bote de goma, como el de los dos que se acercaban, el hombre que remaba tranquilo, la mujer acostada tomando el sol. Al aproximarse en hombre aguzó la oreja.

—¿Has oído algo? —preguntó ella.

—Silencio —dijo—. Las islas tienen un silencio que se oye.

En realidad todo silencio consiste en la red de menudos ruidos que lo envuelve: el silencio de la isla se diferenciaba del silencio del tranquilo mar circundante porque estaba recorrido por murmullos vegetales, cantos de pájaros o un brusco rumor de alas.

Abajo, al pie de las rocas, el agua, aquel día sin una ola, era de un azul intenso, límpido, atravesada hasta el fondo por los rayos del sol. En la escollera se abrían bocas de cavernas, y los dos del bote se acercaban perezosamente a explorarlas.

Era una costa del sur, poco afectada todavía por el turismo, y los dos bañistas venían de fuera. Él era un tal Usnelli, poeta bastante conocido; ella, Delia H., una mujer muy bella.

Delia era una admiradora del sur, apasionada, francamente fanática, y tendida en el bote hablaba con continuo transporte de todo lo que veía, y quizá también en cierto tono de polémica porque le parecía que Usnelli, recién llegado a aquellos lugares, participaba de su entusiasmo menos de lo debido.

—Espera —decía Usnelli—. Espera.

—¿Espera qué? ¿Quieres algo más hermoso que esto? — decía ella.

Él, desconfiado (por naturaleza y por educación literaria) de las emociones y las palabras que otros ya habían hecho suyas, habituado más a descubrir las bellezas escondidas y espúreas que las manifiestas e indiscutibles, estaba sin embargo con los nervios de punta. La felicidad era para Usnelli un estado de suspensión, de esos que se han de vivir conteniendo la respiración. Desde que se había enamorado de Delia veía en peligro su cautelosa, avara relación con el mundo, pero no quería renunciar a nada ni de sí mismo ni de la felicidad que se le ofrecía. Ahora estaba alerta, como si cada grado de perfección que la naturaleza circundante alcanzaba —un decantarse del azul del agua, una transformación del verde de la costa en ceniciento, la alerta de un pez que asomaba justo allí donde era más lisa la superficie del mar—, sólo sirviera para preceder otro grado más alto, y así sucesivamente, hasta el punto en que la línea invisible del horizonte se abriera como una ostra revelando de pronto un planeta distinto o una palabra nueva.

Entraron en una gruta. Al principio era espaciosa, casi un lago interior de un verde claro, bajo una alta bóveda rocosa. Más adelante se estrechaba en na oscura galería. Con el remo el hombre hacía girar el bote sobre sí mismo para gozar de los diversos efectos de la luz. La de afuera, que se metía pr la grieta irregular de la entrada, deslumbraba con sus colores avivados por el contraste. Allí el agua irradiaba, y las láminas de luz rebotaban hacia arriba, contrastando con las blandas sombras que se alargaban desde el fondo. Reflejos y manchas de luz comunicaban a la roca de las paredes y de la bóveda la inestabilidad del agua.

—Aquí comprendes a los dioses —dijo la mujer.

—Hum —dijo Usnelli. Estaba nervioso. Su mente, habituada a traducir las sensaciones en palabras, ahora nada, no conseguía formular ni una sola.

Se internaron. El bote dejó atrás un bajío: el dorso de una roca al ras del agua; ahora flotaba entre los escasos fulgores que aparecían y desaparecían a cada golpe de remo: el resto era sombra espesa; las palas tocaban de vez en cuando una pared. Mirando hacia atrás Delia

veía el ojo azul del cielo abierto cuyos contornos cambiaban continuamente.

—¡Un cangrejo! ¡Grande! ¡Allí! —gritó, levantándose.

—"¡...grejo! ¡...iii!" —retumbó el eco.

—¡El eco! —exclamó contenta, y se puso a gritar palabras en las tenebrosas bóvedas: invocaciones, versos—. ¡Tú también! ¡Grita tu nombre! ¡Pide un deseo! —le dijo a Usnelli.

—Ooo.. —hizo Usnelli—. Ehiii... Ecooo...

De vez en cuando la barca se arrastraba por el fondo. La oscuridad era más espesa.

—Tengo miedo. ¡Dios sabe cuántos bichos habrá!

—Todavía se puede pasar.

Usnelli se dio cuenta que avanzaba hacia la oscuridad como un pez de los abismos que huye de las aguas iluminadas.

—Tengo miedo, volvamos —insistió ella.

También a él, en el fondo, el gusto por lo horrible le era ajeno. Remó hacia atrás. Al volver al lugar donde la gruta se ensanchaba, el mar se volvió de cobalto.

—¿Habrá pulpos? —dijo Delia.

—Se verían. Está límpido.

—Entonces voy a nadar.

Se dejó caer desde el bote, se apartó, nadaba en el lago subterráneo, y su cuerpo parecía unas veces blanco (como si la luz lo despojara de todo color propio), otras del azul de aquella pantalla de agua.

Usnelli había dejado de remar: seguía conteniendo la respiración. Pare él, estar enamorado de Delia había sido siempre así, como en el espejo de esa gruta: haber entrado a un mundo más allá de la palabra. Por lo demás, en todos sus poemas, jamás había escrito un verso de amor; ni uno.

—Acércate —dijo Delia. Mientras nadaba se había quitado el trapito que le cubría el pecho; lo arrojó por encima de la borda del bote—. Un momento. —Se quitó también el otro pedazo de tela sujeto a las caderas y lo pasó a Usnelli.

Ahora estaba desnuda. La piel más blanca en el pecho y en las caderas casi no se distinguía, porque todo su cuerpo difundía una claridad azulada, de medusa. Nadaba de costado, con un movimiento indolente, la cabeza (una expresión fija y casi irónica de estatua) apenas al ras del agua, y a veces la curva de un hombro y la línea suave del brazo extendido. El otro brazo, con movimientos acariciadores, cubría y descubría los pechos altos, tendidos hacia el vértice. Las piernas apenas batían el agua, sosteniendo el vientre liso, marcado por el ombligo como una huella leve en la arena, y la estrella como de un fruto de mar. Los rayos del sol que reverberaban bajo el agua la rozaban, ya vistiéndola, ya desnudándola del todo.

De la natación pasó a un movimiento que parecía de danza; suspendida en el agua a media profundidad, sonriéndole, extendía los brazos en una blanda rotación de los hombros y las muñecas; o bien, con un empujón de la rodilla hacía asomarse un pie arqueado como un pequeño pez.

Usnelli, en el bote, era todo ojos. Comprendía que lo que ese momento le ofrecía la vida era algo que no a todos les es dado mirar con los ojos abiertos, como el corazón más deslumbrador del sol. Y en corazón de ese sol había silencio. Todo lo que allí había en ese momento no podía traducirse en ninguna otra cosa, quizá ni siquiera en un recuerdo.

Ahora Delia nadaba de espaldas, emergiendo hacia el sol, en la boca de la gruta. Avanzaba con un ligero movimiento de brazos hacia el mar abierto y debajo el agua iba cambiando gradualmente de azul, cada vez más clara y luminosa.

—¡Cuidado, cúbrete! ¡Se acercan unas barcas, allá fuera!

Delia ya estaba en los escollos, bajo el cielo. Se metió debajo del agua, extendió el brazo, Usnelli le tendió las exiguas prensas, ella se las sujetó nadando, volvió a subir al bote.

Las barcas que llegaban eran de pescadores. Usnelli reconoció a algunos del grupo de gente pobre que pasaban la estación de la pesca en aquella playa, durmiendo al abrigo de unos escollos. Les salió al encuentro. El hombre que remaba era el joven, taciturno en su dolor de muelas, la gorra blanca de marinero encajada sobre los ojos estrechos, remando a tirones como si cada esfuerzo que hacía le sirviera para sentir menos el dolor; padre de cinco hijos; desesperado. El viejo iba en la popa; un sombrero mexicano de paja coronaba con una aureola toda deshilachada la figura flaca, los ojos redondos y muy abiertos, en otro tiempo quizá por soberbia fanfarrona, ahora por comedia de borrachín, la boca abierta bajo los bigotes caídos, todavía negros; limpiaba con cuchillo los mújoles que habían pescado.

—¿Buena pesca? —gritó Delia.

—Lo poco que hay —contestaron—. Es el año.

A Delia le gustaba hablar con los lugareños. A Usnelli, no ("frente a ellos", decía, "no me siento con la consciencia tranquila", se encogía de hombros y todo terminaba ahí).

Ahora el bote se acostaba a la barca, cuyo barniz descolorido y surcado de grietas se levantaba en pequeñas escamas, y el remo atado con una anilla de cáñamo al escalmo gemía cada vez que frotaba la madera astillada de la borda, y una pequeña y herrumbrada ancla de cuatro puntas se había enganchado bajo la tabla estrecha del asiento en una de las nasas de mimbre erizadas de algas rojizas, secas quien sabe hacía cuanto tiempo, y sobre el montón de redes teñidas de tanino y bordeadas de redondas tajadas de corcho, centelleaban en sus filosas envolturas de escamas, ya de un gris mortecino, ya de un turquesa resplandeciente, los peces boqueantes; las branquias todavía palpitaban mostrando, debajo, un rojo triángulo de sangre.

Usnelli seguía callado, pero esta angustia del mundo humano era lo contrario de la que le comunicaba poco antes la belleza de la naturaleza: así como allá le faltaban las palabras, aquí una avalancha de palabras se precipitaba en su cabeza: palabras para describir cada verruga, cada pelo de la flaca cara mal afeitada del pescador viejo, cada plateada escama de mújol.

En la orilla había otra barca en seco, volcada, sostenida por caballetes, y de la sombra salían las plantas de los pies descalzos de unos hombres dormidos, los que habían estado pescando durante toda la noche; cerca, una mujer toda vestida de negro, sin cara, ponía una olla sobre un fuego de algas, del que subía una larga humareda. La orilla en aquella cala era de guijarros grises; las manchas de colores desteñidos eran los delantales de los niños que jugaban, los más pequeños vigilados por las hermanas mayorcitas y regañonas, y los mayores y más despabilados, con cortos calzones hechos de viejos pantalones de adulto, corrían arriba y abajo entre los escollos y el agua. Más lejos empezaba a extenderse una orilla de arena recta, blanca y desierta, que de un lado se perdía en un cañaveral ralo y en terrenos baldíos. Un joven vestido de fiesta, todo de negro, incluso el sombrero, con el bastón al hombro y un ato colgando, caminaba junto al mar a lo largo de la playa, marcando con los clavos de los zapatos la friable costa de arena: seguramente un campesino o un pastor de un pueblo del interior que había bajado a la costa para ir a algún mercado y que seguía el camino pegado al mar buscando el alivio de la brisa. El ferrocarril mostraba los hilos, el terraplén, los postes, la cerca, después desaparecía en un túnel y volvía a empezar más adelante, desaparecía, salís nuevamente, como las puntadas de una costura irregular. Por encima de los guardacantones blancos y negros de la carretera, asomaban unos olivos bajos; más arriba las colinas se cubrían de brezo, pastos y matorrales o solamente de piedras. Un pueblo encastrado en una grieta entre aquellas alturas se alargaba hacia arriba, las casas una sobre otra, separadas por calles en escalera, empedradas, hundidas en el medio para que corriera el arroyuelo de deyecciones de mulo, y en los umbrales de todas las casas había cantidad de mujeres, viejas o envejecidas, y en los pretiles, sentados en fila, cantidad de hombres, viejos y jóvenes, todos en camisa blanca, y en medio de las calles en escalera los niños jugando en el suelo y algún muchachito mayor tendido a través con la mejilla apoyada en un peldaño, durmiendo allí porque estaba un poco más fresco que dentro de la casa y olía menos, y posadas en todas partes y volando nubes de moscas, y en cada muro y en la orla de papel de periódico que cubría el manto de cada chimenea, el infinito punteado de excremento de mosca, y a Usnelli le venían a la mente palabras y

más palabras, apretadas, entrelazadas las unas sobre las otras, sin espacio entre las líneas, hasta que poco a poco era imposible distinguirlas, eran una maraña de la que iban desapareciendo incluso los menudos ojales blancos y sólo quedaba el negro, el negro más total, impenetrable, desesperado como un grito.

La aventura de un esquiador

En el telesilla había cola. El grupo de muchachos que había llegado con el autobús formaba fila, apoyándose en los esquíes paralelos y a cada paso que daba la cola —una larga cola que, en lugar de avanzar en línea recta, como hubiera podido, trazaba un zigzag casual, que unas veces subía, otras bajaba— batiendo los pies o resbalando de costado, según el lugar donde se hallaban, y de pronto afirmándose en los palos, cargando a menudo el propio peso en los vecinos de abajo, o tratando de liberar las raquetas de los palos de debajo de los esquíes de los vecinos de arriba, tropezando con los propios que se torcían, agachándose para ajustar los cierres y deteniendo así toda la fila, quitándose los anoraks o las tricotas y volviendo a ponérselos según saliera o desapareciese el sol, metiendo los mechones de pelo debajo de las orejeras de lana o los faldones de la camisa a cuadros dentro del cinturón, buscando el pañuelo en el bolsillo y sonándose las narices rojas y heladas, y en todas estas operaciones quitándose y poniéndose nuevamente los mitones que a veces se caían en la nieve y había que pescarlos con la punta del palo: esta agitación de pequeños gestos desordenados recorría la fila y culminaba en un frenesí cuando se trataba de abrir el cierre de cremallera de todos los bolsillos para buscar las monedas escondidas para el billete o el pase y tenderlo al hombre del telesilla que los perforaba, y después meter todo en el bolsillo, y los mitones, y unir los dos palos, uno con la punta metida en la raqueta del otro para sujetarlos con una sola mano, todo esto superando la pequeña subida de la plazoleta donde había que estar preparados para acomodar el ancla del telesilla debajo del asiento y dejarse arrastrar de golpe hacia arriba.

El muchacho de las gafas verdes estaba en medio de la cola, aterido, y tenía al lado un gordo que empujaba. Y mientras estaban allí, pasó la chica de la capucha celeste-cielo. No se puso en la cola; avanzaba, cuesta arriba, por el sendero. Y subía con los esquíes ligera como si caminase.

—¿Qué hace ésa? ¿Quiere subir con sus propias piernas? —se preguntó el gordo que empujaba.

—Lleva pieles de foca —dijo el muchacho de las gafas verdes.

—La quiero ver cuando llegue al trecho más empinado —dijo el gordo.

—¡Le durará poco lo de hacerse la lista, ya verás!

La chica avanzaba sin esfuerzo, con un movimiento regular de sus altas rodillas —era de piernas muy largas, metidas en pantalones tirantes, sujetos en los tobillos— que acompasaba el subir y bajar de los palos relucientes. En aquel aire helado y blanco el sol era como un dibujo amarillo y nítido, con todos sus rayos: en las superficies nevadas sin una sombra, sólo por su centelleo se distinguían salientes y anfractuosidades y el suelo batido de la pista. En el anorak celeste-cielo la cara de la muchacha rubia era de un rosa que se ponía rojo en las mejillas, contra la blanca felpa del interior de la capucha. Reía hacia el sol, entrecerrando apenas los ojos. Subía ligera con sus pieles de foca. Los muchachos del grupo del autobús, con las orejas heladas, los labios quemados, las narices moqueando, no podían quitarle los ojos de encima, y se hacían empujar en la cola, hasta que ella desapareció detrás de un talud. A medida que les llegaba el turno, con los mismos tropezones iniciales y los mismos arranques en falso, los del grupo empezaban a subir de a dos, arrastrándose en la pista casi vertical. Al muchacho de las gafas verdes le tocó el mismo telesilla que el gordo que empujaba. Y, a media subida, volvieron a verla.

—Pero, ¿cómo hizo ésa para llegar hasta ahí?

En aquel lugar el recorrido del telesilla flanqueaba una especie de valle ancho en el que un sendero de tierra batida se internaba entre las dunas de nieve acumulada y unos abetos ralos, festoneados de encaje de hielo. La muchacha celeste-cielo avanzaba con su paso preciso y ese impulso hacia delante de las manos enguantadas que apretaban sin ansiedad la empuñadura de los palos.

—¡Uuuh! —le gritaban desde el telesilla subiendo con las piernas tiesas—. ¡Casi llega antes que nosotros!

La chica tenía su sonrisa amable en los labios, y el muchacho de las gafas verdes se turbó y no se atrevió a seguir bromeando, porque ella bajaba las pestañas y él se sintió como borrado.

Apenas llegó a la cima, se lanzó cuesta abajo, detrás del gordo, los dos pesados como sacos de patatas. Pero lo que él buscaba a tumbos por la pista era volver a ver el anorak celeste-cielo, y se lanzó hacia abajo en línea recta para mostrarse valiente y al mismo tiempo disimular su poca gracia al tomar las curvas.

—¡Pista! ¡Pista! —gritaba inútilmente, porque también el gordo y todos los del grupo bajaban gritando:

—¡Pista! ¡Pista! —y se iban cayendo uno por uno sentados o de morros, y sólo él seguía hendiendo el aire doblado en dos sobre los esquíes, hasta que la vio. La chica seguía subiendo, fuera de la pista, por la nieve virgen. El muchacho de las gafas verdes la rozó al pasar como una flecha, se clavó en la nieve y desapareció en ella de cabeza.

Pero en el fondo de la bajada, con el aliento entrecortado, enharinado de nieve de la cabeza a los pies, ¡ánimo!, estaba de nuevo con todos los demás haciendo la cola del telesilla, y de nuevo, ¡ánimo!, arriba hasta la cima. Esta vez la encontró, ella también bajaba. ¿Cómo? Para ellos, campeón era el que bajaba en línea recta como un loco.

—Bah, tan gran campeona no es la rubia —se apresuró a decir el gordo, con alivio.

La chica celeste-cielo iba bajando a gusto, tomando los zigzags con precisión, es decir, que hasta el final no se sabía si quería doblar o qué, y de pronto la veían bajar en dirección opuesta a la anterior. Era como si bajara con calma, deteniéndose cada tanto erguida sobre sus largas piernas, para estudiar el recorrido; pero entretanto los del autobús no conseguían seguirla. Hasta que incluso el gordo admitió:

—¡Caramba! ¡Esquía como una diosa!

Por qué, no hubieran sabido explicarlo, pero esto era lo que los dejaba con la boca abierta: todos los movimientos le salían con facilidad, como si se adaptaran perfectamente a su persona, sin excederse ni un centímetro, sin sombra de turbación o de esfuerzo o de amor propio

empeñado en hacer algo a toda costa, sino haciéndolo así, naturalmente; e incluso adoptando, según el estado de la pista, ciertos gestos un poco inseguros, como de quien camina en puntas de pies, que era una manera muy suya de superar las dificultades sin demostrar si las tomaba o no en serio, en una palabra, no con el aire seguro de quien hace las cosas como se debe, sino con una pizca de timidez, como si estuviera tratando de remedar a alguien que esquía bien, y resultara que ella esquiaba cada vez mejor: así era cómo la muchacha celeste-cielo iba con los esquíes.

Entonces, uno tras otro, bajando, torpes, pesados, con «cristianias» frangolladas, forzando en «slalom» las «curvas quitanieves», los del autobús le iban detrás, y trataban de seguirla, de superarla, gritando, haciéndose bromas, pero todo lo que conseguían era precipitarse desordenadamente cuesta abajo, con movimientos desconjuntados de los hombros, los brazos con los palos hacia delante, los esquíes que se cruzaban, los cierres de las botas que saltaban, y por dondequiera que pasaban la nieve se abría en agujeros de sentadas, caídas de costado, zambullidas de cabeza.

A cada caída, apenas alzaban la cabeza, la buscaban con la mirada. Cruzando la avalancha de muchachos, la chica celeste-cielo avanzaba con sus movimientos ligeros, y el pliegue recto de los pantalones tirantes apenas se doblaba en un balanceo cadencioso, y no se sabía si su sonrisa era de participación en las hazañas y en los contratiempos de los compañeros de descenso, o la señal de que ni siquiera los veía.

Entretanto el sol, en vez de cobrar más fuerza al acercarse el mediodía, se atería hasta desaparecer, como absorbido por un papel secante. El aire se llenó de ligeros cristales incoloros que volaban oblicuos. Era la nevisca: no se veía a dos pasos. Los muchachos esquiaban a ciegas, gritando y llamándose, y a cada momento se salían de la pista, y zas, se caían. El aire y la nieve eran ahora del mismo color, blanco opaco, pero aguzando en él la vista, apenas disminuía la densidad, divisaban la sombra celeste-cielo suspendida en medio, volando de aquí para allá como en una cuerda de violín.

La nevisca había dispersado la cola del telesilla. El muchacho de las gafas verdes se encontró sin darse cuenta cerca de la caseta de la estación de salida. A los compañeros no se los veía. La chica de la capucha celeste-cielo ya estaba allí. Esperaba el ancla que ahora se desenroscaba de la rueda.

—¡Pronto! —le gritó el hombre del telesilla, atrapando al vuelo el ancla y reteniéndola para que la chica no se fuera sola.

Bajando torpemente en cuña, consiguió sentársele al lado, apenas a tiempo para partir con ella, y estuvo a punto de hacerla caer al agarrarse a la madera. La chica mantuvo el equilibrio por los dos, hasta que él consiguió acomodarse bien, farfullando quejas a las cuales respondió con una suave risa como un gluglú de pintada, que el anorak, estirado hasta cubrirle la boca, sofocaba. La capucha celeste-cielo, como el yelmo de una armadura, sólo le descubría la nariz que era un poco aguileña, los ojos, algún rizo en la frente y los pómulos. Así la veía, de perfil, el muchacho de las gafas verdes, y no sabía si alegrarse de estar con ella en la misma ancla del telesilla, o avergonzarse de verse allí todo embadurnado de nieve, con el pelo colgando sobre las sienes, la camisa que se le embolsaba entre la tricota y el cinturón y que por no perder el equilibrio al mover los brazos no se atrevía a acomodarse, y ya la miraba de reojo, ya estaba atento a la posición de los esquíes para que no salieran del sendero de hormigón en los momentos de tracción demasiado lenta o demasiado tensa, y era siempre ella la que salvaba el equilibrio, riendo con su gluglú de pintada, mientras él no sabía qué decir.

Había dejado de nevar. El aire neblinoso también se abrió y en el desgarrón apareció un cielo finalmente azul y el sol resplandeciente y las montañas nítidas, heladas, una por una, sólo aquí y allá emplumadas las crestas por los suaves jirones de la nube de nieve. La chica encapuchada dejó asomar la boca y el mentón.

—Se ha puesto bueno otra vez —dijo—, ya lo decía yo.

—Sí —dijo el muchacho de las gafas verdes—, muy bueno. Y la nieve está bien.

—Un poco blanda.

—Ah, sí.

—Pero a mí me gusta —dijo ella—, y la bajada en la niebla tampoco está mal.

—Cuando se conoce la pista... —dijo él.

—No, así —dijo ella—, adivinándola.

—Yo ya la hice tres veces —dijo el muchacho.

—¡Bravo! Yo una sola, pero subí sin telesilla.

—La vi. Se había puesto las pieles de foca.

—Sí. Ahora que hay sol subo a la montaña.

—¿A qué montaña?

—Más allá de la estación de telesilla. A la cresta.

—¿Y qué hay allá arriba?

—Se ve el glaciar como si lo tocaras. Y las liebres blancas.

—¿Las qué?

—Las liebres. A esa altura las liebres en invierno tienen el pelo blanco. Las perdices también.

—¿Hay perdices?

—Perdices blancas. Con las plumas blanquísimas. En verano en cambio tienen las plumas café con leche. ¿Usted de dónde es?

—Italiano.

—Yo soy suiza.

Habían llegado. En la terminal habían bajado del telesilla, él torpemente, ella acompañando con la mano el ancla durante toda la vuelta. La chica se quitó los esquíes, los puso rectos, del bolsito que llevaba en la cintura sacó las pieles de foca y las ató debajo de los esquíes. El la miraba, frotándose los dedos helados en los mitones. Después, cuando la muchacha empezó a subir, la siguió.

La subida del telesilla a la cima de la montaña era difícil.

Al muchacho de las gafas verdes le costaba subir ya en cuña, ya por peldaños, ya haciendo un esfuerzo para avanzar y resbalando de nuevo hacia atrás, apoyándose en los palos como un inválido en las muletas. Y la chica ya estaba arriba y él no la veía.

Llegó a la cima sudando, con la lengua afuera, medio cegado por el centelleo que irradiaba todo alrededor. Allí empezaba el mundo del hielo. La chica rubia se había quitado el anorak celeste-cielo y se lo había anudado a la cintura. También ella se había puesto un par de grandes gafas.

—¡Allá! ¿Ha visto? ¿Ha visto?

—¿Qué hay? —preguntaba él aturdido. ¿Había saltado una liebre blanca?, ¿una perdiz?

—Ya no está —dijo ella.

Abajo, sobre el valle, revoloteaban los habituales pájaros negros que graznan a dos mil metros. El mediodía se había puesto muy límpido y desde lo alto la mirada abarcaba las pistas, los campos atestados de esquiadores, de niños con trineos, la estación del telesilla con la cola que se había vuelto a formar en seguida, el hotel, los autocares parados, el camino que entraba y salía del negro bosque de abetos.

La muchacha se había lanzado por la pendiente y bajaba con sus tranquilos zigzags, ya había llegado al lugar donde las pistas eran más frecuentadas por los esquiadores, pero, en medio de siluetas confusas e intercambiables que se entrecruzaban como flechas, su figura apenas dibujada como un paréntesis oscilante no se perdía, era la única que se podía seguir y distinguir, sustraída al azar y al desorden. El aire era tan nítido que el muchacho de las gafas verdes adivinaba sobre la nieve la retícula apretada de las huellas de los esquíes, rectas y oblicuas, de los resbalones, los salientes, los agujeros, el pisoteo de las raquetas, y le parecía que en el informe embrollo de la vida se escondía la línea secreta, la armonía que sólo se podía encontrar en la muchacha celeste-cielo, y que éste era el milagro de ella: el escoger en cada instante, en el caos de los mil movimientos posibles, aquel y sólo aquel que era justo y límpido y leve y necesario, aquel y sólo aquel que, entre los mil gestos perdidos, contaba.

La aventura de un automovilista

Apenas salgo de la ciudad me doy cuenta de que ha oscurecido. Enciendo los faros. Estoy yendo en coche de A a B por una autovía de tres carriles, de ésas con un carril central para pasar a los otros coches en las dos direcciones. Para conducir de noche incluso los ojos deben desconectar un dispositivo que tienen dentro y encender otro, porque ya no necesitan esforzarse para distinguir entre las sombras y los colores atenuados del paisaje vespertino la mancha pequeña de los coches lejanos que vienen de frente o que preceden, pero deben controlar una especie de pizarrón negro que requiere una lectura diferente, más precisa pero simplificada, dado que la oscuridad borra todos los detalles del cuadro que podrían distraer y pone en evidencia sólo los elementos indispensables, rayas blancas sobre el asfalto, luces amarillas de los faros y puntitos rojos. Es un proceso que se produce automáticamente, y si yo esta noche me detengo a reflexionar sobre él es porque ahora que las posibilidades exteriores de distracción disminuyen, las internas toman en mí la delantera, mis pensamientos corren por cuenta propia en un circuito de alternativas y de dudas que no consigo desenchufar, en suma, debo hacer un esfuerzo particular para concentrarme en el volante.

He subido al coche inmediatamente después de pelearme por teléfono con Y. Yo vivo en A, Y vive en B. No tenía previsto ir a verla esta noche. Pero en nuestra cotidiana charla telefónica nos dijimos cosas muy graves; al final, llevado por el resentimiento, dije a Y que quería romper nuestra relación; Y respondió que no le importaba, que telefonearía en seguida a Z, mi rival. En ese momento uno de nosotros—no recuerdo si ella o yo mismo cortó la comunicación. No había pasado un minuto y yo ya había comprendido que el motivo de nuestra disputa era poca cosa comparado con las consecuencias que estaba provocando. Volver a telefonear a Y hubiera sido un error; el único modo de resolver la cuestión era dar un salto a B, explicarnos con Y cara a cara. Aquí estoy pues en esta autovía que he recorrido centenares de veces a todas

horas y en todas las estaciones, pero que jamás me había parecido tan larga.

Mejor dicho, creo que he perdido el sentido del espacio y del tiempo: los conos de luz proyectados por los faros sumen en lo indistinto el perfil de los lugares; los números de los kilómetros en los carteles y los que saltan en el cuentakilómetros son datos que no me dicen nada, que no responden a la urgencia de mis preguntas sobre qué estará haciendo Y en este momento, qué estará pensando. ¿Tenía intención realmente de llamar a Z o era sólo una amenaza lanzada así, por despecho? Si hablaba en serio, ¿lo habrá hecho inmediatamente después de nuestra conversación, o habrá querido pensarlo un momento, dejar que se calmara la rabia antes de tomar una decisión? Z vive en A, como yo; está enamorado de Y desde hace años, sin éxito; si ella le ha telefoneado invitándolo, seguro que él se ha precipitado en el coche a B; por lo tanto también él corre por esta autovía; cada coche que me adelanta podría ser el suyo, y suyo cada coche que adelanto yo. Me es difícil estar seguro: los coches que van en mi misma dirección son dos luces rojas cuando me preceden y dos ojos amarillos cuando los veo seguirme en el retrovisor. En el momento en que me pasan puedo distinguir cuando mucho qué tipo de coche es y cuántas personas van a bordo, pero los automóviles en los que el conductor va solo son la gran mayoría y, en cuanto al modelo, no me consta que el coche de Z sea particularmente reconocible.

Como si no bastara, se echa a llover. El campo visual se reduce al semicírculo de vidrio barrido por el limpiaparabrisas, todo el resto es oscuridad estriada y opaca, las noticias que me llegan de fuera son sólo resplandores amarillos y rojos deformados por un torbellino de gotas. Todo lo que puedo hacer con Z es tratar de pasarlo, no dejar que me pase, cualquiera que sea su coche, pero no conseguiré saber si su coche está y cuál es. Siento igualmente enemigos todos los coches que van hacia A; todo coche más veloz que el mío que me señala afanosamente en el retrovisor con los faros intermitentes su volundad de pasarme provoca en mí una punzada de celos; cada vez que veo delante de mí disminuir la distancia que me separa de las luces traseras de rival me lanzo al carril central con un impulso de triunfo para llegar a casa de Y antes que él.

Me bastarían pocos minutos de ventaja: al ver con qué prontitud he corrido a su casa, Y olvidará en seguida los motivos la pelea; entre nosotros todo volverá a ser como antes; al llegar, Z comprenderá que ha sido convocado a la cita sólo por una especie de juego entre nosotros dos; se sentirá como un intruso. Más aún, quizás en este momento Y se ha arrepentido de todo lo que me dijo, ha tratado de llamarme por teléfono, 0 bien ha pensado como yo que lo mejor era acudir en persona, se ha sentado al volante y en este momento corre en dirección opuesta a la mía por esta autovía.

Ahora he dejado de atender a los coches que van en mi misma dirección y miro los que vienen a mi encuentro, que para mí sólo consisten en la doble estrella de los faros que se dilata hasta barrer la oscuridad de mi campo visual para desaparecer después de golpe a mis espaldas arrastrando consigo una especie de luminiscencia submarina. El coche de Y es de un modelo muy corriente; como el mío, por lo demás. Cada una de esas apariciones luminosas podría ser ella que corre hacia mí, con cada una siento algo que se mueve en mi sangre impulsado por una intimidad destinada a permanecer secreta; el mensaje amoroso dirigido exclusivamente a mí se confunde con todos los otros mensajes que corren por el hilo de la autovía, y sin embargo, no podría desear de ella un mensaje diferente de éste.

Me doy cuenta de que al correr hacia Y lo que más deseo no es encontrar a Y al término de mi carrera: quiero que sea Y la que corra hacia mí, ésta es la respuesta que necesito, es decir, necesito que sepa que corro hacia ella pero al mismo tiempo necesito saber que ella corre hacia mí. La única idea que me reconforta es, sin embargo, la que más me atormenta: la idea de que si en este momento Y corre hacia A, también ella cada vez que vea los faros de un coche que va hacia B se preguntará si soy yo el que corre hacia ella, deseará que sea yo y no podrá jamás estar segura. Ahora dos coches que van en direcciones opuestas se han encontrado por un segundo uno junto al otro, un resplandor ha iluminado las gotas de lluvia y el rumor de los motores se ha fundido como en un brusco soplo de viento: quizás éramos nosotros, es decir, es seguro que yo era yo, si eso significa algo, y la otra podría ser ella, es decir, la que yo quiero que ella sea, el signo de ella en el que quiero reconocerla, aunque sea justamente el signo

mismo que me la vuelve irreconocible. Correr por la autovía es el único modo que nos queda, a ella y a mí, de expresar lo que tenemos que decirnos, pero no podemos comunicarlo ni recibirlo mientras sigamos corriendo.

Es cierto que me he sentado al volante para llegar a su casa lo antes posible, pero cuanto más avanzo más cuenta me doy de que el momento de la llegada no es el verdadero fin de mi carrera. Nuestro encuentro, con todos los detalles accidentales que la escena de un encuentro supone, la menuda red de sensaciones, significados, recuerdos que se desplegaría ante mí —la habitación con el filodendro, la lámpara de opalina, los pendientes—, las cosas que yo diría, algunas seguramente erradas o equivocas, las cosas que diría ella, en cierta medida seguramente fuera de lugar o en todo caso no las que espero, todo el ovillo de consecuencias imprevisibles que cada gesto y cada palabra comportan, levantaría en torno a las cosas que tenemos que decirnos, o mejor, que queremos oírnos decir, una nube de ruidos parásitos tal que la comunicación ya difícil por teléfono resultaría aún más perturbada, sofocada, sepultada como bajo un alud de arena. Por eso he sentido la necesidad, antes que de seguir hablando, de transformar las cosas por decir en un cono de luz lanzado a ciento cuarenta por hora, de transformarme yo mismo en ese cono de luz que se mueve por la autovía, porque es cierto que una señal así puede ser recibida y comprendida por ella sin perderse en el desorden equívoco de las vibraciones secundarias, así como yo para recibir y comprender las cosas que ella tiene que decirme quisiera que sólo fuesen (más aún, quisiera que ella misma sólo fuese) ese cono de luz que veo avanzar por la autovía a una velocidad (digo así, a simple vista) de ciento diez o ciento veinte. Lo que cuenta es comunicar lo indispensable dejando caer todo lo superfluo, reducirnos nosotros mismos a comunicación esencial, a señal luminosa que se mueve en una dirección dada, aboliendo la complejidad de nuestras personas, situaciones, expresiones faciales, dejándolas en la caja de sombra que los faros llevan detrás y esconden. La Y que yo amo en realidad es ese haz de rayos luminosos en movimiento, todo el resto de ella puede permanecer implícito mi yo que ella, mi yo que tiene el poder de entrar en ese circuito de exaltación que es su vida afectiva, es el parpadeo

del intermitente al pasar otro coche que, por amor a ella y no sin cierto riesgo, estoy intentando.

También con Z (no me he olvidado para nada de Z) la relación justa puedo establecerla únicamente si él es para mí sólo parpadeo intermitente y deslumbramiento que me sigue, o luces de posición que yo sigo; porque si empiezo a tomar en cuenta su persona con ese algo —digamos— de patético pero también de innegablemente desagradable, aunque sin embargo —debo reconocerlo—, justificable, con toda su aburrida historia de enamoramiento desdichado, su comportamiento siempre un poco equívoco... bueno, no se sabe ya adónde va uno a parar. En cambio mientras todo sigue así, está muy bien: Z que trata de pasarme se deja pasar por mi (pero no sé si es él), Y que acelera hacia mí (pero no sé si es ella) arrepentida y de nuevo enamorada, yo que acudo a su casa celoso y ansioso (pero no puedo hacérselo saber, ni a ella ni a nadie).

Si en la autovía estuviera absolutamente solo, si no viera correr otros coches ni en un sentido ni en el otro, todo sería sin duda mucho más claro, tendría la certidumbre de que ni Z se ha movido para suplantarme, ni Y se ha movido para reconciliarse conmigo, datos que podría consignar en el activo o en el pasivo de mi balance, pero que no dejarían lugar a dudas. Y sin embargo, si me fuera dado sustituir mi presente estado de incertidumbre por semejante certeza negativa, rechazaría sin más el cambio. La condición ideal para excluir cualquier duda sería que en toda esta parte del mundo existieran sólo tres automóviles: el mío, el de Y, el de Z; entonces ningún otro coche podría avanzar en mi dirección sino el de Z, el único coche que fuera en dirección opuesta sería con toda seguridad el de Y. En cambio, entre los centenares de coches que la noche y la lluvia reducen a anónimos resplandores, sólo un observador inmóvil e instalado en una posición favorable podría distinguir un coche de otro, reconocer quizá quién va a bordo. Esta es la contradicción en que me encuentro: si quiero recibir un mensaje tendré que renunciar a ser mensaje yo mismo, pero el mensaje que quisiera recibir de Y—es decir, el mensaje en que se ha convertido la propia Y—tiene un valor sólo si yo a mi vez soy mensaje; por otra parte el mensaje en que me he convertido sólo tiene sentido si Y no se limita a recibirlo como una receptora

cualquiera de mensajes, sino si es el mensaje que espero recibir de ella.

Ahora llegar a B, subir a la casa de Y, encontrar que se ha quedado allí con su dolor de cabeza rumiando los motivos de la disputa, no me daría ya ninguna satisfacción; si entonces llegara de improviso también Z se produciría una escena detestable; y en cambio si yo supiera que Z se ha guardado bien de ir, 0 que Y no ha llevado a la práctica su amenaza de telefonearle, sentiría que he hecho el papel de un imbécil. Por otra parte si yo me hubiera quedado en A e Y hubiera venido a pedirme disculpas, me encontraría en una situación embarazosa: vería a Y con otros ojos, como a una mujer débil que se aferra a mí, algo entre nosotros cambiaría. No consigo aceptar ya otra situación que no sea esta transformación de nosotros mismos en el mensaje de nosotros mismos. ¿Pero y Z? Tampoco Z debe escapar a nuestra suerte, tiene que transformarse también en mensaje de sí mismo, cuidado si yo corro a casa de Y celoso de Z, si Y corre a mi casa arrepentida para huir de Z, mientras que Z no ha soñado siquiera con moverse de su casa...

A medio camino en la autovía hay una estación de servicio. Me detengo, corro al bar, compro un puñado de fichas, marco el afijo telefónico de B, el número de Y. Nadie responde. Dejo caer la lluvia de fichas con alegría: es evidente que Y no ha podido dominar su impaciencia, ha subido al coche, ha corrido hacia A. Ahora vuelvo a la autovía al otro lado, corro hacia A yo también. Todos los coches que paso, o todos los coches que me pasan, podrían ser Y. En el carril opuesto todos los coches que avanzan en sentido contrario podrían ser Z, el iluso. O bien: también Y se ha detenido en una estación de servicio, ha telefoneado a mi casa en A, al no encontrarme ha comprendido que yo estaba yendo a B, ha invertido la dirección. Ahora corremos en direcciones opuestas, alejándonos, el coche que paso que me pasa es el de Z que a medio camino también ha tratado telefonear a Y...

Todo es aún más incierto pero siento que he alcanzado estado de tranquilidad interior: mientras podamos controlar nuestros números telefónicos y no hay nadie que responda, seguiremos los tres corriendo

hacia adelante y hacia atrás por estas líneas blancas, sin puntos de partida o de llegada inminentes, atestados de sensaciones y significados sobre la univocidad de nuestro recorrido, liberados por fin del espesor molesto de nuestras personas y voces y estados de ánimo, reducidos a señales luminosas, único modo de ser apropiado para quien quiere identificarse con lo que dice sin el zumbido deformante que la presencia nuestra o ajena transmite a lo que decimos.

El precio es sin duda alto pero debemos aceptarlo: no podemos distinguirnos de las muchas señales que pasan por esta carretera, cada una con un significado propio que permanece oculto e indescifrable porque fuera de aquí no hay nadie capaz de recibirnos y entendernos.

Segunda parte
La vida difícil

La hormiga argentina

Cuando vinimos a instalarnos no sabíamos nada de las hormigas. Nos parecía que estaríamos bien, el cielo y el verde eran alegres, tal vez demasiado alegres para las preocupaciones que teníamos mi mujer y yo; ¿cómo podíamos imaginar la historia de las hormigas? Pensándolo bien, el tío Augusto quizá nos había dicho algo en alguna ocasión: «Allá, tendríais que ver, las hormigas... no como aquí, las hormigas...», pero era una divagación dentro de otro tema, una cosa dicha sin darle importancia, tal vez a propósito de las hormigas que habíamos visto mientras hablábamos, qué digo: ¿hormigas?, habríamos visto una hormiga perdida, una de esas hormigas nuestras, gordas (ahora me parecen gordas las hormigas de mi tierra), y de todos modos lo insinuado por el tío Augusto no modificaba en nada la descripción que nos estaba haciendo de esta región, donde la vida, por alguna circunstancia que él no sabía explicar bien, era más fácil, y la ganancia, si no segura, por lo menos probable, a juzgar por tantos, no por él, el tío Augusto, que se habían instalado allí.

Por qué se había sentido bien, aquí, nuestro tío, empezamos a intuirlo desde la primera noche, al ver la claridad del aire después de la cena y comprender el placer de dar vueltas por aquellas calles para salir al campo, de sentarse en el pretil de un puente como vimos que hacían algunos, y todavía más cuando encontramos una fonda donde él solía ir, con un huerto atrás, y unos tipos viejos y de estatura escasa, como él, pero fanfarrones y vocingleros, que decían que habían sido amigos suyos, gentes sin oficio, como él, creo, jornaleros por horas, aunque uno dijo, tal vez por jactarse, que era relojero; y oímos que recordaban al tío Augusto por un sobrenombre, repetido por todos y seguido de carcajadas generales, y observamos la risa forzada de una mujer tampoco demasiado joven y un poco gorda, que estaba en el mostrador, con una blusa blanca calada. Y yo y mi mujer comprendimos cuánto debía contar todo eso para el tío Augusto, tener

un sobrenombre, noches claras en que se bromeaba paseando por los puentes, y ver aquella blusa calada que aparecía viniendo de la cocina, salía al huerto, y al día siguiente unas horas descargando sacos para la fábrica de pastas y cómo allá, en nuestra tierra, él siempre añoraba esto.

Todo lo que yo también hubiera podido apreciar, de haber sido joven y sin preocupaciones, o bien de estar instalado con toda la familia. Pero en nuestra situación, con el niño apenas curado, buscando trabajo, casi no podíamos darnos cuenta de esas cosas que le habían bastado al tío Augusto para declararse contento, y tal vez comprenderlo era ya una tristeza porque entre gentes alegres parecíamos todavía más infelices. Ciertos problemas a lo mejor insignificantes nos preocupaban como si aumentaran de pronto nuestras angustias (y no sabíamos nada de las hormigas en ese momento) y la señora Mauro con todas las recomendaciones que nos hacía al mostrarnos la casa aumentaba nuestra impresión de que nos internábamos en un mar borrascoso. Recuerdo su largo discurso sobre el contador del gas, y con qué atención lo escuchábamos:

—Sí, señora Mauro… Tendremos cuidado, señora Mauro… Esperemos que no, señora Mauro… —tanto que ni siquiera hicimos caso cuando (pero ahora lo recordamos claramente) empezó a deslizar los ojos por la pared como si leyera y pasó la punta de los dedos y después los sacudió como si hubiese tocado agua, o arena, o polvo. Pero no pronunció la palabra «hormigas»» estamos seguros; tal vez porque era natural que allí hubiese hormigas, así como había paredes, un techo, pero a mi mujer y a mí nos quedó la impresión de que había querido ocultarlo hasta al final, y que todas sus frases y recomendaciones eran para tratar de dar importancia a otras cosas que taparan aquélla.

Cuando la señora Mauro se marchó, entré los colchones y mi mujer no conseguía transportar la mesita de noche, y me llamaba, y después quiso empezar en seguida a limpiar la cocina económica y se arrodilló en el suelo, pero yo le dije:

—A esta hora, ¿qué vas a hacer? Mañana veremos, ahora arreglémonos de cualquier manera para pasar la noche. —El niño

lloriqueaba muerto de sueño, y antes que nada había que prepararle la cesta y acostarlo.

En mi tierra, para los niños, usamos una canasta alargada, y la habíamos traído; la vaciamos de la ropa blanca con que la habíamos llenado y encontramos un buen sitio para apoyarla, una consola, en un lugar que no era ni húmedo ni demasiado alto, por si se caía. Nuestro hijo se durmió en seguida y los dos miramos la casa (una habitación dividida en dos por un tabique; cuatro paredes y un techo) que se iba llenando de nuestra presencia.

—Sí, sí, de blanco, le daremos una mano de blanco —contesté a mi mujer mirando el cielo raso mientras la empujaba por un codo hacia afuera. Ella quería mirar bien otra vez el cuchitril del retrete, a la izquierda, pero yo tenía ganas de dar con ella una vuelta por el terreno; porque nuestra casa estaba en un terreno, dos grandes canteros o almácigos baldíos con un sendero en el medio, cubierto de un armazón de hierro, ahora desnudo, tal vez por haberse secado alguna planta trepadora, una calabaza o una vid.

La señora Mauro tenía intención de darme ese terreno para que cultiváramos nuestro huerto, sin pedir ningún alquiler pues hacía tiempo que estaba abandonado; pero hoy no nos había hablado del tema y nosotros no dijimos nada porque ya teníamos demasiado en qué pensar. Andando así por el terreno, la primera noche queríamos convencernos de que habíamos llegado a tomar confianza y también, en cierto sentido, posesión del lugar; por lunera vez era posible la idea de una continuidad en nuestra vida, de noches que se sucedían cada vez menos angustiosas, en las que recorreríamos los almácigos. Estas cosas, naturalmente, no se las dije a mi mujer; pero estaba ansioso por ver si ella también las sentía, y en realidad me pareció que los pocos pasos que dimos tuvieron en ella el efecto que yo esperaba; ahora razonaba en voz baja, con largas pausas, y caminábamos del brazo sin que ella rechazara ese gesto propio de tiempos no tan pobres.

Así llegamos al límite del terreno, y al otro lado del seto vimos al señor Reginaudo dando vueltas alrededor de su casa muy atareado con un pulverizador. Yo había conocido al señor Reginaudo unos meses atrás,

cuando fui a ponerme de acuerdo con la señora Mauro sobre la casa. Nos acercamos para saludarlo y para que conociera a mi mujer.

—Buenas noches, señor Reginaudo —le dije—, ¿se acuerda de mí?

—Ah, sí que lo reconozco —dijo—. ¡Buenas noches! ¿Así que es vecino nuestro? —Era un señor bajo y gafudo, con pijama y sombrero de paja.

—Eh, sí, somos vecinos, y entre vecinos...

Mi mujer empezó a decir frases sonrientes e inconclusas, como suele hacerse por cortesía; hacía tiempo que no la oía hablar así; no es que me gustara, pero me ponía más contento que oírla quejarse.

—¡Claudia —llamó nuestro vecino—, ven, son los nuevos inquilinos de la casa de los Laureri! —Nunca había oído llamar con ese nombre nuestra nueva casa (el nombre, lo supe después, de un antiguo propietario) y me sentí un poco como si me consideraran un extraño. Salió de la casa la señora Reginaudo, una mujerona, secándose las manos en el mandil; eran gentes sencillas y con nosotros fueron bastante cordiales.

—-¿Y qué anda haciendo con ese vaporizador, señor Reginaudo? —le pregunté.

—Eh... las hormigas... estas hormigas... —dijo, y se rió, como no dándole importancia.

—Hormigas, ¿eh? —repitió mi mujer con ese tono neutro y cortés que empleaba con los extraños para fingir que prestaba atención a sus palabras; un tono que conmigo no empleó nunca, que yo recuerde, ni siquiera cuando apenas nos conocíamos.

Nos despedimos de los vecinos con mucha ceremonia. Pero esto era también algo que no conseguíamos disfrutar de verdad: tener vecinos, y además, gente afable y cordial, y poder conversar así con amabilidad.

En casa decidimos acostarnos en seguida.

—¿Oyes? —dijo mi mujer; presté atención, se escuchaba todavía chirriar el vaporizador del señor Reginaudo. Mi mujer fue al fregadero a buscar un vaso de agua.

—Tráeme también uno a mí —le dije mientras me quitaba la camisa.

—¡Ah! —gritó—, ¡ven! —Había visto las hormigas en el grifo y la fila que bajaba por la pared.

Encendimos la luz, una lamparita sola para las dos habitaciones, y las hormigas formaban una fila apretada que cruzaba la pared y llegaba al marco de la puerta y quién sabe de dónde venían. Nos quedaron las manos cubiertas y las teníamos abiertas delante de los ojos tratando de ver bien cómo eran esas hormigas, y girando continuamente las muñecas para que no bajaran por los brazos. Eran hormigas minúsculas e impalpables que se movían sin pausa como impulsadas por la misma picazón sutil que provocaban. Sólo entonces me vino a la memoria el nombre: las «hormigas argentinas», mejor aún: «la hormiga argentina», la llamaban así, seguramente ya había oído decir que éste era un lugar donde había «la hormiga argentina», y sólo ahora sabía cuál era la sensación que iba unida a esa expresión: ese cosquilleo molesto que se difundía en todas direcciones y que ni siquiera cerrando la mano en un puño o frotando una mano con otra se conseguía detener del todo, porque siempre quedaba alguna hormiga desbandada que corría por el brazo o por la ropa. Al aplastarlas, las hormigas se convertían en puntitos negros que caían como arena, y en los dedos quedaba aquel olorcito de hormiga, ácido y punzante.

—Es la hormiga argentina, sabes... —le dije a mi mujer—, viene de América... —Había adoptado a pesar mío el tono de cuando quería enseñarle algo y me arrepentí en seguida porque sabía que ella no soportaba ese tono en mí y reaccionaba bruscamente, tal vez porque creía que lo adoptaba cuando no estaba demasiado seguro de mí mismo.

En cambio me dio casi la impresión de que no me había oído: presa de la furia de destruir o dispersar la fila de hormigas en la pared, pasaba

la mano de canto y lo único que conseguía es que se le subieran y se desparramaran otras alrededor, y entonces ponía la mano bajo el grifo, y trataba de salpicarlas con el chorro, pero las hormigas seguían andando sobre la superficie húmeda y ni siquiera mojándose las manos conseguía despegárselas.

—¡Ahora tenemos las hormigas en casa! —repetía—. ¡Así que ya estaban y no las habíamos visto! —como si de haberlas visto antes las cosas hubieran cambiado mucho.

Le dije:

—¡Vamos, vamos, por dos miserables hormigas! ¡Ahora vayamos a dormir y mañana veremos! —Y me pareció bien añadir—: ¡Vamos, vamos, por dos hormigas argentinas! —porque llamándolas por el nombre preciso que se les daba en el lugar, quería dar la impresión de que eran algo ya sucedido y en cierto sentido natural.

Pero el aire de distensión de mi mujer mientras recorríamos el terreno había desaparecido: ahora desconfiaba de todo y tenía la cara tensa como de costumbre. Y el irnos a dormir por primera vez en la casa nueva no fue como yo lo había esperado: para consolarnos no teníamos el alivio de empezar otra vida sino la rutina de seguir adelante con nuevos inconvenientes. «Todo por dos miserables hormigas», era lo que yo pensaba; es decir, lo que pensaba que pensaba, pero tal vez también para mí era completamente diferente.

La fatiga era más fuerte que la agitación y dormimos. Pero en plena noche el niño empezó a llorar, y los dos, sin salir de la cama (esperando siempre que en cierto momento se calmara y volviera a dormirse, cosa que en realidad no sucedía nunca), nos preguntábamos: «¿Qué tendrá? ¿Qué tendrá?». Desde que se había curado no lloraba por la noche.

—¡Tiene hormigas! —gritó mi mujer que se había levantado para mecerlo.

Salté yo también de la cama, volcamos la cesta, lo desnudamos y para poder quitarle las hormigas, medio ciegos de sueño como estábamos,

había que ponerlo debajo de la lamparita, en plena corriente de aire que venía de la puerta, y mi mujer decía:

—Ahora se resfría —y darle vueltas, con aquella piel que enrojecía apenas se la rozaba, daba pena. Una hilera de hormigas avanzaba por la consola. Miramos las sabanitas hasta que no quedó ni una y decíamos: «¿Dónde lo ponemos ahora a dormir?». En nuestra cama, donde estábamos tan apretados, lo aplastaríamos. Miré bien la cómoda, las hormigas no habían llegado; la separé de la pared, abrí un cajón y lo preparé para que el niño pudiera dormir. Cuando lo acostamos ya estaba dormido. No teníamos más que tumbarnos en la cama y reanudaríamos el sueño en seguida, pero mi mujer quiso mirar las provisiones.

—¡Ven aquí! ¡Ven aquí! ¡Dios mío! ¡Está lleno! ¡Negro de hormigas! ¡Auxilio!

¿Qué se podía hacer? La tomé de los hombros:

—Ven, lo pensaremos mañana, ahora no se ve nada, mañana lo arreglamos todo, ponemos todo en orden, ven a dormir.

—¿Y las provisiones? ¡Se echarán a perder!

—¡Al diablo con ellas! ¿Qué quieres hacer ahora? Mañana destruimos el hormiguero, cálmate.

Pero en la cama no conseguíamos tranquilizarnos, con la idea de aquellos bichos en todas partes, en los comestibles, en la vajilla, tal vez estaban subiendo otra vez desde el pavimento por las patas de la cómoda para llegar hasta el niño...

Nos dormimos cuando cantaban los gallos; y no pasó mucho rato antes de que empezáramos a movernos y a rascarnos porque teníamos la impresión de que había hormigas en la cama; tal vez habían subido, tal vez nos habían quedado encima después de la gran operación de la noche. Y así ni siquiera las primeras horas de la mañana fueron reparadoras, y nos levantamos temprano apremiados por la idea de las cosas que teníamos que hacer y también por la mortificación de

tener que empezar en seguida a luchar con aquel angustioso, imperceptible enemigo que se había adueñado de nuestra casa.

Lo primero para mi mujer fue ocuparse del niño: ver si aquellos bichos lo habían mordido (por suerte no parecía), vestirlo, darle de comer, todo esto moviéndose en la casa invadida de hormigas. Yo sabía el esfuerzo que debía hacer para no lanzar un grito cada vez que veía, en las tazas que habían quedado en el fregadero, por ejemplo, las hormigas alrededor del borde, y en el babero del niño, y en la fruta. Pero no pudo por menos que gritar, al destapar la leche:

—¡Está negra! —Había un velo de hormigas ahogadas o nadando.

—Es sólo la superficie —dije—, se quita con una cucharita. —Pero nos pareció que el sabor había quedado y no la bebimos.

Yo seguía las filas de hormigas por las paredes para ver de dónde venían. Mi mujer se peinaba y se vestía con pequeños estallidos de cólera que reprimía en seguida.

—¡No podemos poner los muebles en su sitio mientras no hayamos terminado con las hormigas! —decía.

—Calma. Ya verás que todo se arregla. Ahora voy a ver al señor Reginaudo que tiene esos polvos y le pido un poco. Lo ponemos en la boca del hormiguero, ya he visto dónde está, y en seguida acabamos con ellas. Pero esperemos hasta un poco más tarde porque a esta hora en casa de la familia Reginaudo podríamos molestar.

Mi mujer se calmó un poco, pero yo no: que había visto la boca del hormiguero se lo había dicho para consolarla, pero cuanto más miraba más descubría las muchas direcciones en que las hormigas iban y venían, y cómo nuestra casa, en apariencia lisa y homogénea como un dado, era en cambio porosa y estaba toda surcada de fisuras y grietas.

Para darme ánimo me detuve en el umbral a mirar las plantas que con el sol que en ese momento las bañaba y el rastrojo que infestaba el terreno me pareció alegre, porque daba ganas de ponerse a trabajar: limpiar todo de verdad, zapar y comenzar a sembrar y a transplantar.

—Ven —dije a mi hijo—, que aquí te vas a enmohecer —lo tomé en brazos y salí al «jardín», más aún, por el placer de iniciar la costumbre de llamar así aquel trozo de tierra, dije a mi mujer—: Salgo un momento con el niño al jardín —y me corregí—: A nuestro jardín —que era más posesivo y familiar.

El niño estaba contento al sol, y yo le decía:

—Este es un algarrobo, éste es un árbol de caquis —y lo levantaba hasta las ramas—: Ahora papá te enseña a treparte.

Se echó a llorar.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo? —pero vi las hormigas; el árbol gomoso estaba enteramente cubierto.

Aparté al niño en seguida.

—Uh, cuántas hormiguitas... —le decía, pero estaba preocupado.

Seguí las filas de hormigas por el tronco, me di cuenta de que aquel bullir silencioso y casi invisible seguía en el suelo, en todas direcciones, entre los hierbajos. Pensé: ¿cómo haremos para sacar las hormigas de casa? Sobre aquel pedazo de tierra —que ayer me había parecido tan pequeño, pero que ahora, viéndolo en relación con las hormigas, lo encontraba grandísimo— se extendía un velo ininterrumpido de insectos que brotaban de miles de hormigueros subterráneos y se alimentaban de la naturaleza pegajosa, dulzona del suelo y de la vegetación baja; y donde quiera que mirase —aunque a primera vista no viese nada y eso ya fuera un alivio—, aguzando la mirada veía acercarse una hormiga y descubría que formaba parte de un largo cortejo y que se encontraba con otras, llevando a menudo briznas o minúsculos fragmentos de materia pero siempre más grandes que ellas, y en ciertos lugares donde —pensé— se había agrumado el jugo de alguna planta o el resto de algún animal, había una corona de hormigas aglomeradas, casi pegadas como la costra de una pequeña herida.

Volví junto a mi mujer con el niño al cuello, casi corriendo sintiendo las hormigas que me subían por mis pies. Y ella:

—Ya has hecho llorar al niño ¿qué le pasa?

—Nada, nada —contesté en seguida—, vio dos hormigas en un árbol, y está todavía bajo la impresión de anoche y le parece que siente la picazón.

—¡Oh, qué cruz, era lo único que faltaba! —exclamó mi mujer. Iba siguiendo una fila de hormigas en la pared y trataba de matarlas aplastándolas una por una con los dedos.

Yo continuaba viendo los millones de hormigas que nos rodeaban en aquel terreno que ahora parecía interminable, y arremetí contra ella:

—¿Qué haces? ¿Estás loca? ¡Esto no sirve de nada!

Mi mujer estalló con rabia:

—¡Pero el tío Augusto! ¡El tío Augusto que no nos dijo nada! ¡Y nosotros como dos estúpidos! ¡Hacerle caso a ese mentiroso!

Pero, ¿qué hubiera podido decir el tío Augusto? La palabra «hormigas» para nosotros, en aquel momento, no podía expresar la angustia que sentíamos frente a esta situación. Si nos hubiera hablado de hormigas como tal vez —no puedo excluirlo— lo había hecho alguna vez, hubiésemos pensado que nos encontraríamos con un enemigo concreto, medible, con un cuerpo, un peso. En realidad, si ahora trataba de recordar las hormigas de los lugares de donde veníamos, las veía como bichos respetables, criaturas de esas que se pueden tocar, apartar, como los gatos, los conejos. Aquí nos enfrentábamos con un enemigo como la niebla o la arena, contra el cual no hay fuerza que valga.

Nuestro vecino, el señor Reginaudo, estaba en la cocina trasvasando un líquido con un embudo. Yo lo había llamado desde afuera y después me acerqué a la puerta ventana de la cocina jadeando.

—¡Ah, nuestro vecino! —exclamó Reginaudo—, ¡pase, señor, pase! ¡Disculpe, yo siempre con estos mejunjes! ¡Claudia, una silla para nuestro vecino!

Sin perder tiempo:

—He venido, disculpe la molestia, pero vi que tenía usted de esos polvos, sabe, nosotros toda la noche, las hormigas...

—Ja, ja, ja! ¡Las hormigas! —dijo entre carcajadas la señora Reginaudo al entrar, y el marido, con un pequeño retraso, me pareció, pero con una impetuosidad más ruidosa, le hizo eco:

—¡Ja, ja, ja! ¡Ellos también, las hormigas! ¡Ah, ah, ah!

A pesar mío intenté una modesta sonrisa, como obligado por la comicidad de mi situación, pero sin poder hacer nada, cosa que justamente correspondía a la verdad, tanto que había ido a verlo para pedirle ayuda.

—¡A quién se lo dice, las hormigas, estimado vecino! —exclamaba alzando las manos el señor Reginaudo.

—¡A quién se lo dice, señor, a quién se lo dice! —repetía como un eco su mujer llevándose las manos juntas al pecho, pero siempre, como el marido, riendo.

—Bueno... me pareció... ¿no tendrían ustedes un remedio? —pregunté, y el temblor de mi voz podía quizá tomarse por ganas de reír y no por la desesperación que iba invadiéndome.

—¡Un remedio, ja, ja, ja! —reían a más no poder los Reginaudo—. ¿Si tenemos un remedio? ¡Veinte, cien remedios tenemos! ¡Y cada uno, ja, ja, ja, mejor que el otro!

Me habían llevado a otra habitación, donde había sobre los muebles decenas de cajas de cartón y de latas con etiquetas chillonas.

—¿Quiere el Profosfán? ¿Quiere el Mirminec? ¿O el Tiobroflit? ¿El Arsopán en polvo o mezclado? —Y se pasaban de mano en mano

pulverizadores de émbolo, brochas, fuelles, levantaban nubes de polvos amarillentos y de gotitas minúsculas, y una mescolanza de olores de farmacia y de cooperativa agraria, siempre riendo a carcajadas.

—¿Y hay algo que realmente sirva? —pregunté.

Dejaron de reír.

—No, nada —contestaron.

El señor Reginaudo me palmeó el hombro, la señora abrió las persianas y entró el sol. Después me hicieron visitar la casa.

El señor Reginaudo llevaba unos pantalones de pijama de rayas rosadas atado a la pequeña barriga obesa, una camiseta y el sombrero de paja en la cabeza calva. Ella usaba una bata desteñida que descubría de vez en cuando los tirantes de la combinación; el pelo que encuadraba la ancha cara roja era rubio, como estopa y mal rizado. Los dos eran ruidosos y expansivos; cada rincón de la casa tenía una historia, y me la contaban robándose las frases el uno al otro y haciendo gestos, lanzando exclamaciones, como si cada episodio fuera una comedia irresistible. En cierto sitio habían aplicado Arfanax al dos por mil y las hormigas se habían alejado durante dos días, pero al tercero volvieron, y entonces él había concentrado la solución al diez por mil, pero las hormigas en vez de pasar por allí daban la vuelta por la cornisa; en otro sitio habían aislado una esquina con polvos de Crisotán, pero el viento los barría y se necesitaban tres kilos por día; en un peldaño habían probado el Petrocid que al parecer las mataba de inmediato y en cambio sólo las dormía; en un rincón habían aplicado el Formikill y las hormigas seguían pasando, pero por la mañana habían encontrado un ratón envenenado, en un punto donde él había aplicado el Zimofosf, líquido que constituía una barrera segura, su mujer había echado encima el Italmac en polvo que servía de antídoto y había anulado el efecto.

Nuestros vecinos usaban la casa y el jardín como un campo de batalla, y su pasión era trazar líneas más allá de las cuales las hormigas no debían pasar, y descubrir las nuevas vueltas que daban, y probar

nuevas mescolanzas y nuevos polvos, cada uno vinculado en el recuerdo con episodios que ya habían sucedido, con combinaciones cómicas, de modo que les bastaba pronunciar un nombre: «¡Arsepit!» «¡Mirxidol!» para echarse a reír, lanzando guiños y frases alusivas. Parecería que hubieran renunciado a matar las hormigas —si alguna vez lo habían intentado—, dado que las tentativas eran inútiles: sólo trataban de cerrarles algunos pasos, de desviarlas, asustarlas o vigilarlas: lo que hacían era preparar cada día un nuevo laberinto, dibujado con sustancias diferentes, un juego en el que las hormigas eran un elemento necesario.

—Con estos bichos no hay nada que hacer, no hay nada que hacer —decían—, a menos de imitar al capitán...

»Eh, sí, nosotros gastamos mucho —decían— en estos insecticidas... El del capitán, claro, es un sistema más económico...

»Naturalmente, no podemos decir que hayamos vencido a la hormiga argentina —dijeron—, pero ¿usted cree que el capitán está en la buena vía? Tengo mis dudas...

—Discúlpeme, pero ¿quién es el capitán? —pregunté.

—El capitán Brauni, ¿no lo conoce? ¡Ah, usted apenas ha llegado ayer! Es nuestro vecino de la derecha, allí, en esa casita blanca... Es un inventor... —y se echaron a reír—, ha inventado un sistema para exterminar la hormiga argentina... Qué digo, muchos sistemas. Y los perfecciona continuamente. Vaya a verlo.

Rollizos y socarrones, en aquellos pocos metros cuadrados del pequeño jardín todo embadurnado de estrías y chorreaduras de líquidos oscuros, empolvado de harinas verdosas, atestado de pulverizadores, azufradores, recipientes de cemento donde se desleían preparados color índigo, y en los desordenados arriates algún rosal cubierto de insecticida desde la punta de las hojas hasta la raíz, los esposos Reginaudo alzaban los ojos al cielo límpido, satisfechos y divertidos. Hablando con ellos, como quiera que fuese, me había reanimado un poco: en el fondo, no es que las hormigas fueran algo

divertido, como ellos daban a entender, pero tampoco eran una cosa tan grave como para desanimarse.

«¡Ah, las hormigas!», pensaba yo ahora. «¿Pero qué hormigas? ¿Y qué mal nos hacen unas cuantas hormigas?»

Iría a decirle a mi mujer, tomándole un poco el pelo: «Qué les habrás visto a esas hormigas...».

Preparaba mentalmente un discurso en este tono mientras cruzaba nuestro trozo de tierra con los brazos cargados de las cajas y latas que me habían dado los vecinos para que probara elegidas, conforme a mis deseos, entre las que no contenían sustancias nocivas para el niño, que se metía todo en la boca. Pero cuando vi, fuera de la casa, con el niño al cuello, a mi mujer, los ojos vidriosos y las mejillas hundidas, y comprendí la batalla que había librado y su descubrimiento de la cantidad infinita de hormigas que nos rodeaban, y que se daba por vencida, se me pasaron las ganas de sonreír y de bromear.

—Al fin has vuelto... —me dijo, y su dulzura me impresionó aún más dolorosamente que el tono colérico que me esperaba—. Yo ya no sabía... si vieras... no sabía cómo...

—Está bien, ahora probemos con esto —le dije—, y con esto, y también con esto... —y disponía mis latas en una repisa que había delante de la casa, y empecé a explicarle en seguida cómo se usaban, muy deprisa, casi como si tuviera miedo de ver encenderse en sus ojos demasiadas esperanzas porque no quería ni ilusionarla ni desilusionarla. Ahora tenía otra idea en la cabeza: quería ir a ver en seguida a ese capitán Brauni.

—No te preocupes; vuelvo en seguida.

—¿Te vas otra vez? ¿Adónde vas?

—A ver a otro vecino. Tiene un sistema. Voy a ver.

Y corrí hacia la alambrada cubierta de una enredadera espesa que limitaba a la derecha nuestro terreno. El sol estaba oculto por una nube. Me asomé por encima de la alambrada y vi la casita blanca

rodeada de un jardín pequeño, ordenado, con caminitos de pedregullo gris que circundaban unos canteros redondos con un borde bajo de hierro forjado pintado de verde como en los jardines públicos, y en medio de cada cantero, un arbolito negro de mandarina o de limón.

Todo estaba silencioso, sombreado e inmóvil. Iba ya a alejarme indeciso cuando vi asomarse desde un seto bien podado una cabeza, cubierta por un sombrero de playa de tela blanca, deformado, con el ala gacha terminada en un borde ondulado, sobre un par de gafas con montura de acero, una nariz cartilaginosa y más abajo una sonrisa cortante, relampagueante de dientes falsos, también de acero. Era un hombre flaco y seco, con jersey, los pantalones sujetos en los tobillos por anillas de las que se llevan para ir en bicicleta, y calzado con sandalias. Se acercó a observar el tronco de uno de los mandarinos, silencioso y circunspecto, sin abandonar su sonrisa tensa. Asomado por encima de la enredadera, dije:

—Buenos días, capitán. —El hombre alzó la cabeza de repente; ya no sonreía, su mirada era fría—. Disculpe, usted es el capitán Brauni, ¿verdad? —le pregunté.

El hombre asintió:

—Yo soy el nuevo vecino, sabe, alquilo la casa de los Laureri... Venía a molestarlo un momento porque he oído hablar del sistema...

El capitán levantó un dedo, me hizo señas de que me acercara; saltando por un lugar donde la alambrada había cedido, pasé al otro lado. El capitán seguía con el dedo en alto y con la otra mano señalaba el punto que estaba observando. Vi que del árbol sobresalía un corto alambre perpendicular al tronco. El alambre sostenía en la punta un pedazo —así me pareció— de espina de pescado y en la mitad se doblaba en ángulo agudo hacia abajo. Por el tronco y por el alambre iban y venían las hormigas. Debajo del vértice del alambre colgaba un pote como los de extracto de carne.

—Las hormigas —explicó el capitán—, atraídas por el olor de pescado, recorren el pedazo de alambre; como usted ve avanzan y retroceden sin dificultad y no hay riesgo de que tropiecen. Pero hay un pasaje en

V que es peligroso; cuando una hormiga que va y otra que vuelve se encuentran en el vértice de la V, se detienen, y entonces el olor del petróleo contenido en este pote las marea, tratan de seguir su camino pero chocan, caen y mueren en el petróleo. Tic, tic.

Este «tic, tic» había acompañado la caída de dos hormigas.

—Tic, tic, tic, tic —seguía diciendo el capitán, con aquella inmóvil sonrisa de acero, y cada «tic» acompañaba la caída de una hormiga en el pote, donde sobre dos dedos de petróleo flotaba un velo negro de cuerpos de insectos informes y agrumados—. Un promedio de cuarenta hormigas muertas por minuto —dijo el capitán Brauni—, dos mil cuatrocientas por hora. Naturalmente el petróleo tiene que estar limpio, si no las muertas lo cubren y las que caen después pueden salvarse.

Yo era incapaz de despegar los ojos de aquel débil, discontinuo pero constante goteo: muchas hormigas superaban el punto peligroso y volvían arrastrando con las mandíbulas fragmentos de espina pero siempre había alguna que se detenía en aquel lugar, chocaba con las antenas y caía. El capitán Brauni, la mirada fija detrás de los lentes, no perdía el más mínimo movimiento de los insectos, y a cada caída se sacudía con un leve e incontenible estremecimiento, y las comisuras tensas de su boca casi sin labios palpitaban. Muchas veces no podía dejar de meter las manos, ya para corregir el ángulo del alambre, ya para sacudir el petróleo del pote, para juntar las hormigas muertas alrededor de las paredes del recipiente, o para dar al mecanismo una pequeña sacudida que acelerase la caída de las víctimas. Pero este último gesto debía parecerle casi una infracción de las normas, porque en seguida retiraba la mano y me miraba como si tuviera que justificarse.

—Este es un modelo más perfeccionado —dijo llevándome a otro árbol del que sobresalía un alambre provisto, en el vértice de la V, de una cerda con un nudo; las hormigas creían salvarse en la cerda, pero el olor del petróleo y la imprevista exigüidad del soporte las confundían, al punto de que, al no tener escapatoria posible, se caían en el pote.

El expediente de la cerda o de la crin de caballo se aplicaba a muchas otras trampas que el capitán me mostraba: el alambre grueso terminaba en una delgada crin y las hormigas, desorientadas por el cambio, perdían el equilibrio; y hasta había armado una trampa a cuyo cebo se llegaba por un pasaje falso, constituido por una crin dividida en dos que bajo el peso de la hormiga se abría por el medio y la dejaba caer en el petróleo. En aquel jardín silencioso y ordenado, en cada árbol, en cada tubería, en cada balaustre estaban instalados con precisión metódica los soportes de alambre, con su escudilla de petróleo debajo; y los rosales bien podados, las espalderas de las enredaderas parecían sólo un cuidadoso camuflaje en aquel desfile de suplicios.

—¡Aglaura! —gritó el capitán, acercándose a la puerta de servicio, y me dijo—: Ahora le mostraré la caza de los últimos días.

Por la puerta salió una mujer seca y pálida, alta y flaca, de ojos asustados y malévolos, con un pañuelo en la cabeza anudado sobre la frente.

—Muéstrale los sacos a nuestro vecino —dijo Brauni, e intruí que debía de ser no una criada, sino la mujer del capitán, y la saludé con un gesto de la cabeza y un murmullo, pero ella no me contestó. Entró y volvió a salir arrastrando por el suelo un saco pesado, con los brazos puro tendón que demostraban una fuerza superior a la que le atribuí a primera vista. Por la puerta entreabierta se veía dentro de la casa un montón de sacos semejantes a aquél; la mujer, siempre sin decir nada, había desaparecido.

El capitán ahuecó la boca del saco dentro del cual parecía haber tierra o abono químico, pero metió el brazo y sacó un puñado como de borra de café y la dejó caer en la otra mano; eran hormigas muertas, una arena suave, de un negro rojizo, formado de hormigas muertas todas encogidas, reducidas a granitos en los que no se distinguían ya ni la cabeza ni las patas. Despedían ese olor ácido, punzante. En la casa había quintales, una pirámide de sacos como aquél, llenos.

—Es formidable... —dije—, así acabará con todas.

—No —dijo tranquilamente el capitán—, matar hormigas obreras no sirve de nada. Hay por todas partes hormigueros con reinas que engendran millones de hormigas.

—¿Y entonces?

Me puse en cuclillas junto al saco; él se había sentado un peldaño más abajo, y para hablarme alzaba la cara; la informe ala del sombrero blanco le cubría toda la frente y parte de las gafas redondas.

—A las reinas hay que matarlas de hambre. Si se reduce al mínimo el número de las obreras que aprovisionan el hormiguero, las reinas se quedarán sin alimento. Y le digo que un día veremos salir a las reinas del hormiguero en pleno verano y arrastrarse por sus propias patas en busca de comida... Entonces será el fin para todas...

Cerró con furia la boca del saco y se levantó. Yo también me puse de pie.

—En cambio hay quien cree que soluciona algo ahuyentándolas —y lanzó una ojeada hacia la casa de los Reginaudo descubriendo los dientes de acero en una risa sarcástica— ...y hay quien prefiere engordarlas... Es otro sistema, ¿no?

Yo no había entendido la segunda alusión.

—¿Quién? —pregunté—. ¿Por qué las quieren engordar?

—¿No ha ido a verle el hombre de la hormiga?

¿De qué hombre hablaba?

—No sé —dije—, no creo...

—Irá a verle, puede estar tranquilo. Por lo general pasa los jueves, si no ha venido esta mañana vendrá por la tarde. ¡A dar un reconstituyente a las hormigas, ja, ja!

Sonreía para complacerlo, pero no tenía ganas de seguir nuevas pistas. Justamente porque había ido a verle a propósito, dije:

—Claro que un sistema mejor que el suyo es imposible... ¿le parece que podría probarlo en mi casa?...

—Tiene que decirme qué modelo prefiere —dijo Brauni y me llevó por el jardín para mostrarme otros inventos que yo no conocía todavía. No conseguía acostumbrarme a la idea de que para realizar una operación tan sencilla como aplastar una hormiga, hubiera que desplegar tanto arte y constancia pero comprendía que lo importante era hacerlo con método, sin interrupción, y eso me desalentaba porque me parecía que nadie podría igualar el terrible encarnizamiento de nuestro vecino.

—Quizás a nosotros nos vendría mejor alguno de los modelos más sencillos —dije, y Brauni resopló por la nariz, no sé si en señal de aprobación o de lástima por la modestia de mis ambiciones.

—Lo pensaré un poco —dijo—, le haré algunos esbozos.

No me quedaba más que darle las gracias y despedirme. Volví a saltar el seto; me parecía increíble no oír el crujido del pedregullo bajo los pies; mi casa, aun infestada como estaba, la sentía por primera vez mía de verdad, un lugar al que uno vuelve diciendo: por fin.

En casa el niño había comido insecticidas y mi mujer estaba desesperada.

—¡No tengas miedo, no son venenosos! —le dije en seguida.

Venenosos no, pero tampoco era bueno comerlos: nuestro hijo gritaba de dolor. Hubo que hacerlo vomitar, vomitó en la cocina que se llenó de nuevo de hormigas, y mi mujer acababa de limpiarla. Limpiamos el suelo, calmamos al niño, lo pusimos a dormir en la cesta que aislamos bien rodeándola de franjas de polvo insecticida, y cubriéndola con un mosquitero sujeto alrededor para que al despertarse no se levantara a comer otras porquerías.

Mi mujer había hecho la compra, pero no había conseguido salvar el cesto de las hormigas, y entonces hubo que lavar primero cada cosa, incluso las sardinas en aceite, el queso y sacar una por una las hormigas pegadas. Yo la ayudé, corté la leña, puse en funcionamiento

la cocina económica, el tiro de la chimenea, y ella limpiaba la verdura. Pero no había manera de estar quietos en un iugar; a cada instante ella o yo saltábamos y «¡Ay, que me pica!» teníamos que rascarnos y quitarnos las hormigas o meter los brazos y las piernas debajo del grifo. No sabíamos dónde poner la mesa: dentro de la casa atraeríamos otras hormigas, afuera nos cubrirían en seguida. Comimos de pie, moviéndonos, y todo sabía a hormiga, en parte por las que habían quedado en los alimentos, en parte porque teníamos las manos impregnadas de aquel olor.

Después de comer di una vuelta por el terreno fumando un cigarrillo. De la casa de los Riginaudo llegaba un tintineo de cubiertos: me asomé y los vi todavía sentados a la mesa, debajo de una sombrilla, lustrosos y tranquilos, con servilletas a cuadros anudadas al cuello, saboreando un budín de crema y vasitos de un vinillo claro. Les deseé buen provecho y me convidaron. Pero yo veía alrededor de la mesa los sacos y los bidones de insecticidas, y todo cubierto de velos de polvos amarillos o blancuzcos y de estrías bituminosas, y me llegaban a las narices sólo aquellos olores de sustancias químicas. Dije que les agradecía pero que no me sentía con apetito, y era cierto. La radio de los Reginaudo sonaba, baja, y ellos canturreaban en falsete fingiendo un brindis.

Desde la escalerilla a la que me había subido para saludarlos veía también una parte del jardín de Brauni; el capitán habría terminado ya de comer: salía de la casa con el platillo y la taza de café, bebiendo a sorbos, y echaba ojeadas en torno, seguramente para ver si sus numerosos tormentos funcionaban y si la agonía de las hormigas continuaba con la habitual regularidad. Colgada entre dos árboles vi una hamaca blanca y comprendí que la ocupaba la huesuda y desagradable señora Aglaura, pero sólo le veía una muñeca y la mano que agitaba un abanico de varillas. Las cuerdas de la hamaca colgaban de un sistema de extrañas anillas, que sin duda constituían en cierto modo una defensa contra las hormigas o tal vez la hamaca no era sino una nueva trampa para hormigas y la mujer del capitán servía de cebo.

No quise hablar con los Reginaudo de mi visita a la casa de los Brauni, porque ya sabía que la comentarían con la suficiencia irónica que era habitual en las comparaciones recíprocas de nuestros vecinos. Me giré a mirar el jardín de la señora Mauro más arriba, y su casa allá en lo alto, coronada por el gallo giratorio de una veleta.

—Quién sabe si la señora Mauro no tendrá también hormigas... —dije.

Se ve que la alegría de los señores Reginaudo era durante las comidas más moderada, hecha de risitas muy suaves, porque se limitaron a decir:

—Je, je, je... las tendrá ella también... Je, je, je... las tendrá ella también... Claro que las tendrá...

Mi mujer me llamó a casa porque quería poner el colchón sobre la mesa y echarse a dormir un poco. Con el jergón en el suelo no se podía impedir que las hormigas subieran, en cambio bastaba aislar las cuatro patas de la mesa y al menos durante un tiempo las hormigas no llegarían. Mi mujer se tendió a descansar, yo salí con la idea de buscar a algunas personas que tal vez supieran informarme de algún trabajo, pero en realidad tenía ganas de moverme y de pensar en otra cosa.

Pero en la calle, los lugares me parecían diferentes de ayer: en cada huerto, en cada casa adivinaba las filas de hormigas que subían por las paredes, cubrían los árboles frutales, movían las antenas hacia cualquier cosa azucarada o grasa; y mis ojos ahora prevenidos descubrían en seguida los trastos que las gentes sacaban delante de las casas para sacudirlos porque las hormigas los habían invadido, y el pulverizador con insecticida en la mano de una vieja, y el pía tito de veneno y, aguzando la vista, la fila que avanzaba imperturbable a lo largo de la cornisa.

Y sin embargo éste seguía siendo el lugar ideal del tío Augusto: ¿qué podían importarle a él las hormigas? Descargaba sacos para este patrón o para aquél, comía en las mesas de las rondas, por las noches recorría los lugares donde había alegría y acordeones, dormía donde fuera, en cualquier sitio fresco y blando.

Mientras andaba, trataba de imaginarme que yo era el tío Augusto, de moverme como él, en una tarde así, por esas calles. Claro, ser como el tío Augusto quería decir ante todo serlo físicamente: es decir bajo y retacón, con brazos como de mono que se abrían en gestos siempre desproporcionados y se quedaban en el aire, piernas cortas que tropezaban al volverse a mirar a una mujer y una vocecita que, cuando se excitaba, repetía furiosamente las palabrotas del dialecto local, desentonando con su acento de otra región. En él cuerpo y alma eran todo uno; y hubiera querido verme, con mi pesadez y mis preocupaciones imitando los gestos y las salidas del tío Augusto. Pero siempre podía imaginarme que era él: exclamar para mis adentros: «¡Jo, a pata suelta voy a dormir en ese pajar! ¡Jo, me voy a hinchar de morcilla y tintorro en la fonda!»; cuando veía pasar un gato, imaginar que le hacía una falsa caricia y le gritaba después: «¡Auuh!» para espantarlo; y a las camareras: «¡Je, je!, ¿necesita ayuda, señorita?». Pero no era un juego divertido: cuanto más veía lo fácil que era para el tío Augusto vivir allí, mejor comprendía que él era diferente y que nunca hubiera soportado mis preocupaciones: una casa por instalar, un trabajo permanente que había que encontrar, un niño medio enfermo y una mujer que no se ríe nunca, y la cama y la cocina llena de hormigas.

Entré en la fonda donde ya habíamos estado y pregunté a la mujer de la blusa blanca si no habían venido los hombres con los que había hablado el día anterior. Estaba oscuro y fresco, tal vez allí no hubiera hormigas; me senté a esperar a los otros, como me aconsejó la mujer, y le pregunté, fingiendo desenvoltura:

—¿No tienen hormigas, aquí?

La mujer pasaba un trapo por el mostrador:

—Aquí la gente va y viene, nadie las ha notado.

—¿Pero y usted, que vive siempre aquí?

Se encogió de hombros:

—¿Una gorda como yo va a tener miedo de las hormigas?

A mí ese aire de esconder las hormigas como si fueran una vergüenza me irritaba cada vez más, e insistí:

—¿Pero no ponen veneno?

—El mejor veneno para la hormiga —dijo uno sentado a otra mesa que, recordé, era uno de los amigos del tío Augusto con quien había hablado la primera noche— es éste —y alzó el vaso y lo bebió de un trago.

Llegaron también los otros y quisieron que bebiese con ellos ya que no habían podido darme indicaciones sobre algún trabajo. Se habló otra vez del tío Augusto y uno preguntó:

—¿Y qué hace allá ese gran vagabundo? —Empleó la palabra *lingera* que además de vagabundo quiere decir malandrín, y todos demostraron que aprobaban mucho la definición y que justamente lo apreciaban mucho por *lingera*. A mí me molestaba un poco esta fama atribuida a un hombre que en el fondo era respetuoso y modesto, aun en su manera desordenada de vivir. Pero quizás eso formaba parte de la actitud de jactancia, de exageración propia de esa gente, y confusamente se me ocurrió que se relacionaba con las hormigas, que fingir que los rodeaba un mundo movido, de aventuras, era una manera de aislarse de los inconvenientes menudos. En mi caso el obstáculo para adoptar esa actitud —pensaba mientras volvía a casa— era mi mujer, siempre enemiga de fantaseos. Y pensaba también cuánto había influido ella en mi vida, cómo era ya incapaz de emborracharme con palabras e ideas, porque en seguida se me presentaban su cara, su mirada, su presencia, que sin embargo me eran entrañables y necesarias.

Mi mujer salió a mi encuentro, con un aire un poco alarmado, y dijo:

—Oye, ha venido un aparejador.

Yo, que aún tenía en el oído el tono de superioridad de los fanfarrones de la fonda, dije casi sin escuchar:

—Eh, un aparejador, ahora, por un aparejador…

Y ella:

—Ha venido un aparejador a casa, a tomar medidas...

Yo no entendía y entré.

—Oh, ¿pero qué estás diciendo? ¡Si es el capitán!

Era el capitán que desenrollando un metro amarillo tomaba hedidas para instalar sus trampas en nuestra casa. Le presenté a mi mujer y le agradecí su prontitud.

—Quería echar un vistazo a las posibilidades del ambiente —dijo—-. Hay que hacerlo todo con criterios matemáticos —y midió inclusive la cesta donde dormía el niño, y lo despertó Al pequeño le asustó el metro amarillo tendido encima de su cuerpo, y se echó a llorar. Mi mujer quiso dormirlo de nuevo. El llanto del niño ponía nervioso al capitán, aunque yo tratase de distraerlo. Por suerte su mujer lo llamó y salió. La señora Aglaura asomada por encima del seto, le hacía gestos con los brazos flacos y blancos, y gritaba:

—¡Ven! ¡Sí, ven! ¡Hay alguien! ¡Sí, el hombre de la hormiga!

Con una mirada y una sonrisa de labios apretados llena de intención, se disculpó por tener que volver en seguida a su casa.

—Ya vendrá aquí también —dijo, señalando el punto donde debía de estar el misterioso «hombre de la hormiga»—, ya verá... —y se fue.

Yo no quería encontrarme frente a frente con el hombre de la hormiga sin saber bien quién era y qué venía a hacer. Fui hasta la escalerilla que daba al terreno de los Reginaudo; el vecino regresaba justo en ese momento; llevaba un traje blanco y el sombrero de paja y venía cargado de bolsitas y cajas. Le pregunté:

—Escúcheme: ¿el hombre de la hormiga ya pasó por la casa de ustedes?

—No sé —dijo Reginaudo—, vengo del pueblo, pero creo que sí porque veo melaza por todas partes. ¡Claudia!

La mujer se asomó y dijo:

—¡Sí, sí, pasará también por la casa de los Laureri, pero no crea que le servirá de algo!

Como si yo esperara algo. Pregunté:

—Pero a ese hombre, ¿quién lo manda?

—¿Y quién quiere que lo mande? —dijo Reginaudo—. Es el hombre enviado por el Ente por la Lucha contra la Hormiga Argentina, el empleado que viene a poner melaza en todos los jardines de las casas. Esos platitos, ¿los ve?

Y la mujer:

—Melaza envenenada... —y soltó una risita como si se las supiera todas.

—¿Y las mata?

Mis preguntas eran un juego agotador; ya lo sabía: cada tanto parecía que todo estuviera a punto de resolverse y después volcan a empezar las complicaciones.

El señor Reginaudo meneó la cabeza como si yo hubiera dicho algo inconveniente.

—Pero no... Veneno en dosis mínimas, naturalmente... Melaza azucarada, las hormigas se vuelven locas por la melaza. Las obreras vuelven al hormiguero, alimentan con esas pequeñísimas dosis de veneno a las reinas que tarde o temprano morirán envenenadas.

No quise preguntar si, tarde o temprano, se morían de veras. Comprendí que el señor Reginaudo informaba sobre ese procedimiento con el tono de quien, personalmente, sostiene una teoría distinta, pero siente el deber de referir objetivamente y con respeto la opinión oficial de la autoridad. Su esposa, en cambio, con la intolerancia propia de las mujeres, no tenía empacho en manifestar su aversión por el sistema de la melaza, y subrayaba el discurso del marido con risitas

malignas, con réplicas irónicas, actitud que a él en cierto modo debía de parecerle fuera de lugar o demasiado atrevido, porque trataba de hacerla callar y en todo caso de atenuar esa impresión de derrotismo, sin contradecirla del todo —tal vez porque en privado él también se expresaba así, y peor todavía—, sino tratando de darle pequeños ejemplos de ecuanimidad, como:

—Bueno, ahora estás exagerando, Claudia... Es cierto que muy eficaz no es, pero puede servir... Y además lo hacen gratuitamente... Hay que esperar unos años antes de juzgar...

—¿Unos años? Hará veinte que ponen esa cosa, y cada año hay más hormigas.

El señor Reginaudo, en vez de desmentirla, prefirió desviar la conversación hacia otros méritos del Ente, y me explicó el sistema de los cajones de estiércol que los hombres de la hormiga dejaban en los jardines para que las reinas pusieran los huevos y después pasaban a retirarlos y los quemaban. Comprendí que el tono del señor Reginaudo era el que convenía para explicar la cosa inclusive a mi mujer, suspicaz y pesimista por naturaleza, y una vez en casa le repetí las palabras del vecino, guardándome de elogiar el sistema por milagroso o en todo caso rápido, pero absteniéndome también de los irónicos comentarios de la señora Claudia. Elide es una de esas mujeres que, por ejemplo en el tren, creen que los horarios, la distribución de los vagones, los requerimientos de los revisores, son todas cosas insensatas y mal hechas, sin ninguna justificación posible, pero que las aceptan con fatigado rencor; de modo que consideró absurda e irrisoria esta historia de la melaza —yo no pude contradecirla—, pero se dispuso a recibir la visita del hombre de la hormiga —que se llamaba, según supe, señor Baudino—, sin incomodarlo con protestas o inútiles peticiones de ayuda.

El hombre entró en nuestro terreno sin pedir permiso y ya lo teníamos delante mientras hablábamos de él, lo que provocó una situación embarazosa. Era un hombrecito de unos cincuenta años, vestido con un traje negro raído y desteñido, una cara un poco de borrachín, el pelo todavía oscuro peinado con una raya infantil. Los párpados

entrecerrados, la sonrisa levemente untuosa, una pigmentación rojiza alrededor de los ojos y en las aletas de la nariz preanunciaban la entonación estridente de la voz, como de cura, con una fuerte cadencia dialectal. Un movimiento nervioso le hacía latir las arrugas en las comisuras de la boca y de la nariz.

Si describo al señor Baudino con tantos detalles, es para tratar de definir la extraña impresión que nos causó, en realidad, nada extraña, porque nos pareció que entre mil personas habríamos adivinado que el hombre de la hormiga era justamente él. Tenía manos gruesas y velludas: con una sostenía una especie de cafetera y con la otra una pila de platitos de terracota. Nos dijo que aplicaría la melaza y su voz traicionaba una indolente indiferencia burocrática: el modo mismo, blando y arrastrado, de pronunciar la palabra «melaza» bastaba para indicarnos con cuánta empedernida desconfianza y con cuánto desprecio por nuestras angustias cumplía este hombre su deber. Frente a él me di cuenta de que mi mujer era la que daba ejemplo de calma mostrándole los puntos por donde pasaban más hormigas. En realidad, sólo con verlo moverse tan vacilante para repetir los pocos gestos necesarios y llenar uno por uno los platitos vertiendo la melaza de la cafetera y posarlos sin volcarlos, yo perdía la paciencia. Observándolo comprendí por qué me había hecho a primera vista aquella impresión: se parecía a una hormiga. No sé decir por qué, pero era seguro que se parecía: tal vez fuese el color negro opaco de su silueta, tal vez las proporciones de su cuerpo pequeño y mal hecho, o el temblor de las comisuras de la boca que correspondía a la vibración continua de las antenas y las patitas de los insectos. Había sin embargo una característica de las hormigas que decididamente no tenía, y era la diligente prontitud que las mantiene siempre en movimiento; el señor Baudino se movía con lentitud y torpeza, y ahora con un pincelito impregnado de melaza nos embadurnaba la casa sin ton ni son.

Mientras yo seguía con creciente fastidio los movimientos del hombre, advertí que mi mujer no estaba conmigo; la busqué con la mirada y la vi en un ángulo del terreno donde el cerco de la casa de los Reginaudo se juntaba con el de los Brauni; asomadas a los respectivos cercos, la

señora Claudia y la señora Aglaura conspiraban, y mi mujer, en medio, las escuchaba. Me acerqué a ellas, pues el señor Baudino se ocupaba en ese momento del recoveco que había detrás de la casa, donde podía embadurnar lo que quisiera sin necesidad de vigilancia, y escuché el sermón de a señora Brauni que se acompañaba con secos gestos angulosos:

—¡Ese, a lo que viene es a dar el reconstituyente a las hormigas! ¡Qué va a ser veneno, es un reconstituyente! —Y la señora Reginaudo, apoyándola, en tono un poco melifluo:

—El día en que no hubiera más hormigas, ¿adónde irían los funcionarios del Ente? Entonces ¿qué quiere que hagan, estimada señora?

—¡Las engordan, eso es lo que hacen! —concluyó con ira la señora Aglaura.

Mi mujer —ya que los discursos de las dos vecinas le estaban dirigidos— escuchaba silenciosa, pero la manera en que dilataba las aletas de la nariz y apretaba los labios me indicaba que la rabia, el sufrimiento por el engaño que debía soportar la estaban devorando. Y también yo, debo decirlo, me inclinaba a creer que no eran puras habladurías de mujeres.

—¿Y los cajones de estiércol para los huevos? —continuaba la señora Reginaudo—. Se los llevan, pero ¿usted cree que los queman? ¡Vamos!

Se oyó:

—¡Claudia! ¡Claudia! —la voz del marido, a quien seguramente las exageraciones de su mujer lo tenían sobre ascuas. La señora Reginaudo nos dejó con un «Disculpen» en el que vibraba una nota de desprecio por el conformismo del marido, y del lado opuesto me pareció oír, como un eco, una especie de risotada sardónica, y vi por los senderos bien cubiertos de pedregullo al capitán Brauni que iba corrigiendo la inclinación de las trampas. A sus pies uno de los platitos de terracota que el señor Baudino acababa de llenar estaba volcado y

roto, seguramente de un puntapié, váyase a saber si distraído o deliberado.

No sé qué clase de ataque preparaba mi mujer contra el hombre de la hormiga mientras regresábamos a casa, pero es probable que yo no hubiera hecho nada para contenerla, más bien, llegado el caso, la habría apoyado. Un vistazo alrededor y dentro de la casa nos bastó para comprobar que el señor Baudino había desaparecido; ya al llegar creímos oír chirriar y cerrarse el portoncito. Habría salido justo en ese momento, sin saludar, dejando a su zaga aquellas huellas de melaza pegajosa y rojiza que despedían un desagradable olorcito dulzón, completamente distinto al de las hormigas pero que, no sabría decir cómo, tenía ver con él.

Como nuestro hijo dormía, pensamos que era el momento apropiado para subir a la casa de la señora Mauro. Teníamos que verla para pedirle las llaves de un cuartucho y también en cierto modo para hacerle una visita de cortesía. Pero nuestros verdaderos motivos para apresurar la visita eran la intención de transmitirle nuestra protesta por habernos alquilado una casa invadida por las hormigas sin habernos prevenido y, sobre todo, la curiosidad de ver cómo se defendía nuestra patrona de aquel flagelo.

La casa de la señora Mauro tenía un jardín más bien grande, en pendiente, con altas palmeras de amarillentas hojas en abanico. Un vial sinuoso conducía a un edificio rodeado de galerías vidriadas y tragaluces, y en lo alto del tejado un gallo oxidado giraba dificultosamente sobre su eje rechinando, en retraso con respecto a las hojas de las palmeras que se quejaban y murmuraban cada vez que se levantaba viento.

Mi mujer y yo subíamos por el vial y desde la balaustrada veíamos abajo la casita donde vivíamos, que todavía nos era tan poco familiar, y la maleza del terreno sin cultivar, y el jardincito de los Reginaudo que parecía el patio de un depósito, y el de los Brauni con su compostura como de cementerio, y en ese momento podíamos olvidar que eran lugares negros de hormigas, podíamos verlos como hubieran sido sin aquel tormento que no era posible evitar ni siquiera un

instante, a esa distancia podían parecer un paraíso, pero cuanto más los mirábamos desde arriba, mayor era la compasión que sentíamos por nuestra vida allí abajo, como si viviendo en aquel mezquino, ínfimo horizonte, no pudiéramos sino seguir luchando contra problemas ínfimos y mezquinos.

La señora Mauro era vieja, flaca y alta; nos recibió en una habitación en sombras, sentada en una silla de alto respaldo, junto a una mesita que se abría y contenía lo necesario para coser y escribir. Llevaba un vestido negro, con sólo un cuello blanco de hombre; tenía la cara flaca ligeramente empolvada y un peinado severo. Nos tendió en seguida la llave que el día antes nos había prometido, pero no nos preguntó si nos sentíamos a gusto en la casa, y esto —nos pareció— era señal de que esperaba nuestras quejas.

—Pero las hormigas que hay abajo, señora... —dijo mi mujer con un tono que esta vez hubiera preferido menos humilde y resignado. Aunque fuese dura y a menudo agresiva, a veces se dejaba dominar por la timidez y en esos momentos me contagiaba su malestar.

Para apoyarla y reforzando el tono resentido, dije:

—Usted nos ha alquilado una casa, señora, que, si hubiéramos sabido de antemano toda esta historia de las hormigas, se lo digo francamente... —y ahí corté, pensando que había sido bastante claro.

La señora ni siquiera alzó la mirada.

—La casa estuvo deshabitada durante mucho tiempo —dijo—. Es lógico que haya alguna hormiga argentina, las hay en todas partes... allí donde no se limpia bien. Usted —me dijo— me ha tenido colgada cuatro meses antes de darme respuesta. Si hubiera venido en seguida, ahora no habría hormigas.

Nosotros mirábamos la habitación casi a oscuras, con los cortinajes corridos y las persianas entornadas, las altas paredes revestidas de tapices antiguos, los oscuros muebles tallados, sobre los cuales, jarras y teteras de plata lanzaban breves centelleos, y nos parecía que aquella oscuridad, aquella pesada decoración, servían para esconder

la presencia de ríos de hormigas que seguramente recorrían la vieja casa desde los cimientos hasta el tejado.

—¿Por qué usted, aquí —dijo mi mujer en tono insinuante, casi irónico—, no tiene hormigas?

La señora Mauro apretó los labios:

—No —dijo, tajante. Y después, como comprendiendo que no podíamos creerle, explicó—: Aquí lo tenemos todo como un espejo. Apenas entra una hormiga del jardín y la vemos, tomamos las medidas del caso.

—¿Cuáles? —preguntamos en seguida a un tiempo mi mujer y yo, y ahora lo único que sentíamos era esperanza y curiosidad.

—Así —dijo la señora, encogiéndose de hombros—, las barremos fuera con la escoba.

En ese momento notamos en su expresión de estudiada impasibilidad, algo como la tensión de un dolor físico que, allí sentada, desplazaba vivamente su peso hacia un lado, arqueando la cintura. Si no fuera por el contraste con las afirmaciones que salían de su boca, hubiera jurado que una hormiga argentina, metida debajo de su ropa, la había picado; una o varias, que se paseaban por su cuerpo y la picaban, porque aunque se esforzara por no moverse de la silla, se veía claramente que no conseguía estar quieta y compuesta como antes, sino muy tensa, mientras se le dibujaba en la cara el gesto de un sufrimiento cada vez más agudo.

—Pero nosotros tenemos ese terreno negro de hormigas —dije rápidamente— y por limpia que mantengamos la casa, entrarán siempre a miles…

—Es lógico —dijo la señora, y su mano delgada apretaba el brazo del sillón—, es lógico, el terreno está sin cultivar, y en los lugares sin cultivo se crían millones de hormigas. Mi proyecto era limpiar el terreno hace cuatro meses. Usted me hizo esperar y ahora sufre las

consecuencias, y no sólo usted, sino todos, porque las hormigas se propagan...

—¿Se propagan también aquí, en su casa? —preguntó mi mujer casi sonriendo.

—¡Aquí no! —exclamó pálida la señora Mauro, y siempre con la diestra aferrada al brazo del sillón, con un pequeño movimiento rotatorio del hombro se frotaba el codo contra el costado.

A mí se me ocurría que la oscuridad, la decoración, la amplitud de las habitaciones y el carácter orgulloso eran las defensas que tenía aquella mujer contra las hormigas, las razones por las cuales era frente a ellas más fuerte que nosotros, pero que todo lo que veíamos alrededor, empezando por ella misma allí sentada, estaba roído por hormigas aún más implacables que las nuestras, casi una especie de termitas africanas que destruían todas las cosas dejando su envoltura, y que de aquella casa sólo quedaba la tapicería desteñida, el paño casi pulverizado de los cortinajes, todo a punto de hacerse pedazos delante de nuestros ojos.

—Justamente, nosotros veníamos a preguntarle si podía darnos algún consejo para librarnos de esta plaga... —dijo mi mujer, que había recobrado una actitud totalmente desenvuelta.

—Mantener la casa limpia y trabajar la tierra. No hay otro remedio. El trabajo: sólo el trabajo —y se puso de pie, y la decisión de despedirnos se añadió a una sacudida instintiva de su cuerpo, que ya no podía estar quieto. Se recompuso, y por su cara pálida pasó como una sombra de alivio.

Bajábamos por el jardín y mi mujer dijo:

—Esperemos que no se haya despertado.

Yo también estaba pensando en el niño. Lo oímos llorar aun antes de llegar a casa. Corrimos, lo alzamos en brazos, tratamos de calmarlo, pero seguía llorando fuerte, chillando. Le había entrado una hormiga en un oído: tardamos un poco antes de darnos cuenta, porque lloraba

desesperadamente y no nos daba a entender qué le pasaba. Mi mujer lo dijo en seguida:

—¡Tienen que haber sido las hormigas! —pero yo no entendía por qué seguía llorando así, cuando no le encontrábamos ninguna hormiga ni señas de picaduras o de irritación, y lo habíamos desnudado y mirado bien por todas partes.

Sin embargo, encontré algunas en la cesta; y pensar que creía haberla aislado bien, pero no habíamos reparado en las pinceladas de melaza del hombre-hormiga: el caso es que una de las torpes rayas trazadas por el señor Baudino parecía hecha a propósito para atraer a aquellos bichos y hacerlos subir hasta la cuna del niño.

El llanto del niño y los gritos de mi mujer atrajeron a las vecinas: la señora Reginaudo, que nos fue realmente útil y bastante amable, la señora Brauni que, hay que reconocerlo, hizo también todo lo que pudo por ayudarnos, y otras pobres mujeres que hasta entonces no habíamos visto. Todas se afanaban en dar consejos: verterle aceite en la oreja, mantenerle la boca abierta, sonarle la nariz y no sé cuántas cosas más. Gritaban y terminaban por ser más un estorbo que una ayuda, aunque al principio nos hubieran dado ánimo, y su manera de agitarse alrededor del niño servía sobre todo para acentuar el rencor general contra el hombre de la hormiga. Mi mujer había gritado a los cuatro vientos que él, Baudino, era el culpable; y las vecinas estaban de acuerdo en que aquel hombre merecía que le cantaran las cuarenta de una vez por todas, y que era él quien hacía todo lo posible para que la hormiga se desarrollara bien, a fin de no perder su empleo, y que era muy capaz de haberlo hecho a propósito, porque ya se sabe que estaba siempre del lado de la hormiga, y no del de los cristianos. Exageraciones, claro está, pero en aquella agitación, con el niño llorando, me uní a ellas yo también y, si hubiera tenido en ese mismo momento entre mis manos al señor Baudino, no sé qué le hubiera hecho.

La hormiguita salió con el aceite tibio; el niño, medio aturdido de tanto llorar, tomó un juguete de celuloide y lo agitó y chupó, decidido a olvidarnos. Yo sentía la misma necesidad que él: quedarme solo y

aflojar los nervios, pero entre las mujeres continuaba la diatriba contra Baudino, y decían a Elide que probablemente estaba allí cerca en un lugar donde tenía sus enseres, y Elide:

—Ah, yo voy allá, claro que sí, voy a darle su merecido.

Entonces se formó un pequeño cortejo, con Elide a la cabeza, yo naturalmente a su lado, aunque sin pronunciarme sobre la utilidad de la empresa, otras mujeres que incitaban a la mía, siguiéndola y por momentos adelantándosele para mostrarle el camino. La señora Claudia se ofreció a quedarse con el niño, y nos despidió desde la puerta; advertí después que la señora Aglaura tampoco venía con nosotros, y sin embargo se había manifestado como una de las enemigas más encarnizadas de Baudino, pero nos acompañaba un pequeño grupo de mujercitas desconocidas. Avanzábamos ahora por una especie de calle-patio, flanqueada de chabolas de madera, gallineros y huertos medio llenos de desperdicios. Algunas de aquellas mujeres, después de haber hablado tanto, al pasar por sus casas se detenían en el umbral nos indicaban con gran vehemencia dónde teníamos que ir y entraban llamando a los niños sucios que jugaban echados en el suelo, o iban a dar de comer a las gallinas. Sólo un par de mujeres nos siguieron hasta el local de Baudino, pero cuando, a los golpes de Elide, se abrió la puerta, resultó que entramos solos ella y yo, aunque sentíamos que nos seguían las miradas de las mujeres desde las ventanas o los gallineros, o que pasaban por allí delante barriendo, y era como si siguieran incitándonos, pero en voz muy baja y sin correr ningún riesgo.

El hombre de la hormiga estaba en el centro del cuchitril, una barraca semidestruida y, en uno de los tabiques que quedaban en pie, había pegado un cartel amarillento que decía con grandes caracteres: ENTE PARA LA LUCHA CONTRA LA HORMIGA ARGENTINA, y alrededor había pilas de platitos para la melaza, y cajas de tarritos de todo tipo, el conjunto en una especie de basural lleno de envoltorios de espinazos de pescado y otros desechos, tanto que en seguida se le antojaba a uno la idea de que aquélla era la gran fuente de todas las hormigas de la zona. El señor Baudino estaba frente a nosotros, con una irritante semisonrisa interrogativa que mostraba los huecos de su dentadura.

—¡Usted —lo agredió mi mujer, recobrándose tras un instante de vacilación—, debería avergonzarse! ¡Porque viene a casa y ensucia por todas partes y al niño la hormiga en la oreja se la hizo entrar usted, con su melaza!

Le acercaba las manos a la cara, y el señor Baudino, sin abandonar su deteriorada sonrisa, hacía movimientos de animal salvaje para reservarse una salida, y entretanto se encogía de hombros y echaba miradas y guiños a su alrededor —destinados a mí, porque no había nadie más a la vista— como diciendo: «Es tonta», pero su voz sólo enunciaba desmentidos blandos y generales, como:

—No..., no... Qué dice.

—¡Porque todos dicen que es usted el que, en vez de envenenar a las hormigas, les da un reconstituyente! —gritaba mi mujer, y él se deslizó por la pequeña puerta a la calle-patio, y mi mujer lo seguía, insultándolo.

Ahora, los encogimientos de hombros y las ojeadas del señor Baudino iban destinadas a las mujeres de las chabolas de alrededor, y me pareció que ellas hacían una especie de doble juego imperceptible, aceptando que él las tomara como testigos de que mi mujer decía tonterías, y cuando, en cambio, a quien miraban era a mi mujer, la incitaban con cabeceos enérgicos y con los movimientos de las escobas a seguir encarnizándose con el hombre de la hormiga. Yo no me metía, ¿y qué hubiera podido hacer? Desde luego, no iba a cargar yo también contra aquel hombrecito furtivo y ponerle las manos encima, ya bastante grande era la cólera de mi mujer contra él, y tampoco me parecía el caso de moderarla, porque no quería asumir la defensa de Baudino. Hasta que mi mujer, en un nuevo acceso de cólera, gritando:

—¡Usted le ha hecho daño a mi hijo! —le aferró por el cuello y le sacudió. Yo estaba por lanzarme a separarlos, pero él no la tocó, giró sobre sí mismo con movimientos cada vez más parecidos a los de las hormigas, hasta que consiguió escapar con torpes pasos rápidos y después se recompuso y se alejó, siempre encogiéndose de hombros y murmurando frases como:

—Pero qué cosa... Pero quién es... —y haciendo un gesto como para dar a entender: «Es tonta», siempre en dirección al público de las chabolas.

Público del cual, en el momento en que mi mujer se había abalanzado contra Baudino, se había alzado un rumor fuerte, aunque confuso, que se había acallado apenas el hombre se había liberado y que ahora se recomponía en las frases que le espetaban, frases no tanto de protesta y amenaza, sino más bien quejosas, casi pidiendo compasión, pero gritadas como si fueran orgullosas proclamaciones:

—A nosotros las hormigas nos comen vivos... Hormigas en la cama, hormigas en el plato, todos los días, todas las nocheees... Ya teníamos poco que comer y hemos de darles de comer a ellaaas...

Yo había tomado del brazo a mi mujer, que seguía sacudiéndose de vez en cuando y gritando:

—¡Pero esto no va a quedar así! ¡Sabemos quién nos hace el cuento! ¡Sabemos a quién tenemos que dar las gracias! —y otras frases amenazadoras que no tenían eco porque, a nuestro paso las ventanas y las puertas de las chabolas se cerraban y los habitantes reanudaban sus míseras vidas junto a las hormigas.

Fue pues un triste regreso, y era previsible. Pero lo que sobre todo me disgustaba era haber visto cómo se habían comportado aquellas mujeres. Y me dieron tanto fastidio los que andaban lloriqueando por las hormigas que nunca más volvería a hacerlo, y me venían ganas de encerrarme en un orgullo doloroso como el de la señora Mauro, pero ella era rica y nosotros pobres y no encontraba la vuelta, la manera de seguir viviendo en aquel lugar, y me parecía que ninguna de las personas que conocía y que hasta poco antes me habían parecido tan superiores la hubiera encontrado o estuviera por encontrarla.

Estábamos delante de la casa: el niño chupaba su juguete, mi mujer se había sentado en una silla, yo miraba el campo infestado, los setos, y una nube de polvo insecticida que subía del jardín del señor Reginaudo, y a la derecha la sombra silenciosa del jardín del capitán,

con el continuo goteo de las víctimas. Ese era el lugar donde yo tenía que vivir. Llamé a mi mujer y al niño y dije:

—Vamos a dar una vuelta, vamos hasta el mar.

Caía la tarde. Ibamos por viales y calles en escalera. El sol daba sobre un ángulo de la ciudad vieja, de piedra gris y porosa, con marcos pintados de cal rodeando las ventanas y los techos verdes de hierba. Tierra adentro, la ciudad se abría en abanico, se ondulaba en laderas de colinas, y de una a otra ladera el espacio estaba a esa hora lleno de aire límpido, color cobre. Nuestro hijo se volvía asombrado a mirar cada cosa y nosotros participábamos de su maravilla, y era una manera de acercarse nuevamente al suave sabor que tiene por momentos la vida y de aguerrirse para afrontar el paso de los días.

Nos cruzábamos con mujeres viejas que llevaban en equilibrio sobre la cabeza grandes cestas posadas en un cerquillo, caminando con el torso inmóvil y erguido sobre la cintura, los ojos bajos, y desde un jardín de monjas, un grupo de jóvenes costureras corrió hasta una balaustrada para ver un sapo en un estanque; dijeron: «¡Oh, qué angustia!», y detrás de una puerta, bajo una glicina, unas niñas vestidas de blanco, hacían jugar a un ciego con una pelota playera; y un muchacho medio desnudo y con barba, el pelo hasta los hombros, con una caña en forma de horqueta arrancaba higos de tuna de una vieja planta erizada de espinas blancas y largas; y los niños de una casa rica, tristes y gafudos, hacían pompas de jabón en una ventana; y era la hora en que llaman a los viejos de vuelta al asilo y subían por aquellas escaleras uno tras otro, con bastón y sombrero de paja, hablando cada uno para sí; y entonces de los dos obreros de la telefónica el que sujetaba la escalera dijo al que estaba a contraluz, a la altura de los cables:

—Baja, es la hora, terminaremos mañana.

Llegamos al puerto y allí estaba el mar. Había una fila de palmeras y bancos de piedra: mi mujer y yo nos sentamos, y el niño estaba tranquilo. Mi mujer dijo:

—Aquí no hay hormigas.

Yo dije:

—Y hace un fresco agradable: se está bien.

El mar subía y bajaba contra la escollera, moviendo las barcas de pesca que llaman *gozzi*, y hombres de piel oscura las llenaban de redes rojas y de nasas para la pesca nocturna. El agua estaba calma, con sólo un continuo cambio de colores, azul y negro, más oscura cuanto más lejana. Yo pensaba en las distancias de agua como ésa, en los infinitos granos de fina arena del fondo, allí donde la corriente deposita blancas conchas vacías, pulidas por las olas.

La nube de smog

En una de esas épocas en que no me importaba nada de nada, vine a establecerme a esta ciudad. Establecerme no es la palabra adecuada. La estabilidad no me interesaba; quería que a mi alrededor todo siguiera siendo fluido, provisional, y sólo así me parecía salvar mi estabilidad interna que por otra parte no hubiera sabido explicar en qué consistía. Por eso cuando, por una cadena de recomendaciones, me ofrecieron un puesto de redactor en la revista *La Purificación*, vine a buscar alojamiento.

Para alguien que acaba de bajar del tren, ya se sabe, la ciudad entera es una estación: uno da vueltas y vueltas por calles cada vez más deprimentes, entre garajes, depósitos de mercancías, cafés con mostrador de zinc, camiones que arrojan a la cara vaharadas pestilentes, y cambia continuamente de mano la maleta, siente los dedos hinchados, sucios, la ropa interior pringosa, nerviosismo, y en todo lo que ve hay nerviosismo, todo está hecho añicos. La habitación amueblada que me convenía la encontré justamente en una de esas calles; en las jambas del portal había dos racimos de tarjetas, pedazos de cajas de zapatos colgadas de cordeles con el anuncio de las habitaciones en alquiler escrito groseramente y el sello fiscal en un ángulo. Yo, que cada tanto me detenía para cambiar de mano la maleta, vi las tarjetas y entré. En cada escalera, en cada planta de aquel caserón había un par de habitaciones en alquiler; llamé en el primer piso de la escalera C.

Era una habitación cualquiera, un poco oscura porque daba al patio por una puerta ventana y se entraba por ella pasando por galería con una barandilla oxidada, de modo que era independiente del resto del piso, pero antes había que pasar por una serie de puertecitas cerradas con llave; la dueña, la señorita Margariti, era sorda, y temía con razón a los ladrones. No había cuarto de baño; el retrete estaba en la galería,

en una casilla de madera; en la habitación había un lavabo con agua corriente, sin instalación de agua caliente. Pero en fin, ¿qué andaba buscando? El alquiler me convenía, más aún, era el único posible, porque más no podía gastar y por menos no hubiera encontrado nada; y además, todo debía ser provisional y quería que esto quedase en claro también para mí mismo.

—Sí, sí, me la quedo —dije a la señorita Margariti que creyó que le había preguntado si la habitación era fría y me señaló la estufa. Yo ya lo había visto todo y quería dejar mi equipaje y salir. Pero antes me acerqué al lavabo y metí las manos bajo el grifo; tenía ganas de lavármelas desde que había llegado, pero apenas me las enjuagué porque me fastidiaba abrir la maleta para buscar el jabón.

—Oh, ¿por qué no me lo dijo? ¡Le traigo enseguida la toalla! —dijo la señorita Margariti; corrió y volvió con una toalla planchada que dejó sobre el respaldo de la silla.

Me eché también un poco de agua a la cara, para refrescarme; tenía la sensación molesta de no estar limpio; después me froté con la toalla. Por aquel gesto la dueña entendió perfectamente que tenía intención de quedarme con la habitación.

—¡Ah, se la queda, se la queda! Bueno, querrá cambiarse, deshacer la maleta, póngase cómodo, aquí está el perchero, deme su abrigo.

Me negué a quitarme el abrigo; quería salir enseguida. Sólo me preocupé de decirle que necesitaba un anaquel: me iba a llegar una caja de libros, la escasa biblioteca que había conseguido conservar en mi vida desquiciada. Traté de que la sorda me entendiera; por fin me llevó a sus habitaciones, delante de una pequeña *étagère* donde tenía su costurero, cajas de carreteles, ropas que arreglar y modelos de bordado; me dijo que la vaciaría y me la llevaría a mi cuarto. Salí.

La revista *La Purificación* era el órgano de un Ente donde yo debía presentarme para conocer mis obligaciones. Trabajo nuevo, ciudad diferente: de haber sido más joven o haber esperado más de la vida, me hubieran dado impulso y alegría; ahora no, sólo era capaz de ver la grisalla, la miseria de lo que me rodeaba y de meterme dentro, no tanto por resignación sino como si me gustara, porque me confirmaba

que la vida no podía ser diferente. Hasta las calles que debía recorrer las escogía así, las más secundarias y angostas y anónimas, aunque me hubiera sido fácil pasar por otras con escaparates y cafés elegantes; pero me desagradaba perder la expresión de las caras macilentas de los transeúntes, la mezquindad de los restaurantes baratos, el olor rancio de las tenduchas, y también ciertos ruidos de las calles estrechas: los tranvías, los frenazos de las camionetas, el crepitar de los pequeños talleres de soldadura en los patios; todo porque el deterioro y los chirridos de fuera me impedían dar demasiada importancia al deterioro y los chirridos que llevaba dentro.

No obstante, para llegar a aquella dirección tuve que entrar en cierto momento en una zona completamente distinta, señorial, llena de verdor, anticuada, poco frecuentada por vehículos en las calles secundarias, con avenidas y calles laterales lo bastante espaciosas como para que el tráfico circulara sin atascos ni estruendo. Era otoño; había algunos árboles de oro. La acera ya no bordeaba paredes de las casas sino verjas de las que arrancaban setos, arriates, senderos de guijarros rodeando inmuebles y grandes mansiones de ornada arquitectura. Advertía ahora un desconcierto distinto, porque ya no encontraba cosas en las que consiguiera reconocerme, como antes, o descifrar el futuro. (No es que creyera en las señales, pero para uno que es nervioso, en lugares nuevos todo lo que ve es siempre una señal).

Estaba pues un poco desorientado cuando entré en las oficinas del Ente, diferentes de lo que había imaginado, porque eran salones de una casa señorial, con espejos y consolas y chimeneas de mármol y tapices y alfombras (pero el mobiliario propiamente dicho era en cambio el habitual en las oficinas de comienzos de siglo, y la iluminación del tipo más moderno, con tubos de neón). En fin, ahora me molestaba haber elegido una habitación tan fea y oscura, y más aún cuando me hicieron pasar al despacho del presidente, el ingeniero Cordà, que me acogió enseguida con exagerada expansividad, tratándome de igual a igual, no sólo en cuanto a prestigio social y jerárquico (que era ya una posición difícil de mantener) sino sobre todo como su igual en competencia e interés por los problemas de los que se ocupaban el Ente y la revista *La Purificación*. Yo que, para ser

franco, creía que todo era una patraña de esas que se cuentan guiñando el ojo, y que había aceptado ese empleo con tal de tener uno, ahora debía representar el papel de quien en toda su vida no ha pensado en otra cosa.

El ingeniero Cordà era uno de esos cincuentones de aire juvenil y bigotes negros, es decir, de esa generación que a pesar de todo conserva un aire juvenil y los bigotes negros, personajes con los que nunca he tenido nada que ver. Todo en él, las palabras, el aspecto exterior —llevaba un traje gris impecable, una camisa de una blancura perfecta—, los gestos —movía una mano con el cigarrillo entre los dedos— respiraba eficiencia, facilidad, optimismo, despreocupación. Me mostró los números de *La Purificación* que habían salido hasta entonces, preparados por él (que era el director) y el jefe de prensa del Ente, el doctor Avandero (me lo presentó, uno de esos tipos que hablan como si lo que dicen estuviera escrito a máquina). Eran pocos números, bastante exiguos, y se veía que no estaban hechos por gente del oficio. Con lo poco que sabía sobre la fabricación de periódicos, encontré el modo de decirles —sin hacer críticas, desde luego— cómo lo haría yo, las modificaciones técnicas que introduciría. Adopté sin querer el mismo tono práctico, de seguridad acerca de los propios resultados; y advertí con satisfacción que nos entendíamos. Con satisfacción, porque cuanto más eficiente y optimista me mostraba más pensaba en aquella mísera habitación alquilada, en las calles deprimentes, en la impresión de ir oxidado y pegajoso que sentía, en el hecho de que no me importaba nada de nada y me parecía que el mío era un juego de manos, que estaba haciendo polvo, ante los ojos del ingeniero Cordà y del doctor Avandero, toda su eficiencia técnico-industrial, y ellos no se daban cuenta y Cordà asentía con gran entusiasmo.

—Perfecto, entonces usted, mañana sin falta, de acuerdo, y entretanto —me decía Cordà—, para que se ponga al día... —y quería darme las actas del último congreso para que las leyera—. Aquí están —me llevó delante de un anaquel, donde se ordenaban pilas de fotocopias de los informes—. ¿Ve? Tome éste, y este otro, ¿éste ya lo tiene? Cuente, a ver si están todos —y mientras hablaba tomaba las hojas; entonces vi que de ellas se levantaba una pequeña nube de polvo, y en la superficie

apenas tocada se dibujaba la huella de los dedos. El ingeniero, al levantar las hojas, trataba de sacudirlas ligeramente, pero apenas, como si no quisiera admitir que estaban llenas de polvo, y las soplaba suavemente. Procuraba no apoyar los dedos en la primera página de cada informe, pero le bastaba rozarla con el borde de una uña para que se dibujara una viborita blanca en lo que ahora parecía un fondo gris, cubierto de un delgadísimo velo de polvo. Pero se ve que los dedos le quedaban igualmente sucios, e intentaba limpiárselos doblándolos sobre la palma y moviendo las puntas, con el resultado de que se llenaba de polvo toda la mano. Entonces bajaba instintivamente las manos a los costados de los pantalones de franela gris, y se detenía justo a tiempo, volvía a levantarlas y estábamos así los dos, moviendo los dedos y pasándonos aquellos informes, tomándolos apenas por el borde como si fueran hojas de ortiga, y entretanto seguíamos sonriendo, sonriendo de acuerdo, complacidos, diciendo: «¡Oh, sí, un congreso interesante! ¡Oh, sí, un buen trabajo!», pero yo me daba cuenta de que el ingeniero se sentía cada vez más nervioso e inseguro, y no lograba sostener mi mirada triunfante, mi mirada triunfante y desesperada, porque todo era efectivamente como yo pensaba.

Tardaba en dormirme. A la habitación, aparentemente tranquila, llegaban de noche sonidos que aprendí a descifrar poco a poco. Se oía a veces subir una voz deformada por un altavoz que lanzaba breves anuncios incomprensibles; si ya me había dormido, me despertaba creyendo que estaba en un tren porque el timbre y la cadencia eran como los de los altavoces de las estaciones, tal como afloran de noche en el duermevela del viajero. Aguzando el oído, conseguía distinguir las palabras. «Dos raviolis con salsa», decían. «Un bistec a la plancha… Una costilla…». La habitación estaba sobre la cocina de la cervecería Urbano Rattazzi, que servía comidas calientes aun después de medianoche: desde el mostrador los camareros transmitían los pedidos a los cocineros escandiéndolos por un micrófono interno, articulando las palabras. Un confuso vocerío subía a menudo de la cervecería y a veces un coro entonado por algún grupo. Pero era un buen local, un poco caro, que no frecuentaba un público vulgar: era rara la noche en que un borracho armaba un escándalo y derribaba las mesas cubiertas de vasos. Desde la cama los ruidos de los que

estaban despiertos llegaban debilitados, sin brío ni color, como a través de la niebla; la voz en el altavoz: «Una porción de patatas fritas… ¿Vienen esos raviolis?», era de una tristeza nasal y resignada.

Hacia las dos y media la cervecería Urbano Rattazzi bajaba las cortinas metálicas; los camareros, levantadas las solapas de los abrigos sobre las chaquetas tirolesas del uniforme, salían por la puerta de la cocina y atravesaban el patio charlando. A eso de las tres, un estruendo metálico invadía el patio: los pinches arrastraban fuera los pesados bidones de cerveza vacíos, inclinándolos sobre el borde para hacerlos girar a golpes; después los enjuagaban. Eran gentes, estos pinches, que como les pagaban por hora, se la tomaban con calma y trabajaban sin prisa, silbando y dando fuertes sacudones a las barricas de zinc durante un par de horas. Hacia las seis llegaba el camión de la cerveza que traía los bidones llenos y se llevaba los vacíos; pero en la sala de la cervecería ya habían empezado los ruidos de las lustradoras que pulían los suelos para una nueva jornada.

En los momentos de silencio, en plena noche, al otro lado, en las habitaciones de la señorita Margariti, estallaba en la oscuridad un parloteo ininterrumpido, mezclado de risitas, de preguntas y respuestas, todas dichas por una sola voz femenina en falsete; la sorda no distinguía el acto de pensar del de hablar en voz alta y a cualquier hora del día y aun al despertarse en mitad de la noche, cada vez que se dejaba arrastrar por un pensamiento, un recuerdo o un remordimiento, empezaba a hablar sola, modulando las réplicas de diálogos entre diversos interlocutores. Por suerte esos soliloquios, dada la excitación, eran incomprensibles, y sin embargo uno se sentía incómodo como si participara de indiscretas intimidades.

De día, cuando entraba en la cocina a pedirle un poco de agua caliente para afeitarme (si llamaba a la puerta no me oía y tenía que entrar en su campo visual para que advirtiera mi presencia), me ocurría sorprenderla hablando delante del espejo con sonrisas y gestos, o sentada en una silla, mirando al vacío, contándose una historia; entonces se recomponía rápidamente y decía: «¡Uy!, hablaba con el gato», o bien: «Disculpe, no lo había visto: estaba rezando» (era muy

devota), pero las más de las veces no se daba cuenta de que la había escuchado.

Que muchos de sus discursos estaban destinados al gato era cierto. Conseguía hablarle durante horas, y algunas noches la oía haciendo «pss… pss… gatito, gatito, gatito» en la ventana, esperando que regresara de sus andanzas por balcones, tejados y terrazas. Era un gato escuálido y salvaje, con un pelo negruzco que cada vez que volvía a casa era gris, como si absorbiera todo el polvo y el hollín del barrio. Apenas me veía desde lejos escapaba y se escondía debajo de un mueble, como si lo hubiera por lo menos golpeado, yo que ni siquiera lo miraba. Pero debía de entrar en mi cuarto cuando yo no estaba: la camisa blanca lavada que la dueña acomodaba sobre el mármol de la cómoda la encontraba siempre con las huellas de hollín de sus patas en el cuello y en la pechera. Yo protestaba pero me interrumpía enseguida porque la sorda no me oía, e iba a ponerle el desastre bajo las narices. Ella decía cuánto lo lamentaba, buscaba al gato para castigarlo; me explicaba que seguramente al entrar en mi cuarto con la camisa, el gato la había seguido sin que ella lo advirtiera, y se había quedado encerrado y desahogado la rabia de no poder salir saltando sobre la cómoda.

Yo tenía solamente tres camisas y las daba a lavar continuamente pues —no sé si porque mi vida no estaba todavía bien organizada, o porque había que poner orden en la oficina— al cabo de unas horas ya estaban sucias. De modo que muchas veces tenía que ir a trabajar con las huellas del gato en el cuello de la camisa.

A veces encontraba las huellas también en la almohada. Habría quedado encerrado después de seguir a la señorita Margariti que por las noches iba a abrirme la cama.

No era de sorprender que el gato estuviera tan sucio: bastaba apoyar una mano en la barandilla de la galería para sacarla rayada de negro. Cada vez que volvía a casa, de sólo usar las llaves de cuatro cerraduras o candados y meter después los dedos entre los listones de la persiana para abrir y volver a cerrar la puerta ventana, me ensuciaba las manos, así que entraba con ellas en alto para no dejar huellas e iba de inmediato al lavabo.

Con las manos lavadas y secas me sentía enseguida mejor, como si hubiera recuperado su uso, y empezaba a tocar y desplazar los pocos objetos que me rodeaban. La señorita Margariti, debo decirlo, mantenía la habitación bastante limpia: el polvo, quitarlo lo quitaba todos los días, pero a veces, al apoyar las manos en ciertos lugares donde ella no llegaba (era muy baja y corta de brazos) las sacaba aterciopeladas de polvo y tenía que volver a lavarme enseguida.

El problema más grave eran los libros: los había ordenado en la *étagère* y eran lo único que me daba la impresión de que aquello fuera mi casa; la oficina me dejaba tiempo libre y de buena gana hubiera pasado algunas horas en mi cuarto leyendo. Pero ya se sabe el polvo que absorben los libros; elegía uno en el anaquel, pero antes de abrirlo tenía que frotarlo con un trapo todo alrededor, en el lomo, y después sacudirlo bien: se levantaba una polvareda. Entonces volvía a lavarme las manos y me echaba sobre la cama a leer. Pero al hojear el libro, es inútil, sentía en los dedos aquel velo cada vez más suave y espeso que me echaba a perder el placer de la lectura. Me levantaba, volvía al lavabo, me enjuagaba las manos otra vez, pero ahora sentía el polvo también en la camisa, en el traje. Hubiera querido ponerme a leer de nuevo, pero tenía ya las manos limpias y me desagradaba ensuciármelas otra vez. Entonces decidía salir.

Naturalmente, todas las operaciones de la salida: la persiana, la barandilla, las cerraduras, me dejaban las manos peor que antes, pero ahora tenía que aguantármelas hasta llegar a la oficina. En la oficina, apenas entraba corría al lavabo, pero la toalla estaba negra de huellas; al secármelas se me ensuciaban de nuevo.

Los primeros días de trabajo en el Ente los dediqué a poner en orden mi escritorio. La mesa que me habían asignado estaba en realidad cargada de cosas: papel, correspondencia, carpetas, viejos periódicos; en una palabra, hasta ese momento la mesa se había utilizado para depositar lo que no servía, lo que no tenía un lugar preciso. Mi primer impulso había sido despejarla; después comprendí que era material necesario para la revista y otras cosas que seguramente tenían cierto interés y que me prometí examinarlo con más calma. En una palabra, terminé por no sacar nada de encima, y en cambio añadí muchas

cosas, pero no en desorden, al contrario, trataba de tener todo ordenado. Claro que los papeles que estaban desde antes se habían llenado de polvo que pasaba a los nuevos. Además yo, muy celoso de mi orden, había dado instrucciones a la mujer de la limpieza para que no tocara nada, y así es como se iba depositando día a día el polvo en los papeles, especialmente en el material de escritorio, papel de cartas, sobres con membrete, etcétera, que al cabo de unos pocos días parecían viejos y sucios y daba asco tocarlos.

De los cajones, para qué hablar; ¡era lo mismo! En ellos se estratificaban cartapacios polvorientos de decenios anteriores que testimoniaban la larga carrera de aquel escritorio a través de diferentes despachos públicos y privados. En aquella mesa, hiciera lo que hiciese, al cabo de pocos minutos sentía la necesidad de lavarme las manos.

En cambio mi colega, el doctor Avandero, tenía las manos —unas manos pequeñas y delicadas pero dotadas de cierta dureza nerviosa— siempre limpias, muy cuidadas, con las uñas lustradas, pulcras y uniformemente puntiagudas.

—Disculpe —traté de preguntarle—, pero ¿no le parece que al cabo de un rato aquí, las manos, no sé, ha visto cómo se ensucian?

—Probablemente —contestó Avandero con su aire siempre contrito—, habrá tocado algún objeto o un dosier al que no le han quitado el polvo. Si me permite que le dé un consejo, es conveniente tener el escritorio siempre vacío.

En realidad, la mesa de Avandero estaba despejada, limpia, brillante, con sólo el asunto que despachaba en ese momento y el bolígrafo que usaba.

—Es una costumbre —añadió— en la que el presidente insiste mucho.

A decir verdad el ingeniero Cordà me lo había dicho también a mí: el ejecutivo que tiene su escritorio completamente limpio es el que no deja dormir los asuntos, el que enseguida los encamina hacia su solución. Pero Cordà no estaba nunca en la oficina, y cuando venía se quedaba un cuarto de hora, pedía que le llevaran las grandes planillas

de gráficos y de estadísticas, daba instrucciones veloces y generales a sus subordinados, distribuía entre unos y otros las diferentes tareas sin preocuparse del grado de dificultad de cada una, dictaba rápidamente algunas cartas a la estenógrafa, firmaba la correspondencia que salía enseguida, y se iba.

Avandero no, Avandero estaba en la oficina mañana y tarde, parecía trabajar muchísimo y dar muchísimo trabajo a las estenógrafas y a las dactilógrafas, pero conseguía no tener nunca ni un trozo de papel en su escritorio más de diez minutos. A mí esta historia me costaba tragarla; empecé a vigilarlo y me di cuenta de que los papeles que apenas se detenían en su mesa iban enseguida a acumularse en otra parte. Una vez lo sorprendí en momentos en que, no sabiendo qué hacer con unas cartas que tenía en la mano, se acercaba a mi escritorio (yo había salido un momento a lavarme las manos) y las dejaba allí, escondiéndolas debajo de una carpeta. Y después, rápidamente, sacaba el pañuelo del bolsillo superior de la chaqueta, se quitaba el polvo de los dedos e iba a sentarse en su lugar, donde el bolígrafo descansaba paralelo al margen de una página inmaculada.

Yo podía entrar de golpe y hacerlo quedar mal. Pero me bastaba haber visto, me bastaba saber que las cosas eran así.

Como entraba en mi habitación por la galería, el resto del departamento de la señorita Margariti era para mí tierra incógnita. La señorita vivía sola, alquilaba dos habitaciones que daban al patio, la mía y otra contigua, de cuyo ocupante sólo conocía el paso pesado por la noche, tarde, y temprano por la mañana (supe que era un suboficial de policía, durante el día no se lo veía nunca). El resto del departamento, que debía de ser más bien amplio, era todo para ella.

A veces tenía que ir a buscarla porque la llamaban por teléfono: ella no oía el timbre y terminaba por ir yo a responder; en cambio con el auricular pegado a la oreja oía bastante y las largas telefoneadas con las amigas de la congregación de la parroquia eran su distracción.

—¡El teléfono, señorita Margariti! ¡La llaman por teléfono! —gritaba en vano por el departamento y golpeaba las puertas también en vano. Así

pude comprobar que había una serie de estancias, salas, comedores llenos de un mobiliario pasado de moda y pretencioso: lámparas y bibelots y cuadritos y estatuillas y calendarios, y todo estaba en orden, limpio, encerado, con encajes blancos en los sillones, sin una pizca de polvo.

En el fondo de una de esas habitaciones descubría por fin a la señorita Margariti dedicada a lustrar el parquet o a frotar los muebles, vestida con una bata desteñida y un pañuelo en la cabeza. Le indicaba el teléfono con gestos violentos; la sorda corría y comenzaba una de sus charlas interminables, con inflexiones que no se diferenciaban de las de sus conversaciones con el gato.

Yo volvía a mi habitación y al ver la repisa del lavabo o la lámpara con un dedo de polvo me acometía un gran arrebato de ira: aquella mujer se pasaba el día lustrando como espejos sus habitaciones y en la mía no era capaz siquiera de pasar un trapo. Iba a buscarla decidido a hacerle una escena con gestos y muecas; y la encontraba en la cocina, y la cocina estaba todavía en peor estado que mi habitación: el hule de la mesa raído y manchado, tazas sucias en el plano del aparador, las baldosas sueltas y ennegrecidas. Y me quedaba sin palabras, porque comprendía que la cocina era el único lugar de toda la casa donde aquella mujer vivía realmente, y el resto, las habitaciones decoradas y continuamente desempolvadas y enceradas eran una especie de obra de arte en la que ella volcaba todos sus sueños de belleza, y para cultivar la perfección de aquellas habitaciones se condenaba a no vivir en ellas, a no entrar jamás como dueña sino sólo como fregona, y el resto del día lo pasaba entre la grasa y el polvo.

La Purificación era una publicación quincenal que tenía por subtítulo «del Aire, por Eliminación del Humo, las Exhalaciones Químicas y los Productos de la Combustión». Era el órgano del EPAUCI, «Ente para la Purificación de la Atmósfera Urbana de los Centros Industriales». El EPAUCI estaba vinculado a asociaciones correspondientes de otros países, que mandaban sus boletines y sus folletos. A menudo se celebraban congresos internacionales, sobre todo acerca del grave problema del smog.

Yo no me había ocupado nunca de este tipo de cuestiones pero sabía que hacer una publicación especializada no es tan difícil como parece. Se siguen las revistas extranjeras, se traducen ciertos artículos; con eso y abonándose a una agencia de recortes de prensa se prepara rápidamente una sección de informaciones; después están los dos o tres colaboradores técnicos que nunca dejan de mandar su articulito; el Ente por su parte, a poco que funcione, siempre tiene algún comunicado o algún orden del día para componer en negritas; y está el avisador que ruega se publique como artículo la descripción de alguna nueva patente de invención. Además, cuando hay un congreso, se le puede dedicar por lo menos un número entero, del principio al fin, y todavía sobran cierta cantidad de informes y reseñas que pueden seguir apareciendo en los números sucesivos, cuando tienes tres o cuatro columnas que no sabes cómo llenar.

El artículo de fondo correspondía en principio al presidente. Pero el ingeniero Cordà, siempre muy ocupado (era miembro del directorio de una serie de industrias, y al Ente sólo podía dedicarle el poco tiempo que le sobraba), empezó a pedirme que lo redactara yo, sobre conceptos que me explicó con energía y claridad. Le sometería mi texto a su regreso. Cordà viajaba con frecuencia, sus empresas estaban desparramadas por todas partes; pero entre tantas actividades, la presidencia del EPAUCI, meramente honorífica, era la que, me dijo, le daba más satisfacción, «porque», explicó, «es una batalla por ideales».

En cambio yo ideales no los tenía ni quería tenerlos; lo único que quería era prepararle un artículo como a él le gustaba para conservar aquel empleo, ni mejor ni peor que otro, y continuar aquella vida, ni mejor ni peor que todas las otras vidas posibles. Las tesis de Cordà las conocía («Si todos siguieran nuestro ejemplo, la pureza de la atmósfera ya sería…») y sus fórmulas preferidas («Nosotros no somos utopistas, entendámonos, somos gentes prácticas que…») y escribiría como él quería, palabra por palabra. ¿Y qué había de escribir si no? ¿Mis propias ideas? ¡Hubieran dado un buen artículo, lo juro! ¡Una espléndida visión optimista de un mundo funcional y productivo! Pero me bastaba invertir mi estado de ánimo (cosa que no me costaba porque era como empecinarme contra mí mismo) para dar el impulso necesario a un artículo de fondo inspirado por el presidente.

«Estamos ya en vísperas de dar una solución a los problemas de las escorias volátiles», escribía, «solución cuyo seguro cumplimiento será más rápido», y veía ya la cara complacida del ingeniero, «si al impulso siempre enérgico que la Iniciativa Privada da a la Técnica se añade la esclarecida comprensión», al llegar a este punto el ingeniero alzaría una mano, para subrayar mi texto, «de los órganos del Estado, ya tan dispuestos...».

Leí este pasaje en voz alta al doctor Avandero. Las pequeñas manos bien cuidadas posadas sobre una página blanca en el centro del escritorio, Avandero me miraba con su habitual cortesía inexpresiva.

—¿No le parece bien? —le pregunté.

—Todo lo contrario, todo lo contrario... —se apresuró a decir.

—Escuche el final: «Contra las profecías más catastróficas acerca de la civilización industrial, reafirmamos que no habrá (por otra parte en la práctica jamás ha habido) contradicción entre una economía en libre y natural expansión y la higiene necesaria al organismo humano» —cada tanto miraba a Avandero, pero él no alzaba los ojos de la página blanca—, «entre el humo de nuestras activas chimeneas y el azul y el verde de nuestras incomparables bellezas naturales...». Bueno, ¿qué le parece?

Avandero se quedó mirándome un momento con sus ojos inexpresivos y los labios apretados.

—Sí, efectivamente, su artículo expresa muy bien, digámoslo así, la esencia última del fin que nuestro Ente se propone alcanzar con todas sus fuerzas.

—Hum... —gruñí. Debo confesar que de un tipo ceremonioso como mi colega me esperaba una aprobación menos retorcida.

Presenté el artículo al ingeniero Cordà, cuando llegó un par de días después. Lo leyó con atención en mi presencia. Terminó de leer, puso en orden las páginas, parecía que empezaba a leerlas otra vez desde el principio, pero dijo:

—Bien. —Otra pausa y después—: Usted es joven. —Se anticipó a una objeción que yo no pensaba hacerle—: No, no es una crítica, déjeme

explicarle. Usted es joven, tiene fe, ve lejos. Pero permítame decirle, la situación es seria, sí, más seria de lo que su artículo deja prever. Hablemos de hombre a hombre: el peligro de contaminación del aire de las grandes ciudades es serio, tenemos los análisis, la situación es grave. Justamente porque es grave estamos aquí, para resolverla. Si no la resolvemos, también nuestras ciudades se ahogarán en el smog.

Se había puesto de pie y caminaba de un extremo a otro de la habitación.

—No nos ocultemos las dificultades. No seamos como los otros, justamente en los ambientes que más deberían preocuparse y en cambio, no les importa un bledo. O peor: no hacen más que cortarnos las alas.

Se plantó frente a mí, bajó la voz:

—Como usted es joven tal vez cree que todos están de acuerdo con nosotros. Pero no es así. Somos pocos. Atacados por unos y otros. Así es. Por unos y por otros… Y sin embargo no bajamos las armas. Hablamos en voz alta. Actuamos. Resolvemos el problema. Esto es lo que quisiera leer en su artículo, ¿me entiende?

Había entendido perfectamente. El empecinamiento en fingir opiniones opuestas a las mías me había llevado demasiado lejos, pero ahora sabría graduar el artículo a la perfección. Tenía que presentarlo nuevamente al ingeniero tres días más tarde. Lo reescribí de punta a cabo. Dediqué dos tercios a trazar un cuadro sombrío de las ciudades de Europa devoradas por el smog, un tercio en cambio a contraponer la imagen de una ciudad ejemplar, la nuestra, pulcra, rica en oxígeno, donde una concentración racional de las instancias productivas no iba separada… etcétera.

Para concentrarme mejor, escribí el artículo en casa, tendido en la cama. Un rayo de sol que bajaba en diagonal por el pozo del patio entraba por los vidrios y lo veía atravesar en el aire de la habitación una miríada de motas impalpables. El cubrecama debía de estar impregnado; un poco más y me pareció que quedaría cubierto de una capa negruzca, como los listones de las persianas, como el pasamanos de la galería.

Al doctor Avandero el nuevo texto, cuando se lo di a leer, me parece que no le desagradó.

—Ese contraste entre la situación de nuestra ciudad y la de las otras —dijo—, que habrá trazado siguiendo sin duda las instrucciones del presidente, está muy logrado, de veras.

—No, no, no me lo dijo el ingeniero, fue idea mía —repuse, un poco fastidiado, a pesar mío, de que mi colega no me creyese capaz de ninguna iniciativa.

En cambio la reacción de Cordà no me la esperaba. Dejó el manuscrito sobre la mesa y sacudió la cabeza.

—No nos hemos entendido, no nos hemos entendido —dijo enseguida. Comenzó a darme cifras de la producción industrial de la ciudad, de las cantidades de carbón, de gasolina que se quemaban diariamente, de la circulación de los motores a explosión. Después pasó a los datos meteorológicos y comparó rápidamente unos y otros con los de las principales ciudades europeas del norte—. La nuestra es una ciudad industrial grande y brumosa, ¿me comprende? Por lo tanto, también nosotros tenemos smog, no hay menos smog aquí que en otras partes. Es imposible afirmar, como tratan de hacerlo otras ciudades rivales de nuestro país, que aquí hay menos smog. ¡Esto puede escribirlo bien claro en el artículo, debe escribirlo! ¡Estamos en una de las ciudades donde las condiciones atmosféricas son más graves, pero al mismo tiempo donde más se hace para ponerse a la altura de la situación! Al mismo tiempo, ¿me entiende?

Entendía, y entendía también que nunca podríamos entendernos. Aquellas fachadas de casas ennegrecidas, aquellos vidrios opacos, aquellos antepechos de ventanas donde no era posible apoyarse, aquellos rostros humanos casi borrados, aquella calígine que con el avance del otoño perdía su aroma húmedo de intemperie y se convertía en algo como una cualidad de los objetos, como si cada ser y cada cosa fuera teniendo día a día menos forma, menos sentido y valor, todo aquello que para mí era la esencia de una miseria general, para los hombres como él debía de ser signo de riqueza, supremacía y potencia, y al mismo tiempo de peligro, destrucción y tragedia, un modo de

sentirse investido de una grandeza heroica por el hecho de estar allí, alerta.

Rehíce por tercera vez el artículo. Finalmente estaba bien. Sólo en el final («Nos encontramos, pues, frente a un problema terrible para el destino de la sociedad. ¿Lo resolveremos?»), encontró algo que criticar.

—¿No será demasiado dubitativo? —preguntó—. ¿No será desmoralizador?

Lo más simple era suprimir la interrogación: «Lo resolveremos». Así, sin signos de exclamación: una tranquila seguridad.

—Pero ¿no parecerá demasiado pacífico? ¿Un problema de gestión corriente?

Convinimos en repetir la frase. Una vez con interrogación y otra sin ella. «¿Lo resolveremos? Lo resolveremos».

¿Pero no era esto aplazar la solución a un futuro indeterminado? Intentamos ponerlo todo en presente. «¿Lo resolvemos? Lo resolvemos». Pero no sonaba bien.

Ya se sabe cómo es cuando se escribe algo, uno empieza por cambiar una coma y hay que cambiar una palabra, después la construcción de una frase y después todo se va al demonio. Discutimos media hora. Propuse poner la pregunta y la respuesta en tiempos diferentes: «¿Lo resolveremos? Lo estamos resolviendo». El presidente quedó entusiasmado y desde aquel día su confianza en mis aptitudes no flaqueó nunca.

Una noche me despertó el teléfono. Era el campanilleo prolongado de las llamadas interurbanas. Encendí la luz: eran casi las tres. Antes ya de decidir levantarme, de correr al pasillo, atrapar el receptor en la oscuridad, y aun antes, al primer sobresalto en el sueño, yo sabía que era Claudia.

Su voz brotaba del receptor y parecía venir de otro planeta, y yo con los ojos apenas abiertos tenía una sensación como de centelleos, de manchas luminosas, que no eran sino las modulaciones de su voz

incontenible, esa agitación dramática que siempre ponía en todo lo que decía y que ahora me alcanzaba allí, en el fondo del sórdido pasillo de la señorita Margariti. Comprendí que nunca había dudado de que Claudia me encontraría; más aún: comprendí que no había esperado otra cosa en todo ese tiempo.

No se le ocurría siquiera preguntarme qué había sido de mí hasta ese momento, cómo había ido a parar allí, y ni siquiera me explicó cómo había dado conmigo. Tenía un sinfín de cosas que contarme, cosas sumamente detalladas y sin embargo vagas, como le sucedía siempre, y que ocurrían en ambientes desconocidos e impracticables para mí.

—Te necesito, enseguida, inmediatamente. Ven con el primer tren…

—Pero es que tengo un empleo… El Ente…

—Ah, por qué no ves al director… Dile…

—Pero no, sabes, soy solamente…

—Querido, vienes enseguida, ¿no es cierto?

¿Cómo decirle que le hablaba desde un lugar lleno de polvo, que los listones de la persiana estaban cubiertos de una negra costra arenosa, que en los cuellos de mis camisas había huellas de patas de gato, y que aquél era el único mundo posible para mí, el único mundo posible en el mundo, y que el suyo, su mundo, sólo por una ilusión óptica podía parecerme existente? Ni siquiera me hubiese escuchado, estaba demasiado acostumbrada a verlo todo desde arriba y era natural que se le escaparan las circunstancias mezquinas de que estaba tejida mi vida. Todas sus relaciones conmigo ¿qué eran sino fruto de su distracción superior, gracias a la cual nunca había conseguido darse cuenta de que yo era un modesto periodista de provincia, sin porvenir y sin ambiciones, y seguía tratándome como si formara parte de la alta sociedad de nobles, ricachos y artistas en que siempre se había movido y en la cual, por un azar, como sucede en las playas, yo le había sido presentado un verano? No quería darse cuenta porque hubiera sido reconocer que se había equivocado, de modo que seguía atribuyéndome dotes, autoridad y gustos que yo estaba muy lejos de poseer, pero en el fondo quien pudiera ser realmente yo era una

cuestión de detalle, y ella no quería ser desmentida por una cuestión de detalle.

Ahora su voz se ponía tierna, afectuosa: era el momento que yo aunque sin confesármelo— esperaba, porque sólo en el abandono amoroso todo lo que nos hacía diferentes desaparecía y quedábamos solamente nosotros dos y no importaba quiénes fuésemos. Apenas habíamos empezado a cambiar palabras de amor, cuando a mis espaldas se encendió la luz detrás de una puerta de vidrios y se oyó una tos cavernosa. Era la puerta del otro inquilino, el suboficial de policía, ahí mismo, pegado al teléfono. Instantáneamente bajé la voz, reanudé la frase interrumpida, pero ahora que sabía que él me escuchaba, una natural reserva me hacía moderar las expresiones amorosas hasta reducirme a un murmullo de frases neutras y apenas inteligibles. La luz en la habitación contigua se apagó, pero desde el otro extremo del hilo empezaron las protestas:

—¿Qué dices? ¡Habla más fuerte! ¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

—Es que no estoy solo…

—¿Cómo? ¿Con quién estás?

—No, aquí, sabes, despierto a los otros inquilinos, es tarde…

Ahora estaba furiosa, no eran explicaciones lo que quería, lo que quería era una reacción mía, una señal de pasión por mi parte, algo que anulara la distancia que nos separaba. Pero mis respuestas se habían vuelto cautas, quejumbrosas, conciliadoras.

—Pero Claudia, no te pongas así, te lo aseguro, te lo ruego, Claudia, yo… —En la habitación del suboficial volvió a encenderse la luz. Mi discurso de amor se convirtió en un susurro, los labios aplastados contra el teléfono.

En el patio los pinches de cocina hacían rodar las barricas de cerveza. Desde la oscuridad de sus habitaciones la señorita Margariti inició un parloteo interrumpido por breves estallidos de risa, como si tuviera visitas. El inquilino lanzó una maldición meridional. Yo estaba descalzo en las baldosas del pasillo y desde la otra punta del hilo la

voz apasionada de Claudia me tendía las manos y yo trataba de salir a su encuentro con mis tartamudeos, pero cada vez que estábamos por crear un puente entre los dos, el puente se hacía añicos al cabo de un momento, y el choque de las cosas trituraba y desmentía una por una todas las palabras de amor.

Desde aquella vez, el teléfono empezó a sonar a las horas más dispares del día y de la noche, y la voz de Claudia irrumpía fiera y discordante en el angosto pasillo, con el salto ciego de un leopardo que sin saberlo cae en una trampa y, como no lo sabe, con otro impulso, así como ha caído, encuentra la manera de escapar: y no se ha dado cuenta de nada. Y yo, entre sufrimiento y amor y alegría y crueldad, la veía mezclarse con este escenario de fealdad y desolación, el altavoz de la cervecería Urbano Rattazzi que escandía: «Una sopa de capeletis», los platos sucios en el fregadero de la señorita Margariti, y me parecía que en adelante todo esto tenía también que dejar una marca en su imagen. Pero no, corría a lo largo del hilo, intacta, sin advertir nada, y cada vez yo me quedaba solo con el vacío de su ausencia.

A veces Claudia se mostraba alegre, despreocupada, reía, decía cosas incoherentes tomándome el pelo, y yo terminaba por participar de su alegría, pero entonces el patio, el polvo, me entristecían más porque había caído en la tentación de pensar que la vida podía ser diferente. Otras, en cambio, Claudia era presa de una ansiedad febril y esa ansiedad se sumaba al aspecto de los lugares que yo habitaba, a mi trabajo de redactor de *La Purificación*, y no conseguía liberarme de ella, vivía esperando una nueva telefoneada más dramática todavía que me despertara en el corazón de la noche, y cuando su voz me llegaba inesperadamente distinta, alborozada o lánguida, como si no recordase siquiera la angustia de la noche anterior, yo, en vez de sentirme liberado, me sentía perdido, desamparado.

—¿Pero he oído bien? ¿Me hablas desde Taormina?

—¡Sí, estoy aquí con unos amigos, es tan maravilloso, ven enseguida, coge un avión!

Claudia telefoneaba cada vez de una ciudad diferente, y siempre, estuviera sumida en la angustia o en la alegría de vivir, exigía que fuera a verla de inmediato para compartir con ella ese estado. En cada caso yo me empeñaba en una explicación minuciosa acerca del por qué me era absolutamente imposible hacer un viaje, pero no podía seguir porque Claudia, sin escucharme, ya había dado otro giro a la conversación, habitualmente una requisitoria contra mí, cuando no un elogio imprevisible por alguna expresión que sin pensarlo había empleado y que a ella le parecía abominable o encantadora.

Cuando terminaba el tiempo de la última comunicación y la telefonista diurna de la central o los empleados del servicio nocturno anunciaban: «Vamos a cortar», Claudia lanzaba un: «¿A qué hora llegas, entonces?», como si todo estuviera decidido, y yo contestaba farfullando y terminábamos por aplazar los últimos arreglos hasta otra llamada que haría yo o me haría ella. Estaba seguro de que entretanto Claudia habría cambiado todos sus programas y que volvería a plantearme la urgencia de mi viaje, sí, pero en condiciones diferentes que justificarían nuevos aplazamientos; y sin embargo me quedaba una especie de remordimiento, porque mi imposibilidad de partir no era tan absoluta, porque podía, por ejemplo, pedir un anticipo sobre el sueldo del mes siguiente y un permiso para faltar tres o cuatro días con cualquier excusa, y en estas dudas me reconcomía.

La señorita Margariti no oía nada. Si al cruzar el pasillo me veía junto al teléfono, me saludaba con una inclinación de cabeza, ignorante de las tempestades que me agitaban. El otro inquilino no. Desde su habitación oía todo y estaba obligado a aplicar su intuición de policía a cada uno de mis sobresaltos. Por suerte no estaba casi nunca en casa, con lo cual algunas telefoneadas mías lograban ser verdaderamente francas, desenvueltas, y por poco que la actitud de Claudia me lo consintiera, conseguíamos entrar en un clima de correspondencia amorosa en el que cada palabra adquiría un calor, una intimidad, una resonancia interior. En cambio otras veces parecía muy bien dispuesta y yo, bloqueado, contestaba sólo con monosílabos, con frases reticentes y evasivas; el suboficial estaba allí, a un metro de distancia, detrás de la puerta; una vez la entreabrió, asomó la cara negra y bigotuda, me miró fijo. Era, debo decirlo, un hombrecito que

en otras circunstancias no me hubiera causado impresión alguna, pero allí, en plena noche, vernos por primera vez cara a cara, en aquella pensión de mala muerte, yo pidiendo y recibiendo comunicaciones de amor interurbanas que duraban media hora, él que terminaba su servicio, los dos en pijama, la verdad es que nos odiamos.

En las conversaciones de Claudia entraban a menudo nombres ilustres, la gente que ella frecuentaba. Yo, en primer lugar, no conozco a nadie; en segundo lugar, detesto llamar la atención; de modo que si realmente tenía que contestarle trataba de no pronunciar nombres, de usar perífrasis, y ella no entendía por qué y se ponía furiosa. De la política siempre me he mantenido alejado, justamente porque nunca me ha gustado hacerme notar; además ahora dependía de un servicio paraestatal y me había fijado como norma no saber nada ni de unos ni de otros: y Claudia, una noche, no sé qué le pasa por la cabeza, va y me pregunta sobre ciertos diputados. Tenía que darle una respuesta cualquiera, allí mismo, con el suboficial detrás de la puerta.

—El primero que me has dicho, claro, el primero…

—¿Quién? ¿A quién te refieres?

—Ése, sí, el más gordo, no, más bajo…

En una palabra, yo la quería. Y era desdichado. ¿Pero cómo podía entender ella mi desdicha? Están los que se condenan a la grisalla de la vida más mediocre porque han sufrido un dolor, una desgracia; pero están también los que lo hacen porque han tenido más suerte de la que se sentían capaces de soportar.

Tomaba mis comidas en pequeños restaurantes de precio fijo, que en esta ciudad están en manos de familias toscanas, todos son parientes, y las camareras son todas muchachas de un pueblo que se llama Altopascio, y pasan aquí su juventud, pero siempre pensando en Altopascio, y no se mezclan con el resto de la ciudad y por la noche salen con muchachos siempre de Altopascio, que trabajan en las cocinas de los restaurantes o en talleres mecánicos, pero siempre

cerca de los restaurantes, como si fueran suburbios del pueblo natal, y estas chicas y estos muchachos se casan y algunos vuelven a Altopascio, otros se quedan aquí a trabajar en los restaurantes de los parientes y los paisanos, ahorrando para poder abrir un día un restaurante por cuenta propia.

Las gentes que comen en estos restaurantes ya se sabe quiénes son: aparte de los clientes de paso, que cambian todo el tiempo, los habituales son empleados solteros, algunas empleadas solteronas y algún estudiante y militar. Al cabo de un tiempo estos parroquianos se conocían todos y charlaban de una mesa a otra, y en cierto momento se formaban mesas comunes con gentes que al principio no se conocían y que terminaban por adquirir la costumbre de comer siempre juntos.

Con las jóvenes camareras toscanas todos bromeaban, bromas amables, desde luego, preguntaban por los novios, se retrucaban, y cuando no había nada de qué hablar empezaban con la televisión, decían quién era simpático y quién antipático entre los que habían visto últimamente en los programas.

Yo no, nunca decía nada aparte del menú, por lo demás, siempre el mismo, espaguetis con mantequilla, carne cocida con verduras, porque hacía dieta, y ni siquiera llamaba a las chicas por sus nombres, aunque también los supiera, pero prefería decir siempre «Señorita» para no crear una impresión de familiaridad: en aquel restaurante yo estaba por casualidad, era un cliente ocasional, quizá seguiría yendo todos los días quién sabe por cuánto tiempo, pero quería sentirme como si estuviera de paso, alguien que hoy está aquí y mañana allá, si no me ponía nervioso.

No es que me resultaran antipáticos, todo lo contrario: tanto el personal como los parroquianos eran buenas gentes, simpáticos, y también me gustaba sentir a mi alrededor aquella atmósfera cordial, más aún, si no hubiera existido, tal vez me hubiera faltado algo, pero prefería estar presente sin participar. Evitaba conversar con los otros clientes e incluso saludar porque esas relaciones, ya se sabe, empezarlas es fácil, pero después uno queda atado; alguien dice: «¿Qué se hace esta noche?» y así terminan todos juntos mirando la

televisión, en el cine, y desde esa noche estás preso en compañía de una gente que no te importa nada, y tienes que contar tus cosas y escuchar las de los otros.

Trataba de sentarme a una mesita solo, abría el periódico de la mañana o de la noche (lo compraba al ir a la oficina y echaba una ojeada a los títulos, pero para leerlo esperaba a llegar al restaurante) y me ponía a estudiarlo de cabo a rabo. El periódico también me era muy útil cuando no encontraba mesa y estaba obligado a sentarme a una donde ya había alguien; me hundía en la lectura y nadie me decía nada. Pero trataba siempre de tener una mesa para mí solo y para eso retrasaba todo lo que podía la hora de las comidas, con el fin de llegar cuando la mayoría de los clientes ya se habían marchado.

El inconveniente eran las migas. Muchas veces me tocaba sentarme a una mesa llena de migas que un cliente dejaba en ese mismo momento, de modo que trataba de no mirarla hasta que venía la camarera a llevarse platos y vasos sucios, a barrer todos los restos y poner el cubremantel. Pero a veces la camarera andaba demasiado rápido y entre el mantel y la protección quedaban migas de pan, y eso me entristecía.

Lo mejor para el almuerzo, por ejemplo, era estudiar la hora en que las camareras, convencidas de que no llegarán otros clientes, limpian perfectamente y preparan las mesas para la noche; después toda la familia: dueños, camareras, cocineros, pinches, tienden una gran mesa y se sientan por fin a comer. En ese momento yo entraba, decía:

—Oh, tal vez es demasiado tarde, ¿ya no se puede comer?

—Pero cómo no. ¡Instálese donde quiera! Lisa, ocúpate de servir al señor.

Me sentaba a una de aquellas mesitas bien limpias, un cocinero volvía a la cocina, yo leía el periódico, comía con calma, escuchaba a los de la mesa grande, que reían y bromeaban y contaban historias de Altopascio. Entre uno y otro plato tenía que esperar a veces un cuarto de hora porque las jóvenes camareras estaban sentadas comiendo y charlando, y terminaba por decidirme y decir:

—Señorita, una naranja…

Y ellos:

—¡Enseguida! ¡Anna, ve tú! ¡O Lisa! —Pero a mí me venía bien así, estaba contento.

Terminaba de comer, de leer el periódico, salía con él arrollado en la mano, volvía a casa, subía a mi cuarto, arrojaba el periódico sobre la cama, me lavaba las manos. La señorita Margariti espiaba el momento en que yo entraba y volvía a salir porque apenas estaba fuera iba a mi habitación a buscar el periódico. Como no se atrevía a pedírmelo, se lo llevaba a escondidas y a escondidas volvía a dejarlo sobre la cama antes de que yo regresara. Era como si se avergonzase de una curiosidad un poco frívola; en realidad leía una sola cosa: las necrológicas.

Una vez que al entrar la encontré con el periódico en la mano, se avergonzó mucho y sintió la necesidad de justificarse.

—De vez en cuando lo cojo para mirar los muertos, sabe, discúlpeme, porque a veces entre los muertos hay conocidos…

Con esa idea de retardar la hora de las comidas, las tardes, por ejemplo, en que iba al cine, me retrasaba, salía de ver el film con la cabeza un poco pesada, y alrededor de los carteles luminosos se espesaba una oscuridad generalmente de neblina otoñal que despojaba de dimensiones a la ciudad. Miraba la hora, me decía que tal vez en los pequeños restaurantes ya no me servirían, o bien me había apartado de mi horario habitual y no conseguía volver a él, y entonces decidía tomar una comida ligera en el mostrador de la cervecería Urbano Rattazzi, allí, debajo de mi casa.

Entrar de la calle al local no era sólo pasar de la oscuridad a la luz: la consistencia del mundo cambiaba, afuera deshecho, indefinido, tenue, y aquí lleno de formas sólidas, de volúmenes con un espesor, un peso, superficies de colores brillantes, el rojo de un jamón que alguien cortaba en el mostrador, el verde de las chaquetas tirolesas de los camareros, el oro de la cerveza. Estaba lleno de gente y yo, que en la

calle me había acostumbrado a considerar a los transeúntes como sombras sin cara y a mí mismo como una sombra sin cara entre otras muchas, redescubría allí de pronto una selva de rostros masculinos y femeninos, coloreados como frutas, cada uno diferente de los demás y todos desconocidos. Por un instante esperaba conservar mi invisibilidad de fantasma, después me daba cuenta de que me había convertido en alguien como ellos, una imagen tan precisa que hasta los espejos la reflejaban con todos los pelos de la barba que había crecido desde la mañana, y no había reparo posible, hasta el humo de todos los cigarrillos encendidos en el local que subía denso al cielo raso era una cosa en sí, con su contorno y su espesor y no modificaba la sustancia de las otras cosas.

Me abría paso hasta el mostrador siempre muy concurrido, de espaldas a la sala llena de risotadas y de palabras que se levantaban de cada mesa, y apenas se liberaba un taburete me sentaba, tratando de que el camarero me viera y me pusiera delante el cartón cuadrado y sobre él un gran bock de cerveza y la lista de platos. Me costaba conseguir que me sirvieran en la Urbano Rattazzi que yo vigilaba noche tras noche, que seguía hora por hora, actividad por actividad, y el murmullo en el que se perdía mi voz era el que oía cada noche pasando por encima de las barandillas de hierro oxidado.

—Ñoquis con mantequilla, por favor —decía, y finalmente el camarero del mostrador me oía y se arrimaba al micrófono para articular:

—¡Una de ñoquis con mantequilla! —Y yo pensaba en el grito cadencioso que salía del altavoz de la cocina, y me parecía estar al mismo tiempo allí en el mostrador y acostado arriba en mi cuarto, y las palabras que se cruzaban confundidas entre los grupos de gentes alegres que bebían y comían y el tintineo de los vasos y los cubiertos trataba de desmenuzarlos y atenuarlos en mi cabeza hasta reconocer el ruido de todas mis noches.

Por transparencia, entre las líneas y los colores de esa parte del mundo, iba distinguiendo el aspecto de su reverso, el único que creía habitar. Pero tal vez el verdadero reverso era éste, iluminado y lleno de ojos abiertos, mientras que el único lado que contaba en todo sentido era el de la sombra, y la cervecería Urbano Rattazzi sólo existía

para que se pudiera oír aquella voz deformada en la oscuridad: «¡Una de ñoquis con mantequilla!» y el estruendo metálico de los bidones, para que la neblina de la calle quedara interrumpida por el halo del cartel, por el marco de los vidrios empañados en los que se dibujaban confusas siluetas humanas.

Una mañana me interrumpió una telefoneada de Claudia, pero no era una llamada interurbana: estaba en la ciudad, en la estación, acababa de llegar y me llamaba porque al bajar del coche cama había perdido una de las tantas maletas de su equipaje.

Llegué a tiempo para verla salir de la estación, a la cabeza de un séquito de maleteros. De la agitación que me había transmitido en su telefoneada de pocos minutos antes, nada quedaba en su sonrisa. Era una mujer muy guapa y elegante; cada vez que la veía me quedaba pasmado, como si hubiera olvidado cómo era. Ahora se declaraba repentinamente entusiasmada por esta ciudad y alababa mi idea de haber venido a vivir en ella. El día era de plomo; Claudia elogiaba la luz, los colores de las calles.

Tomó una suite en un gran hotel. Para mí entrar en el *hall*, hablar con el portero, hacerme anunciar por teléfono, seguir al *groom* hasta el ascensor, eran causas de incomodidad y timidez constantes. Me conmovía mucho que Claudia, por ciertos asuntos suyos pero tal vez en realidad para verme, hubiera venido a pasar unos días, me conmovía y me perturbaba porque se me abría un abismo entre su modo de vivir y el mío.

Sin embargo, conseguí arreglármelas lo mejor posible aquella mañana agitada y hacer una escapada a la oficina y obtener un anticipo sobre el próximo sueldo para hacer frente a los días excepcionales que se anunciaban. Estaba el problema de escoger los lugares donde la llevaría a comer: era poco experto en restaurantes de lujo o en locales típicos. Para empezar, pensé en llevarla a la colina.

Tomé un taxi. Me di cuenta de que en aquella ciudad en la que no había nadie que, a partir de cierto sueldo, no tuviera coche (lo tenía inclusive mi colega Avandero), yo no lo tenía y de todos modos no

sabría siquiera conducirlo. La cosa nunca me había importado nada, pero ahora frente a Claudia me avergonzaba. Y en cambio Claudia encontraba todo natural porque —decía— en mis manos un coche hubiera sido un desastre seguro; con gran despecho por mi parte, hacía gala de menospreciar todas mis aptitudes prácticas y de basar su consideración por mí en otras dotes, aunque no se sabía bien cuáles.

Así que tomamos un taxi; me tocó un coche desvencijado, conducido por un viejo. Yo trataba de caricaturizar esos aspectos incoherentes, de chatarra, que inevitablemente adquiría la vida a mi alrededor, pero a ella no le hacía sufrir la fealdad del taxi, como si esas cosas no pudieran tocarla, y yo no sabía si sentirme aliviado o abandonarme más que nunca a mi destino.

Se subía por la verde colina que como una espaldera rodea la ciudad por el este. El día se había aclarado. La luz del otoño era dorada y hasta los colores de la campiña viraban al oro. En el taxi abracé a Claudia; si me abandonaba al amor que ella sentía por mí, tal vez se me abriera aquella vida verde y oro que corría en confusas imágenes (para abrazarla me había quitado las gafas) a los lados de la carretera.

Antes de ir al restaurante ordené al viejo chófer que nos llevara a un lugar, más arriba, desde donde se dominaba el panorama. Bajamos del coche. Claudia, con un gran sombrero negro, giró sobre sí misma haciendo volar los pliegues de la falda. Yo saltaba de aquí para allá, mostrándole el punto del cielo donde asomaba la cresta blanquecina de los Alpes (daba al azar los nombres de las montañas, que no era capaz de reconocer) y de este lado el relieve movido y discontinuo de la colina con pueblos y caminos y ríos, y abajo la ciudad como una red de minúsculas escamas opacas o brillantes meticulosamente alineadas. Me embargaba una sensación de amplitud, no sé si por el sombrero y la falda de Claudia, o por la vista. El aire, a pesar de ser otoñal, era bastante límpido y despejado, aunque atravesado por condensaciones de las más variadas especies: niebla espesa en la base de las montañas, jirones de bruma sobre los ríos, cadenas de nubes que el viento agitaba al azar. Estábamos allí asomados al pretil, yo ciñéndole la cintura, mirando los múltiples aspectos del paisaje, presa

de pronto de una necesidad de analizar, descontento de mí mismo porque no disponía de una nomenclatura suficiente de los lugares y los fenómenos naturales, ella en cambio dispuesta a transformar las sensaciones en bruscas mudanzas de humor, en expansiones, en frases sin ton ni son. Entonces fue cuando vi la cosa. Tomé a Claudia por la muñeca, se la apreté:

—¡Mira! ¡Mira allá abajo!

—¿Qué?

—¡Abajo! ¡Mira! ¡Se mueve!

—¿Pero qué, qué estás viendo?

¿Cómo decírselo? De las otras nubes o nieblas, que según cómo se condense la humedad en las capas frías del aire son grises o azuladas o blanquecinas o bien negras, ésta no era tan diferente de no ser por el color indefinido, no sé si tirando al marrón o al bituminoso, o mejor: por una sombra de ese color que parecía espesarse más tan pronto en los bordes tan pronto en el medio, y era, en una palabra, una sombra de mugre que la ensuciaba toda y —también en esto era diferente de las otras nubes— cambiaba su consistencia, porque era pesada, no se despegaba bien de la tierra, de la superficie moteada de la ciudad sobre la cual se deslizaba lentamente, borrándola poco a poco de un lado y cubriéndola del otro, pero dejando detrás una huella como de filamentos un poco sucios, que no terminaba nunca.

—¡El smog! —grité—. ¿Ves aquello? ¡Es una nube de smog!

Pero Claudia, sin escucharme, estaba absorbida por algo que había visto volar, una bandada de pájaros, y yo seguía allí asomado mirando por primera vez desde fuera la nube que me rodeaba todo el tiempo, la nube en la que vivía y que vivía en mí, y sabía que de todo el variado mundo que me rodeaba sólo ella me importaba.

Esa noche llevé a Claudia a cenar a la cervecería Urbano Rattazzi, porque entre los restaurantes de precio fijo no conocía ningún otro y temía acabar en algún sitio demasiado caro. Entrar en la cervecería con una mujer como Claudia lo cambiaba todo: los camareros de chaqueta tirolesa se movilizaban, nos daban una buena mesa,

acercaban los carritos con las especialidades de la casa. Yo trataba de adoptar una actitud de caballero desenvuelto pero al mismo tiempo sentía que reconocían en mí al inquilino de la habitación que daba al patio, el parroquiano de las comidas rápidas en el mostrador. Eso hizo que estuviera torpe, insulso en la conversación, y Claudia se enfadó enseguida conmigo. Empezamos a discutir en voz baja; nuestras voces quedaban sumergidas por el estruendo de la cervecería, pero nos clavaban los ojos no sólo los camareros atentos al menor gesto de Claudia, sino también los clientes, intrigados por esa mujer bellísima, elegante y segura de sí misma, en compañía de un hombre tan insignificante. Y advertí que las etapas de la discusión eran seguidas por todos, en particular porque Claudia, en su indiferencia por la gente que la rodeaba, no se preocupaba de disimular su humor. Yo tenía la impresión de que todos esperaban el momento en que Claudia enfurecida se levantaría y me dejaría plantado allí, solo, para convertirme de nuevo en el hombre anónimo que siempre había sido, que pasa inadvertido como una mancha de humedad en la pared.

En cambio, como de costumbre, a la disputa siguió un intenso entendimiento amoroso; estábamos terminando de cenar y Claudia, sabiendo que vivía cerca, dijo:

—Subo contigo.

Yo la había llevado a la Urbano Rattazzi porque era el único lugar de ese tipo que conocía, no porque estuviera cerca de mi casa; más aún, me sentía como sobre ascuas a la sola idea de que ella pudiera imaginar la casa donde vivía con sólo echar un vistazo al portal, y confiaba sobre todo en su distracción.

Pero no, quiso subir. Exageré la sordidez del lugar para dar a la aventura un carácter totalmente grotesco. En cambio ella, mientras subía y recorría la galería, sólo advertía lo bueno, la arquitectura antigua y no carente de nobleza del edificio, la funcionalidad de la distribución de los departamentos viejos. Entramos y ella:

—¿Qué estás diciendo? ¡Si es una habitación espléndida! ¿Pero qué más quieres?

Aun antes de ayudarla a quitarse el abrigo, fui enseguida al lavabo porque como de costumbre me había ensuciado las manos. Ella no, daba vueltas con las manos flotando como plumas entre los muebles polvorientos.

La habitación quedó invadida en un instante por aquellos objetos tan extraños: el sombrero con velito, los zorros, el vestido de terciopelo, la combinación de organza, los zapatos de raso, las medias de seda; yo trataba de meter cada cosa en el armario, en los cajones, porque si los dejaba allí me parecía que se cubrirían enseguida de marcas fuliginosas.

Claudia se había tendido con su blanco cuerpo sobre la cama, aquella cama de la que sacudiéndola se hubiera levantado una nube de polvo, y estiró una mano hacia el anaquel, tomó un libro. «¡Cuidado, está lleno de polvo!». Pero ya lo había abierto, lo hojeaba y después lo dejaba caer. Yo miraba su pecho todavía de muchacha, sus pezones rosados y erguidos, y me angustió la idea del polvo que habría entre las páginas del libro, y acerqué las manos con un gesto que parecía una caricia pero que era el deseo de quitarle el poco polvo que le hubiera caído.

Pero su piel era lisa, fresca, intacta; y yo que en el cono de luz de la lámpara veía una lluvia de minúsculas partículas que lentamente se depositarían también sobre el cuerpo de Claudia, me eché encima de ella en un abrazo que era sobre todo el deseo de cubrirla, de protegerla, de cargar yo con todo el polvo para que ella se salvara.

Después de la partida de Claudia (un poco decepcionada y aburrida de mi compañía, a pesar de su imperturbable obstinación en proyectar en el prójimo una luz que era sólo suya), me metí en el trabajo de redacción con redoblado ardor, en parte porque la visita de Claudia me había hecho perder varías horas de oficina y estaba retrasado en la preparación del número, en parte para no pensar en ella, y en parte también porque el tema del quincenario *La Purificación* no me resultaba tan ajeno como al principio. Me faltaba todavía el artículo de fondo, pero esta vez el ingeniero Cordà no me había dejado

instrucciones. «¡Hágalo a su manera, pero que le salga bien!». Empecé a escribir una de las monsergas habituales pero poco a poco, de una palabra a otra, resultó una descripción de la nube de smog tal como la había visto frotándose sobre la ciudad, y de la vida tal como se desarrollaba dentro de la nube, y las fachadas de las casas antiguas, llenas de salientes, de huecos donde se espesaba un depósito negro, y las fachadas de las casas modernas, lisas, monocromas, cuadradas, sobre las cuales se extendían poco a poco esfumadas sombras oscuras, como en los cuellos blancos de las camisas de los empleados de oficina, que no duraban limpias medio día. Y escribí que sí, que aún había quien vivía fuera de la nube de smog, y que quizá habría siempre quien pudiera atravesar la nube y detenerse en su centro mismo y salir sin que la más mínima sospecha de humo o mota de carbón tocara su persona, turbara su ritmo diferente, su belleza de otro mundo; pero lo que importaba era todo lo que había dentro del smog, no lo que quedaba fuera: sólo sumergiéndose en el corazón de la nube, respirando el aire neblinoso de esas mañanas (el invierno borraba ya las calles en una bruma indistinta), se podía tocar el fondo de la verdad y tal vez liberarse. Era toda una polémica con Claudia; lo comprendí enseguida y destruí el artículo sin siquiera dárselo a leer a Avandero.

El doctor Avandero era un tipo a quien todavía no había entendido. Un lunes por la mañana, al entrar en la oficina, ¿cómo me lo encuentro? ¡Bronceado! Sí, en vez del habitual color de merluza hervida de su cara, su tez oscilaba entre el rojo y el marrón, con alguna señal de quemadura en la frente y los pómulos.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté. (En los últimos tiempos habíamos empezado a tutearnos).

—Fui a esquiar. La primera nieve. Perfecta, harinosa. ¿Quieres venir el domingo?

Desde aquel día, Avandero me tomó como confidente de su pasión por el esquí. He dicho confidente, porque hablando conmigo expresaba más que la pasión por una destreza técnica hecha de exactitud geométrica de movimientos, por un equipo funcional, por un paisaje reducido a una pura página blanca; él, empleado irreprochable y

respetuoso, manifestaba de ese modo una disidencia secreta con su trabajo que se revelaba en risitas como de superioridad y en breves frases malignas:

—¡Ah, eso sí que es «purificación»! ¡El smog os lo dejo a vosotros y con mucho gusto! —corregidas enseguida por un—: Lo digo en broma... Pero comprendí que tampoco él, tan fiel, creía demasiado en el Ente y en las ideas del ingeniero Cordà no creía en absoluto.

Un sábado por la tarde lo encontré todo constelado de esquíes, con una gorrita de visera como el pico de un mirlo, camino de un *pullman* que ya había tomado por asalto una multitud de esquiadores y esquiadoras. Me saludó con su airecillo de suficiencia.

—¿Te quedas en la ciudad?

—Yo sí. ¿De qué sirve irse? Mañana estarás de vuelta bajo el yugo. Frunció la frente bajo la visera de la gorra de mirlo.

—¿Y para qué sirve la ciudad sino para marcharse el sábado y el domingo? —Y se acercó rápidamente al *pullman* porque quería proponer una nueva manera de acomodar los esquíes en la imperial.

Para Avandero, como para cientos de miles de personas que se pasaban la semana entera entregada a grises ocupaciones con tal de poder escapar el domingo, la ciudad era un mundo perdido, una máquina para producir los medios de salir de ella esas pocas horas y después volver. Avandero, transcurridos los meses de esquí, comenzaba los de las excursiones campestres, la pesca de la trucha, y después el mar y la montaña estival, y la cámara fotográfica. La historia de su vida —que al frecuentarlo empecé a reconstruir año tras año— era la historia de sus medios de transporte: primero un velomotor, después un motoescúter, después una moto, ahora el coche utilitario y los años siguientes ya estaban marcados por previsiones de automóviles cada vez más cómodos y veloces.

Había que componer el nuevo número de *La Purificación*, pero el ingeniero Cordà aún no había visto las galeradas. Lo esperaba ese día en el EPAUCI, pero no se le vio el pelo y sólo hacia la noche telefoneó para que fuese a su oficina de la Wafd y le llevase las pruebas, porque él no podía moverse. Más aún, mandaba su coche con el chófer a buscarme.

La Wafd era una fábrica en la que Cordà era miembro del directorio. El gran automóvil, conmigo encogido en el fondo, las manos con el sobre de las galeradas sobre las rodillas, me llevó por barrios desconocidos de la periferia, costeó un muro ciego, entró saludado por los guardianes por un amplio portal y me depositó al pie de la escalinata de la dirección.

El ingeniero Cordà estaba en su escritorio, rodeado por un grupo de ejecutivos, examinando unas cuentas o planos de producción desplegados en enormes planillas que desbordaban de la mesa.

—Discúlpeme un momento —dijo—, estoy enseguida con usted.

Yo miraba por encima de sus hombros: la pared del fondo era una placa de vidrio, una anchísima ventana desde la cual se dominaba la totalidad de la fábrica. Del crepúsculo neblinoso emergían unas pocas sombras; en primer plano se recortaba la silueta de un elevador de cadena que acarreaba grandes cubos de limaduras de acero, creo. Se veía subir la fila de tazones de hierro con continuas sacudidas y una leve ondulación que parecía alterar un poco el perfil de las pilas de mineral, y me daba la impresión de que en el aire se levantaba un velo espeso que iba a posarse también en la vidriera del despacho del ingeniero.

En ese momento, el ingeniero Cordà ordenó que encendieran la luz; de pronto, contra la oscuridad exterior, se vio que la vidriera estaba cubierta de un fino esmeril formado sin duda por el polvo metálico, brillante como el polvillo de una galaxia. Afuera las sombras se desdibujaron; en el fondo se vieron más nítidas las siluetas de las chimeneas, cada una con un penacho de llamaradas rojas, y sobre ellas se acentuaba por contraste el ala negra como de tinta que invadía

todo el cielo y donde subían y se arremolinaban puntos incandescentes.

Cordà examinaba conmigo las galeradas de *La Purificación*, y metido de golpe en el otro campo de entusiasmos y estímulos mentales propios de su actividad de presidente del EPAUCI, comentaba conmigo y con los dirigentes de la Wafd los artículos del boletín. Y yo que tantas veces frente a él, en las oficinas del Ente, había desahogado mi natural antagonismo de subordinado declarándome mentalmente partidario del smog, agente secreto del smog infiltrado en el estado mayor del enemigo, ahora comprendía cuán insensato había sido mi juego, porque el ingeniero Cordà era el patrón del smog, él mismo lo desparramaba ininterrumpidamente sobre la ciudad, y el EPAUCI era una criatura del smog, nacida de la necesidad de dar a quien trabajaba a favor del smog la esperanza de una vida que no fuese sólo de smog, al mismo tiempo que del deseo de celebrar su potencia.

Cordà, satisfecho del número, quiso acompañarme a casa en el coche. Era una noche de niebla espesa. El chófer avanzaba lentamente porque, fuera del radio de las luces escasas, no se veía nada. El presidente, en uno de sus raptos de optimismo general, iba trazando las líneas de una ciudad del futuro, con sus barrios-jardín, sus fábricas rodeadas de arriates y espejos de agua, sus instalaciones de cohetes que borraban del cielo el humo de las chimeneas. Y señalaba, más allá de los cristales, la nada exterior, como si las cosas que imaginaba ya estuvieran allí; y yo lo escuchaba no sé si asustado o admirativo, descubriendo cómo coexistían en él el hábil hombre de industria y el visionario, y cómo cada uno necesitaba del otro.

En cierto momento me pareció reconocer mi barrio.

—Párese, párese aquí, hemos llegado —dije al chófer. Saludé, di las gracias, me apeé. Cuando el coche arrancó, me di cuenta de que me había equivocado. Estaba en un barrio desconocido y alrededor no se veía nada.

En el restaurante seguía comiendo solo, detrás de la pantalla del periódico. Y advertí que había otro parroquiano que hacía lo mismo. A veces, cuando no había otras mesas libres, terminábamos los dos en una y nos sentábamos frente a frente, con el periódico abierto. Leíamos diarios diferentes: el mío era el que leía todo el mundo, el más importante de la ciudad; yo no tenía ninguna razón para hacerme pasar por alguien que se distingue de los demás porque lee otro diario, o bien (de leer el periódico de mi comensal) por uno de opiniones políticas avanzadas. De opiniones políticas y partidos siempre me he mantenido alejado, pero en la mesa del restaurante, algunas noches, mientras doblaba el diario, mi comensal decía:

—¿Me permite? —Haciendo el gesto de tomar el mío y me ofrecía el suyo—: Si quiere leer éste…

Entonces le echaba una ojeada a su periódico, que era como quien dice el reverso del mío, no sólo porque defendía ideas opuestas, sino porque se ocupaba de cosas que para el otro ni siquiera existían: obreros despedidos, mecánicos que habían perdido una mano en un engranaje (de estas personas publicaba incluso la fotografía), tablas de subsidios familiares, etc. Pero sobre todo, mientras el otro diario trataba de ser siempre brillante en la redacción de los artículos y de atraer al lector con anécdotas divertidas, por ejemplo los divorcios de las muchachas bonitas, éste estaba escrito con expresiones siempre iguales, repetidas, grises, y títulos que ponían de relieve el lado negativo de las cosas. Hasta la forma de estar impreso era gris, apretada, monótona. Y me descubrí pensando: «Toma, me gusta».

Traté de comunicar esta impresión a mi comensal, naturalmente guardándome bien de comentar una noticia o una opinión precisas (él ya había empezado a preguntarme qué me parecía cierta información de Asia), tratando al mismo tiempo de atenuar el lado negativo de mi juicio, porque me daba la impresión de ser un tipo que no aceptaba críticas a su posición y yo no tenía intención alguna de embarcarme en una discusión.

En cambio él parecía seguir el hilo de mis pensamientos, razón por la cual mi opinión sobre su diario debía de parecerle superflua o fuera de lugar.

—¿Sabe? —dijo—, todavía no está hecho como debería. No es como yo quisiera que fuese.

Era un joven bajo pero bien proporcionado, moreno, de pelo rizado, peinado con meticulosidad, todavía con cara de niño, pálida y rosada en las mejillas, los rasgos finos y regulares, largas pestañas negras, un aire reservado, casi altanero. Vestía con cuidado un poco rebuscado.

—Hay todavía tantas generalidades, tanta falta de precisión —continuó—, especialmente cuando se trata de las cosas *nuestras*. Es un periódico que todavía se parece demasiado a los otros. Un diario como el que yo digo debe hacerse con la máxima participación de los lectores. Tendría que dar una información científicamente exacta acerca de todo lo que sucede en el mundo de la producción.

—¿Usted es técnico en una fábrica? —le pregunté.

—Obrero especializado.

Nos presentamos. Se llamaba Omar Basaluzzi. Cuando supo que yo trabajaba en el EPAUCI se interesó mucho y me pidió datos para utilizarlos en un informe. Le indiqué algunas publicaciones (por lo demás, al alcance de cualquiera; no traicionaba ningún secreto de la oficina, como le hice notar, por si acaso, con una sonrisita), y él sacó una pequeña agenda y tomó nota con método, como quien hace una ficha bibliográfica.

—Yo me ocupo de estudios estadísticos —dijo—, sector en el que nuestra organización está muy atrasada. —Nos pusimos los abrigos para salir. El de Basaluzzi era deportivo, de corte elegante, acompañado de una gorrita de tela impermeable—. Está muy atrasada —continuó—, cuando, a mi entender, es el sector fundamental…

—¿El trabajo le deja tiempo para esos estudios?
—Mire —me dijo (respondía siempre como desde arriba, con cierta suficiencia profesoral)—, es todo cuestión de método. Hago ocho horas de fábrica diarias, y después no hay noche que no tenga alguna reunión, inclusive el domingo. Pero hay que saber organizar el trabajo. He formado grupos de estudio entre los jóvenes de nuestra empresa…

—¿Son muchos?

—Pocos. Cada vez menos. Nos van despachando uno por uno. Un día de éstos usted verá aquí —y señalaba el periódico— mi foto bajo el título: «Un nuevo despido de represalia».

Caminábamos en el frío nocturno; yo iba encogido en mi abrigo, con las solapas levantadas; Omar Basaluzzi avanzaba con calma, hablando, la barbilla alta, una pequeña nube de aliento salía de los labios finamente dibujados, y cada tanto sacaba del bolsillo una mano para subrayar un punto de su razonamiento, y entonces se detenía como si no pudiera continuar mientas ese punto no quedara bien claro.

Yo no lo seguía; pensaba que alguien como Omar Basaluzzi no trataba de escapar a todo el brumoso gris circundante, sino de transformarlo en un valor moral, en una norma interior.

—El smog… —dije.

—¿El smog? Sí, sé que Cordà quiere ser el industrial moderno… Purificar la atmósfera… ¡Que vaya a contárselo a sus obreros! No será él quien la limpie… Es cuestión de estructura social… Si conseguimos cambiarla, resolveremos también el problema del smog. Nosotros, no ellos.

Me invitó a ir con él a una reunión de delegados sindicales de diversas empresas de la ciudad. Me senté en el fondo de una sala llena de humo. Omar Basaluzzi se ubicó en la mesa de la presidencia junto a otros hombres más viejos que él. En la sala no había calefacción, todos estaban con los abrigos y los sombreros puestos.

Los que iban a hablar se ponían de pie uno por uno junto a la mesa; todos tenían la misma forma de dirigirse al público, neutra, despojada, con fórmulas para iniciar el discurso y para relacionar los temas que correspondían a una convención, porque todos las aplicaban. Ciertos murmullos del auditorio me daban a entender que se había dicho una frase polémica, pero las polémicas eran veladas, empezaban siempre por aprobar lo que se había dicho antes. Me parecía que muchos de los que hablaban se las tomaban con Omar Basaluzzi; el joven,

sentado un poco de costado a la mesa de la presidencia, había sacado del bolsillo una tabaquera de cuero repujado y una corta pipa inglesa, la llenó con lentos movimientos de sus pequeñas manos, y se puso a aspirar bocanadas concentradamente, los párpados entrecerrados, un codo clavado en la mesa y la mejilla apoyada en la mano.

La sala se había llenado de humo. Alguien propuso abrir un momento un ventanuco alto. Una ráfaga fría cambió el aire, pero enseguida empezó a entrar la niebla de afuera y no se veía el otro extremo de la sala. Yo examinaba desde mi sitio aquella multitud de espaldas inmóviles en el frío, alguna con el cuello levantado, y la fila de siluetas con el abrigo puesto sentadas a la mesa de la presidencia, y uno de pie hablando, corpulento como un oso, todos envueltos, impregnados en aquella niebla, al igual que sus palabras, su obstinación.

Claudia volvió en febrero. Fuimos a comer a un restaurante de lujo sobre el río al fondo del parque. A través de los cristales veíamos las orillas y las plantas que con el color del agua componían un cuadro de vieja elegancia.

No conseguíamos entendernos. Discutíamos el tema: la belleza.

—Los hombres han perdido el sentido de la belleza —decía Claudia.

—La belleza hay que inventarla constantemente —decía yo.

—La belleza es siempre la belleza, es eterna.

—La belleza nace siempre de un choque.

—¡Sí, los griegos!

—¿Qué hay con los griegos?

—La belleza es cultura…

—Por lo tanto…

—Y entonces…

Podíamos continuar así hasta el día siguiente.

—Este parque, este río…

(«Este parque, este río», pensaba yo, «sólo pueden ser marginales, consolarnos del resto; una belleza antigua no puede nada contra una nueva fealdad»).

—Esa anguila…

En el centro de la sala del restaurante había un recipiente de vidrio, un acuario en el que nadaban grandes anguilas.

—¡Mira!

Se acercaron unos clientes, gentes bien, una familia de *gourmets* pudientes: padre, madre, hija mayor, hijo adolescente. Estaba con ellos el *maître*, de frac, plastrón blanco, corpulento, enorme; empuñaba el mango de una red como las que usan los niños para cazar mariposas. La familia miraba las anguilas, seria, atenta; en cierto momento la señora alzó una mano, señaló una anguila. El *maître* sumergió la red en el acuario, con movimientos rápidos capturó el pez y lo sacó del agua. La anguila se debatía, coleando dentro de la red. El *maître* se retiró hacia la cocina, llevando por delante como una lanza la red con el pez que boqueaba. La familia lo siguió con la mirada, después se sentó alrededor de la mesa a esperar que volviese guisado.

—La crueldad…

—La cultura…

—Todo es cruel…

En vez de llamar un taxi, echamos a andar. Los prados, los troncos de los árboles estaban envueltos en aquel velo que se levantaba del río, espeso, húmedo; allí era todavía un fenómeno natural. Claudia caminaba arrebujada en su abrigo de piel de cuello volcado, en su manguito, en su gorro. Éramos las dos sombras de enamorados que forman parte del cuadro.

—La belleza…

—Tu belleza…

—¿Para qué sirve? A fin de cuentas…

Yo dije:

—La belleza es eterna.

—Ah, ¿estás diciendo lo que yo decía?

—No, lo contrario…

—Contigo no se puede discutir —dijo ella.

Se apartó como si quisiera alejarse sola por el vial. Una franja de niebla corrió al ras del suelo: la silueta envuelta en pieles caminaba como si no tocara tierra.

Al acompañar a Claudia al hotel, esa noche, encontramos el hall lleno de señores de smoking y señoras escotadas. Era carnaval, en el salón del hotel había una gran velada de beneficencia.

—¡Qué bien! ¿Me acompañas? ¡Voy a ponerme un vestido de noche!

Yo no soy un tipo para grandes fiestas y me sentía incómodo.

—Pero no tenemos invitación… Mi traje es marrón…

—Yo no necesito invitación… Y tú eres mi acompañante…

Subió corriendo a cambiarse.

Yo no sabía dónde meterme. Estaba lleno de chicas con su primer vestido de noche, empolvándose antes de entrar en el salón, intercambiando murmullos excitados. Me quedé en un rincón, tratando de verme como un recadero que ha ido a entregar un paquete.

Se abrió el ascensor. Claudia salió con una falda amplia, perlas sobre el pecho rosado, un antifaz de brillantes. Yo no podía seguir haciendo el papel de recadero. Me puse a su lado.

Entramos. Todos la seguían con los ojos. Encontré una máscara de cotillón para cubrirme la cara, con una nariz cómica. Empezamos a bailar. Cuando Claudia giraba, las otras parejas se apartaban para verla; yo que bailo muy mal quería estar en medio de la multitud, y

esconderse era como un juego. Claudia observó que yo no estaba nada alegre, que no sabía divertirme.

Al terminar una pieza, para llegar a nuestra mesa pasamos delante de un grupo de señores de pie.

—¡Oh! —Me encontré a bocajarro con el ingeniero Cordà. Estaba de frac, con un bonete de cotillón anaranjado en la cabeza. Tuve que pararme a saludarlo.

—¡Pero si es usted, me lo parecía pero no estaba seguro! —decía, pero miraba a Claudia, y yo comprendí que quería decir que nunca hubiera imaginado verme con una mujer así, yo como siempre, con la misma chaqueta que llevaba a la oficina.

Tuve que hacer las presentaciones; Cordà besó la mano de Claudia, le presentó a los otros señores de edad que estaban con él, y Claudia siempre distraída, con su aire de superioridad no escuchaba los nombres (en cambio, yo decía para mis adentros: «¡Caramba! ¡Así que es éste!», porque eran todos grandes patronos de la industria). Después Cordà me presentó:

—El señor es el redactor de nuestra revista, ya saben cuál, *La Purificación*, que yo dirijo…

Comprendí que todos estaban un poco intimidados por Claudia, y decían tonterías.

Entonces me sentí menos cohibido. Comprendí que estaba por suceder algo, que Cordà se moría de ganas de invitar a Claudia a bailar. Dije:

—Bueno, de acuerdo, nos vemos después…

Saludé con grandes gestos y llevé de nuevo a Claudia a la pista de baile, y ella me decía:

—Pero si no sabes bailar esto, ¿no oyes lo que están tocando?

Lo único que yo sabía era que, de una manera ni siquiera para ellos muy clara, les había arruinado la fiesta con mi aparición al lado de Claudia, y ésta era la única satisfacción que me quedaba. «Cha-cha-cha…», canturreaba yo, remedando un paso que ignoraba, con

Claudia ligeramente tomada de la mano para que pudiera moverse por su cuenta.

Era carnaval, ¿por qué no había de divertirme? Las trompetas aullaban agitando sus flecos flotantes, puñados de papel picado como yeso desmenuzado acribillaban las espaldas de los fracs y los hombros desnudos de las mujeres se metían bajo el borde de los escotes y los cuellos, y desde las lámparas hasta el pavimento donde se amontonaban en blandos ovillos que los bailarines empujaban con los pies, las serpentinas se tendían como haces de fibras desprovistas de materia o como hilos que se balancearan entre los muros, desmoronándose una destrucción general.

—Ustedes pueden aceptar el mundo en su fealdad porque saben que lo tienen que destruir —le dije a Omar Basaluzzi. Hablaba un poco para provocarlo, si no, ¿dónde estaba la gracia?

—Un momento —dijo Omar, posando la tacita de café que se estaba llevando a los labios—, nosotros no decimos: cuanto peor sea, mejor será. Estamos por las mejoras. Ni reformismo ni extremismo: nosotros…

Yo seguía el hilo de mis pensamientos, él el suyo. Desde el paseo con Claudia por el parque, buscaba una nueva imagen del mundo que diera un sentido a esa grisalla nuestra y que equivaliese a toda la belleza que se perdía, salvándola… Una nueva faz del mundo.

El obrero abrió el cierre de cremallera de un portafolios de piel negra, sacó una revista ilustrada.

—¿Ve? —Había una serie de fotografías.

Un pueblo asiático, con gorros de piel y botas, salía plácidamente a pescar en un río. En otra foto se veía a la misma gente yendo a la escuela: un maestro señalaba en una sábana las letras de un alfabeto incomprensible. Otra era la imagen de una fiesta, todos tenían cabezas de dragón y en el centro, entre los dragones, avanzaba un tractor coronado por un retrato. Al final había dos tipos, siempre con gorro de piel, que trabajaban con un torno.

—¿Ve? Ésta es —dijo— la otra cara del mundo.

Miré a Basaluzzi.

—Vosotros no tenéis gorros de piel, no pescáis el esturión, no jugáis con dragones.

—¿Y qué?

—Que no tendréis nada que se le parezca, salvo esto —y señalé el torno—, que ya tenéis.

—Pues no, será como allá, porque la conciencia cambiará entre nosotros, como ha cambiado para ellos, seremos nuevos por dentro antes que por fuera… —decía Basaluzzi y seguía hojeando la revista.

En otra página había fotografías de altos hornos y de obreros con los anteojos levantados sobre la frente y caras orgullosas.

—Sí, habrá problemas también, no hay que creer que de un día para otro… —dijo—. Durante un buen tiempo será duro: la producción… Pero se habrá dado un gran paso adelante… Cosas como las de ahora, por ejemplo, no sucederán… —y volvió a hablar de lo de siempre, de los problemas de cada día que verdaderamente le importaban.

Yo comprendía que para él, llegara o no ese día, era menos importante de lo que se pudiera creer, porque lo que contaba era la dirección de su vida, que no debía cambiar.

—Dificultades las habrá siempre, es lógico… No será el paraíso… Así como nosotros no somos unos santos.

¿Cambiarían de vida los santos si supieran que el paraíso no existe?

—Me despidieron la semana pasada —dijo Omar Basaluzzi.

—¿Y ahora?

—Trabajo en el sindicato. Tal vez este otoño quede vacante un puesto de funcionario.

Iba a la Wafd donde esa mañana había empezado una acción de reivindicación bastante dura.

—¿Me acompaña?

—Justamente, no me conviene que me vean por allí, ya sabe usted por qué.

—Tampoco yo tengo que hacerme ver. Comprometería a los compañeros. Iremos a un café allí cerca.

Fui con él. A través de los vidrios de un café de mala muerte veíamos salir por los portales a los obreros del turno empujando las bicicletas por el manubrio, o apiñándose para tomar el tranvía, las caras ya preparadas para el sueño. Alguno, desde luego advertido, entraba en el café y se acercaba a Omar; así se formó un grupito aparte donde se hablaba.

Yo no entendía nada de sus cuestiones y me había puesto a estudiar la diferencia entre las caras de los innumerables tipos que se arracimaban en los portales a la salida, sin pensar en nada que no fuera la familia y el domingo, y los que se quedaban con Omar, es decir, los obstinados, los duros. Y no encontraba ninguna señal que los distinguiera: las mismas caras viejas o prematuramente maduras, hijas de la misma vida; la diferencia estaba dentro.

Y estudiaba además las caras y las palabras de éstos para ver si distinguía quién ponía en la base de todo la idea «Llegará el día…» y la de aquellos para quienes, como para Omar, llegara o no el día, no modificaba nada. Y vi que no era posible distinguirlos porque tal vez todos eran de los segundos, inclusive los pocos que por impaciencia o facilidad de palabra podían parecer de los primeros.

Y no sabiendo ya qué mirar, miré el cielo. Era un día de comienzos de primavera, y sobre las casas suburbanas el cielo era luminoso, azul, límpido, pero fijándome bien veía una especie de sombra, una chorreadura como en una vieja fotografía amarillenta, como los signos que se ven a través de una lente espectroscópica. Ni siquiera el buen tiempo limpiaría el cielo.

Omar Basaluzzi se había calado un par de gafas negras de gruesa montura y seguía hablando en medio de aquellos hombres, minucioso, competente, altanero, un poco nasal.

Publiqué en *La Purificación* una noticia tomada de un diario extranjero sobre la contaminación del aire por las radiaciones atómicas. Apareció en cuerpo menor y el ingeniero Cordà la pasó por alto en las galeradas, pero la leyó en la revista ya publicada y me mandó llamar.

—¡Santo cielo! ¡Hay que estar en todo, hacen falta cien ojos! —dijo—. ¿Cómo se le ocurre publicar una noticia así? ¡Nuestro Ente no se ocupa de esas cosas! ¡No faltaría más que eso! ¡Y sin decirme nada! ¡Una cosa tan delicada! ¡Ahora dirán que hacemos propaganda!

Dije algunas frases para justificarme:

—Disculpe, pero como se trataba de contaminación, pensé que podía…

Ya me había despedido cuando Cordà volvió a llamarme.

—Escuche, ¿usted cree en ese peligro de la radiactividad? Sí, en fin, que sea algo tan grave…

Yo tenía algunos datos de un congreso científico y se los transmití. Cordà me escuchaba asintiendo contrariado.

—¡Qué tiempos terribles nos ha tocado vivir, estimado amigo! —estalló en cierto momento, y era de nuevo el Cordà que yo conocía—. ¡Es el riesgo que hemos de correr sin mirar hacia atrás, porque lo que se apuesta es mucho, querido amigo, lo que se apuesta es mucho!

Se quedó con la cabeza gacha unos minutos.

—Nosotros, en nuestro sector —prosiguió—, sin querer jactarnos, cumplimos con nuestro deber, prestamos nuestra contribución, nos ponemos a la altura de la situación.

—Es cierto, ingeniero. Estoy convencido, ingeniero.

Nos miramos un poco turbados, un poco hipócritas. Ahora la nube de smog se había achicado, era apenas una nubecita, un cirro, en comparación con la nube atómica que la amenazaba.

Dejé al ingeniero Cordà después de algunas otras frases genéricas y afirmativas, y tampoco esta vez se entendía bien si su verdadera batalla era a favor o en contra de la nube.

A partir de entonces me guardé de hacer alusión en los títulos a las explosiones o a la radiactividad, pero en cada número, en las páginas dedicadas a la información técnica, trataba de introducir algunos datos sobre el tema, y también en ciertos artículos, entre los porcentajes de óxido de carbono o de gasóleo en la atmósfera urbana y sus consecuencias fisiológicas, insertaba cifras y ejemplos análogos relativos a las zonas radiactivas. Ni Cordà ni los otros me hicieron nuevas observaciones, pero esto en vez de alegrarme confirmaba mi sospecha de que nadie leía *La Purificación*.

Yo tenía una carpeta donde guardaba el material sobre radiaciones nucleares, porque al recorrer los diarios con el ojo adiestrado para pescar noticias y artículos que pudieran servir, encontraba siempre algo sobre el tema y lo guardaba. Además una agencia de recortes de prensa a la que el Ente estaba abonado, bajo la rúbrica «Contaminación atmosférica» nos mandaba cada vez más recortes referentes a las bombas atómicas, mientras que sobre el smog iban disminuyendo.

Así es cómo cada día caían bajo mis ojos estadísticas de enfermedades terribles, historias de pescadores que se encontraban en mitad del océano con nubes mortíferas, cobayos nacidos con dos cabezas a consecuencia de un experimento con uranio. Alzaba la mirada hacia la ventana. Estábamos a mediados de junio, pero el verano no se decidía a empezar: el tiempo era pesado, los días como aplastados por una calígine espesa, a mediodía una luz de fin del mundo bañaba la ciudad, los transeúntes eran como sombras fotografiadas en el suelo después de la desaparición de los cuerpos.

El curso normal de las estaciones parecía haber cambiado, densos ciclones recorrían Europa, en ese comienzo del verano se sucedían los días cargados de electricidad, después semanas de lluvia, calores repentinos y repentinas vueltas de un frío como de marzo. Los diarios descartaban que esas perturbaciones atmosféricas fuesen consecuencia de las bombas; únicamente algún científico aislado (por lo demás, era difícil saber si era digno de crédito) parecía sostenerlo y también la voz anónima de la mayoría común de las gentes siempre

dispuesta, como es sabido, a hacer mescolanzas de las cosas más dispares.

También a mí me ponía nervioso escuchar a la señorita Margariti que hablaba a tontas y a locas de la atómica para aconsejarme que también esa mañana llevara el paraguas. Pero es cierto que al abrir las persianas, a la vista del patio lívido que en aquella falsa luminosidad era como una red de estrías y de manchas, me daban ganas de retroceder como si justo en ese momento estuviera desprendiéndose del cielo una descarga de partículas invisibles.

Este peso de cosas no dichas que se transformaba en superstición pesaba en las conversaciones corrientes sobre el tiempo, que antes se consideraban menos importantes. Ahora se evitaba hablar del tiempo, o al decir que llovía o que había aclarado, uno sentía una especie de vergüenza, como si callara alguna oscura responsabilidad personal. El doctor Avandero, que vivía los días de la semana preparando la excursión dominical, mostraba con respecto al tiempo una indiferencia fingida que me parecía totalmente hipócrita, servil.

Hice un número de *La Purificación* donde no había artículo que no hablara de la radiactividad. Ni siquiera esa vez tuve problemas. Sin embargo no era cierto que no fuese leído; leer, lo leían, pero se había creado una especie de hábito de estas cosas, y aunque dijera que se acercaba el fin del género humano, a nadie le importaba.

Los semanarios de actualidad también publicaban noticias estremecedoras, pero la gente sólo creía en las fotografías en colores de las muchachas bonitas que sonreían en la cubierta. En la tapa de uno de esos semanarios apareció la foto de Claudia en bañador, evolucionando sobre esquíes acuáticos. La sujeté con cuatro chinchetas en la pared de la habitación que alquilaba.

Todas las mañanas y todas las tardes seguía yendo al barrio de las avenidas tranquilas donde estaba mi oficina, y a veces recordaba el día de otoño en que había ido por primera vez, cuando en cada cosa que veía buscaba una señal, y me parecía que nada era bastante gris y sórdido para mí. También ahora mis ojos seguían buscando señales;

nunca había sido capaz de ver otra cosa. ¿Señales de qué? Señales que se remitían unas a otras hasta el infinito.

A veces me cruzaba en aquel barrio con un carro tirado por un mulo, un carrito de dos ruedas que circulaba por la banquina cargado de sacos. O lo encontraba parado delante de un portal, el mulo entre las varas con la cabeza gacha, y encaramada en la pila de sacos, una niña.

Después advertí que no era un carro sólo el que daba vueltas por aquellos barrios, sino varios. No sabría decir cuándo empecé a notarlo; uno ve tantas cosas sin fijarse; tal vez esas cosas nos hacen un efecto pero no nos damos cuenta; un buen día empezamos a relacionar una cosa con otra y entonces, de pronto, todo cobra sentido. La vista de esos carros, sin que yo tuviera conciencia, me hacía un efecto sedante, porque un encuentro insólito, como el de un carro de aspecto campesino en medio de una ciudad llena de automóviles, basta para recordarnos que el mundo no es todo uniforme.

De modo que empecé a prestar atención: en lo alto de la blanca montaña de sacos una niña de trenzas leía una revista, después salía del portal un hombre corpulento con un par de sacos y los ponía sobre el carro, giraba la manivela del freno, decía «Yi…» al mulo y se iban, la niña siempre arriba leyendo. Y se detenían delante de otro portal, el hombre descargaba del carro algunos sacos y los entraba.

Más lejos, en dirección opuesta iba otro carro, y en el pescante había un viejecito, y una mujer subía y bajaba las escaleras de los inmuebles con grandes atados sobre la cabeza.

Comencé a observar que los días en que veía los carros me sentía más alegre y confiado, y esos días resultaban ser siempre lunes: así supe que el lunes es el día en que los lavanderos recorren la ciudad con sus carros y distribuyen los atados de ropa limpia y se llevan la ropa sucia.

Ahora que lo sabía, los carros de los lavanderos ya no se me escapaban; me bastaba ver uno por la mañana y me decía: «¡Claro, es lunes!», y poco después aparecía otro que avanzaba por otra calle, seguido de un perrito que ladraba, y otro más se iba alejando, sólo veía el carro de atrás, con los sacos a rayas blancas y amarillas.

Al volver de la oficina tomé el tranvía que circulaba por otras calles más populosas y ensordecedoras y de pronto, en un cruce, tuvo que pararse porque las ruedas de largos rayos de un carrito de lavandero giraban lentamente. Yo echaba un vistazo a la calle lateral y, parado junto a la acera, veía el mulo y los atados de ropa que descargaba un hombre con sombrero de paja.

Aquel día volví a casa dando una vuelta más larga de lo habitual y seguí cruzándome con los lavanderos. Comprendí que para la ciudad aquello era una especie de fiesta, porque todos estaban contentos de retirar la ropa marcada por el humo y de sentir nuevamente encima el candor del lino, aunque fuese por poco rato.

El lunes siguiente quise seguir a los lavanderos para ver a dónde regresaban una vez entregados los atados y recogidos los nuevos. Caminé un poco al azar, porque unas veces seguía a un carro, otras a otro y comprendí que a cierta hora todos terminaban por tomar una dirección, ciertas calles por las que al fin pasaban y cuando se cruzaban o se ponían en fila uno detrás del otro, se intercambiaban saludos tranquilos y bromas. Así los seguí y los perdí durante un largo recorrido hasta cansarme, pero antes de abandonarlos me enteré de que había un pueblo de lavanderos: eran todos los del suburbio de Barca Bertulla.

Fui un día por la tarde. Atravesé un puente que cruzaba un río, era casi el campo, las carreteras por donde circulaban los camiones estaban todavía flanqueadas por una hilera de casas, pero detrás empezaba enseguida el verde. Las lavanderías no se veían. Alguna fonda desplegaba su pérgola sombreada al borde de los canales interrumpidos por esclusas. Seguí andando y mirando a través de las empalizadas los campos, los senderos. A través de cada cerca echaba un vistazo a los terrenos baldíos, a los senderos. Me había ido alejando de las casas y las filas de álamos bordeaban la carretera señalando las orillas de los frecuentes canales. Y al fondo, más allá de los álamos, vi un prado lleno de velas blancas: era ropa tendida.

Tomé por un sendero. Encontré vastos prados cruzados por hilos tendidos a la altura de un hombre y colgada de esos hilos, ordenadamente, para secarse, toda la ropa de la ciudad, ablandada

por el lavado e informe, toda igual en los pliegues que las telas formaban al sol, y alrededor, en cada prado, se repetía la blancura de las larguísimas hileras de ropa tendida. (Había otros prados vacíos, pero cruzados también por hilos paralelos, como viñedos sin vides).

Yo daba vueltas por los campos blancos de ropa tendida y de pronto, al oír una carcajada, me volví. A orillas de un canal, sobre una esclusa, había el pretil de un lavadero y desde allí arriba, con los brazos arremangados, vestidas de todos colores, se asomaban las caras rojas de las lavanderas y reían y charlaban, las jóvenes con los pechos saltando debajo de las blusas, las viejas gordas con pañuelo en la cabeza, y movían los brazos redondos hacia adelante y hacia atrás en la espuma del jabón y estrujaban con un gesto anguloso de los codos la ropa retorcida. En medio de ellas los hombres con sombrero de paja descargaban las cestas en hatos separados, o se arremangaban también ellos con el pan de jabón de Marsella o batían la ropa con la paleta de madera.

Ahora yo había visto y no tenía nada que decir ni por qué meterme en lo que no era cosa mía. Volví atrás. Al borde de la carretera principal crecía un poco de hierba y yo trataba de caminar por ella para no llenarme de polvo los zapatos y para apartarme de los camiones que pasaban. Entre los prados, los setos, los álamos seguía mirando al pasar los lavaderos, en algunos edificios bajos las inscripciones LAVANDERÍA A VAPOR, COOPERATIVA LAVANDERA BARCA BERTULLA, los campos donde las mujeres, como en la vendimia, pasaban con cestas descolgando la ropa seca de los hilos, y la campiña sacaba al sol su verde entre aquel blanco, y el agua corría llena de burbujas azuladas. No era mucho, pero a mí que sólo buscaba imágenes para guardarlas en los ojos, tal vez me bastaba.